

Ayminda Cangar



Nosotros

EI JUEGO

El Juego

Nosotros

Azminda Cangar

El Juego: Nosotros

Copyright © 2015 Azminda Cangar

Primera edición: Julio 2015

Todos los derechos reservados.

ISBN-13: 978-1514654934

ISBN-10: 1514654938

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia. La autora posee los derechos reservados de esta obra. Queda prohibida la publicación o reproducción total o parcial de esta obra sin permiso previo.

Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

© Edición y corrección: Azminda Cangar

© Diseño de interior y portada: Daniela Romero

Idea original: Agatha Damaso

Dedicado

El Juego: Nosotros, está dedicado a las mejores lectoras del mundo.

Mis lectoras. Mis Mujeres Fénix.

Hannah, Ara y Fabi... Ustedes ya saben.

El amor no es perfecto, simplemente es amor.

Tabla de contenido

Prefacio

- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII
- IX
- X
- XI
- XII
- XIII
- XIV
- XV
- XVI
- XVII
- XVIII
- XIX
- XX
- XXI
- XXII
- XXIII
- XXIV
- XXV
- XXVI
- XXVII
- XXVIII
- XXIX
- XXX
- XXXI
- XXXII

- [XXXIII](#)
- [XXXIV](#)
- [XXXV](#)
- [XXXVI](#)
- [XXXVII](#)
- [XXXVIII](#)
- [XXXIX](#)
- [XL](#)
- [XLI](#)
- [XLII](#)
- [XLIII](#)
- [XLIV](#)
- [XLV](#)
- [XLVI](#)
- [XLVII](#)
- [XLVIII](#)
- [XLIX](#)
- [L](#)
- [LI](#)
- [LII](#)
- [LIII](#)
- [LIV](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimiento especial](#)

[Agradecimientos](#)

[Azminda Cangar](#)

Prefacio

—Estoy embarazada.

El color huyó de su piel súbitamente. Y no era para menos. A nuestra edad, esa noticia era para tirarse de la ventana, llenarse los bolsillos de piedras y hundirse en el charco más cercano.

Se recargó en la pared de mi dormitorio con las manos en la espalda y mojándose los labios. A mí me sucedió lo mismo, la boca se me secó y mi corazón dejó de funcionar cuando vi las dos rayitas rosas en la ventanita de la prueba casera, lo peor fue el mareo cuando el doctor me confirmó la noticia... por partida doble.

—Y son dos.

Si no lo noqueé con la primer noticia, esta tenía que derribarlo.

Me senté en la cama y esperé a que la noticia asentara en su cabeza. No era fácil. Aunque estábamos en el último año de la carrera, éramos un par de imbéciles, tan imbéciles, como para embarazarnos sin planearlo. Solo me di cuenta porque los mareos empeoraron hasta llegar al vómito, el haberme quedado dormida en una de mis clases también fue una señal. Mi periodo nunca fue regular, así que confiaba ciegamente en los condones y en el parche, obviamente la confianza estaba destruida.

Después de unos minuto donde nadie dijo nada, se acercó al mini refrigerador que tenía en el dormitorio y tomó una botella de agua. Se refrescó la boca y se limpió la garganta. Esperé sus próximas palabras, en ellas iba a descubrir qué tipo de persona era, y no él, yo. Yo era la que le brindó mi cuerpo en todas sus formas y en cualquier lugar. No estábamos enamorados, a lo más, nos teníamos un poco de cariño. Cinco meses de fiestas, de pláticas sobre nada viendo la luna en el techo de su edificio, de coger como animales en tiempo de apareamiento, eso éramos.

Se sentó en la única silla que había en el dormitorio, lo más lejos de mí. Era gracioso, normalmente insistía en estar cerca de mí, adentro de mí.

—¿Y sabes quién es el padre?

Por un milisegundo pensé que estaba bromeando. No éramos “novios”, pero si pareja. Si él no pasaba la noche conmigo, yo la pasaba en su dormitorio, que no era más que una pocilga igual que él.

Su pregunta era real, tan real como las náuseas que me atacaron. Corrí al pequeño baño y regresé el yogurt con cereal que desayune. Después de que las náuseas pasaran y de refrescarme, me vi en el espejo; estaba demacrada, pálida, ojerosa, aunque con un brillo especial en los ojos. El verde brillaba más, tenían más color, más vida. Salí del baño con la esperanza de que se hubiera ido, no lo necesitaba, yo podía con esto.

Fue una sorpresa encontrarlo en la misma silla con la mirada hacia abajo. Los doscientos centímetros de su estatura y el musculoso cuerpo de atleta, eran un pequeño bulto en comparación con su entrada no hacía más de una hora. Era viernes, venía a pasar la noche y a coger como bestias en brama, como todos los viernes de los últimos meses.

Sin gritos, ni reproches me dirigí a la puerta.

—Es hora de que te vayas.

Abrí la puerta y esperé a que se moviera.

Nada. El hombre que tanto me gustó por su seguridad y su temple, desapareció y se convirtió en nada.

Cerré la puerta y volví a sentarme en la cama. Le di el beneficio de la duda. Las noticias no eran sencillas, tal vez necesitaba un poco más de tiempo para asimilarlas. No esperaba que me pidiera matrimonio, ni siquiera esperaba que siguiéramos juntos. A decir verdad, no sé qué esperaba de él.

—Tienes que deshacerte de ellos.

Eso seguro no lo esperaba.

No fue una pregunta o una sugerencia, fue una orden. Al principio no supe cómo tomarlo, mi cabeza era un desastre. De lo único que estaba segura, era que; lo crecía adentro de mí, se iba a quedar adentro de mí. Eso ya estaba decidido desde el momento que aparecieron las dos rayitas rosas.

De lo único que me iba a deshacer, era del pedazo de imbécil que seguía sentado en mi silla, tomándose mi agua.

—Vete.

—Kaira...

Me levanté de la cama y abrí la puerta.

—¡Vete!

Ahora si hubo gritos y si no se iba pronto, también iba a haber golpes.

—¿Qué vas a hacer con un par de chiquillos? Apenas estas empezando, eres una niña...

—¿Pero no era una niña cuando me cogías, verdad?!

—Cosita, entien...

—¡Qué te vayas!

Ya no había palabras o razones que pudiera decir, ya había dejado claro su punto.

Seguía sin moverse e hice lo más sensato. Agarré mi pequeño morral y lo dejé sentado con su mierda.

Cuando regresé horas después, mi dormitorio estaba vacío, no una nota de disculpa, no nada. El día siguiente me enteré que se había dado de baja temporal y que había abandonado el campus.

Eso solo confirmo una cosa; Mi gusto en hombres, tenía que cambiar.

I

Owen

—¿Y?

—¡¿Y?!

Era la primera vez que Alex no adivinaba mis pensamientos, y no me gustó, no me gustó nada la sensación de separarnos.

Se levantó y fue a servirse una taza de café, seguro mis deseos no eran el mejor despertador. Se volvió a sentar y le dio un buen trago a su café, suspiró y disfrutó del sabor agrio del grano dorado. En todo momento mantuvo una expresión de paz, de orgullo en esa horrorosa cara. Nada encajaba con lo que le acababa de informar.

Perdí a mi hermano, el hombre se volvió loco.

—Explicame, Owen ¿Por qué quieres casarte y adoptar a mis hijos?

Solicitó tranquilamente. Ni siquiera usaba la voz de comando ¡Mierda! El accidente de los mellizos de veras lo volvió loco.

—Deseo que los mellizos me reconozcan como padre, deseo cuidarlos, protegerlos, los quiero de manera especial, para siempre e incondicionalmente...

—Dar la vida por ellos, por su bienestar y su futuro. Ya no eres tú, ya son ellos por encima de ti mismo.

Terminó de explicar por mí.

—¡Exacto!

—Eso Owen, se le llama instinto paternal. Eso es ser padre.

Me dio un puñetazo en el hombro y sonrió. ¡Mierda! No entendí nada.

—Felicidades Owen, ya eres papá. ¡Te tardaste, pero lo lograste!

Después de la tensión, el miedo de perder a Sophie y a Kurt, y el deseo de matar a Elena, lo que menos pretendía era reír. Y sin embargo, me eché a reír junto con Alex. Me sentí lleno de esperanza, de libertad. Alex se levantó y de un jalón me

impulsó para que me parara junto a él. Me abrazó fuerte, con firmeza y orgullo. Solo nos faltaron los puros y los chocolates para repartir.

—Joder Owen... Te quiero.

Le regresé el abrazo con la misma intensidad.

Entre nosotros no nos decíamos esas palabras, de hecho, creo que nunca las habíamos pronunciado. Aunque era algo francamente implícito; Yo daba la vida por Alex, y sabía perfectamente que el camino era de doble sentido.

—Esa bruja nos hecho a perder...

Murmuré.

—Yo también te quiero.

Declaré con un nudo en medio del pecho. Esto se estaba poniendo demasiado emocional. Nos separamos y nos dimos un par de puñetazos en los brazos para volver a sentirnos cavernícolas.

—Yo tengo ese instinto desde hace tiempo...

Explicó orgulloso. Con la emoción fuera de la mesa, fue más sencillo hablar.

—No quieres ni que el aire los toque. Es... es fuerte.

Le di la razón con un asentamiento de cabeza.

—Es raro... Quiero matar a Elena con mis propias manos y al mismo tiempo quiero cuidar a Sophie y a Kurt con petalos de rosa. Me siento... estable... Los Jones nos echaron a perder.

Me volví a quejar. Alex levantó su taza en mi dirección y brindó por ello. Los Jones nos echaron a perder y nos convirtieron en hombres de familia.

Cuando las sonrisas se calmaron, Alex volvió a ser Alex.

—Eso de hacerlo solo... ¿Es en serio?

La expresión cambio, ya no era serena.

—No sé. Es... instinto.

Confesé honestamente. Si con alguien podía ser honesto, era con Alex. Él no me iba a juzgar o se iba a burlar. El día que descubrí que la fotografía era mi pasión, mi

padre intentó quitarme la idea con un par de billetes, mi madre solo negó desdeñosamente. Alex fue el que llegó con equipo de alta tecnología y los datos de tres universidades para que estudiara, fue el que defendió e impulsó la loca y poca remunerable pasión. Ha sido mi apoyo y el pilar para que Grupo Carter no cayera como un laberinto de domino. Alex me había cuidado durante toda mi vida; era una mezcla de padre, hermano, amigo, mentor y abogado, todo en uno. Y también era muy posible que prefiriera mi bienestar, sobre el suyo.

Ahora era tiempo de descubrir de qué estaba hecho; De confirmar las palabras que repitió mi padre durante mi niñez, y demostrar que era un digno hijo suyo: “Solo eres un mocoso egoísta y caprichoso”, y le permitía hacerlo. O si era un digno hijo de Gamble y luchaba por la relación que teníamos entre los tres.

Recargó la cabeza en el respaldo de la silla y observó el techo detenidamente.

—¿Te encelas cuando toco a Kaira?

—No.

Repliqué rápidamente. De eso no se trataba.

—Ni siquiera cuando estoy solo con ella.

—No... no es eso. Al contrario... me gusta.

Sonrió con cinismo y finalmente acabó con el café.

—Somos un par de retorcidos, Owen. Porque a mí tampoco me dan celos... en el último de los casos, lo único que siento es excitación.

Oh, estaba completamente de acuerdo con él. Verla tan desinhibida, abierta a cualquiera de nosotros, era jodidamente excitante.

—Es un espectáculo verla montarte o cuando se hinca entre tus piernas... ¡Mierda! Eso me calienta.

Acepté. Mi entrepierna estaba despertando con la memoria de la bruja bamboleándose en el regazo de Alex.

—Ni lo menciones, como están las cosas, predigo que vamos a pasar un buen tiempo en abstinencia.

Elena nos había jodido en todos los niveles.

Escuché movimiento en el pasillo y me levanté como resorte. Nuestro chip cambio abruptamente, se acabó el modo hombre y se prendió el modo padre.

Alex me detuvo con un movimiento de mano y susurró.

—Deja que se muevan, tienen que acostumbrarse.

Como siempre, Alex razonaba más rápido que yo. Sophie asomó su carita con un enjambre de cabello enmielado encima de su cabecita, su labio ya estaba casi normal, con esa hinchazón se parecía más a su preciosa madre. Las dos eran unas princesas.

—¿Mi Ami ya despertó?

Negué con un guiño. Sonrió y se dirigió a mí, manejando perfectamente su botita de robocop, no antes de darle su beso de buenos días a Alex con abrazo incluido. Era una ternura y además nos tenía bien medidos; Con ese beso y abrazo, lograba que el mundo se moviera a su voluntad.

Estiró los brazos y la senté en mi regazo viendo hacia Alex.

—¿Ya tienes hambre?

Preguntó Alex, mientras escuchábamos a Kurt batallar con las muletas. Sophie lo pensó un momento y después negó arrugando la naricita.

—¿Y Kurt?

Investigué susurrando. No quería que Kurt escuchara que hablábamos de él. Era un niño de pantalones bien puestos, no le gustaba ser tratado con delicadeza.

—No sé. Le duele la cabeza.

Explicó también susurrando. Me ilusionaba mucho la manera en que se integraba a nosotros, se estaba convirtiendo en nuestra pequeña cómplice.

Alex olvidó su decisión de dejarlos mover por sí mismos y alcanzó a Kurt en el pasillo. Intercambiaron un par de palabras y finalmente vi aparecer a Kurt en brazos de Alex con las muletas colgadas de un brazo.

Alex se sentó en la silla que estaba usando, acomodó las muletas recargadas en la mesa y esperó a que Kurt se moviera de su regazo. Nuestro niño no se movió, solo cerró sus ojos y recargó su cabeza en el pecho de Alex. El hombre fuerte y gruñón que tomaba decisiones que afectaban a cientos de personas con los ojos cerrados se

deshizo de amor, rodeo a su hijo con los brazos y le dio consuelo arrullándolo.

Si yo fuera más hombre, en ese momento hubiera derramado un par de lágrimas. Pero solo soy un simple mortal que compartía un gran amor e hijos con su hermano. Estos hijos eran tan suyos, como míos, y me negaba a ser el dragón del cuento que se los quitara.

Nunca regresó a mi cabeza ese pensamiento egoísta de hacerlo solo. Yo no era un hombre solo. Después de hablarlo con Alex, y ver a Sophie y a Kurt en nuestros brazos, lo único que gritaba mi cabeza y llenaba mi alma de alegría, era el pensamiento: “Felicidades, son mellizos”. ¡Ya era padre!

Quién iba a decir, que un par de meses después, Kaira y Alex se iban a casar.

II

Alex

Poco después de que Sophie y Kurt despertaran, Kaira apareció. Tenía una sombra alrededor de los ojos que no me gustaba nada. Seguía con el semblante opaco, preocupado. Necesitábamos distraerla, que se relajara, que olvidara hasta su nombre. Aunque entendía su angustia, era casi imposible olvidar, cuando estuve a punto de perder lo que más quieres, y tú ni te enteras. Porque aunque Kaira no lo aceptara y se desbordara de enojo, esa escuela era una mierda. No tenía ningún tipo de vigilancia, ni de control. Ya me encargaría de que los mellizos no regresaran a esa bomba de tiempo.

Después venía nuestra culpa, Owen y yo sabíamos que Elena dependía de Kaira, si hubiéramos visto afuera de la entrepierna de Kaira por un segundo, hubiéramos previsto la aparición de Elena. Aunque el accidente había tenido algo positivo, fue un alivio que Owen finalmente se diera cuenta del amor que sentía por Sophie y Kurt, ya tenían otra persona para que los cuidara y los protegiera del mundo.

Lo hecho, hecho estaba. Ya no era tiempo de lamentaciones, ahora era tiempo de soluciones. Y el primer punto en la agenda, era que Kaira se relajara. Eso tenía que esperar hasta que los mellizos regresaran a la cama para explicarle mis planes y cómo había que lograrlos.

El transcurso del día fue más tranquilo, aunque siguieron las quejas por el dolor y las molestias, Sophie y Kurt se portaron a la altura y para todos fue más llevadero. Aunque no para Kaira, que seguía sufriendo por dentro. En cuanto los mellizos tomaron una siesta después de comer, se tomó un té que Gamble insistió en hacerle, y se fue a intentar dormir. Desde la estancia podíamos escuchar como se revolcaba entre las sabanas sin poder conciliar el sueño. Quería consolarla con mis brazos, con mis manos, con mis besos, pero antes tenía que arreglar un par de asuntillos.

—Gamble, Charly ¿Me acompañan un momento?

Salimos del departamento y empecé la agenda. Era urgente que cambiáramos de casa, no era posible que tuviéramos que salir para poder hablar sin perturbar a los chicos.

—Necesito que empieces a conseguir personal. Un par de niñeras, alguien para la limpieza...

—Alguien para la seguridad de los chicos.

Interrumpió Owen.

—¿Qué les pasó a los anteriores?

—Los despedí. No es posible que permitieran que Elena se llevara a mis hijos con la mano en la cintura.

Explicó indignado. Gamble, como yo, sonrió por la vehemencia de Owen al nombrar a sus hijos. Ya eran sus hijos y eso nos llenaba de orgullo a Gamble y a mí. Owen nunca demostró debilidad por los niños, de hecho, llegó a decir que él nunca iba a tener hijos. Cuando descubrí que era incapaz de engendrar, Owen inmediatamente hizo los arreglos para operarse. “Los críos solo dan lata y problemas. Estamos mejor sin ellos”, nos dio como explicación el día que se operó. Quién iba a decir que los críos que solo dan lata y problemas, se iban a convertir en el centro de nuestro mundo. Y sobre todo, que nos iban a robar el corazón de esta manera, tan entera.

—Eso no fue culpa de ellos, fue culpa de la escuela.

Argumenté a favor de los hombres de seguridad.

—Así hubiera sido mi culpa. Su obligación era cuidarlos, y Elena se los llevó enfrente de sus narices.

No iba a cambiar de opinión, y de alguna manera tenía razón.

—Mañana hablo con Carla para que prepare los acuerdos de confidencialidad. Hay que ser muy cuidadosos, y más ahora que tenemos a los chicos.

Le expliqué a Charly. Gamble seguía nuestros pedidos con la libreta mental que siempre tenía a mano. No había nadie más confiable que Gamble para cuidar a los nuestros. Él fue siempre muy cuidadoso con las personas que se nos acercaban, desde niños nos cuidó con escudo y espada desenvainada. Si a alguien le debíamos la vida que llevábamos Owen y yo, era a Gamble y la discreción que nos enseñó.

—No se preocupen, mañana mismo tengo preparada una lista de posibles candidatos.

Gamble llegó solito a ver a los mellizos. Ni siquiera pidió que fuéramos por él.

Fue sorprendente —y gratamente—, verlo en la entrada del departamento con una canasta de fruta y una mirada de consuelo esperando por nosotros. Le quité la canasta de las manos y no dude en refugiarme en sus brazos, ahí me quede mientras él me daba pequeños golpecitos en la espalda y me murmuraba que todo iba a estar bien, que dejara salir todo el estrés, que ahí estaba para mí. Gamble nos adoptó como hijos y para nosotros no había más padre que él.

Pasó el día dando consuelo, a Owen que también recibió su dosis de aliento, a Kaira que sollozó en su hombro. Consintiendo a los mellizos, como el abuelo que era. Gamble era un pilar básico en el reinado. Era padre y abuelo sin la necesidad de haber engendrado. No podía tener mejor ejemplo para lo que tenía planeado.

Después de despedir a Gamble y dejarlo en las confiables manos de Charly, entramos a casa. Ni Owen, ni yo, tuvimos la intención de regresar al penthouse, ese pequeño departamento, que era una décima parte del penthouse, ya era nuestro hogar.

—Le voy a pedir matrimonio a Kaira.

Le anuncié a Owen en cuanto se cerró la puerta del departamento.

—¿Cómo?! ¡Eres un hijo de puta!

Se dirigió a mí con mirada asesina.

—Calmate. Porque también quiero que se lo pidas tú.

III

Alex

Escuchamos que los mellizos jugaban y Owen no esperó a mi explicación, solo me señaló con el dedo índice, en un gesto muy de Kaira y se dirigió a ver a sus hijos.

Giré la cabeza y la vi sentada enfrente del teléfono. No hacía nada, solo observar el silencioso teléfono. Me acerqué y acaricié su cabello desde atrás, suspiró y se recargó en mí. Por unos minutos solo la acaricie, había tenido un par de días terribles, todavía tenía pesadillas y yo no podía hacer nada para evitarlo. El sentirme inútil no me ajustaba.

Disfruté de las líneas exóticas del perfecto marco de su cara, de las brillantes esmeraldas, de su sedoso cabello tan suave como la seda, con sus perfectas cejas delineadas y esa boca esponjosa que siempre te daba la bienvenida con unos besos inigualables. No soporté la tentación y me acerqué a sus labios, aceptó el beso, pero no lo profundizo. Volvió a suspirar y como un flash, recordé un par de llamadas sin respuesta que recibimos en los últimos días, no les di importancia, tenía cosas más importantes en la cabeza, ahora que las cosas estaban más tranquilas, empezó a preocuparme. Yo le confiaba mi vida a Kaira, y sin embargo no logré evitar pensar que esperaba la llamada de un hombre.

—¿Esperas una llamada?

Pregunté susurrando. No quería que se diera cuenta de mis celos sin sentido.

—... no.

Tardó en contestar, lo pronunció dudosa y los celos corrieron libremente por mi cuerpo.

Volteó la cara y con un beso en la palma de mi mano, me despidió sin palabras. Di un paso hacia atrás y ella no lo noto. Me dirigí hacia la habitación de los mellizos en busca de Owen, lo encontré en una sesión de fotos con los mellizos, ellos jugaban mientras Owen no paraba de tomarles fotos. Sophie y Kurt eran los niños más retratados de la historia, Owen les tomaba una foto por cada paso que daban.

—Ve a ver a Kaira, algo le pasa.

—¿Cómo que algo le pasa?

Dejó la costosa cámara en la cama de Sophie y salió rumbo a la estancia, los mellizos ni siquiera lo notaron. Verifiqué que no tuvieran dolor y salí atrás de Owen.

—¿Bruja?

Kaira seguía esperando en otro mundo, lejos de nosotros.

Owen no esperó nada, se inclinó enfrente de ella y acunó su cara entre sus manos.

—¿Qué haces?

—Nada.

Respondió mecánicamente.

—¿Estas esperando una llamada?

En ese momento supe que Owen sintió lo mismo que yo. Los celos son un veneno que se extiende rápidamente.

—No... no sé.

—¿Qué no sabes?

Owen le hablaba con calma, sin alterarse.

—No sé si debo marcarle a mi mamá.

—¿A tu mamá?

Asintió viendo nuevamente al infinito.

—Estoy casi segura que es ella la que le deposita dinero a Elena. No puede ser otra persona... Mi tía le había dejado de dar dinero meses atrás, no puede ser ella. ... Y el departamento... mi mamá lo compró para mí.

Los pensamientos los manifestó en voz alta, pero no iban dirigidos a nadie, tal vez a ella misma. La pequeña arruga que ya llevaba varios días en su frente se profundizó. Estaba alterada, y aunque no me gustaba verla así, una parte de mi descanso. Los celos desaparecieron en un ¡puf!

—Le depositan mucho dinero ¿De dónde iba a sacar dinero tu mamá para mandarle a Elena?

Pregunté imitando a Owen e hincándome a sus pies. Finalmente obtuve su atención y me vio a los ojos.

—¿Por qué la familia de mi madre es la dueña de medio Portugal?

Ironizó. ¡¿Qué?! ¿Cómo? Lo expresó como si fuera lo más obvio. Pues ni para Owen o para mí era obvio. Vio nuestra confusión y se explicó.

—El apellido de mi madre es Cavalcanti... Ya saben... de los Caval.

—¿De qué demonios estás hablando?

—¿No lo saben? Yo soy una Cavalcanti. De los Caval de Portugal. Del vino Caval.

Por un momento pensé que se estaba volviendo loca.

—No, cariño. Eres Kaira Jones.

La corregí.

—Dijiste que me habías investigado.

Me reclamó con sus esmeraldas brillando.

—Sí. Lo general. No sé de qué me estás hablando.

Se levantó de la silla y se dirigió al pequeño mueble que sostenía la pantalla plana. Abrió un cajón y sacó un libro antiguo. Al cerrar la puerta, nos ofreció el libro. Owen lo aceptó y lo pudimos admirar; En la portada de piel desgastada, estaba gravado el apellido Cavalcanti en negro. El libro olía a viejo, a memorias.

Owen lo abrió y mis ojos no podían creer lo que veían. Era un libro escrito a mano con la historia de la familia Cavalcanti. Un apellido que provenía desde el siglo XVIII, dueños de una gran extensión de tierra e historía. Fueron una de las primeras familias en crear viñedos en Portugal y de los pocos que sobrevivieron al tiempo.

¡Joder! Kaira tenía dinero. Igual o más que nosotros.

—¿Eres la heredera de todo esto?

Negó y volvió a sentarse en la silla viendo al teléfono.

—No. A mí me desheredaron en el momento que me embarace. Pero tengo alrededor de veintisiete primos que un día van a heredar todo eso.

Aclaró señalando el libro.

—Elena es la hippy, yo soy la vergüenza.

Esa era la razón por lo que el dinero no le impresionaba, de que se acostumbrara a los lujos naturalmente, por eso se hizo amiga de Tony, de Gamble, del personal. Ella nació y creció con poder.

—Mi mamá conoció a mi padre en España, ella estaba estudiando, él iba de vacaciones. Se flecharon y se enamoraron. Mi papá estudiaba para ser ingeniero agrónomo, fue como si callera en blandito en una familia que tiene viñedos desde el inicio de los tiempos. Se casaron y se fueron a vivir a Texas para que mi padre acabara sus estudios. Una cosa llevó a otra y se quedaron a vivir aquí. Nací yo, y ya no regresaron a Portugal. Cuando falleció mi padre, mi mamá y yo regresamos a Portugal. Fue hasta que decidí entrar a la universidad, que regresé a los Estados Unidos... Y después, ya saben la historia.

No sabíamos nada; ni de historia, ni de viñedos y por muy doloroso que fuera, tampoco la conocíamos a ella.

IV

Kaira

La revelación les cayó de sorpresa. Me aplicaron el tercer grado y tuve que explicar todos los detalles de mi familia, cómo, dónde, cuándo, quién... No pararon hasta que saciaron toda la curiosidad.

—Eso no cambia nada. Yo, sigo siendo yo. Kaira, madre soltera de dos preciosos niños y pareja de dos preciosos enanos. No veo la importancia.

—Si la hay, Kaira. Necesitas hablar con tu madre. Todo ese dinero que recibía Elena provenía de tu familia. Tal vez deberías intentar un reencuentro, los mellizos merecen tener contacto con su familia.

—Pensé que nosotros éramos su familia.

Me sorprendió la declaración de Owen. Si alguien no contaba con su familia, era él. De hecho, él era el que más había sufrido por la familia.

—¡Alto! Yo soy el padre de esos niños, y eso no está en discusión. Pero ese no es el punto, el punto es que tienen más familia. Una abuela, Sophie y Kurt merecen una abuela.

Y mi madre unos nietos. Sin embargo era difícil; Acercarme, pedir perdón, perdonar, todo era jodidamente difícil.

—Lo sé.

Esa noche lo que hizo que durmiera un poco, es la declaración abierta que mis enanos hacían cada vez que tenían oportunidad; Mis hijos, eran sus hijos.

~ § ~

Desperté con una lengua caliente y hambrienta invadiendo mi boca. No me besaba, me cogía agresivamente la boca. Inmediatamente la excitación corrió por mis venas calentando todo mi cuerpo. Mi pecho se hinchó deseoso de atención, el dolor de necesidad en mi vientre se prendió, fue una combustión por todo lo largo y ancho de mi cuerpo.

Entreabrí los parpados mientras Alex seguía invadiendo mi boca, sus rodillas

estaban muy cerca de mi cara, extendí la mano y exploré sus piernas hasta llegar a su larga y endurecida entrepierna. Salivé con la necesidad de tenerlo en mis labios, ladeé la cara y me solté del agarre de su lengua, inmediatamente la replacé con el acero de su erección. Dura, fuerte, sabrosa, lo llevé hasta el fondo de mi garganta y fui recompensada con un gemido oscuro y profundo. Enredó su mano en mi cabello y me empujó hacia él. Dejé de respirar por unos segundos y la excitación se fue al cielo y al infierno, en ambas direcciones y con onda expansiva. El orgasmo estaba impaciente por salir. Unos dedos rozaron el vértice de mis piernas y eso fue suficiente para que el orgasmo derribara la puerta y saliera corriendo de mi cuerpo. Mi gemido sonó ahogado por el ataque de la verga de Alex, se movía desesperadamente adentro y afuera de mi boca, me estaba ahogando, me estaba usando deliciosamente.

Los dedos decididos de Owen se mojaron con mi excitación y humedecieron mi pequeña puerta trasera. Eso no era suficiente, me iba a doler, aunque eso no importaba. Acomodó su gruesa punta y empujó despacio, en cuanto la punta me invadió, me tomó de la cintura y se dejó ir completo, todo él, toda su fuerza, todo el placer.

—¡Sin morder!

Me reprendió Alex haciendo presión en mi cabello. El dolor arriba y abajo de mi cuerpo causaron que volviera a caer en el infinito, unos dedos frotaron el puño de nervios que coronaban mi vientre y el orgasmo se extendió. Estrellas, lunas, planetas, constelaciones, sentí el infinito y más allá.

El cuerpo de Owen cubrió mi espalda y me giró para quedar encima de él sin salir de mi cuerpo, doble mis piernas, me recargué en la cama y lo volví a enterrar profundamente en mí. Su gemido fue libre y amplio, desde el fondo de su ser.

El sudor empezó a perlar mi frente, Alex uso sus manos y retiró las gotas, enmarcó mi rostro y me besó. Ahora si uso labios, succionó los míos y mordisqueó la comisura de mi boca y sus alrededores, mientras Owen seguía bombeando sin descanso.

Con mis manos, cubrí la esplendorosa verga de Alex y la froté en toda su extensión.

—¿La quieres?

Preguntó, empujándose en mis manos. Lo castigué con un apretón e inmediatamente sentí una sólida nalgada castigar mi trasero. Sin querer apreté todos mis músculos, y mastiqué a Owen.

Dejé caer la cabeza hacia atrás y empecé a reír. Era la sensación más bella del universo; me sentía libre, perversa, deseada... amada. Alex me sostuvo del cuello y me penetró con una fuerte embestida. El jadeo de los tres hizo eco entre las cuatro paredes.

—Lo tengo en la punta...

Se lamentó Owen. Guie mi cuerpo hacia atrás, hasta que logré recargar las manos a un costado de Owen y me abrí para ellos. Owen se aferraba a mi cintura desde atrás y Alex se sostenía de mis hombros mientras entraban y salían rabiosamente de mi cuerpo. No tardó mucho en llegar el tsunami de placer, nos arrastró a los tres sin piedad, solo dejó tres cuerpos sudorosos y desmembrados de satisfacción.

Cuando volví a despertar, me hallaba sola en la habitación, adolorida y jodidamente feliz. Fue hasta que escuché alboroto en la cocina que recordé a Sophie y a Kurt. ¡Oh, mis enanos! Sabían perfectamente cómo hacerme olvidar hasta mi nombre. Ya no sentí la dolorosa opresión en mi pecho, esa que se había instalado en mi cuerpo desde que recibí la llamada del hospital en la sala de juntas.

Me liberaron de la tensión, la angustia, el miedo, del torbellino de emociones que provocó el accidente de mis hijos en mí.

Su método de consolación era diferente al de la gente común, y mi manera de aceptar el consuelo, definitivamente no era normal. Aunque, no se podía tener una relación como la de nosotros, si nos comportáramos como todo el mundo. Y para mí, eso era diabólicamente perfecto.

—Gracias.

Le agradecí a Owen en cuanto lo agarré solito, Alex tuvo que salir a la oficina, ya le agradecería más tarde.

—¿Por qué, bruja?

Me dio un beso en la frente y siguió acomodando documentos en la mesa del comedor.

—Por darme tanto placer. Me hacen olvidar todo.

Besé su hombro y recargué mi cabeza en su brazo. Esa sensación de protección que me transmitían, nunca la pensé necesaria, ahora no podía vivir sin ella.

—Mi bruja... Intento ser un buen amante solo para complacer mi propio ego, no

para darte placer.

Me dio un beso de lo más casto y volvió a llenarme de placer.

V

Kaira

Kurt pasó el día sin problemas, los dolores de cabeza no aparecieron y ya manejaba la bota sin ningún problema. La paz duró poco, al atardecer se quejó de un poco de dolor y al cargarlo me di cuenta que tenía temperatura. No era la primera vez que tenía temperatura, pero después del golpe que se llevó en el accidente no quería correr riesgos, además de que la temperatura era un síntoma de infección. Revisé las heridas de su cara y no me pareció ver nada fuera de lo común.

Sin que Owen y Alex se dieran cuenta, me encerré en la habitación de los mellizos junto con Kurt y le marqué a su pediatra. Si los enanos se daban cuenta de que mi chiquito tenía temperatura, era drama seguro. Eso del cuidado les estaba pegando duro, la sobreprotección era una peculiaridad que se les estaba desarrollando con más ímpetu, si eso era posible.

El doctor Lewis era su pediatra desde que los mellizos eran unos bebés, era un poco rechoncho y eso lo hacía ver... pachoncito, siempre daban ganas de abrazarlo. Tenía muy consentidos a mis mellizos, él tenía gemelas y se identificaba con mis hijos. Nunca se negaba a atenderlos, al segundo repliqué contestó.

—Señorita Jones ¿A que debemos el placer?

Una risa tonta sonó por la línea. Lewis era felizmente casado, pero parte de su pachones, era que no dudaba en coquetear. Coqueteaba con todas las mujeres que lo rodeaban: enfermeras, administradoras, madres, tías, abuelas, él coqueteaba inocentemente con todas las féminas. Y todas las féminas caíamos encantadas en su juego, porque era completa y absolutamente inofensivo.

—Tenía ganas de escuchar tu voz. Te extrañaba.

Carraspeó y eso me causó más gracia. Él coqueteaba, pero simplemente no soportaba que uno coqueteara de regreso; enrojecía hasta las pestañas. Casi lo podía ver en su consultorio con fotos de sus hijas y su esposa por todos lados y lleno de color.

—Póngase seria señorita Jones.

Me reprendió con cariño.

—¿Cómo está Sophie y Kurt? ¿Han tenido molestias?

En cuanto tuve oportunidad lo puse al tanto del accidente. Él se hizo cargo de llamar al hospital para que le mandaran todos los estudios de los mellizos y me tranquilizo al informarme que se había hecho lo correcto, que solo faltaba tiempo y cuidado para que Sophie y Kurt quedaran como nuevos.

—Por eso marco. Kurt empieza con un poco de temperatura.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Mmm, no sé. Poca...

—Pareces novata Kaira. Tomale la temperatura, aquí espero.

Entre los mellizos y los enanos me estaba volviendo idiota. ¿Cómo no le había tomado la temperatura? Corrí al baño y busque el termómetro en el botiquín. Al salir del baño escuché que Owen y Alex jugaban con Sophie a tomar el Té. Eso me hizo sonreír.

—Levanta tu brazo, cariño.

Kurt no se veía bien, estaba débil. Levantó el brazo con desgana, fue una pequeña eternidad el tiempo en que el termómetro sonó con el bip, que me decía que estaba listo para darme malas noticias. La angustia que tan atinadamente los enanos habían desaparecido en la mañana, ya había regresado con renovada energía.

—Treinta y nueve, cinco. ¿Qué hago? ¿Te lo llevo o me voy al hospital?

—Primero necesito que te calmes. Ya te estas alterando.

Lewis conocía perfectamente los ataques de mamá gallina que me atacaban sin excepción cuando se enfermaban mis hijos. En varias ocasiones le había tocado darme un calmante por una infección de garganta o de oído de los mellizos.

—Toma un taxi y traémelo. Seguro no es nada.

Terminé la llamada y con manos temblorosas prepare a Kurt para salir. Mi niño ni siquiera se quejaba, solo se dejaba hacer. Lo cargué y me dirigí a la estancia.

—Ahora regreso.

Anuncié en la puerta. Los dos se levantaron de un solo movimiento.

—¿A dónde vas?

—¿Qué le pasa al niño?

En un segundo ya los tenía sobre mí. Alex me quitó a Kurt de los brazos y Owen lo revisaba.

—Tiene temperatura. Hable con el pediatra, ya me está esperando.

No puedo decir que me miraron con odio, porque sería exagerar, aunque solo por poco.

—¿Por qué no hablas?!

Se atrevió a regañarme Alex. No contesté por la urgencia de salir de ahí. Fue un problema, ya que no tenía a Kurt en mi poder.

En menos de cinco minutos ya tenían todo organizado; Charly ya iba en camino por Gamble, Owen esperaba a que llegaran y nos alcanzaba, mientras Alex y yo nos adelantábamos con Kurt al pediatra.

—Voy a contratar más personal.

Me informó Alex camino a la clínica. No quise contradecirlo, estaba más preocupada porque no me ganara la histeria. Kurt estaba dormitando y lo que menos quería es que presenciara la manera en que Alex y yo nos comunicábamos, a gritos, sería una forma de describirlo.

Si Alex tuviera una idea de cómo me las arreglaba cuando estaba sola con Elena, se iba de espaldas. Elena no era de mucha ayuda, y si los mellizos se ponían de acuerdo y se enfermaban al mismo tiempo, era un verdadero caos. No solo me faltaba personal, también me faltaban manos, horas de sueño y dinero en el bolsillo para poder solventar la crisis. En realidad era un alivio no estar sola, y solo por eso se lo pase.

Lewis todavía tenía pacientes en la sala de espera. Me anuncié con la recepcionista y esperé a que nos llamaran.

La sala de espera no se parecía en nada a la sala VIP del hospital Northwestern. No había máquinas de capuchino o pantallas planas del tamaño de un cine. A lo más que llegaba, era a un pequeño televisor que ya había pasado por sus mejores años, con una pila de películas de Disney a un lado y juguetes regados por todos lados con niños regados igual que los juguetes. Revistas sobre maternidad, paternidad, embarazo y todo lo relacionado con el crecimiento de niños, y padres vigilando a los

niños mientras intentaban leer un artículo sobre vacunas, eso era un consultorio real.

—Y también tenemos que buscar nuevo doctor para los chicos.

Lo volteeé a ver con incredulidad. ¡Gruñón era absolutamente insufrible!

—¡No!

—Cariño...

El tono condescendiente terminó de enfadarme. La enfermera al nombrar el nombre de Kurt, lo salvó de un par de gritos. Ya hablaría con él, cuando Lewis me sacara del mundo de la histeria y me informara que Kurt iba a estar bien.

Lewis nos recibió con un par de hoyuelos que se le hacían al sonreír y con los brazos extendidos para que Alex le entregara a Kurt.

—¿Qué le pasa a este campeón?

Lewis ignoró por completo el gruñido y la mala cara de Alex. Cosa que me agrado, Alex cuando quería, podía ser el más déspota de los déspotas, no por nada su nombre era gruñón.

Lewis revisó a conciencia a Kurt bajo la atenta mirada de Alex y el sin fin de preguntas sobre sus estudios y experiencia. Esto no era una consulta, era una entrevista de trabajo.

Finalmente Alex sació sus dudas y dejó a Lewis terminar la revisión con un par de preguntas a Kurt sobre Pokemon. Terminaba de abrochar la playera de Kurt, cuando tocaron a la puerta con insistencia. Ahora era un buen momento para arrepentirme de tener dos parejas. Owen entró sin esperar invitación, se fue directo sobre Kurt y lo arropó con sus brazos.

—¿Qué pasó? ¿Qué tiene?

Kurt se recargó en su hombro y pasó sus bracitos por su cuello. No iba a ver poder humano que separara a Kurt de los brazos de Owen. Se aferraban uno al otro por naturaleza.

—Vamos a tomar asiento.

Nos invitó—ordenó Lewis. Solo había dos sillas, así que me senté junto a Alex mientras Owen mecía a Kurt entre sus brazos a nuestras espaldas.

—Antes que nada, permítanme presentarme. Soy el doctor Lewis, pediatra de

Sophie y Kurt desde que eran unos bebés. ¿Y Ustedes son...?

—Alexander Northman.

Finalmente Alex dejó al inquisidor a un lado y educadamente le ofreció su mano a Lewis.

—Owen Carter.

Lewis levantó la vista y asintió como saludo. Acto seguido volteó a verme y esperó la explicación.

Entre orgullo, felicidad y preocupación, me presente.

—Kaira Jones... y ellos son mi pareja.

Ví la chispa de simpatía en los ojos de Lewis y supe que no iba a dar problemas.

—Finalmente...

Fue su felicitación; Él era uno de los que más me insistía en que debía tener una vida a parte de la de ser madre. Y ahora la tenía por partida doble.

Enserió su semblante, y tranquilizó mi histeria.

—Kurt está bien. No hay infección, ni signos de que este por iniciar alguna. La temperatura puede ser causada como una protesta del cuerpo por el dolor. Voy a aumentar la dosis del medicamento para el dolor y eso tiene que hacer desaparecer la temperatura.

Los tres asentimos como muñequitos de trapo. Esperamos a que escribiera la receta y le agradecemos encarecidamente.

Lewis fue el primero en la lista de los “razonables”. Desafortunadamente fue uno de pocos, ya que la lista de los “irrazonables” creció como la espuma.

—¡No puedes hacer eso! ¡No puedes expulsar a Sophie, porque se te da la gana!

—No es porque “se me da la gana”. Es por seguir las buenas costumbres. Tú puedes llevar la vida que quieras, siempre y cuando no afecte a los demás. Y la interacción de Sophie con los demás niños, alteraría el decente ambiente que tanto trabajo me ha costado construir. Sophie les puede decir a sus compañeritos que tener dos novios es lo correcto, y no lo es.

Sabía que tarde o temprano iba a explotar la bomba de la decencia y buenas costumbres, solo que no previne lo afectados que iban a resultar los mellizos.

—Miss Hertz, por favor. Sophie adora sus clases de natación. No la castigues a ella por algo que es solo cuestión mía.

Aclamé a su lado maternal. Miss Hertz tenía tres hijos.

—¿Esos hombres conviven con la niña?

—Sí.

Ni por un segundo se me ocurrió negar la relación que tenían los enanos con mis chicos. Era la más sana, cariñosa y decente relación que había entre un par de adultos y un par de niños.

—Entonces no es una cuestión solo tuya. Es una cuestión de familia. Yo estaría más preocupada por la seguridad de los niños, que por unas clases de natación. Dios sabrá lo que un par de hombres le podrían hacer a una preciosura como Sophie. ¡Estas enferma! ¡Enferma de lujuria!

Se lamentó. Aunque el lamento debería estar dirigido hacia ella. Su esposo la había engañado y abandonado hacia años, eso no ayudaba a mi causa. Pero nosotros no teníamos por qué pagar los platos rotos de la amargura. Ella nunca retomó su vida, se negaba a divorciarse porque ella se “caso para toda la vida”, y prefería vivir con su amargura, que con un hombre, ya no digamos dos. ¡Pues que le dieran! O mejor dicho, ¡que no le dieran! Ya le conseguiría nueva y mejor escuela a Sophie.

—¿Sabes qué? No importa. Es más fácil buscar otra escuela para Sophie, que hacer entender a una mujer que no ha tenido un orgasmo decente en toda su vida. Si yo te platicara lo placentero que es un orgasmo con dos hombres a la vez, te mueres de envidia. ¿Te parece que estoy enferma? ¿Qué es una “mala costumbre” que tenga dos hombres en nuestra vida? A mí lo único que me enferma, es ver lo infeliz que te hace a ti, ver lo feliz que somos nosotros. ¡Tú y tu escuela se pueden ir a la mierda!

Terminé la llamada y aventé el teléfono a la cama. Como siempre, Alex intentó arreglar el curso del mundo.

—¿Quieres que vayamos a hablar con ella? Podemos llevar a Owen, mientras sea del sexo femenino, él puede convencer hasta a una piedra de que no es piedra.

Me enterneció la oferta de Alex, y con un beso en su mejilla, la rechace. Definitivamente no iba a llevar a mi hija a un lugar donde no era bien recibida, y

donde solo se pensaba en cuadrado.

Yo sabía que mi relación era diferente, que muchos iban a gritar “pecado”. Pecado por arriba, por abajo, por un lado, por otro... Yo de lo único que estaba segura, es que nadie está libre de pecado. Para mí lo importante es lo que está dentro del alma, ser buenas personas con cielo o con infierno. Lo único importante es ser seres humanos racionales, no bestias sin conciencia que se dejan llevar por sus miedos y que a veces son terriblemente crueles.

Si para ella o los que se cruzaran en nuestro camino estaba pecando, entonces ya podían ir sacando las piedras, porque yo iba a seguir pecando. No había cosa más dulce, que nuestro sutil pecado, era sin culpas o restricciones. Nosotros solo éramos tres almas que se adoraban por dentro y por fuera. Justo en la intimidad de la habitación, cuando adorábamos cada parte de nuestro ser, es cuando éramos más humanos, más puros. Los dioses en los que yo creía, no me iban a castigar por mi predilección de a quién amar.

—Mejor vamos a buscar una buena escuela de natación.

Él sabía que yo no estaba del todo feliz. Me envolvió por la cintura e hizo un reguero de besos en mi sien.

—Ya lo dijiste, cariño. Que se vayan a la mierda, vamos a seguir jugando.

Cerré los ojos y me recargué en su pecho, me llené de su seguridad, de su arrogancia. Pues sí, que se fueran al carajo, porque nosotros íbamos a seguir pecando.

Después de unos minutos donde el enfado cedió, llegó la autocrítica.

—Está mal que mandemos a la mierda a la gente. Eso solo demuestra que somos unos engreídos y arrogantes.

Lo regañé y me regañé.

—Mira, cariño. Sí. Somos altivos, engreídos, arrogantes y nos quedamos cortos. Pero cada una de las cosas que tenemos, las hemos sudado. Porque Grupo Carter no se ha mantenido de la nada, incluso Owen que con solo estirar la mano podría tener lo que desee, ha trabajado como burro para otras personas, y todo lo hace desinteresadamente, solo por ayudar. Ya no hablemos de ti, que aparte de trabajar, tiene que soportarnos. Eres la que lleva la peor parte. Así que por cosecha, tenemos todo el derecho de mandar a la mierda.

Me empecé a reír, y él me siguió.

—De hecho sí. Es espantoso tener que soportar a dos enanos arrogantes, dominantes, celosos, extravagantes y feos como un par de sapos.

Que me hacían increíblemente feliz, y que cuidaban de mí y los mellizos como los grandes. No quise elevar más su ego, y lo último lo guardé para mí. Enredó su mano en mi cabello y obligo a mi cabeza ir hacia atrás. Cuando su mirada se conectó con la mía, el mundo se detuvo.

—Este enano te quiere más de lo que alguna vez se imaginó. ¿Eso sirve de algo?

Eso servía por todo. Los amaba tanto que hasta ahora iba conociendo la intensidad de mi ser. Elevé mi cuerpo hasta que logré llegar a mi cometido, sus labios me dieron la bienvenida y me olvidé de Miss Hertz y su falta de orgasmos.

No solo buscamos una buena escuela de natación, encontramos la mejor. En cuanto Sophie estuviera lista para retomar sus clases, la esperaba uno de los mejores entrenadores del país. De ahí a las olimpiadas, eran solo dos brazadas.

VI

Alex

—No vamos a discutir sobre esto. Simplemente lo vamos a hacer.

—No. Yo di...

—¿Dime qué es lo que te preocupa?

La interrumpí. No había nada que discutir, la seguridad de la escuela era pésima, debieron llamar a Kaira para preguntar si Elena podía sacar a los niños de la escuela. Si hubieran hecho algo tan sencillo, mis hijos se hubieran ahorrado un montón de dolor.

—Esta escuela la conozco. Tienen el programa de “Familias Diferentes”, ayudan a los chicos... Nadie se burla de ellos porque tienen una Ami y la Ami tiene dos hombres viviendo con ellos, y además, ninguno es su papá.

¡Joder con lo de que no eran mis hijos! Ese era el problema... La gente.

—Primero; Podemos contratar a la psicóloga de la escuela para que siga ayudándonos, a nosotros, porque Sophie y Kurt están perfectos. Si alguien necesita ayuda, somos nosotros.

Ella en particular.

—Aunque estoy seguro que debe haber gente más calificada.

Kaira hizo una mueca de disgusto y preferí seguir antes de que despotricara.

—Segundo; No debes preocuparte por ningún dictado social. Tenemos tanto dinero que solo con vernos, las puertas se abren. Lo que es inaceptable para la gente “normal”, para nosotros es sencillamente... normal.

—Yo soy alguien normal.

Rezongó por mi altivez.

—No. Tú eres nuestra mujer, y nosotros vivimos para amarte y protegerte. Y no solo a ti, Sophie y Kurt van por delante.

Cuando le reforzaba mi amor, era claro como sus tropas simplemente bajaban los fusiles y emprendían la retirada.

—Tienes que estar consiente, que nosotros los vamos a proteger con nuestra propia sangre. Esos niños son nuestros, como si nosotros los hubiéramos engendrado... aún más que eso.

Vi como el corazón de Kaira se contraía.

—Ahí de aquel que se atreva a contradecir a mis hijos.

Reafirme para rematarla, aunque no pude evitar la rudeza de mi voz. Y era cierto, si alguien tocaba a esos niños o a su madre, lo mataba. Simplemente lo mataba. Y sabía que Owen pensaba igual.

—¿Me dejas pensarlo?

Preguntó ya más convencida. Asentí con una sonrisa. Ya la tenía en la bolsa.

Le di exactamente veinticuatro horas. Solo que ahora esperé por la llegada de Owen.

—Brujita...

Owen usualmente se mantenía al margen de las discusiones, él prefería las reconciliaciones.

—Estoy de acuerdo en esto con Alex. Debemos ver las escuelas y darles una oportunidad antes de decir no.

Kaira bajó la cabeza y me sorprendió ver lo mucho que la opinión de Owen la afectaba.

—Todo depende de los niños, si ellos dicen si, lo podemos hablar.

Visitamos varias escuelas antes de encontrar algo que llamara la atención de Kaira. “Demasiado privada”, “Demasiado vieja”, “Demasiado estirada”, “¿Viste a los niños? Todos se veían infelices”. Había excusa para todas y de todo tipo, hasta que Diana nos recomendó la escuela de sus hijos y nos salvó de otras batallas.

Últimamente Diana y “las chicas” mantenían una comunicación constante con Kaira, me agradaba la idea de que Kaira tuviera alguien de nuestro mundo a su alrededor; aunque era un arma de doble filo, tan nos podían ayudar —como con la escuela—, como la podían corromper todavía más, “las chicas” no sabía lo que eran

los límites.

El colegio Kent del Chicago. Amplias instalaciones interiores y exteriores, que incluían trece campos de juego, ocho pistas de tenis al aire libre, un campo de cross —country y la que nos dio el punto ganador, una piscina de seis carriles con tableros de buceo y cronometraje electrónico.

La seguridad era tipo servicio secreto, incluyendo el acceso en barco del río y cada uno de los senderos. Tanto el profesorado y los estudiantes se veían “felices”, cosa que agrado a una más abierta Kaira. El programa educativo garantizaba la entrada a las mejores universidades del país y los niños no sólo recibirían una educación excepcional, sino también las habilidades y la confianza para tener un impacto en el mundo. Eso decía el eslogan y yo no era nadie para no creerles. Por supuesto hice una investigación a fondo antes de hacerle caso a Diana e incluirla en la lista de “posibles”, y al parecer no mentían.

Concertamos una cita con los directivos del colegio, y los mellizos al día siguiente. Con una pequeña donación que incluía muchos ceros, se podía arreglar el que iniciaran casi terminado el ciclo escolar, ahora solo faltaban los mellizos.

Sophie y Kurt ya estaban desesperados de estar encerrados en casa. Para ellos un gallinero o el mejor colegio de Chicago, iba a estar bien. Y así fue; Se mostraron felices de ver yardas y yardas de césped verde y cuidado. Les dieron un pequeño tour de las instalaciones y salones, y para beneplácito mío, empezaron a desenvolverse con naturalidad. Inclusive Kurt, que solía ser más reacio.

Llamaron mucho la atención entre los estudiantes por ser mellizos y por qué no decirlo, ¡eran perfectos! Inteligentes, carismáticos, bien educados. Podía seguir enumerando sus cualidades y la lista no terminaría.

Contando el accidente, que para ellos había sido una gran aventura, y con las botas de robocop como prueba del gran acontecimiento, se ganaron a todos. Al entrar al auto no paraban de preguntar cuando empezaban y si les íbamos a comprar los uniformes tan bonitos que todos tenían.

Kaira ya no discutió, solo me dio una mirada que decía: “Ganaste la batalla, pero no la guerra”. Yo solo subí los hombros quitándole importancia y me centre en disfrutar la gran victoria, ya los tenía en mis dominios; La vigilancia era estrecha, el profesorado era de lo mejor y los niños estaban felices. Partida para mí.

VII

Kaira

Pasaron tres semanas en los que los chicos estuvieron en casa bajo mi cuidado, tres semanas que dejé completamente el trabajo, no me entere de juntas, de peticiones, de nada... Y a decir verdad, no la pase nada mal. Tenía varios años trabajando, o preocupada por el trabajo, ya ni siquiera recordaba lo que era no trabajar. Fue extraño, y más aún cuando llevamos a los mellizos a su primer día de escuela, se veían divinos con sus uniformes. Los dos usaban corbata, chaleco y saco, lo único diferente era que Sophie llevaba una falda tipo escocesa y Kurt pantalón, todos los adjetivos eran pocos: adorables, preciosos, lindos, tiernos... Owen les tomó tantas fotografías como le fue posible. Los tres los llevamos hasta la puerta del colegio y cuando finalmente desaparecieron atrás del enorme portal de roble, las hormonas aparecieron, solté a llorar.

No era que no confiara en la escuela o en los cuidados que les iban a brindar, era simplemente que empezábamos una nueva vida y yo no estaba ahí para supervisar sus pasos... fue muy extraño, muy hormonal. Tal vez porque acabamos de salir de un accidente que me los pudo haber arrebatado, pero me sentía muy aprensiva con ellos. Por un segundo consideré quedarme en casa.

—Cariño, no me hagas esto. Tengo una junta en veinte minutos.

Alex estaba hasta el cielo de trabajo. Y el estrés en su voz me decía que no podía dejar de ir a trabajar.

—Vete, vete, me quedo con Owen.

Owen alcanzó mi mano y me acercó a él, escondí la cara en su hombro y me aferré a su cuerpo. Entre murmullos escuché que Alex le daba mil recomendaciones, y que Owen lo despachaba con cada una de ellas. Mi gruñón y mi dormilón...

Finalmente sentí un beso en el cabello.

—Quedate con Owen hasta que te sientas mejor.

Asentí sin despegarme de Owen.

—Te quiero.

Alcané a decirle antes de que subiera al auto, un “yo más” ensombrecido fue mi recompensa. En cuanto vi que el auto avanzaba, los sollozos se volvieron más intensos. Un sentimiento de abandono me poseyó, era ridículo, pero no dejaba de sentirlo.

Owen me dio tiempo, solo me arrulló y acarició el cabello sin descanso. Fue hasta que cerramos la puerta del departamento y que me volviera a envolver con su cuerpo, que hablo.

—¿Qué pasa?

Debía parecer un sapo con los ojos hinchados y la nariz roja de tanto llorar.

—No me veas, deja me arreglo un poco.

Owen era un hombre muy guapo, no quería que me viera toda hinchada.

—¿Por qué lloras? Sophie y Kurt están bien.

Y para acabarla de joder, quería a mis hijos como si fueran suyos.

—Lo sé... yo soy la única loca.

—Eso no te lo refuto, pero puedo preguntar qué es lo que hizo que saliera tu verdadero yo.

Le di un pequeño manotazo en el brazo y me escondí todavía más en su cuello.

—Nada, a veces me ganan las hormonas.

Evité decirle sobre mis pensamientos hogareños, no quería darle malas ideas y que lo comentara con Alex. Entre los dos podían convencerme de quedarme en casa, descalza y cocinando.

—Además, hoy amanecí horrorosa, toda hinchada y loca.

—Loca si, horrorosa nunca. Eres la mujer más bella que existe.

Acarició mi mejilla con sus nudillos y me apretó a él. Era casi doloroso su agarre y a mí me parecía de lo más romántico. No cabía duda que de verdad estaba un poco loca.

—Me ves con ojos de amor; Estoy muy bocona, mis dientes son muy pequeños, tengo una condenada cadera difícil de esconder... Me fio de la ropa y el maquillaje para verme un poco decente.

Se empezó a reír y no supe distinguir si era de mi o conmigo.

—Sí, tienes razón. Una boca que está hecha para besar y coger hasta que uno pierde la razón, unos dientecitos que muerden maravillosamente, una cadera que cada vez que se mueve llena mi verga y ni hablar de esas esmeraldas, esas cuando te ven, te embrujan. Una altura, unas piernas, una cara... más vale esconderte con la ropa y el maquillaje, sino queremos vernos arrastrados por la manada de fans que tienes. Si, tienes razón, te veo con ojos de amor.

El tono irónico que uso, no escondió lo que realmente sentía. Con todo y mi boca y mi cadera y mi pequeña altura, yo estaba hecha para satisfacer y querer a mis enanos. Y solo como agradecimiento por consolarme y levantarme la moral, me le fui a la yugular; le hice el amor hasta que olvido su nombre.

VIII

Alex

La primer semana de escuela resulto caótica, nuevos horarios, nuevas tareas, nuevos amigos, la lista seguía y seguía. Afortunadamente Kaira aceptó la ayuda de Tina y el pequeño departamento no se volvió campo de batalla.

Lo único que necesitábamos era espacio. Extrañaba las comodidades, pero no se me ocurrió ni por un segundo pasar una noche fuera de la cama de Kaira. Owen lo intentó un día y regresó a media noche malhumorado. Sin cruzar palabra con Kaira o conmigo, dio una visita rápida a la habitación de los mellizos y se metió a la cama dándonos la espalda.

Kaira pasó uno de sus brazos por su cintura y después de susurrar un “Buenas noches”, le dio un beso en la espalda. El cuerpo de Owen se desinfló, cuchicheó un “te quiero” y se durmió inmediatamente. El pequeño espacio se transformó en nuestro pequeño mundo, donde nos sentíamos completos, donde éramos uno mismo.

Eso no me detuvo para volverle a pedir a Kaira un cambio de casa.

—Son muchos cambios para los niños. No quiero. Ya te cedi lo de la escuela...

—A los mellizos les ha gustado.

La interrumpí esperando que se diera cuenta, que de mi cabeza solo brotaban buenas ideas. Además de que era cierto, Sophie y Kurt se adaptaron rápidamente. ¡Quien fuera niño!

—Y por eso he cedido.

—Brujita.

Contaba con que Owen volviera a hacer su magia. No funciona.

—Ni Brujita, ni cariño, ni chicles. Esta es la casa de los chicos y aquí nos vamos a quedar.

Fin de la historia. Un hombre tiene que saber cuáles son las batallas que puede ganar, y esta no era una de ellas.

IX

Kaira

—No me encanta la idea. No tiene grandes estudios, no está certificada en nada y su habilidad de hablar español, no es gran cosa. Mal haría en no hablar español, si es de México.

¡A mí me encantaba la idea! Era la mejor opción por mucho. Vimos muchas candidatas para nana de los mellizos, con muchos títulos y certificaciones, pero nada comparado con la sonrisa sincera y abierta de Conchita. La entrevista fue entre inglés y español, Conchita manejaba perfectamente los dos lenguajes y me garantizaba que Sophie y Kurt aprendieran el idioma. Ya Charly había hecho una investigación de sus antecedentes, las recomendaciones eran de lo más favorables y la vibra que me dio era, genial. En cosas tan importantes como quién cuida a tus hijos, te tienes que guiar por el instinto, y el mío gritaba ¡Conchita! Incluso Alex y Owen se relajaron con su energía, el único inconveniente que yo veía, es que los enanos no entendían ni pizca de español. Era un inconveniente para ellos, para mí era un aliciente para contratarla.

Les di un beso en la mejilla y salte de la cama. Tenía que cambiar de tema y se me acababa de ocurrir el tema perfecto.

Nunca lo iba a aceptar, pero Alex y Owen tenían razón. Era imposible que viviéramos en el departamento, y mucho menos con el personal divagando por las tres habitaciones.

—También sé que necesitamos cambiar el horario del baño. Así no está funcionando. Faltan cinco minutos para que oficialmente se nos haga tarde, y todavía no me baño.

Me quejé cruzándome de brazos y sentándome en la cama esperando que uno de los mellizos se dignara a salir del baño.

—Aun con los dos baños, las mañanas van a ser caóticas.

—Más bien, necesitamos otro baño. Esos dos no son lo suficientemente grandes como para que nos podamos bañar los tres.

Explicó frunciendo la nariz Owen.

—Estoy con Owen en eso.

Alex me cargó y de un solo movimiento me sentó entre sus piernas, la bata se abrió y expuse un poco más de carne de la debida. A Owen le brillaron sus preciosos ojos azules y supe que si no salía corriendo de ahí, oficialmente se nos iba a hacer tarde.

Mas valía ponernos serios.

—Enanos, estaba pensando...

Lo dude un segundo, no quería sonar desesperada o más loca. Yo era la que se había negado a un cambio de casa y un día después, cambiaba de opinión. Bueno, es de genios cambiar de opinión.

—Tal vez, ya es hora de que vivamos juntos... Sé que solo faltan un par de sus cosas, pero me gustaría hacerlo oficial. Tal vez comprar un lugar más amplio... Sé que les digo enanos, pero les aseguro que no lo son. A duras penas cabemos en este departamento.

No sé si fueron los nervios o que les estaba pidiendo que vivieran conmigo, pero simplemente no me pude callar.

—Sería lindo tener un lugar que realmente nos pertenezca a los cinco, algo de nosotros. Por supuesto lo compraríamos entre los tres, no sé ustedes, pero resulta que últimamente soy una mujer con mucho poder adquisitivo.

—¡No! De ninguna manera vas a pagar nada. Yo lo pago.

Se quejó Owen.

—Ey, ey, ey, calmate junior. Si alguien va a pagar, ese soy yo.

¡Dioses, qué cavernícolas! Como vi que yo estaba de más, intenté levantarme.

—¿A dónde?

Me regañó Alex apretándome a su cuerpo.

—Tengo cosas que hacer, no tengo tiempo de esperar a que saquen los garrotes y empiecen a medirlos para ver cuál es el más grande.

—El mío, por supuesto.

Se apresuró a decir Owen. Los tres sonreímos liberando un poco de tensión. Me

había salido con la mía, Conchita ya se podía dar como contratada.

—Olvídense de quién paga.

Estiré la mano y atraje hacia mí a Owen. Me ladeé un poco y pude ver las dos caras de los hombres más bellos del planeta.

—Les estoy pidiendo que vivan conmigo. ¿No les importa?

—Cariño, ya vivimos contigo.

Explicó Alex con ternura.

—Si volteas a tu alrededor, hay pilas de ropa por donde quiera porque simplemente no cabemos. Pero ya estamos aquí, ya lo hicimos.

¡Uy! Creo que la que no se había enterado, era yo. Levanté las manos y toqué sus poderosos pechos. Enseguida sentí como subía la temperatura, les di un beso en la mejilla a cada uno y de un brinco salí de la cama. Los mellizos no podían llegar tarde a su nueva y pomposa escuela.

—Obviamente tenemos mucho de que platicar, pero ¿puedo ir viendo opciones?

Pregunté a un paso de la puerta.

—Las que tú quieras cariño. Lo que tú quieras.

Contestó por los dos Alex. Salí de la habitación resplandeciente, ¡Carajo, que bien me sentía! Y mejor aún, ya no volvieron a tocar el tema “reencuentro familiar”, ya me ocuparía de eso... cuando el infierno se congelara.

X

Kaira

Desde que sentí a Sophie y a Kurt en mi vientre por primera vez, solo he tratado de hacer lo mejor para ellos. Pensar en su bienestar, en su felicidad, es lo que me ha impulsado y detenido. La única decisión egoísta que me permití, fue la presencia de Owen y Alex en nuestras vidas. Y la prolongué porque los mellizos parecían felices, no solo parecían, eran felices.

Owen los hacía disfrutar, reían con él. Alex los impulsaba, los hacía pensar. Y sin lugar a dudas, los dos los amaban, era algo que no se podía actuar, era de corazón. En Alex más natural que en Owen, y en Owen más demostrativo que en Alex, pero los dos amaban a mis hijos sin lugar a dudas. Por eso no me sorprendió en absoluto su petición...

—Queremos adoptar a Sophie y a Kurt. Queremos que lleven nuestro apellido, que sean nuestros por todas las de la ley... Si ellos quieren, claro.

Si ellos quieren... esa era la gran cuestión. Hacía mucho que no preguntaban por su padre, esas preguntas incómodas se terminaron con la llegada de Owen y Alex en nuestra vida. Era como si hubieran llenado un hueco, que aunque trate de ocultar, ahí estaba. Ahora nuestra vida era completa, llena, sin huecos o ausencias. Teníamos todo.

Y sin embargo, creía firmemente en que todos tenemos el derecho de saber cuál es nuestro origen, y no quería privarles ese derecho a los mellizos. A la larga creía que negarles el derecho de ese calibre, o decir una mentira para que hicieran lo que yo quisiera, lo único que iba a causar, era dolor.

Tenía que consultarlo con ellos, no decidir por ellos. Porque si por mi fuera, mis hijos se apellidarían Nothman-Carter desde que puse los ojos por primera vez en Owen y Alex. No había razones para que estuviéramos otra vez solos, yo no me podía casar con ellos, sin embargo, si podíamos unirnos más. Y no veía mejor lazo, que uno llamado Sophie y Kurt. Ese lazo era reforzado.

Así que aquí me hallaba, sufriendo, sudando de angustia y viendo a mis hijos directo a los ojos para decirles que mis enanos los reclamaban como suyos.

—¿Y Owen y Alex?

Preguntó Kurt peleándose con el popote para meterlo en el diminuto agujero del jugo. Mi hijo siempre encontraba la manera de preguntar por ellos sin que pareciera gran cosa.

—Están trabajando.

Fue mi escueta respuesta. No quise hondar en el tema y decirles que Alex y Owen estaban pegados al teléfono afuera del departamento escuchando cada detalle de nuestra conversación. Verifiqué nuevamente que mi celular estuviera en speaker y me centre en ellos.

—Quiero aprovechar y hablar con ustedes ¿Esta bien?

Kurt asintió, Sophie finalmente dejó de dar vueltas por la estancia —ya le habían retirado la bota de robocop y lo estaba celebrando sin parar de moverse—, y se sentó junto a su hermano. No tenía idea de cómo iba a empezar con esto, no sabía cómo decirlo sin influenciar en ellos. Mis hijos eran lo suficientemente inteligentes para hablar con ellos de temas tan importantes como la paternidad, la que no tenía idea de cómo lidiar con ello, era yo.

En realidad no necesitábamos de su consentimiento, eran menores de doce años, como su madre biológica yo podía decidir por ellos. Incluso a sabiendas, que cuando se trataba de mis hijos necesitaba apoyo total -no me quería imaginar si volvía a suceder un accidente ¡Me volvería loca! ¡Más loca!-, me atreví a decidir por ellos. Eso era menospreciar sus deseos, y simplemente no iba a suceder. Pero nadie me negaba el derecho a tener esperanzas, el que los enanos quisieran adoptar a los niños, me daba la seguridad de que si me ponía histérica, ellos iban a tener la cabeza fría para reaccionar.

Saqué el aire y me tiré por el abismo de preguntas que seguramente no iba a saber cómo responder.

—Hace poco me di cuenta que hay muchos cambios por aquí, y quería ver cómo están, ¿Están bien?

Mi intento de ser “cool”, solo quedo en eso, en intento. Me tembló la voz, el cuerpo y hasta el cabello.

—Tenemos más juguetes.

Celebró Sophie.

—Sí, los juguetes están bien... Pero me refiero a la gente, esta Gamble, Conchita, Tony, Tina... Es mucha gente nueva, ¿Están bien con eso?

Los dos asintieron sin dudar. Se me acababa el tiempo, Sophie empezó a brincar en su asiento y Kurt a ver a mis espaldas, eso quería decir que empezaba la urgencia para ir a leer en su habitación. No me dejaron más remedio que ser directa.

—¿Y Owen y Alex? ¿Qué les parecen?

Sophie dejó de brincar y regresó la atención de Kurt. Me dio gusto, mis enanos también eran importantes para ellos.

—Bien.

Aventuró Kurt.

—Ellos los quieren mucho, ¿Saben? Como sus hijos...

Lo dejé caer suavemente, aunque directo. Mi corazón retumbaba en mi pecho a punto de salirse.

—¿Crees que ellos nos quieren?

—¿Como si fueran nuestros papás?

Intenté pasar el nudo que estaba en mi garganta y no me dejaba contestar. La esperanza en su voz me recordó que mis chicos eran unos niños, unos niños normales con necesidad de ser queridos, atendidos, y que por más que intenté darle valor y seguridad a sus sentimientos, no pude evitar que tuvieran ese sentimiento de pérdida y aflicción que cualquier niño de madre soltera tiene.

Alex y Owen me salvaron de mi misma al entrar en ese momento al departamento, se fueron directo a nosotros y sin preámbulo abrazaron a mis hijos... a nuestros hijos.

—Los queremos no como si fueran, los queremos como nuestros hijos.

Alex se aferró a Kurt y Kurt lo sostuvo. Mi control cayó en picada al ser testigo del cariño que se transmitían.

—¿Y si los adoptamos?

Les sugerí a los mellizos entre lágrimas.

—Ellos están solitos y los queremos. Podríamos adoptarlos.

La respuesta fue inmediata.

—¿Quieres ser mi papi, Owen?

Sophie tenía en sus manos la felicidad de dormilón. Owen tenía los ojos brillosos y llenos de ternura cuando contesto:

—Sería un honor, princesa.

Kurt no tuvo necesidad de externar las palabras, solo basto con una mirada a Alex, para que este le respondiera con una sonrisa y asentamiento.

El tipo de adopción que íbamos a hacer era la más común. Ya que yo era su madre biológica, era un poco más simple que los otros tipos donde tenías que pelear con agencias, leyes y burocracia que solo martirizaban cuando realmente lo único que querías era amar con toda tu alma a una personita. Nosotros ya teníamos a las personitas, solo era un trámite que hacia oficial que los padres de mis hijos se apellidaban Nothman-Carter.

Aun siendo la más común de las adopciones, teníamos que cubrir muchos trámites, empezando por el pequeño detalle del matrimonio. Yo no tenía intención de casarme, aunque ya tenía claro quién iba a ser los padres de mis hijos.

No deseaba casarme por un simple detalle ¿Con quién? Para mí, el amor era igual hacia Alex y Owen, no amaba a uno más que al otro, mi corazón estaba dividido justo en dos y casarme con uno, era... injusto.

Lo segundo y definitivamente lo más molesto, es que teníamos que buscar al padre biológico de los mellizos. Como era una adopción por padrastro o pareja de hecho, la corte tenía que dar por terminados los derechos de paternidad del otro padre biológico.

—A menudo, el otro padre biológico acepta la adopción sin problema.

Nos aseguró Kass, que se especializaba en derecho familiar y que para nuestra fortuna, su bufet era el mejor en el ramo. Era un plus que perteneciera al círculo de amistades más cercanas de los enanos, y ahora mío.

En otros, la corte tenía que dar por terminados los derechos de paternidad del otro padre biológico, aunque éste no esté de acuerdo. Esto era muy serio, y por lo tanto la corte no lo hacía sin que el otro padre biológico sepa lo que está pasando y tenga la oportunidad de ir a la corte y contar su lado de la historia al juez. Eso me bajó un poco el entusiasmo, definitivamente no me gustaba la idea de que la otra parte

contara su historia, o peor aún, que se le ocurriera negarse y reclamar sus derechos sobre mis hijos. A punto estuve de cancelar todo el trámite.

—No te preocupes, yo me ocupo de eso. En menos de que te lo imaginas, la corte dará por terminados los derechos de paternidad. Sophie y Kurt ya son nuestros, nadie va a venir y reclamar algo que ya es de nosotros.

Me tranquilizó Alex. Dejé ir mis miedos y permití que Alex se hiciera cargo de la burocracia.

La verdad es que después de un par de noches hablando con mi almohada, imagine cómo sería si la situación fuera al revés. Yo no querría que el otro padre de mi hijo y su nueva pareja dieran por terminados mis derechos sin que yo supiera nada.

¡Claro! Que yo nunca abandonaré a mis hijos y seguiré mi vida como si nunca hubieran existido. Dejé de pensar en eso y me enfoqué en la alegría que demostraba Sophie cada vez que repetía su próximo nombre enfrente del espejo.

—Soy la princesa Sophie Nothman-Carter Jones. Encantada de conocerlos.

Repetía con caravana y todo, a un siempre atento espejo. Kurt era más práctico.

—Entonces si alguien me pregunta cómo me llamo. Debo decir, ¿Kurt Nothman-Carter Jones? ¿Todo junto?

—Eso me temo campeón. Eso pasa cuando tienes tres padres, son muchos apellidos.

Se disculpó Alex.

—Si te sirve de consuelo, todavía falta un tiempo para que tengas que decir tooodoos los nombres.

—¿Por qué? A mí no me importa decir todos los nombres. Solo preguntaba para saber.

Se apresuró a explicar Kurt, como si Owen o Alex se fueran a arrepentir de su decisión.

—No, no...

Alex lo abrazó y lo acunó de una manera protectora, única. Y por supuesto mi corazón se contrajo. Últimamente mis emociones solo causaban que lagrimearía, me estaba convirtiendo en una llorona. Eso pasa cuando tienes todo, te vuelves frágil, porque te vuelves consciente que en cualquier momento, todo puede desaparecer.

—Para nosotros te apellidas desde ya Nothman-Carter Jones. Pero en papel todavía falta, es un trámite largo y tedioso.

Se quejó desdeñosamente Owen.

—¿Pero lo importante es lo que nosotros sepamos, no?

Preguntó Kurt, con obviedad.

—Sí.

Le afirmó Alex con una gran sonrisa. Owen le dio un beso en la cabeza y mi corazón se hinchaba e hinchaba. Tenía que controlarme o en cualquier momento explotaba.

—¿Me avisan cuando ya le pueda decir a los demás que soy Kurt Nothman-Carter Jones?

A Alex le estaba ganando la emoción, asintió varias veces sin decir nada, solo apretaba los labios controlando la emoción. Owen simplemente cubrió la mitad de su cara con una de sus manos y asintió viendo al techo ¡Eran un par de sentimentales!

—Si amor, nosotros te avisamos cuando puedas decirle a los demás.

Respondí por ellos. Mi chico le dio un beso a Alex en la mejilla, después a Owen y por ultimo uno a mí. Justo en el momento que se alejaba de mí, susurró:

—Gracias.

¡Carajo! Mis lágrimas salieron desplegando todas y cada una de mis emociones. No supe si fue un “Gracias” por la explicación, por preguntarles, porque lo quería con toda mi alma, o simplemente porque le había conseguido no solo uno, sino dos papás que lo iban a querer y proteger con todo su ser.

XI

Owen

Sonó su teléfono y contesté, no lo pensé, simplemente contesté. Nadie respondió. Repetí varias veces el internacional “¿Bueno?”, y nadie contestó. Aunque había alguien al otro lado de la línea, se podía escuchar una respiración. En un principio pensé en Elena que buscaba a los mellizos, a punto estuve de colgar, pero algo me detuvo. La respiración... la respiración era fuerte, gruesa. Era un hombre.

—¿Bueno? ¿Quién es?

Alex se acercó por mi grito e hizo la pregunta muda con un levantamiento de cara. Colgué y apreté el jodido aparato. Las manos me hormiguearon por los celos. ¡Maldito veneno!

—¿Quién era?

—Nadie

Me arrebató el teléfono de Kaira y se lo llevó al oído como si la persona lo estuviera esperando en la línea. Cuando lo bajo para revisar la llamada, el maldito cacharro sonó nuevamente. Nos agarró fuera de balance y los dos brincamos. ¡Jodido teléfono!

—¡¿Quién habla?!

Solicito sin miramientos Alex.

—Quien quiera que sea. No vuelva a llamar al número de mi mujer.

Colgó y apretó el aparato hasta que sus yemas se tornaron blancas.

—Número privado. ¿Quién le llama de un número privado?

Tenía razón Kaira al decir que Alex era más celoso que yo, a mí me hormiguearon las manos, a él le hormigueaba el cuerpo entero.

—¡Joder!

Gruñó al darse cuenta que no había manera que el aparato nos diera un número.

—¿Qué hacen?

Kaira usaba un minúsculo short de mezclilla, una playera de algodón blanca que exponía uno de sus hombros y el cabello sostenido con un clip en la parte alta de la cabeza, su precioso rostro estaba enmarcado con pequeños rizos que caían distraídos aquí y allá. Con la cara lavada sin una gota de maquillaje y el cabello revoltoso, era la mujer más perfecta del universo, y no solo de uno ¡De todos los universos!

Me abrazó por la cintura y se recargó en mi hombro, estiró la mano y tomó la de Alex, se la llevó al pecho y nos unió. El mundo podía detenerse, nada importaba si la teníamos así. Antes de que pudiéramos contestar, el timbre del teléfono volvió a sonar. Ni Alex, ni yo hicimos el intento de esconder el hecho de que estábamos contestando su teléfono, era una intrusión a su privacidad a toda regla. Únicamente guardamos silencio y esperamos una explicación, que Kaira no sabía que tenía que darnos. ¡¿Quién demonios le hablaba?!

La bruja al ver que no nos movíamos, le quitó su teléfono a Alex y contestó.

—¿Bueno?

La voz de Kaira era muy sexi, era una mezcla de tequila, sexo y pecado. La mirada de Alex y la mía se cruzaron, y pude ver en sus ojos lo que yo estaba pensando. Era un hombre y estaba en busca de nuestra mujer. ¿Nos estaba engañando? No. Ella no era de ese tipo. Ella no era capaz de algo así... ¿O sí?

No nos dio una explicación, a ella tampoco le respondieron. Colgó y nos amenazó con el teléfono en la mano.

—No vuelvan a contestar mi teléfono. Recuerden: Que el que busca, encuentra.

Aunque lo acotó sonriendo, nos dejó con un muy mal sabor de boca. Fue la primera vez que no la seguimos cuando salió de la habitación.

XII

Alex

—“Se ha demostrado que los hombres que se involucran más en las tareas cotidianas de educación, cuidado, limpieza y alimentación de sus retoños ofrecen menos niveles de estrés”.

Leyó Owen. Después del par de llamadas sin respuesta que nos dejó rechinando los dientes, preferimos quedarnos escondidos en la habitación. Sophie y Kurt ya estaban dormidos y Kaira hablaba con Conchita y Tina, desde la habitación se escuchaban sus risas, sin ser consiente, Kaira nos dio tiempo para que el nivel de celos volviera a ser razonable.

—“La paternidad tiene incluso, un efecto casi clínico sobre algunos conflictos personales”. Tendría que haberle dado este libro a mi padre.

Nos empezamos a reír mientras intercambiábamos libros. El amor que sentíamos por Kaira era inmenso, casi enfermizo. Pero el amor hacia los mellizos era infinito, responsable, no podíamos cagarla, no había espacio para errores. Por eso es que compramos un cargamento de libros sobre paternidad.

— Aquí te hablan, Owen. “Según James Levine, director del Proyecto Paternidad de Manhattan, muchos hombres reviven sus experiencias biográficas mientras sus hijos crecen. Un correcto control de las emociones paternas puede conducir al restañamiento de heridas sufridas en la infancia o la juventud por el padre. Quizás sea éste el motivo que expliqué por qué muchos hombres se reconcilian emocionalmente con sus padres después de haberlos convertido en abuelos”. De aquí directo a hablar con papi y pedir su bendición, junior.

—¡Eres una mierda, Alex!

Recibí el puñetazo con aplomo, tanto Owen como yo teníamos claro que Charles no tenía remedio. Hay personas que sencillamente tienen el alma podrida, que son egoístas y egocéntricas por vocación y para infortunio de nosotros, disfrutábamos de la compañía de varios. Charles mantenía su distancia, mientras no le faltara el dinero, él estaba controlado. El problema es que no todas las personas se conformaban con dinero, Dana cada vez estaba más enferma, y si no encontraba una

manera de controlarla, iba a perjudicar a mis hijos y a Kaira. A Viri ya no podía protegerla, ya la tenía como madre.

“Pero sin duda, los que más se benefician de la presencia de papá son los hijos. Todas las investigaciones demuestran que los progenitores, no importa cuál sea su estado social, cultural o económico, pueden jugar un papel crítico en el desarrollo de sus hijos. Cuando el padre se responsabiliza de la crianza en igualdad de condiciones que la madre, el crío aprende más, disfruta de mayor éxito académico y exhibe un comportamiento más saludable que cuando es sólo la madre la que realiza esa función. Esto tiene efecto incluso en los casos de padres separados que no comparten hogar con sus retoños, pero siguen de cerca su evolución y se preocupan de su cuidado”. Terminé de leer y la culpa cayó como loza en mi espalda.

—Soy una mierda.

—Te digo...

Parloteé Owen sin ponerme mucha atención. Estaba sumergido en la lectura, cada día su compromiso con los mellizos aumentaba, ayudaba con tareas, con proyectos, jugaba con ellos. La paternidad lo estaba cambiando, y para bien.

—Esta semana no fui a ver a Viri.

La desgana de mi voz llamó su atención, porque enseguida me justifico.

—No puedes estar en todos lados. Escucha: “El rango de herramientas que el padre utiliza para ejercer su influjo es inmenso, desde la caricia al bebé, hasta la pelea dialéctica con el adolescente”. Tú siempre has estado con ella, por una semana que no la veas, no va a pasar nada. Ya la acariciaste cuando era un bebe.

Su justificación era una mierda. Y de todos modos me sirvió como consuelo. Me prometí abrazarla y chiquearla la próxima vez que la viera, quería que conociera a Kaira, a sus hermanos, seguro eso le iluminaba su carita de hada. Aunque primero tenía que lidiar con su madre y sus vicios.

Era claro que en el caso de Viri, tenía más padre que madre, y eso que tenía una mierda de padre. Por eso es que Freud proponía matarnos, aunque sólo fuera simbólicamente.

Kaira entró a la habitación y la culpa se desvaneció mientras gateaba para encontrar su lugar en este mundo; En la cama y entre los dos.

Dejamos los libros a un lado y la afrontamos.

—Kaira ¿Quién te llamo?

La mujer con los ovarios más grandes que conocía, evadió mi pregunta cerrando los ojos y como una gatita mimosa, se metió bajo las sabanas.

—Mmm... Que rico es dormir con Ustedes.

Su ropa fue desapareciendo bajo las sabanas, se la quitaba rozándonos y provocando que los reclamos que tenía preparados se evaporaran.

—¡Bruja!

Jadeó Owen, Kaira se perdió debajo de las sabanas y Owen perdió todo sentido de orientación.

Solo para verificar que no le hiciera daño a mi hermano, eche una miradita bajo las sabanas. Kaira lo engullía mirándome a mí. ¡Dioses de las mujeres con mega ovarios! Estaba perdido.

XIII

Owen

La amiguita de Kaira no me gustaba ni tantito. Se aparecía de la nada. Las veces que había salido con Kaira, mi bruja terminaba medio borracha y la amiguita siempre la dejaba botada. No creía que fuera buena influencia ni para Kaira, ni para Sophie y Kurt.

Se presentó temprano y se invitó sola a pasar el domingo con nosotros. Como la gran mayoría de los domingos, nos dirigimos a pasar la tarde junto a la piscina del penthouse. Sophie y Kurt ya sabían que todo lo que nos pertenecía era de ellos, corrían y revolvían por todos lados. Le insistían a la amiguita de Kaira que jugara con ellos, cuando finalmente se quitó el short y la playera para entrar a nadar con ellos, caí en cuenta.

—¡Mierda de la mierda!

—¡Owen, los niños! Tienes que cuidar esa boca.

Me reprendió Alex mientras seguía revisando su teléfono. El jodido hombre ya me regañaba como si fuera otro de sus hijos, aunque ahora eso era lo de menos, lo único que me preocupaba era Kaira. Les di la espalda a los niños y busque a Kaira con la mirada.

—Mierda...

—Owen.

Volvió a refunfuñar Alex.

—¿Qué pasa?

Finalmente dejó su teléfono y se dio cuenta de mi predicamento.

—Mierda, Alex.

—Eso ya quedo claro. Ahora explicame ¿Por qué la mierda?

—Me cogí a la amiguita de Kaira.

Me observó, la observó y después se carcajeó. En ese orden.

—¡Imbécil! ¿Qué voy a hacer?

Entre risas contestó.

—Desinfectarte.

Me senté en la silla enfrente de él y maldijé mi mala suerte.

—¿Estás seguro?

Alex se apiado de mí y guardo un poquito de compostura.

—Sí. Tiene un tatuaje en el culo.

—¡¿Le estás viendo el culo enfrente de los niños y Kaira?! No seas patán Owen, comportante tantito.

—¡No le estaba viendo el culo! Se quitó la ropa y se metió al agua en ropa interior. El tatuaje fue la clave. ¿Qué querías que hiciera?

Incluso él, guio la mirada hacia donde jugaba la amiguita con los mellizos. ¡No puedes dejar de ver a una mujer si se para enfrente de ti en ropa interior! Es... inevitable.

—Se metió en ropa interior...

Comentó incrédulo.

—Enfrente de nosotros y de los niños.

Le reafirme airoso.

—Esa mujer debe ser tremenda en la cama. ¿Qué tal es, Owen?

Le di un puñetazo en el brazo cuando volvió a soltar la carcajada.

—¿De qué se ríen?

Mi bruja dejó una charola con bebidas para Alex y para mí en la mesa, se sentó en la silla que estaba entre los dos y dirigió su mirada hacia los niños. Rápidamente se dio cuenta de la clase de amiguita que tenía.

—¿Ya vieron que Isa se metió en ropa interior?

Negó un poquito con la cabeza y llevó su vaso a los labios. ¡¿Eso era todo?! ¡¿No le iba a decir nada?! ¡

Alex regresó a su teléfono y Kaira prendió su tableta para leer.

¿Qué hacía? ¿Le decía que jugué un poco con su amiguita o lo dejaba para después? Me estaba peleando con el deber y el querer, cuando Kaira interrumpió.

—Escuchen esto: “Una encuesta realizada por un sitio español, dio a conocer cuáles son las fantasías más deseadas por un hombre casado e infiel, ¡las amigas de su esposa!”. ¡Wow! Increíble, ¿cierto?

Empecé a sudar frío.

—“El estudio que contó con la participación de cinco mil varones, reveló que el 85% de los encuestados activan su imaginación sensual para recrear fantasías sexuales donde son las amigas de su pareja, las compañeras ideales”.

Alex dejó el teléfono y le dio su total atención a Kaira. Mi mano tembló un poco cuando agarré el vaso e hidraté mi garganta.

—“De acuerdo con información del portal, el 23% de los hombres encuestados reconocieron que sus fantasías son con las amigas de su esposa, seguido de las compañeras de trabajo con un 19% de los votos, en tercer lugar las vecinas con el 11% y las maestras de sus hijos en la cuarta posición con el 6% de las preferencias, y en último lugar las cuñadas con sólo el 5%”. Bueno, no tengo hermanas, ni vecinas. Eso sube el porcentaje en las amigas y las compañeras de trabajo, pero como yo trabajo con ustedes el porcentaje vuelve a bajar... Así que mi porcentaje esta en las amigas.

No sé por qué sentí que se acercaba un tsunami, Kaira ya me conocía, ya conocía mi pasado, no había nada nuevo y sin embargo, me sentí débil hasta llegar a lo indefenso.

—“Fantasear con las amigas de la pareja, con las compañeras del trabajo o con la vecina es para ellos mucho más estimulante que imaginarse haciendo el amor con una estrella de cine o con modelos inalcanzables”.

Apagó la tableta y la dejó en la mesa.

—¡Que terrible! ¿Creen que los datos son correctos? ¿Ustedes se imaginan cogiendo con mis amigas?

Lo preguntó con cierto tono de burla. Mis manos se mojaron por los nervios. ¡Carajo! Ya no tenía pelotas.

—No, cariño. Están equivocados. Para mí, la única fantasía eres tú.

Alex le dio un beso en la mano y después en los labios. ¡Cursi y traidor! Me dejó solo con mis pecados.

En cuanto Alex dejó de comerla, Kaira volteó a verme. Había llegado la hora, confesaba o guardaba la bomba hasta que explotara y me embarrara de mierda.

—Yo... yo...

De repente Kaira soltó una carcajada y se dobló de la risa. ¡¿Qué mierda?!

—Mi queridísimo hermano, creo que nuestra reina, ya sabe tu secretito.

Kaira no paraba de reír, señalaba mi cara y después se sostenía el estómago. ¡Joder con la bruja!

—Tu cara... tu cara...

Me levanté de la silla y me dirigí hacia las puertas francesas.

—No, espera...

Kaira se envolvió de mi brazo y me detuve.

—Tenía guardado el reportaje desde hace un tiempo. Estaba esperando el momento para sacarlo a relucir. No te enojés.

¿Cómo me podía enojar con ella? Era toda luz y felicidad, lo de menos era que se riera a base de mis costillas.

—¿Cómo supiste?

—Isa me dijo.

Bueno, había que darle crédito a la amiguita; Por lo menos era honesta.

Kaira tenía luz en su carita, las mejillas sonrosadas, los labios húmedos, era perfecta y yo le debía una aclaración.

—No lo voy a negar, he cometido uno que otro pecadito, pero en mi defensa, eso fue antes de estar contigo.

Kaira usaba un bikini que dejaba ver sus esplendidas curvas y que por mi salud mental, jamás usaría en público. La rodeé por la cintura y bajé hasta su boca.

—Y si mal no recuerdo, tú también has tenido tus pecados. Es un camino de dos vías.

Subió sus manos hasta mi cuello y restregó cada una de sus curvas en mi cuerpo ¡Joder con mi bruja! Me prendió como cohete, si no tenía cuidado, volaba hasta el espacio.

—Así que si yo juego, tú juegas.

—Sí... jugamos.

Yo podía jugar a un millón de cosas con ella, desmembrarla miembro por miembro, dejarla muerta de placer. Al separarnos los dos jadeábamos de necesidad, cubrí mi endurecido problema con su cuerpo y volvimos a sentarnos.

—¿Dónde están tus muñecas, Owen?

Preguntó sin una pizca de sarcasmo, incluso con amabilidad. ¿Así, cómo defendía mi caso?

—Ya no tengo muñecas.

Entrecerró los ojos y supe que si no le contestaba, iba a tener grandes problemas.

—Desde que empecé a jugar contigo no he dormido con nadie más. ¿Me crees?

El que me creyera se hizo imperativo.

—Por supuesto que te creo. Tú eres mío y solo mío.

Y para demostrarlo, enredó su mano con mi cabello y me acercó a ella.

—Antes de que alguna muñeca se acerque a ti, le arranco la cabeza.

Amenazó antes de morder mis labios.

—Alex.

El aludido tenía las pupilas dilatadas por el deseo ¡Sin pelotas y hechizados! Bien jodidos.

—Te toca cuidar a los mellizos, voy a subir con la bruja a jugar un ratito.

—Pero después es mi turno.

Si... sin pelotas y hechizados, aunque bien amados.

XIV

Kaira

Alex metió la mano al pantalón y sacó una caja roja con letras doradas al relieve que decían Betteriged.

—Te compramos algo.

Colocó la pequeña caja en mi regazo. Lo miré con los ojos entrecerrados, esto no me daba buena vibra. Alex sonrió y señaló con un gesto la caja.

La abrí poco a poco y no pude evitar contener el aliento.

—¿Te gusta?

—Es... es precioso.

Una enorme esmeralda enmarcada por dos zafiros casi indecorosos por su tamaño, estaban montados en un aro de platino. Me resistí a creer lo que mi cabeza gritaba a todo pulmón. ¡Un anillo de compromiso!

—Somos nosotros.

Aseguro Alex analizando mi reacción.

—Es precioso... Pero no puedo.

—¿No puedes qué, exactamente?

Me di cuenta que no había preguntado nada y el aire volvió a entrar en mi sistema.

—Nada.

Respondí apresurada.

—Quiero que te lo pongas y dejes de pensar.

Sin decir más palabras, lo sacó de la caja e intentó ponerlo en mi dedo anular izquierdo. Instintivamente cerré la mano. Él contraatacó llevando su boca a mi cuello, hizo un recorrido con su húmeda lengua desde la base de mi cuello, hasta la comisura de mi boca. Con pequeños mordiscos reprimió mis quejas y las sustituyó por jadeos

contenidos, si me dejaba ir, iba a perder la partida.

Mi mano volvió a abrirse con un mordisco extremadamente placentero en mi mejilla, el rayo de placer fue directo a la humedad de mi entrepierna.

—No hagas eso...

Jadeé sin aliento. Intentó volver a poner el anillo y usando la poca conciencia que quedaba en mi cerebro, me negué cerrando la mano.

—¿Tienes idea de lo mucho que me duele tu rechazo?

Me veía a los ojos transmitiendo la dureza de su voz a través de ellos.

—Estoy segura que te vas a recuperar.

Dije devolviéndole la mirada.

—Ahora deja de poner anillos donde no pertenecen, cierra los ojos y dame tu boca.

Afortunadamente, obedeció el comando.

~ § ~

Cenamos bajo la luz de las velas, en una velada de lo más romántica. Owen se había esmerado en encontrar el escenario perfecto; una mesa solitaria bajo la luz de las estrellas, en el restaurante más exclusivo de Chicago. Estaba intentando un método diferente que el de Alex, que se fue a la yugular en medio de un día de oficina.

Sacó una pequeña caja roja que reconocí inmediatamente, y la puso enfrente de mí sobre la mesa.

—Quiero que no discutas. Abre la caja y ponte el anillo.

Ordenó sin darme espacio a pensar nada.

—A menos que quieras que me ponga sobre una rodilla y llame la atención de los paparazis. No dejó de ser Owen Carter, el hijo prodigo del Grupo Carter. Puedo llamar la atención en un rechistar.

Desafió, sin una chispa de humor en sus palabras. Había un grupo de fotógrafos a las afueras del restaurante, asechando a alguna pobre víctima.

—No tienes derecho a amenazarme.

La comisura de mi boca empezó a temblar. Owen y Alex eran los hombres más cavernícolas del planeta, solo les faltaba sacar el garrote, darme un buen golpe en la cabeza y jalarme del cabello para proclamarse amos y señores de mi existencia. Esa no era manera de pedir matrimonio. El hecho de que ya fueran mis amos y señores, era irrelevante.

—La que no tiene derecho a jugar con nosotros, eres tú.

Recargó la espalda en el asiento y refunfuñó.

—Sería buena idea que habláramos los tres con los niños, antes de que iniciemos con el papeleo de la boda, y mi padre se muera de un infarto por el gusto.

Sentí que mis mejillas se incendiaban.

—Supongo que ahora que me aceptaste, vamos a tener menos problemas con la adopción.

Continuó, evitando el incendio que se extendía sobre mi cara.

—Quiero que uses el anillo en todos lados y que no te lo quites para nada. Todos tienen que saber que eres nuestra.

Empecé a marearme cuando el incendio llegó a mi pecho.

—Mi madre no tarda en aparecer, siempre aparece cuando huele humo.

En efecto, su madre no tardaría en aparecer, el incendio que se propagaba por mi cuerpo iba a producir suficiente humo como para que su madre lo viera.

—No tengo más remedio que presentártela...

Siguió casi avergonzado.

Finalmente logré que mi cabeza funcionara y con mano firme tomé la botella de champagne y la lleve a mis labios. Necesitaba apagar el incendio.

—¡Uy, qué elegante!

Murmuró entornando los ojos.

—¿Te avergüenzas de mí?

Tenía muchos motivos para estar enfadada y solo uno para sentirme dolida. Nunca se me ocurrió que se avergüenzaran de mí.

Hizo una mueca de disgusto y me quitó la botella de las manos.

—¿Estás loca?! Yo jamás me avergonzaría de ti. Yo soy el interesado en que todo mundo se entere de que eres mía... Esto te está haciendo efecto rápido.

Argumentó señalando la botella y llevándosela a la boca. Después de que le diera un buen trago, estiré la mano y se la pedí. Sin dudar, me la entregó.

Con los ojos cerrados dejé que el champagne mitigara el enojo.

—Mídete.

Ordenó. Dejé la botella en la mesa y llamé al mesero con un gesto de cabeza. El mesero se acercó rápidamente a la mesa, estaba muy pendiente de la mesa del señor Carter.

—Quisiera una botella del tequila más caro que tengan, limón y sal, por favor.

Pedí mirando a los ojos a Owen. Me retó con la mirada, y aceptó mi pedido sin decir nada. El mesero salió disparado a cumplir el pedido.

—¿Si quiero emborracharme, me emborracho!

Anuncié desafiándolo.

—De hecho, haré lo que me plazca... igual que tú. Tú eres el que necesita medirse.

—Estas borracha.

—¿No! Pero dame unos minutos y lo soluciono.

El mesero ya estaba retirando las copas del champagne y sirviendo el tequila en elegantes tequileros. En cuanto se retiró, mojé mi dedo medio con el tequila, lo froté contra la sal y me lo lleve a la boca, bajo la atenta mirada de Owen.

Sonreí diabólicamente al ver que sus pupilas se dilataban. Tomé un caballito y de un solo golpe acabé con el líquido que definitivamente sabía y olía a arrepentimiento.

Se mojó los labios y como reacción en cadena me mojé yo. Rellené el caballito para desviar el deseo, si me dejaba llevar, era capaz de subirme entre sus musculosas piernas e insertarme en él.

—¿Saúde!

Choqué mi caballito con el de él y nuevamente de un solo trago quemé mi cuerpo.

—Estas borracha, ya estás hablando en otro idioma.

Reprochó sonriendo. Se llevó el caballito a los labios, hizo la cabeza hacia atrás y bebió el tequila.

Seguí una pequeña gota que se escapó por la comisura de su boca y recorría despacio su barbilla. No pensé el movimiento, solo sé que me vi lamiendo la gota, desde su cuello hasta regresarla a su boca. Atrapó mis labios y todo volvió a tener sentido. El incendio de mi cuerpo dejó de ser de enojo y se convirtió en deseo.

—Tengo límites y este es uno de ellos. Llevas toda la noche fuera de control.

Rugió levantándose de la mesa. Antes de que volviera a ordenar mis pensamientos, ya estábamos en el automóvil mezclados con el tráfico de la ciudad. Lo último coherente que pensé esa noche fue: mi mano sigue libre de anillos.

~ § ~

Amanecí con una resaca del demonio y con un par de murmullos a mi lado.

—Es más fácil si la raptamos y la llevamos a un lugar donde nadie nos moleste, la cogemos hasta que acepte casarse con nosotros y vivimos felices para siempre.

Alex no discutió contra el plan de Owen, de hecho pareció más que de acuerdo.

—¿Y los niños? ¿Qué hacemos con los niños?

—Podemos dejarlos con mi mamá, es hora de que la conozcan.

—¡Estás loco! Kaira nos mata... No, necesitamos idear un plan que incluya a los niños.

—Los niños. Ellos son la clave.

En algún momento volví a dormir, porque al despertar me hallaba sola. Con el agua de la regadera limpiando la resaca y la culpa por ser tan egoísta con mis enanos, mi corazón se abrió y hable tranquilamente conmigo misma.

Crecí con un buen ejemplo de lo que podía ser un matrimonio. Mis padres se adoraban, tanto como perderse sin el otro, la primera vez que mi padre viajó sin mi madre, chocó y perdió la vida.

Yo sentía lo mismo, sentía que sin ellos me perdía. Y si para ellos, un anillo representaba ese amor, pues que más daba. Me pondría un anillo que me marcara como propiedad de los hermanos Carter. Al fin y al cabo, mi sello estaba tatuado en cada nalga de sus cuerpos, un perfecto círculo con una enorme “K”, esa carne era propiedad mía y solo mía.

Esperé a que llegara la noche, para hacerles el amor con calma, empapándome del calor, del sabor de su piel. Ellos regresaron la devoción de mi amor, con más amor. Sin prisa, rodeados de veneración por los sentimientos que afloraban por cada poro de nuestros cuerpos. Sumergidos en un juego, donde el amor no tiene que tener sentido, para tener sentido.

Amanecí con un anillo en mi mano. La esmeralda brillaba con mucha intensidad y los zafiros la enmarcaban perfectamente, mi mano tembló por el peso del significado de la joya. No era tanto el valor monetario, era el significado de esas tres piedras en nuestra vida, el compromiso que se adquiriría al aceptarlo.

Extendí mi mano enfrente de mí y admire lo bello que era. Una ola de plenitud rodeo mi aura al acercarlo y besarlo. Yo era de ellos y ellos eran míos, me prometí ferozmente nunca volver a quitarme esas piedras,

XV

Kaira

Nunca lo iba a admitir, pero el colegio de los chicos era una pasada. Todos se comportaban con mucha educación, las maestras se comunicaban conmigo semanalmente para informarme sobre el avance de Sophie y Kurt. La psicóloga era reconocida por su labor con los niños. Todo era realmente bueno, el único “pero” que le ponía hasta ahora, era la reunión que se organizó para que los padres de familia, nos conocieran. Tuvieron que esperar tres semanas, hasta que nuestras agendas coincidieran. Yo tenía mucho trabajo atrasado por los días que estuve en casa cuidando a los chicos, el trabajo se acumuló en pila interminable. Y a decir verdad, muy dentro de mi corazón, me daba cierto recelo aparecer en una escuela que costaba una pequeña fortuna, con dos hombres a la vez.

Use un vestido perla CH y unos tacones altísimos a juego Casadei, para darme valor. Mi cabello lo dejé libre por si había necesidad de esconderme atrás de él. Alex me tomaba de la mano con mucha seguridad, ¿Cómo no iba a estar seguro? Con ese traje azul y la camisa blanca mostrando un poco de cuello, la gente iba a babear antes de caer muerta. Así cualquiera se sentía seguro.

—¿Y si esperamos a Owen?

—Owen sabe perfectamente dónde y a qué hora es la cita. De por sí se vio mal tu resistencia a la reunión, no vamos a llegar tarde para dar más motivos de qué hablar.

Gruñí un poco y lo seguí a regañadientes por el corredor que nos llevaba al salón familiar del colegio. La fina madera se iba a rayar con mis tacones, ¿Cómo era posible que tuvieran corredores cubiertos de roble, si era una escuela de niños? Inspeccioné la fina madera en busca de rayones y solo encontré finés y limpieza, eso de algún modo me molesto.

—De todos modos vamos a dar de qué hablar, si me sigues arrastrando así. ¡Suéltame!

Se paró en seco y dejó ir mi mano, se cruzó de brazos y me mató con la mirada.

—¡Kaira!

—¡Alex!

Nos retamos con la mirada y esperamos a ver quién daba el primer zarpazo. ¿Por qué? No sé. Pero eso me excito. Mi respiración se empezó a acelerar y mi vestido perla se convirtió en un verdadero estorbo.

No sonrió, y no hizo falta. Levantó su mano derecha y señalándome directo en la cara, susurró:

—Eres una retorcida.

Cerré los ojos y di un pasito para esconderme en su pecho. Mmm, olía divino. Mi Alex...

Esperó a que volviera a ser yo, y ya sin discutir y con un semblante mucho más compuesto, entramos al salón familiar.

Nos esperaban alrededor de veinticinco personas. Había de todo y de todos los colores, eso me gustó. Enseguida se acercó a nosotros la Miss de los chicos, y nos llevó de la mano al centro de la sala.

—¡Atención papis! Vamos a darle la bienvenida a los papis de Sophie y Kurt.

Sentí todas las miradas en mí. ¡Qué horror! Afortunadamente para mí, las miradas no llevaban veneno, bueno, no faltó quien me mirara con envidia —Alex estaba hecho para causar envidia—, pero una envidia no mortal.

—El señor Northman es el presidente de la mesa directiva del Grupo Carter, y la señora Jones forma parte de la dirección. ¡Vamos a darles la bienvenida!

—Si te decidieras, ya tendrías mi apellido.

Me recriminó susurrando Alex. El salón rompió en aplausos y ya no logró seguir recriminando. A los pocos segundos nos vimos rodeados de personas amigables y abiertas. Escuché varios nombres con una sonrisa en la boca y segura de que no iba a recordar el nombre de ninguna de las personas que habían extendido su mano hacia mí.

Por mi “humor” no fui tan receptiva como Alex. Él seguía con las presentaciones y recibiendo tarjetas con mucha familiaridad. Poco a poco me fui acercando a una esquina del salón y desaparecí completamente cuando llegó Owen. Para no variar, Owen llegó rompiendo corazones. Usaba un pantalón de vestir gris, con una camisa azul y la sonrisa del diablo en la boca, así nadie se le podía resistir.

—¿Cómo lograste que tu esposo y el papá de tus niños se lleven tan bien?

Me preguntó una mujer un poco más alta que yo; pelirroja, de ojos aceitunados y claramente extranjera, su acento era muy marcado y no intentaba ocultarlo.

Mientras recibía la copa que la pelirroja me ofreció, volteeé a ver a Alex y a Owen que se saludaban afectuosamente.

—Me acuesto con los dos, se tienen que llevar bien.

Repliqué desafiante. Mi malhumor nublo mi raciocinio, no había otra explicación, yo jamás hubiera contestado así en otras circunstancias.

—Disculpa. Hoy ha sido uno de esos días...

Me rectifique apenada. No quería empezar con el pie izquierdo en el colegio, y mucho menos crearles un problema a los mellizos.

—¡Ey! Todos tenemos nuestras manías en la cama, mientras sea entre dos... tres adultos y concienzudamente. Yo no tengo problema.

Tintineó su copa con la mía, y junto con el sonido de nuestras copas, supe que ya tenía una nueva amiga. Mette Olesen era una mujer de cuarenta y dos años, divorciada, con dos hijos y bellísima.

—¿Qué piensas de las pijamadas?

Indagó cautelosa después de contarme su pequeña biografía.

—Que son necesarias, si quieres tener una noche de sexo sin que te preocupes por “despertar a los niños”.

—Oh, tu eres de las mías. A veces un poco de ruido es inevitable.

Empezamos a reír y volvimos a brindar. Después de todo, la escuela de los mellizos no era tan mala.

—¿Lista, cariño?

Alex rodeó mi cintura y me apretó a él.

—¿Alex, conociste a Mette?

Alex extendió la mano, Mette la tomó y al mismo tiempo me “susurró”.

—¡Wow, que pedazo de hombre!

Mette hizo un guiño dirigido a Alex sin ningún tipo de decoro. Me causó mucha gracia lo desvergonzada que era, y todavía más, el que no tuviera la mirada lobina con la que normalmente veían las mujeres a mis hombres.

—Oh, sí. Y si los juntamos es ¡Bum! Explosivo.

Volvimos a reír sin importar la mirada reprobatoria de Alex.

—Deja te presento al otro.

—¿Al otro?

Alex me quitó la copa de las manos y continuó regañándome.

—¿Cuánto has tomado? Todavía tenemos un compromiso.

—¡Uy! Y es dominante.

Se burló Mette.

—Un poquito.

Le sonreí a mi gruñón para que se calmara. Owen se acercó a Alex y esperó que lo presentara. ¡Qué guapos eran!

—Owen, te presento a Mette, uno de sus niños está en la clase de los mellizos.

—Un placer.

Owen retiró rápidamente su mano de la de Mette y casi suplicando me apuro.

—Bruja, vamos. Diana ya nos está esperando.

La celebración. Me daba miedo esa celebración, aunque no tanto como la que me esperaba en unos días. Uno de los esposos de Diana cumplía años y lo festejaban en dos tandas; La de hoy, era la “normal”; Formal, un poco de prensa, regalos costosos, completamente familiar. La “anormal”, era la que me hacía temblar, esa solo era para los amigos cercanos y absolutamente retorcida.

Me despedí con sus dos respectivos besos de Mette e intercambiamos teléfonos.

—¿Por qué se portaron cortantes con Mette? Se supone que yo soy la que se resiste a la escuela.

—La escuela no se quiere meter entre tus piernas.

Fue la escueta respuesta de Owen.

Llegamos a la cena de Diana más tarde de lo programado, eso ayudó para que la bienvenida de la prensa fuera con copa y no cámaras en mano. Pasamos completamente desapercibidos. Me dio oportunidad de admirar el comportamiento social de Diana y sus parejas. No fue grato darme cuenta que, siempre iba a tener que mantener uno de mis hombres en la sombra.

XVI

Owen

—Ya busqué y no hay ninguna que me guste totalmente. Voy a necesitar la ayuda de Anna. ¿Tienes su número?

—No. Que Leo le pregunte a Carla. Ella seguro lo tiene.

En cuanto Kaira se dirigió a la habitación, le marqué a Alex.

—Kaira está en busca de Anna. Que no la vaya a cagar.

—¿Los niños están contigo? Cuida esa boca.

Todavía que le advertía, se atrevía a regañarme. ¡Qué se joda!

—¡Jodete hijo de la putísima madre que me pario!

Colgué al escuchar su carcajada. Creo que el insulto fue más para mi madre, que para él.

Kaira no descansó hasta que encontró a Anna. Y por supuesto Anna se encargó de llenarle la cabeza de mansiones cada vez más grandes y costosas. Pasaron dos semanas donde tuvimos que asentir sin sentido a imágenes en la computadora donde Kaira nos mostraba las propiedades que más o menos eran de su agrado.

Su desilusión por no encontrar la que ella quería había sido grande. Esa que la había enamorado por sus chimeneas, mi bruja era una romántica, de esas que sueñan con el final feliz. Y estaba en nuestras manos, dárselo.

—Cariño, era normal que alguien te la ganara. Si no te hubieras hecho del rogar tanto tiempo, la hubiéramos comprado cuando la viste. Ahora ya no podemos hacer nada.

—Si podemos. ¿Y si le ofrecemos dinero al nuevo dueño? Seguro que logramos convencerlo.

Hizo un pucherito y levantó esa boca que nos tenía locos. Alex la atrajo hacia él y le mordisqueó la trompita. Nuestro deseo se entrelazaba y crecía en medidas no naturales. ¡Bruja, era una bruja!

—Kai, seguro que los que la compraron, ya la envolvieron como su hogar. No

se los podemos quitar.

Kaira pasó de las manos de Alex a las mías.

—Pero yo la vi primero.

Volvió a hacer puchero y ahora fui yo el que mordisqueó esa pecaminosa trompita.

—Sigue buscando. Ya verás que encuentras un hogar para nosotros.

Hicimos que olvidara la desilusión a base de orgasmos, uno por cada casa que no le había gustado. Esa noche durmió como angelito. Lo que no sabíamos, es que la uso para cargarse de energía. El siguiente día volvió al ataque, tenía como objetivo encontrar nueva casa, y nada ni nadie la iba a detener.

Finalmente un buen día llegó y nos anunció un poco fastidiada.

—Creo que ya la encontré.

No la vi realmente entusiasmada, más bien... conforme.

—¿Crees o la encontraste?

Se dejó caer en la cama y estirando los brazos por lo ancho del colchón, me regaló un espectáculo de lujo. Kaira era una belleza.

—Ha sido la que más me ha gustado. Y como ninguno de los dos se ha interesado...

Se quejó.

—Me he tenido que apoyar en Anna, y ella dice que es una buena inversión.

Por supuesto que iba a ser una buena inversión, pero para Ella. Anna ya se había ganado su comisión, y había sido una gran comisión, si creía que nos iba a exprimir otra, estaba muy equivocada.

—Yo vi una.

Exhalé sin mirar a Alex. Él insistía en esperar a que todo estuviera listo. Pero había que ser considerados con la bruja. Ya tenía semanas sufriendo, y haciéndonos sufrir. Alex se sumergía en el trabajo y podía jurar que mientras Kaira nos hablaba de propiedades, él arreglaba problemas por telepatía. Yo era más condescendiente, la medio escuchaba mientras repasaba el día de los niños. Esto de tener hijos, era un

trabajo muy complicado, siempre había algo: citas, actividades, juntas...

—Mañana te llevó a verla.

Le prometí. Mi recompensa llegó en forma de besos. Ricos y succulentos besos. Me dejé caer en la cama y disfruté del peso de mi bruja

—Si no les incomoda, a mí también me gustaría ir.

Pidió Alex.

Kaira brincó de mi cuerpo al de él con un solo movimiento. Alex la recibió con los brazos abiertos. Se fundieron en un beso y yo me pregunté, ¿Qué diablos no íbamos a hacer por un beso de esa mujer? Estábamos dispuestos a todo por ella, incluso a comprarle un palacio.

—¡Oh, el palacio!

Exclamó extasiada. Mi bruja admiraba la propiedad como si en verdad fuera un palacio. Busqué en mi pantalón y saqué la llave de su nuevo hogar. Tomé su mano y abrí su palma, antes de hacer la entrega oficial, besé su piel.

—¡La compraste!

El brillo de sus ojos hablaba por ella. A Kai le gustaba esa casa. Ese brillo en sus ojos nos confirmó que nunca habíamos hecho mejor inversión que esa.

—La compramos...

Contestó Alex. Kai se quedó sin palabras. Las esmeraldas se cristalizaron y una solitaria lágrima se escapó recorriendo su mejilla. La limpié con un dedo y bajé a su boca. Era un imán para todos mis sentidos. Después de saborear su lengua y mordisquear sus labios, hice que llorara por completo.

—La compramos para ti. Es tu regalo de compromiso.

—No... es... es mucho.

Suspiró entre hipidos. Alex la abrazó por atrás, mientras lloraba sobre mi pecho. La sonrisa en nuestras caras era de completo y total triunfo. La hicimos feliz.

Kaira tenía un gusto exquisito. El día que Anna nos dio el reporte de la propiedad que más le había gustado a la bruja, hacía ya meses, ese día hicimos una oferta. Nos entregaron las llaves, el día que Kaira nos abandonó, tal vez por inocencia o por esperanza, pero enseguida empezó la remodelación. Era una mansión perfecta

para nosotros, escondida del mundo por las enormes paredes de piedra. Una de las casas de invitados, ya estaba lista para Gamble. Lo que nos faltaba era el interior, los detalles que parecían interminables; A la piscina se le agregaron medidas de seguridad, no queríamos que Sophie perdiera la cabeza en el agua, alguien tenía que estar presente cada vez que ella quisiera zambullirse, y la cubierta corrediza nos aseguraba que así fuera. Tres de las habitaciones se habían modificado, una para que cada habitación de los mellizos se ampliara. Y las dos más cercanas a la habitación principal, para el vestidor y la demente bañera que Alex se aferró en construir. Era una locura su obsesión por las bañeras, y esta era la obsesión de las obsesiones; Enorme, de piedra, con vista al infinito jardín trasero, y con una chimenea a juego. Era un exceso y también muy práctico para mantener a Kaira desnuda, ese seguro iba a hacer su lugar preferido.

Mis sospechas se confirmaron al ver su carita de excitación al entrar a nuestra habitación, ni siquiera se dio cuenta de los detalles; como la cama a desnivel —era hecha a mano y con medidas especiales—, el cuarto de baño de diseñador, bueno, ni siquiera del lujoso vestidor que con tanto esmero diseñó el arquitecto a cargo de las reformas. Ella solo tuvo ojos para la bañera —y afortunadamente para mí—, y nosotros.

—¿Por qué hay tanta gente aquí?

Se quejó, más que preguntó.

—Están insonorizando la habitación, cariño. Eso es lo único que falta.

Si ya estaba excitada, con las palabras de Alex tuvo un orgasmo. La idea de insonorizar la habitación, era exclusivamente para que Kaira se explayara y explotara sin contemplaciones. Temblé un poco solo de imaginar la vida que me esperaba en esta habitación.

Kaira se mojó los labios y por su mirada supe que solo la presencia de los trabajadores nos estaba salvando de ser devorados.

—¡Es perfecta!

Inclusive el arquitecto carraspeó con el gruñido de Kaira. Era sexi como el infierno y el cielo al mismo tiempo.

Terminamos de recorrer cada una de las estancias; La sala de cine, la de juegos, la sala familiar, aparte de la bañera, esa habitación fue la que más le gusto.

—¡Este es el lugar perfecto para el árbol de navidad!

Su entusiasmo era contagioso. Me imagine las próximas navidades y ya no hice nada para reprimir la sonrisa. Incluso Alex seguía sus pasos con una sonrisa boba en la cara.

Terminamos el recorrido y el pobre arquitecto se vio atacado por las demandas de Kaira.

—La sala de revelado tiene que estar bien ventilada, no se vaya a asfixiar con los químicos mi dormilón.

Me importo un rábano que el arquitecto escuchara como me llamaba. Además de que no solo fui yo el aludido, Alex también tuvo lo suyo:

—A mi gruñón le gusta leer, hay que verificar la luz de su estudio. Que sea perfecta, no quiero que se quede ciego.

Y para cerrar con broche de oro, le advirtió:

—Necesito que termine lo antes posible arquitecto, este verano me cambio de casa con trabajadores o sin ellos.

Nuestra recompensa la escuchamos en cuanto estuvimos en la intimidad del auto.

—¡Tiene tantas habitaciones! Vamos a tener que inaugurarlas todas.

Eso era una promesa, que iba a tener que cumplir.

XVII

Alex

El cambio de casa fue apresurado. Kaira solo esperó a que saliera el último trabajador del palacio y empezó el cambio. Ya tenía preparadas las cosas de los niños y las suyas. Owen y yo contratamos una empresa.

El único inconveniente, es que nos privó de las vacaciones que teníamos planeadas. Si el palacio le gusto, la finca la iba a volver más loca.

Como todas las mudanzas, empacar nos abrió los ojos. Fue sorprendente la cantidad de basura que tenía. La empresa empaquetó, trasladó y acomodó, lo que no hizo fue separar lo bueno de lo malo. Tenía una cantidad ridícula de libros, muchos se fueron a la pila de donación, los intocables, fue la la colección de libros antiguos, esa fue trasladada por especialistas.

—Si sabes que estás loco, ¿Verdad?

—Por ti, sí.

Cerró la puerta y supe inmediatamente que empezaba la inauguración de mi estudio.

—Estoy hecha un desastre, pero si a ti no te importa, podríamos jugar un poquito.

Intentó poner orden arriba de su cabeza, pero parecía que su cabello estaba decidido a hacer su voluntad. Dejó ir un suspiro y permitió que por esa vez, el cabello se saliera con la suya.

Era la criatura más bella que existía.

En el par de meses que teníamos viviendo juntos, descubrí muchas cosas de Kaira; Los finales de mes tenían dos caras, un mes trabajaba el ovario bueno, esos días se dejaba querer, besar y hasta perdernos en ella sin una sola queja por las manchas en las sabanas. La otra cara era la que daba miedo, en esa trabajaba el ovario malo, ese no permitía ni siquiera que la miraras, se ponía “irritable”, por decir poco. Afortunadamente solo duraba un par de días su transformación, y volvía a ser la mujer más bella del planeta. Una que odiaba limpiar, pero amaba cocinar. Que amaba

los tulipanes que sin falta le enviaba, y que encarecidamente me pedía que ya no le enviara. Que jugaba como niña con mis hijos y los regañaba como adulta cuando no recogían sus juguetes. La mujer que nos aceptaba y amaba, con cada uno de nuestros defectos, y que nunca pedía que cambiáramos.

Hasta ahora, vivir con Kaira había resultado ser maravilloso.

Aunque no todo era miel sobre hojuelas, ninguno de los tres estaba acostumbrado a dar cuentas a nadie, y muchas veces olvidamos avisar si llegábamos a cenar o no. Si Kaira salía de compras con Sophie y Kurt, era seguro que no cenaban en casa, lo aprendimos a la mala cuando nos dieron las siete de la noche y Owen y yo éramos los únicos sentados en la mesa. Obviamente hablamos seriamente con ella, y no tuvo otra opción que acostumbrarse a avisar cada vez que salía de casa con los chicos y a decir a dónde iba. Eso fue lo que más trabajo le costó, y lo que continuamente olvidaba a hacer.

La esperanza de que mi necesidad por ella disminuyera con la convivencia, se desvaneció. En realidad, parecía que mi necesidad era verdadera, hasta llegar a lo maniático. Afortunadamente Kaira no se quejaba ni un poquito de eso, y se mostraba fiel a mi manía siguiéndola a pocos pasos. Si alguien tenía el descaro de acercarse a Owen o a mí enfrente de ella, podía correr sangre.

No podía soñar con ser más feliz. Era un hombre pleno cuando nos acurrucábamos en el sofá, y observábamos jugar a los mellizos. Owen acariciando sus piernas y yo venerando su cabeza, era incluso mejor que el sexo... solo por poco. En el sofá, o en la cama, o en la baño, no importaba, nosotros constantemente buscábamos la oportunidad de abrazarla y apapacharla, y si se podía apachurrarla, qué mejor.

—Yo siempre voy a querer jugar contigo, cariño.

Se mostró encantada con mi respuesta. Con seguridad de una mujer bien amada, apartó los pantalones y se lamió los labios al ver saltar mi endurecida entrepierna.

El jodido teléfono interrumpió a la lengua que iba directa a lamer las gotas presemiales que se esparcían por la grande y sonrojada punta.

—Deja de gruñir y contesta.

Volví a gruñir y mi verga conmigo.

—No sean desesperados chicos.

La muy descarada sonrió y se inclinó. Pasó la lengua por la punta y recorrió la vena llena de deseo. El teléfono dejó de dar lata y me permitió disfrutar de la visión de Kaira atragantándose de mi carne. Verla chuparme, desnudarse, masturbarse, en realidad el hecho de simplemente observarla, era la mejor visión de mis días.

Salimos del recién inaugurado estudio con sendas sonrisas para ayudar a Owen. La sonrisa se esfumó de mis labios al revisar el teléfono y ver la llamada perdida de Dana, junto con los catorce mensajes pidiéndome más dinero.

Me olvidé de la exasperante madre de mi hija, para ver a Owen luchar con Sophie y Kurt; Él era más práctico, las múltiples cajas de material fotográfico que se fueron directo a su sala de revelado, eran intocables, solo él sabía cómo y dónde estaba su mierda, así que no hubo oportunidad de ayudarlo. De hecho, su único requerimiento fue que nadie tocara sus cosas. Cosa que a mí me pareció perfecto. No lo mismo para Sophie y Kurt, que hicieron de esas cajas los que le dio la gana.

Solo éramos cinco, pero requerimos de Tina, Conchita, Charly y Tony —todos orquestados por Gamble—, para que la casa quedara medianamente habitable la primera noche. Afortunadamente el caos reino muy poco, después de una semana, “el palacio” ya estaba completamente ordenado. Kaira solo esperaba un par de muebles importados que todavía no llegaban, fuera de eso, su palacio estaba listo para iniciar un nuevo reinado.

XVIII

Kaira

Cuando conocí a Charles Carter por primera vez, podía jurar y perjurar que él era la cabeza del Grupo Carter. Que equivocada estaba, él confirmaba aquel dicho que dicta: “Nada es lo que parece”. Porque aquí nos hallábamos, en mi oficina, con el poder en la mano, y a Charles observándome con ojos de cordero para que le regalara un poco de información y la fachada no se fuera al infierno.

—Kaira... ¿Le puedo seguir llamando Kaira, o ahora me tengo que referir como señorita Jones, o mejor aún, señora Nothman-Carter ?

Lo preguntó con desdén, pero muy en el fondo podía ver su nerviosismo, él sabía perfectamente con quién estaba y lo qué podía pasar si intentaba propasarse.

—Kaira está bien. Después de todo, ya casi somos de la familia.

Vi con placer como se contraían sus facciones, eso levantó mi ánimo. El hombre que me juzgó en el momento que entre a su oficina, ya no existía. Debió redactar mejor su contrato y advertirle a sus hijos que ellos tampoco podían dormir conmigo.

—Cierto...

Jugueteó con sus dedos y vi sus engranes trabajar a marchas forzadas para buscar una manera de joderme. Y la encontró.

—Eso lo tenemos que festejar. ¿Le parece que cenemos como familia este viernes? Me encantaría conocer a mis nietecitos.

¡Perro! Gritaron mis agallas. Esperó con una sonrisa llena de mierda mi respuesta. A mis enanos no les iba a gustar esto.

—Oh, por supuesto. Me encantaría conocer a mi suegra.

Eso difuminó la sonrisa de su boca. Hasta donde yo tenía entendido, Charles y Lilly Carter no podían estar en la misma habitación sin tratar de estrangularse.

—No sé si Lilly esté disponible, es una mujer muy ocupada.

Si creía que iba a salir libre de cargo por tratar de joderme, estaba muy

equivocado.

—Ahora lo arreglamos...

Saqué mi teléfono y le marqué a dormilón.

—¡Bruja! ¿Cómo fue la reunión con Charles? ¿Te intento extorsionar?

Fue imposible no sonreír, con solo escucharlo mi cara se partía en dos de la felicidad.

—Justo en eso estamos...

Contesté sarcástica.

—Nos invita a cenar en familia este viernes, pero no está seguro que tu mami esté disponible, ¿Podrías hablar con ella y preguntarle?

Owen guardo silencio por unos segundos. Ya sin el atisbo de jovialidad se lamentó.

—¿Ya te he dicho que eres una bruja retorcida y revoltosa? ¿Mi mami?

Ah, me encantaban sus berrinches.

—Podría arreglarlo, tienes que conocerla tarde o temprano...

—Más vale temprano que tarde ¿No crees?

Su contestación fue una mezcla de gruñido con desdén y resignación.

—Sí, yo lo arreglo. Dile a mi papi que nos vemos el viernes.

Mi sonrisa se amplió, adoraba a ese hombre cínico.

—¡Listo!

Ironiqué mientras dejaba el teléfono en el escritorio y regresaba la mirada a un enfurecido Charles Carter.

—Ya tenemos una cita para el viernes. Estoy segura que vamos a pasar una velada muy entretenida.

A Charles le faltaba nada para sacar humo por los oídos, me trató de joder y el jodido iba a resultar ser él.

Aunque no se podía decir que se retiraba sin pelea; Después de que le diera los

informes y le explicara cómo se encontraba cada una de las áreas del Grupo Carter, se levantó y despidió muy formal, ya en la puerta y mientras yo me daba de palmaditas en la espalda por haber manejado la reunión con tranquilidad, preguntó:

—¿Y con cuál de mis hijos se va a casar, Kaira? Porque tengo entendido que vive con los dos.

¡Ah, qué ganas de joder del hombre! Sin miramientos y sin importarme que alguien pudiera escucharnos, le confirmé:

—Y también me acuesto con los dos... En cuanto decida quién va a ser el afortunado, yo le aviso.

Harta de su presencia, le cerré la puerta en las narices. Ya había acabado con mi cuota anual de Charles Carter.

La cena se estaba convirtiendo en mi hora favorita del día, los cinco nos sentábamos a degustar la comida de Tina o Conchita, y a escuchar los pormenores del día. Yo ya solo cocinaba uno que otro fin de semana, ese fue otro de los cambios.

Escuchando los planes de Kurt para el torneo de ajedrez que se acercaba, me di de topes en la frente.

—Oye, Owen.

El aludido levantó un dedo para que esperara a que Kurt terminara de explicar una jugada. ¡Dioses! ¿Quién les había enseñado a levantar el dedo así?

—Mande.

Levanté un dedo para que esperara a que acabara mi bocado, al darme cuenta de lo que estaba haciendo, inmediatamente cerré la mano. ¡Carajo, qué idiota era! Me reí de mis burradas y finalmente pregunté:

—¿De veras vamos a llevar a los mellizos con tus papás?

La huida de color en su cara, me dio una idea de su respuesta.

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo se te ocurre algo así?

Boqueé un par de veces, hasta que finalmente cerré la boca. Yo solo decía, no era para que se pusiera así.

—¿Qué paso?

Alex siempre se sentaba a mi derecha, no sé cómo pasaba, pero siempre me hallaba así; con Alex a la derecha y Owen a mi izquierda, incluso en la cama.

—El viernes vamos a cenar con Morticia y Gomez, y Kaira pregunta si los niños van.

El gimoteo que salió de la boca de Alex, era antinatural. ¡Carajo! Tan fácil que era decir: “No cariño, los chicos se quedan en casa”. No tenían que hacer tanto escándalo.

Llegamos a la casa de los Adams y les di la razón a los enanos, esa casa era de locos. Era una pequeña mansión con la decoración más exótica que había visto. El tema era naturaleza tropical, porque encontré palmeras y árboles frutales adentro y afuera de la casa. ¡Estábamos en Chicago por todos los dioses del trópico! El mantenimiento de la decoración en el frío invierno de la ciudad, debía costar una pequeña fortuna.

Lilly Carter tardó cuarenta y cinco minutos en atendernos. Owen y Alex estaban acostumbrados, en ningún momento se impacientaron, ocuparon su tiempo en burlarse de la pobre servidumbre. ¡Era terrible! Conté cinco hombres diferentes, todos musculosos, guapos y jóvenes. El problema radicaba en el uniforme, los obligaban a usar solo una pequeña tanga y ya, ¡eso era todo! ¿Qué clase de persona le hace eso, a otro ser humano?

La respuesta llegó en un diminuto bikini y sandalias altísimas. Era impresionante, joven y operada hasta las pestañas. Incluso yo, me veía mayor que ella.

—Madre, ¿era mucho trabajo ponerte un poco de ropa?

—Oh, bomboncito, ¡es verano!

¡Y las siete de la noche! Oculté mi disgusto con una sonrisa llena de pena por mis enanos, que horror de madre. No olía, ¡apestaba a licor! Le dio dos besos al aire como saludo a Owen y otros dos a Alex. ¡Ni siquiera los toco!

—¿Y esta mujercita quién es?

¡Oh, dioses de las personas falsas! Se les había olvidado la muestra principal de la hipocresía en la tierra.

—Lilly, ella es Kaira. Nuestra mujer.

Me presentó Alex. La sonrisa de Lilly no llegó a los ojos, ni siquiera a las

mejillas, el Botox se lo impedía.

Recibí mis respectivos besos al aire como saludo y una mirada airosa. Nos invitó a sentar mientras uno de los pobres hombres semidesnudos nos servía limonada cargada de licor. A Owen y a Alex les costaba horrores no reírse del hombre en su cara. Alex no lo soportó y finalmente se carcajeó.

—Hermano. Espero que mi madre te pague lo suficiente.

Owen le dio una palmada en el hombro y una mirada de disculpa, solidarizándose con el hombre falto de ropa.

—¡Bombón! Vas a apenar a Giorgio, a él le gusta su uniforme ¿Verdad, querido?

El aludido sonrió mecánicamente y con una caravana se retiró, no antes de que Lilly le diera una buena nalgada. ¡Pobre hombre!

—¿Verdad que es divino?

Se dirigió a mí, y yo quedé en blanco. ¿Qué le decía? ¿Qué era inhumano? ¿Qué no debía aprovecharse de la necesidad de la gente? ¿Qué era vergonzoso, incluso ridículo? ¿Qué ella misma se denigraba? Atiné a sonreír como respuesta, aunque fue imposible ocultar mi pensar. Entrecerró los ojos y casi me arrepiento de estar a favor de los derechos humanos. Lilly Carter tenía su carácter.

Afortunadamente desvió la mirada y se dirigió a Alex.

—Pollito, ¿Cómo va el trabajo?

Ahora la que tenía trabajo para ocultar la carcajada era yo. Bombón y pollito, ¡Divinos! Ya tenía material para extorsionarlos.

Alex suspiró fastidiado y le informó que las finanzas de sus acciones seguían vivas, que no se preocupara por dinero. Eso iluminó el rostro de Lilly que bebía con singular alegría su limonada cargada.

La cena pasó sin pormenores, escuchando a una mujer que repetía constantemente “yo... yo... yo...”. En su mundo solo existía ella.

—Bueno Kaira, platicame. ¿No te basto con uno? ¿Tenías que coger con los dos?

Como cubetada de agua fría. Morticia no tenía pelos en la lengua y con la

inconciencia que daba el alcohol —y sabrá qué más—, no hizo caso de las miradas asesinas que Owen y Alex le dieron.

—Chicos, ¿Y si me regalan unos minutos con Lilly?

Alex se levantó y extendió su mano.

—¿Y si mejor nos vamos? Ya la conociste, ya sabes que lo mejor de esta familia murió con mi madre.

¡Ay, dioses! Esto se ponía muy feo. La barbilla de Lilly tembló y para detenerla, uso lo que restaba de su bebida. Hasta que no le vio el fin al vaso, no lo bajo.

—Denme cinco minutos, por favor.

Mi gruñón asintió, aunque no muy feliz. Se retiró de la mesa y ni siquiera la miro. Owen envolvió mi cara y me besó.

—Piensa bien, lo que le vas a decir.

Le advertió a su madre.

—Cinco minutos.

Asentí como respuesta, el cronometro ya estaba prendido.

—Yo quería a mi hermana... ella fue la muy perra que me robo lo que yo quería.

Balbuocé rencorosa.

—Pero el destino le cobro su atrevimiento...

Sonrió y me dio miedo. Era una sonrisa triste, mezclada de orgullo y odio. Sin pisca de arrepentimiento.

—Ella tiene la culpa de que yo sea... esto.

Se estiró y buscó la bebida de Alex, que seguía intacta.

—Busque la compañía de Charles. Después de que Alex me traicionara con mi hermana, busque la más bajo que encontré. Acepté su idea de casarnos inmediatamente. Por un segundo tuve la estúpida idea de que un día lo iba a amar... y que él me amaría. ¿Por qué no lo haría, cierto? Solo mirame...

Debajo de todo el Botox y la plasta de maquillaje pude observar a una mujer

ciertamente guapa. Con un azul profundo y tormentoso en los ojos.

—Pero no me quiso... solo me destruyo... Es un matrimonio basado en el amor, un amor enfermizo y destructivo. Un amor al despecho, a la pena de perder lo que más quieres.... El amor que ellos sienten por ti, nada tiene que ver con el amor que Charles siente por mí. Ni siquiera con el amor puro y casto que se profanaban los hijos de perra que me engañaron... El amor que sienten mis hijos por ti, lo tienes que defender con unas y dientes. Incluso de mí.

Pobre mujer. Pobre hombre. Pobres hijos. Su vulnerabilidad de detuvo al ver la pena en mis ojos. Se repuso y soltó lo que tenía atorado en el pecho.

—Veras... poco después de que mis hijos te conocieran. Te descubrí. Descubrí la verdad acerca de ti y mis hijos. Trataron de esconderlo, pero yo sabía, sabía que un día ibas a llegar. Crecieron secreteándose, creando un mundo donde solo existían ellos. Nunca dejaron entrar a nadie... solo a ti. Te estaban esperando a ti.

Lleve mi vaso a los labios, escondiendo mi felicidad. Se levantó tambaleándose, se iba y yo no había dicho nada.

—¿Sabes Kaira?

La muy perra me miro directo a los ojos. Buscando retarme, buscando herirme.

—Si algo he aprendido en esta vida... Es que no siempre se tiene, lo que se quiere... Ya verás.

Dio la media vuelta, y se alejó zigzagueando mientras la amenaza caía en la meza.

El sabor agrio de mi boca se convirtió en el más dulce cuando recordé algo: Mi operada y amargosa suegra estaba equivocada; Si se puede tener lo que se quiere, yo ya los tenía a ellos.

XIX

Kaira

Ya era tarde, los mellizos ya estaban con Owen y la oficina casi desierta. Los documentos que llevaba en la mano era lo último de mi jornada. Esa semana había estado mortal, incluso me había negado a darles los buenos días con mi cuerpo. El proyecto de Owen era más complejo de lo que había considerado y Owen era un perfeccionista. Teníamos que revisar cada detalle tres veces antes de dar luz verde y ejecutar algo. El respiro de la semana fue la reunión con Kass y los abogados, esa fue esperanzadora, como todas las semanas. Volvieron a insistir en lo mucho que facilitaría el proceso de adopción si estuviera casada, Alex y Owen me vieron con ojos de “¿oíste?”, yo les devolví la mirada retándolos:

—Está bien, yo me caso. Ustedes elijan con quién.

Los dos se miraron, me miraron y empezó la discusión de garrotes. Los deje midiendo los garrotes, mientras Kass me explicaba que ya tenían lista la documentación para mandar a la corte, que solo faltaba llenar el espacio del nombre del conyugue.

Me sacudí el debate interno que se formaba en mi cabeza cada vez que pensaba en eso, camino a la oficina de Alex. Carla ya se había retirado, así que se me hizo fácil entrar a la oficina y reclamar un poco de su atención. No consideré tocar, él nunca tocaba a mi puerta cuando necesitaba algo de mí, siempre estábamos disponibles entre nosotros, era algo... normal. Escuché que hablaba por teléfono y no quise importunarlo, me senté enfrente de su escritorio y esperé a que acabara la llamada.

—¡Carajo mujer! ¿Cómo te hago entender? Ya nos divorciamos, ya vivo con otra mujer ¿Cuándo vas a entender que lo nuestro se acabó? Es más, nunca empezó.

Su voz sonó tan seca que incluso me dio sed. ¿Por qué diablos hablaba con Dana? Aun cuando no dio muestra alguna de coqueteo o agrado, los celos hicieron su aparición nublando mi visión. Me convertí en un ser territorial, en cuanto Owen y Alex entraron en mi vida. Nadie les aviso que en cuanto entraron a mi cuerpo, pasaron a ser de mi propiedad, es más, tenían el sello —Una K encerrada en un círculo— en cada nalga para demostrarlo. Esa carne era mía, mía y solo mía.

Guardé silencio esperando que confirmara el nombre de Dana o alguna pista de con quién hablaba. Era completamente inocente de cualquier cargo por husmear que se me pudiera adjudicar, yo venía por cuestiones de trabajo.

—¡No! No nos vamos a ver para discutir nada. Si quieres discutir algo, te escucho.

Giró la silla y finalmente me vio. Me mantuve impassible evitando cualquier señal de culpabilidad. Aunque teníamos uno o dos metros de espacio entre nosotros, la fuerza de su mirada no disminuyó. Su expresión no estaba templada con la calidez con la que siempre me miraba. Por lo contrario, parecía despiadado, como si acabara de encontrar la fuente de todos sus demonios. Mi respiración se cortó y extrañamente me dio miedo, nunca de él, sino de la fuerza de su mirada.

Separó el teléfono de su oído y pulsó el botón del speaker. Lo puso en medio del escritorio y cruzó los brazos a la altura de su musculoso vientre mientras se escuchaba la sugerente voz de Dana.

Dana, la siempre omnipresente Dana.

—... te voy a mamar esa enorme verga como te gusta. Voy a hacer que olvides a esa perra con la que vives y me voy a convertir en tu puta. Yo sé cuánto te gusta jugar a eso. Yo soy tu puta y me puedes hacer lo que tú quieras, por donde tú quieras... me la puedes meter muy duro, como te gusta. Estoy segura que la perra no puede jugar contigo rudo... así como a ti te gusta, ese cachorrito seguro se rompe y sangra como una perrita herido. Eres una animal y yo soy la puta del animal... Ven Alex, ven a verme y meteme la verga hasta que chille de dolor.

La sangre de todo mi cuerpo se dividió en dos; Una parte corrió a mi cara, sentía que mi piel ardía. La otra, se instaló en el nudo de nervios que palpitaba ansioso por atención. Debía de estar furiosa, indignada incluso, y sin embargo sentía una excitación animal, animal como él. En eso tenía razón Dana, él era una animal, pero un animal con un sello en la nalga que lo marcaba como mío, mío y solo mío.

Mi vientre empezó a gritar su nombre ¡Alex! ¡Alex! Gritaba la parte baja de mi cuerpo, que ya contaba con pensamientos, emociones y necesidades independientes de las mías. Ella lo quería y lo quería ¡YA!

Todavía con la mirada nublada, Alex se acercó al escritorio y murmuró...

—¿Y que más Dana? ¿Qué más podría a hacerte?

Dana tomó sus palabras como aliciente y jadeó. Poco faltó para que yo me

uniera al jadeo... Al muy retorcido le encantaba provocarme.

—Oh, Alex. Podrías hacerme lo más sucio que te imagines. Lo más descabellado... Me puedes amarrar, me puedes vendar, me puedes sofocar, me puedes prestar... eso... puedes prestarme. Observar cómo me coge dos, tres de tus amigos mientras tú observas y te tocas... o te la mamo. Lo que tú quieras, Alex. Solo ven otra vez...

Me dio miedo que lo tentara, incluso yo estaba tentada. El jadeo de la voz de Dana gritaba sinceridad. Ella podía hacer todo eso... y yo era la mujer que se había negado a darle los “buenos días” esa misma mañana.

Estiré la mano y corté la llamada.

—¿Te has visto con ella?

Sin dejar de verme a los ojos asintió ¡Oh, el muy bastardo! Me mojé los labios controlando un poco la guerra entre mi cerebro y mi cuerpo. Mi cabeza peleaba por la ofensa, por la furia que me provocaba el hecho de que Alex se viera con la perra de su exmujer. Mi cuerpo... mi pobre y lujurioso cuerpo solo peleaba porque no lo dejaran insatisfecho, estaba increíblemente excitada.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

Me retó observando detenidamente como subía y bajaba mi pecho.

Pasé la saliva que amenazaba con desbordarse de mi boca y me recordé que en nuestro juego no solo jugaban ellos, yo también tenía mi turno.

Abrí el botón que ocultaba mi necesitado busto y susurré:

—Voy a hacer justo lo que acaba de describir tu queridísima exmujer.

El azul de sus ojos se consumió con fuego, la pequeña protuberancia de su cuello subió y bajó en un movimiento sensual y una enorme erección sobresalió en su pantalón. Consideré esas señales como inequívocas, esa partida, la ganaba yo.

Se levantó y sin importarle su abultada entrepierna, me sacó a rastras de su oficina. Tuve la precaución de cubrir con mi cuerpo su frente y evitar habladurías de algún despistado que anduviera todavía por ahí.

—Ya te puedes ir, Leo.

Alcancé a decir antes de que Alex cerrara la puerta de mi oficina y dejáramos a Leo con la palabra en la boca.

Antes de que Alex me soltara, escuché que Leo gritaba atreves de de la puerta.

—¡Kaira, tengo varios mensajes urgentes!

Alex levantó una ceja y esperó mi respuesta. En ese momento lo único urgente, era saciar mi apetito por él.

—¡Luego!

Alex sonrió con mi respuesta. Y yo corrí hacia la habitación trasera de mi oficina. Era hora de comer.

Dana había hecho un buen trabajo calentándolo, Alex sostuvo su verga y la acarició varias veces.

—Pídemelo...

Sonreí y de rodillas lo pedí:

—¿Te puedo mamar, Alex?

Gruñó y me deleité al ver el musculo hacerse más grande y duro justo ante mis ojos.

—¡Carajo, Alex!

¡Era enorme! La rodeé con una mano, acariciándosela varias veces.

—Pídelo, otra vez.

Exigió.

—Por favor, necesito mamarte.

Apoyó las manos en la cama y justo cuando mi boca se abría, mi mano se cubrió de crema caliente. Un gruñido después, ordenó:

—Límpiame, cariño.

Primero le mostré mi boca abierta y deseosa, después saqué la lengua y no paré hasta que desapareció la última gota. Cuando terminé, Alex ya estaba listo para mí, otra vez.

XX

Owen

Escuché gritos y salí corriendo del estudio. En el palacio los únicos gritos que se escuchaban eran los de Sophie y Kurt cuando jugaban.

Al pasar por la estancia vi a los niños con cara de espanto atrás de Conchita.

—Llévelos al salón de arriba, y que terminen la tarea ahí.

Conchita asintió y los tomó de la mano.

—Ey...

Les dije antes de que subieran las escaleras.

—No pasa nada, no se asusten.

Les hice un guiño y los apure a subir.

Al abrir la puerta de la casa los gritos se hicieron más claros.

—¡Eres una perra! ¡Eres una perra!

Me guie por el ruido y corrí hacia él. Llegué justo en el momento que Dana abofeteaba a Kaira. El sonido seco fue la antesala de la cabeza de Kaira rebotando en el cristal del auto. Un demonio me poseyó, en nada llegué a ellas y sin miramiento alguno intenté separar a Dana de mi mujer. La muy perra se aferró del cabello de Kaira, y cada vez que intenté separarla, arrastraba a Kaira por inercia.

Mis oídos se cerraron para no escuchar a Dana insultar a mi mujer, fue un clic, lo que los volvió a abrir.

—Suéltela o disparo.

Tony tenía el cañón de la pistola en la nuca de Dana. Su expresión era carente de emoción, no dude por un solo segundo que lo fuera a hacer. Dana sintió lo mismo que yo, porque inmediatamente soltó a mi bruja.

—¡Tony, baja eso!

Le exigió Kaira al sentirse libre de las manos de Dana. Tony bajó el arma

despacio, dando tiempo que Charly llegara. Entre los dos catearon a la intrusa, mientras yo revisaba la cabeza de la furiosa mujer que se resistía a mis cuidados.

—No tengo nada, solo es la cara.

Su mejilla se empezó a tornar rojo oscuro. Me sentí más en shock, que ella. Yo era un hombre de paz, no de guerra.

—Tony, ve y guarda eso. No la quiero cerca de mi o mis hijos.

Fue la primera vez que escuchaba a Kaira hablarle con dureza a Tony. Y también la primera vez que el trabajo del hombre se tambaleaba. El susodicho dio media vuelta y se dirigió a la parte trasera de la casa, donde estaba el cuartel de seguridad. Desde ahí se monitoreaban las cámaras que rodeaban la propiedad. Obviamente, no con mucha eficacia.

—Charly, ¿Cómo entró?

Dana ya estaba asegurada, sentada en el pasto y con la cabeza entre las rodillas. Ya no era la mujer glamurosa del pasado, ya era una mujer maltratada por los excesos. Era sorprendente la dureza con la que el libertinaje la golpeó, le estaba consumiendo el organismo y robando su belleza. Se veía sin control, ni de su físico, ni de sus actos.

Charly tuvo la gracia de verse contrariado. Hoy no había sido el día del personal de seguridad.

—Averigua por dónde entró.

Ordené. Charly se encamino rumbo a la entrada de los autos, tal vez era hora de implementar más seguridad.

Kaira se zafó de mis brazos y se inclinó enfrente de Dana.

—¿Qué diablos crees que haces? Mis hijos están ahí adentro.

—Eres una puta...

Escupió Dana. Kaira negó y se compadeció de ella.

—No Dana, yo no soy una puta, solo soy una mujer enamorada.

Dana empezó a llorar calladamente. Pobre mujer... Vi la compasión en los ojos de la bruja, en esa cabecita se estaban formando ideas que podían incluir cosas descabelladas como darle refugio a Dana. La porcelana rota de mujer, cerró esa

puerta al levantar la cara y escupir a Kaira. ¡Mierda! Kaira se levantó, limpiándose la cara con el dorso de la mano.

—Debes de tener cuidado, Dana. Mientras más lejos vayas por ese camino, más difícil es que regreses. Recuerda que tienes una hija.

Lo último que escuche decir a la mujer que alguna vez me impresiono por su belleza, fue:

—Yo no tengo a nadie, solo lo tengo a él.

Decir que Alex puso el grito en el cielo, es poco. Se disculpó un millón de veces con Kaira, y un millón de veces, Kaira le pidió que ayudara a Dana. Para mí, Alex ya no podía hacer más por ella, ya le había dado más de lo que debía, tal vez ahí estaba la solución, detener la ayuda.

Cuanto le avisamos de la visita de su ex, en menos de quince minutos ya estaba en casa. Se la llevó, y la ingresó a un centro de desintoxicación. Dana tardó veinticuatro horas en solicitar su salida. Es cierto lo que se dice: “No se puede ayudar, a quien no quiere ser ayudado”.

En casa se implementaron más medidas de seguridad, Dana había entrado por la puerta del garaje, atrás del auto que manejaba Tony. Como era de esperarse, Kaira no esperó a que Tony le abriera la puerta. En cuanto la abrió, Dana la atacó. Mi bruja no tuvo tiempo ni de levantar las manos.

—¿Recuerdas qué te dije, que nunca salieras del auto si no te abríamos la puerta nosotros? Nunca sabes quién puede estar afuera esperando por ti.

—Shsss.

Me calló. Eso no me aseguraba que no lo volviera a hacer. Me di por vencido, y seguí con la compresa de hielo en su preciosa y enrojecida cara. Mi único consuelo fue, darme cuenta que Tony estaba dispuesto a todo con tal de mantenerla segura. Se llevó un buen regaño de ella, pero también un buen bono de mi parte. Nadie tenía permitido tocar a mi bruja.

XXI

Owen

Me senté enfrente de su escritorio y le entregué el reporte de la organización que nos iba a premiar. Era una organización de voluntarios cien por ciento, por lo que garantizaban que cada centavo que se recaudaba, se destinaba al mejor uso posible y llegaba directamente a las líneas del frente de la importante lucha. En el pasado la fundación Carter había apoyado los esfuerzos a la investigación a través de grandes donaciones, pero esta era la primera vez que se nos brindaba una mención honorífica. Y por supuesto, no dude en mandar al matadero sin armas ni escudos, a la mujer más inteligente y bella que conocía. Ella iba a hacer la encargada de dar el discurso de agradecimiento. A la pobre le temblaban las piernitas con solo imaginárselo. Yo sabía que no era por timidez, ni pánico escénico, ella podía manejar multitudes con los ojos cerrados, era por la exposición. La gala era una de las más publicitadas en todo Chicago, incluso era televisada por una cadena local. Tanto Alex como yo, nos auto vetamos de cualquier evento publicitado hacía ya años. Y vivíamos muy felices de esa manera, si queríamos llevar nuestro juego en paz, teníamos que vivirlo en las sombras.

Aunque siempre había alguien que tenía que sacrificarse por el bien del equipo, y en esta ocasión le tocaba a la bruja. Intentó chantajearnos, por supuesto; Se desnudó y retorció entre nuestros excitados cuerpos mientras susurraba con voz melosa:

—No quiero exhibirme... No quiero salir de mi perfecto palacio, con mis perfectas parejas y mis perfectos hijos... Por favor.

A punto estuvimos de claudicar. Su piel en nuestra piel era exquisita. Como siempre, ya nos tenía bien agarrados de las pelotas. Ella solita rompió el hechizo cuando se quejó sarcásticamente.

—Ya suficiente me exhibo con ustedes. Eso es suficiente, gracias.

A partir de eso, no tuvo mucha opción. Lo agradecía ella, o las guirnaldas las recibía Charles. Y Kaira, definitivamente no iba a permitir que Charles ensuciara el trabajo de la fundación del Grupo Carter.

—¿Ya sabes que vas a usar?

—Un Martini con ración extra de vodka. Solo eso voy a llevar.

Me advirtió la muy bruja. Me levanté, enredé mi mano en su cabello y forcé su cabeza para que se moviera hacia atrás. Solo con un poco de presión, nada más para que se disculpara.

—¿Cómo?

Mi preciosa bruja sonrió y relamió los labios.

—Todavía no estoy segura si voy a asistir.

—Tienes que ir. Es cuestión de trabajo.

Puntualicé nuevamente, solo que ahora con un guiño y la sonrisa diabólica que lograba humedecerla.

—Disfrutas viéndome sufrir.

Se quejó. Suavice su enojo con un beso. Humedecí sus labios, los mordí, los saboreé y fui trazando el camino hacia las puntas del placer con mordisquitos. Gimió cerca de mi oído y supe que ya no tenía escapatoria. Cuando Kaira gemía en ese tono oscuro y necesitado, podíamos hacer con ella lo que quisiéramos. ¿Para qué se complicaba? Así de caliente, si yo pedía que brincara, ella solo preguntaba ¿Desde dónde?

Desafortunadamente para Alex y para mí, ese gemido funcionaba en doble sentido, ya que nuestra prioridad se convertía en sacarle el mayor número de orgasmos posible. Me colé abajo de su vestido y perdí mi boca en el chasquido de su humedad. No descansé hasta que quedo completamente laxa entre mis brazos. ¡Adoraba a esa mujer!

El ruido de los tacones nos advirtió que ya venía.

—¡Oh, Dios!

Jadeó Alex. Esa mujer nos quería convertir en asesinos.

—¿En serio?

Preguntó, con sus comibles labios separados ligeramente. Era un reina, toda ella.

—Estas... estas preciosa.

Alex contestó por los dos, yo estaba sin palabras. Una ligera capa rosa cubrió su cara, haciendo que se viera todavía más apetecible.

—¡Oh, mis enanos! Son un amor.

Caminó hacia Alex y él la recibió con los brazos abiertos. Después de manosearla vulgarmente, se separó ligeramente de ella y volvimos a admirar su glorioso cuerpo. Primero, la curva de su busto. Un latido después, las endurecidas puntas que salían a saludarnos. ¡Tan jodidamente bella! Su diminuta cintura estaba perfectamente marcada por el vestido color champagne ¡Mierda! Se veía espectacular. La seda la cubría de una manera sugerente, la veías y era imposible no imaginar su entrepierna, el sabor de ella. Mi lengua cosquilleo con la necesidad de lamer cada pliegue de ese perfecto manjar. Alex se frotó la cara, seguro no se la había lavado con tal de seguir oliendo a ella. Él fue el último en probarla.

¡Joder! Mi engrosada entrepierna me estaba matando. Y lo peor, es que el corazón también dolía. La abrace por la espalda queriéndome fundir en ella.

—¡Oh! Ustedes solo me quieren por el sexo.

Murmuró. Como muñequitos de trapo negamos al mismo tiempo.

—Esto no es solo por sexo. Te amo.

—Yo secundo eso.

Confesé antes de mover su cabello y besar su cuello. Alex se estaba haciendo cargo del frente, a mí me tocaba la retaguardia. Acaricié la desnuda espalda y sin querer, mi mano se coló por adentro del vestido capturando su succulenta teta. Un gemido fue mi premio.

—No...

Jadeó sin aliento.

—Ya estoy lista... si seguimos, no vamos.

Esa fue la llamada de atención. Inmediatamente nos separamos de ella. Necesitábamos que la gente la reconociera, que se dieran cuenta que ella era de nosotros, que era parte del Grupo Carter.

Con un ligero puchero de decepción se ajustó el vestido.

—Vamos antes de que los mate... o me maten.

—¿Por qué te iríamos a matar?

Pregunté inocentemente, mientras le ayudaba a con el abrigo.

—Asesinada por frustración.

Se quejó. Alex y yo nos vimos con triunfo. ¡Nuestra bruja!

XXII

Alex

Odiaba la idea de aparecer en público. Odiaba que los reporteros parecieran cucarachas buscando noticia roja. Y sobre todo, odiaba que no dejaran de comerse con la mirada a Kaira.

La sujeté por la cintura protegiéndola de los flashazos que no paraban. Ella se mantenía muy erguida con la cabeza en alto, maravillosa luciendo como la reina que era. Aun así, podía sentir su tensión, ella tampoco deseaba estar ahí. La única razón por la que cedimos a la invitación Owen y yo, es porque la extraordinaria cantidad de dinero para apoyar la prevención de cáncer de mama a través de la Fundación Northwestern Memorial, era eso, extraordinaria. Nuestra presencia apoyaba e impulsaba el increíble trabajo de la Fundación Silver Lining e Imerman Angels, las organizaciones que más logros tenían en la lucha contra el cáncer de mama en Chicago, no podíamos dejar de apoyar.

—Estoy nerviosa. No quiero hablar enfrente de esas personas.

—No tienes porque. Solo recuerda que nosotros somos los del dinero, además de que Owen y yo hemos jugado con uno que otro de los directivos.

Eso llamó su atención. Dejó ir la mueca de desagrado y la canjeó por una de complicidad.

—¿En serio? ¿Con quién?

—¿Conoces al secretario general de la organización? Ese hombre tiene un fetichismo por los pies. Solo muéstrale tus pies y se olvida de todo.

—¡No!

—Sí. Le gusta coger con chicas, mientras le chupa los pies. Paga cantidades atmosféricas, para lamer dedos.

Eso de alguna manera la tranquilizo. ¡Kaira, era una retorcida!

—¿Y tú? ¿Cuál es tu fetichismo?

—Tú, cariño. Tú eres mi único y mayor fetichismo.

Supe que ya estaba relajada con la sonrisa que me regaló.

Logramos pasar la alfombra roja con solo preguntas referentes a la fundación. Carla ya se había hecho cargo de advertir a la prensa que tanto Owen como yo, solo contestábamos preguntas referentes al Grupo Carter. Kaira es la que se iba a hacer cargo de las preguntas referentes a la fundación y pasó con excelencia. En ningún momento tartamudeo, se mantuvo regia como una reina con ideas claras y firmes.

No faltó el imbécil en insinuar que ella y yo manteníamos una relación más allá de lo profesional, pero sin que mi mano se alejara de su cintura y con mi instinto protector al cien por ciento, me deshice del reportero con la mirada. Ella sonrió y levantando su mano tocó mi pecho. Era su manera de detenerme, para que no me abalanzara a la yugular del reportero.

Con voz melosa se dirigió a las reporteras que esperaban atentas a su respuesta.

—Estaría bien, ¿Cierto, chicas?

Las reporteras rieron tontamente, y seguro yo puse los ojos en blanco, aunque traté de mantenerme lo más glacial posible.

Odiaba todo el barullo, pero o la acompañaba yo, o la acompañaba Owen. No quisimos correr el riesgo de que alguna de las féminas que habían dormido con él — que eran varias—, destrozaran el vestido de Kaira como le pasó a cenicienta. Yo iba a ser su “acompañante”, mientras Owen pasaba el pasillo de los acusados, es decir, la alfombra roja, desplegando su carisma y cuidándonos las espaldas, atrás de nosotros.

Finalmente salimos del pasillo de los acusados y nos perdimos entre el gentío que se organizaba en el lobby del hotel Regency. Observe el despliegue de flores que daban la bienvenida y me pregunté qué porcentaje de nuestra donación estaba invertida en rosas rojas.

—Huele delicioso, ¿cierto?

Murmuró Kaira regalándome el calor de su aliento.

—Eres tú, cariño.

Sonrió y un jodido arcoíris enmarcó la sala. ¡Jodido! así estaba yo por ella.

—¡Oh! No tienes que adularme, es seguro que hoy duermes conmigo.

Hizo un guiño y toda mi sangre corrió hacia la parte sur de mi cuerpo. Tuve que arrastrarla hacia un rincón y ajustar discretamente el endurecido bulto. Conté hasta

cien para poder seguir caminando, pero no antes de bajar la cara y darle un pequeño beso.

—Dijimos que nada de besos en público.

Me regañó mimosa, mordisqueando mi labio inferior.

—Que se joda el público.

Gruñí haciendo el beso más profundo. Adentro del hotel se podía disfrutar de un poco más de privacidad. Sabía que corría el riesgo de que alguien nos tomara una foto, pero era imposible resistirse a sus labios.

Justo cuando bajaba las manos hacia su acorazonado trasero, nos interrumpieron.

—¿Qué dijimos de los besos en público?

Nos reprendió Owen abrazando a Kaira por la espalda. Nos escondimos todavía más atrás de una mampara y no perdimos el tiempo, Owen inicio una serie de mordiscos por su cuello, mientras yo calentaba las endurecidas puntas de su pecho con la yema de mis dedos, se marcaban perfectas a través de la seda, ¡se veía tan sabrosa!

Charly y Tony no tardaron en ocultarnos por completo. Kaira sonrió y cerró los ojos dejando caer la cabeza hacia atrás, bando espacio a la boca de Owen. Esto se ponía interesante y todavía no estábamos en el salón de baile.

—¿Qué hacemos, entramos al salón o alquilamos una habitación?

Pregunté, rogando porque eligieran la segunda opción. Las hinchadas puntas del pecho de Kaira ya apuntaban a la habitación y a mi boca.

Owen empezó a reír, lo siguió Kaira y terminé riendo con ellos. Al parecer era imposible parar de tocarnos. Ajustamos la ropa y nos incorporamos a la masa de gente que esperaba pacientemente su ingreso al salón de baile.

Roberta Oxford, presidenta de la Fundación Northwestern Memorial y amiga cercana de Lilly, fue la encargada de presentarnos a cada uno de los miembros de las mesas directivas de las diferentes fundaciones. De pronto me vi rodeado de personas que peleaban por ser presentados a Kaira. Di un paso atrás y permití que mi reina brillara; sonreía, asentía, los hacía sentir las personas más importantes del planeta con una sola de sus miradas.

Tony la cuidaba con mirada de águila desde lo alto del escenario, si Tony no estuviera felizmente casado, ya no trabajaría con nosotros. Nunca la perdía de vista, y aunque era su trabajo y le pagábamos generosamente por ello, me causaba un poco de recelo, siempre la estaba observando. Owen lo tenía en alta estima, sobre todo después del episodio de Dana.

—Debe de ser difícil trabajar alrededor de ella, es muy guapa. Podríamos comérmola entre los tres.

Michelle Oxford, la hija de Roberta, susurró cerca de mi oído. ¡Joder!

Verifiqué que Kaira siguiera con las presentaciones, antes de dar la media vuelta y enfrentarme a Michelle. Su madre y ella tenían años en campaña para atrapar a Owen. Primero lo intentaron conmigo, pero yo fui más cruel en mi negativa, cuando nos abastecimos de su cuerpo, simplemente dejó de existir para mí. Owen tuvo la educación de acostarse con ella un par de veces más, solo para que su ego de niña mimada no se viera pisoteado. Aunque siempre dejando en claro que de nosotros solo iba a recibir orgasmos. Si Roberta supiera lo peculiar de los gustos de su hija en la cama, seguramente no estaría tan ávida por casarla. A Michelle le gustaba ser compartida en masa, le gustaban las mujeres, los hombres, tener sexo fuerte e incluso depravado. No es que algo de eso estuviera mal, sino que simplemente era una mujer difícil de contener, necesitaban encontrar a varios hombres para satisfacerla, y ninguno de ellos era Owen o yo.

—¿Dónde está tu otra mitad? Terminando esta fiestecita, hay una fiesta en serio. También podemos invitar a tu... secretaria.

Era una mujer muy bella, eso no se podía negar. Pero mi cuerpo ya no respondía a ella, ya solo respondía a Kaira. Volví a verificar que mi mujer estuviera ocupada, y me di cuenta que se acercaba. Hice lo más cobarde que se me ocurrió en ese momento.

—Por ahí.

Señalé a Owen que se había comportado perfectamente manteniéndose a distancia de nosotros, y le envié al peligro llamado Michelle.

—La fiesta es en ca....

—Ve con Owen, él es el que decide hoy.

La interrumpí sin miramientos y poco faltó para aventarla a los brazos de Owen. Sentía la presencia de Kaira cerca, muy cerca.

—¿Quién es?

Indagó Kaira a pocos segundos de que Michelle se hubiera dado la media vuelta y fuera a acosar a Owen.

—Es mi hija. Somos amigos de la familia Carter desde hace años, ¿Cierto, querido?

Contestó por mi Roberta. Solo tuve el tino de asentir ligeramente y guiar a Kaira a nuestra mesa. No me imagine que enviar a Michelle en busca de Owen, le iba a costar las pelotas.

Kaira no tuvo oportunidad de preguntar nada más, la gente estaba intrigada por la nueva cara del Grupo Carter y la mantuvieron distraída. Incluso intuí que se olvidó de Michelle, cuando empezaron las presentaciones y llegó la hora de que nos premiaran, la mesa se quedó en silencio, tuvo la oportunidad de preguntar y no lo hizo. Me sentí a salvo, que equivocado estaba.

Roberta acabó de besarnos el culo y llegó el momento de que Kaira agradeciera. Se levantó de la mesa con la gracia natural que la caracterizaba, parecía un ángel envuelta en champagne, la lengua me cosquillo con el deseo de bebérmela toda, de lamer cada gota de ella. Me percaté que llevaba su copa en la mano, y temí que se pusiera nerviosa por no saber dónde ponerla. Me tranquilizo, cuando al llegar al estrado se llevó la copa a los labios y le dio un buen trago al champagne. Nos tenía hipnotizados a todos, seguimos el líquido hasta que se perdió adentro de su boca y hasta sonreímos con ella cuando susurró:

—Perdón, es un poco de valor.

Se escucharon risas y uno que otro imbécil levantó su copa para brindar con ella. Limpio su garganta y nos sedujo con su voz.

—En nombre de la Fundación Carter, me permito decir, gracias. Pero no gracias por la mención honorífica, aunque es un gusto recibirla, para nosotros es solo una placa colgada en la pared. Me atrevo a decir gracias, porque cada uno de los miembros de la fundación Carter, cada día somos más ricos; más ricos en espíritu, en mente, en vida. Hemos aprendido que no hay nada más importante, que ayudar a los que luchan por una vida mejor. Es un verdadero placer para nosotros, ser un mínima parte en esa gran lucha. No hay algo más vivificante que ayudar a los demás. Y cada miembro de nuestra fundación, lo hace con el corazón en la mano.

Invito a las demás fundaciones a trabajar fuerte y sin descanso para seguir

ayudando. Los fondos para la investigación en la prevención del cáncer de mama y las organizaciones que ayudan con la atención para las personas que están en batalla con la enfermedad, son fundadas en su totalidad por donaciones. Por favor, no dejen de donar.

A todas aquellas mujeres que lucharon, luchan o lucharán la guerra por su vida, son la definición de fortaleza, amor y belleza en su estado más puro. Todo el reconocimiento es de Ustedes.

Y a tono personal, brindo porque tengan una larga y bella vida por delante, mis oraciones y apoyo está con ustedes. Gracias.

Kaira terminó el pequeño discurso con una mano sosteniendo su copa por todo lo alto, y la otra mano en su pecho sujetando su corazón. Era un corazón que se hinchaba con cada latido, daba tanto amor y la amábamos tanto, que había que sujetarlo para que no se saliera de su pecho. Lo que fue un auditorio silencioso y atento a cada una de sus palabras, estalló en un alarido lleno de aplausos. Kaira bajó del escenario en medio de personas que disputaban la oportunidad de brindarle su reconocimiento. A partir de ese momento, decidí que Kaira iba a ser la nueva cara del Grupo, la gente simplemente la adoró.

Me llevó más tiempo del que esperaba llegar a ella, llegué justo a tiempo para retenerla. Mi mujer aparte de reconocimiento, recibió una visita completamente inesperada.

XXIII

Kaira

La gala anual del hospital, era la más importante de Chicago. Y por si fuera poco, era nuestra primera aparición en público. Alex y Owen mantenían su privacidad muy... privada, y yo no era nadie. Así que esperaba que nadie hiciera preguntas incómodas. La verdad es que no sabía cómo iba a contestar, sabía que ellos solo querían que la prensa y las demás fundaciones se acostumbraran a mi presencia cuando se hablaba de la fundación Carter, pero no por eso dejó de ser estresante.

La gala había empezado como algo pequeño y fue tal la aceptación, que cada vez se hizo más grande. Ayudaba que, aparte de los voluntarios —que eran muchos—, cada vez se agregaban más y más celebridades: comentaristas, reporteros, cantantes y bailarines, la gran mayoría locales, pero aun así el evento era muy concurrido y al final tenía una buena causa. Nos vimos obligados a asistir, esa era la palabra, “Obligados”.

A lo lejos me pareció ver una cara conocida. Por más que intenté distraerme, poner atención a la gente que me hablaba, “algo” no me dejaba.

—¿Estas bien?

Cuchicheó Alex, separándome del grupo que no paraba de felicitarme por mi discurso, que realmente no lo fue, solo fueron un par de oraciones donde intenté abarcar la misión de la fundación Carter.

—No sé. Estoy...

—Kaira.

Mi nombre fue dicho no como pregunta, o lamento. Fue dicho con esperanza.

La voz de mi madre sonaba un poco más débil de lo que recordaba. Di la media vuelta y no la reconocí. Estaba increíblemente delgada, pálida y con los ojos hundidos. Con un hilo de vida.

El jadeo alertó a Alex.

—¿Estas bien? ¿Qué te pasa?

La boca se me seco. No logré hablar.

—Chiquita, soy yo.

Empecé a lagrimear. Tenía cerca de siete años de no ver, ni hablar con mi madre. Y nunca imagine que cuando lo volviera a hacer, fuera en estas condiciones. Era notorio que mi madre estaba enferma. El candado que mantuvo resguardada esa parte de mi corazón, “clic” se abrió.

—Estas enferma...

—No chiquita, no.

No sé cómo llegue a sus brazos, cuando me di cuenta, ya estaba acunada entre ellos, meciéndome como en antaño. Volví a ser una niña de diez años consolada por su madre. No me pude detener, lloré y lloré hasta que aminoro un poco el dolor que se cumulo durante los siete años que no tuve a mi madre cerca.

Pasé toda mi infancia con una familia modelo, hasta que el destino me la arrebató. El día que mi padre murió, ese día mi madre desapareció. Ya no volvió a ser ella, se convirtió en un ser lleno de dolor. Si de por sí la relación ya no era buena, terminamos de separarnos cuando concebí a los mellizos.

Sentí su brazo rodeando mi espalda y su mano acariciando mi cabello.

—Ya pasó... ya pasó...

Susurraba, canturreando de esa forma que solo las madres saben hacer. Transmitiendo ese calor y seguridad que solo el vientre materno da.

Cuando logré separarme de sus brazos, mi atuendo estaba arruinado, y de paso me llevé el suyo.

—Toma cariño.

Alex me brindó un pañuelo, y nos movió hacia un rincón, resguardados por Charly y Tony.

—Permítame presentarme, soy Alexander Northman.

Mi madre tomó la mano de Alex. Incluso sus manos se veían más pequeñas.

—Luiza Caval. Soy la madre de Kaira.

Alex se puso alerta, él tampoco se lo esperaba. Yo no solía hablar de mi madre.

Después del cargo de conciencia que tuve el día que me enteré que nunca me había dejado sola, simplemente... lo pausé.

Vi que Owen se acercaba a espaldas de mi madre, cuando vio mi semblante casi corrió. Volví a temblar, iba a volver a llorar. Yo no era mujer de lágrimas, algo sucedió cuando se abrió el candado, ahora estaba sufriendo para volverlo a cerrar. Owen llegó y me separó de los brazos de mi madre. Me atrapó entre los suyos y me protegió con todo su cuerpo.

—¿Qué diablos pasa?! ¿Qué le hicieron?!

Gruñó, Owen.

—Owen. La señora es la madre de Kaira.

La reacción de Owen fue abrazarme más fuerte.

—Suéltala. No seas bruto, la vas a lastimar.

Owen le hizo caso a Alex y aflojó su amarre.

—Soy Luiza Caval.

—Owen Carter, un placer.

Owen no podía evitar ser encantador. Sin soltarme, le dio la mano y con una inclinación de cabeza la saludo.

—¿Nos vamos?

Preguntó, Owen. Ni ellos, ni yo, ni siquiera mi madre nos esperábamos esto. Todos nos desenchufamos.

—Ven cariño. Aquí no pueden hablar.

Me guiaron por una serie de pasillos, hasta que llegamos a una sala privada.

—¿Podemos hablar?

Preguntó mi madre con un hilo de voz. Asentí, mientras nos sentábamos una enfrente de la otra. Owen y Alex nos brindaron un poco de privacidad retirándose hacia una de las esquinas de la sala.

—¿Qué tienes?

Mi madre era una mujer muy guapa. De piel canela con unos impresionantes

ojos verdes. Su piel siempre fue aterciopelada. Y ahora se veía... apagada.

—Ya estoy bien. Pero el verano pasado me diagnosticaron Cáncer de mama.

No podía respirar. Yo... yo no sabía qué decir, o qué hacer. Como disculparme por no estar ahí, con ella.

—Lo siento mucho.

—Oh, no lo sientas chiquita. Yo soy la culpable de que no estemos juntas.

Envolvió mis manos entre las suyas. Estaba fría. No era la persona que yo recordaba. Mi mamá siempre fue amorosa, tierna, hasta que falleció mi papá por supuesto, pero antes de eso, ella siempre represento el amor. No sabía cómo sentirme.

—Tenía todo preparado para que se contactaran contigo, si algo me pasaba. Sé... sé que me porte muy mal contigo y que no merezco que me perdones. Pero sería maravilloso si me dejaras acercarme nuevamente a ti... a los niños. ¿Cómo están los niños?

No sabía qué pensar. La última vez que hable con ella, tuvimos una enorme discusión. Estaba furiosa conmigo, desilusionada, sobretodo decepcionada de mí. Nos dijimos cosas que simplemente no se deben decir entre madre e hija. Y ahora se veía tan... tan débil. No tuve corazón para enojarme. Simplemente olvidé.

—Los chicos están bien. Grandes, sanos, inteligentes, guapos.

Sonreí y ella conmigo.

—¿Y tú? ¿Tú, como estas?

Mi mirada fue directa al par de hombres que resguardaban la puerta.

—Bien. Estoy bien.

—¿Él es tu pareja?

Preguntó refiriéndose a Alex. Negué y levanté el mentón.

—No. Ellos son mi pareja.

Fue crudo y sin anestesia, pero me negué a disculparme por mi vida. No ahora, no nunca, no por Owen y Alex. Mi madre abrió más los ojos y asintió despacio, intentando procesar la información.

—Son guapos.

Ahora la que abrió de más los ojos fui yo. Mi madre procedía de una familia muy tradicionalista. Me educó bajo unos estándares muy estrictos sobre las buenas costumbres. Y no dijo una sola palabra reprobatoria, ni gesto que mostrara disgusto sobre mi relación. ¡Increíble!

La sorpresa debió mostrarse en mi rostro.

—Perdí a mi única hija y el ver crecer a mis nietos por ideas absurdas. Ahora creo que las buenas costumbres sirven para mandarlas al diablo. ¡Te he extrañado tanto!

Me abrazó y así nos quedamos por unos minutos. Su cuerpo se fue calentando poco a poco. La acuné entre mis brazos y sollozamos calladamente por cada uno de los días que estuvimos separadas. Fue maravilloso.

XXIV

Kaira

Mi madre se quedaba en un hotel del centro de la ciudad. Me negué en redondo a que se quedara un día más en la fría habitación de un hotel, por más cinco estrellas que fuera, nunca se compara con el calor de un hogar y mi hogar era un palacio. Tony se encargó de cerrar cuentas y llevar sus pertenencias a donde pertenecían, a mi lado, junto a su familia.

Cuando baje a la siguiente mañana, me sentía descansada como pocas veces en mi vida. Los mellizos jugaban en el jardín, se escuchaba que alguien trabajaba en la cocina y vi a mis dos hombres sentados en el desayunador de la terraza. Al acercarme a ellos, también observe a mi madre sentada enfrente de ellos con una taza de té entre sus manos. Con cuidado de no ser vista me escondí para poder escucharlos. Que tu pareja hable con tu madre por primera vez, es algo que uno no se quiere perder, y si lo multiplicábamos por dos, resultaba doblemente integrante.

—La verdad es que empezó como un juego, aunque desde un principio fue claro para nosotros que era un juego que nos iba a cambiar la vida. Kaira y los chicos nos han cambiado la vida.

Escuché que Alex le explicaba a mi madre con solemnidad.

—Y ten por seguro que desde que nos dimos cuenta, siempre hemos jugado derecho con ella. Nosotros los amamos y los amamos bien.

Intervino Owen más relajado. Mi madre se llevó la delicada taza a los labios y los hizo sufrir unos momentos. Bajó la taza a la mesa y cuando levantó la mirada, estaba sonriendo. ¡Mi madre era bellísima!

—No se tienen que justificar conmigo. Es claro que Kaira es feliz.

Se escuchó la risa de los mellizos y agregó:

—Que todos son felices.

Guardaron silencio por un momento, apunto estuve de salir de mi escondite, cuando se volvió a escuchar la voz de mi madre.

—En una de las quimioterapias, me toco sentar junto a una mujer de unos sesenta y pocos años. Ya no tenía cabello y estaba envuelta en un chal muy descolorido, su brazo era un cumulo de moretones y marcas causadas por las decenas de piquetes, una de las enfermeras luchaba para encontrar una vena decente, era doloroso, todo. Y nunca dejó de sonreír, nos estaban inyectando veneno en las venas y ella nunca dejó de sonreír.

Mi madre tomó unos segundos para respirar y continuar.

—Yo no quería sonreír, no quería que nadie fuera feliz. Enferma, dolida, amargada, vaciá, así me sentía. Lo que menos quería, era sonreír. Me di la vuelta para dejar de verla y como esperando mi reacción, dijo: “Sonríe, para que te sientas bien aunque te estés muriendo. Seguro alguien nos espera en el infierno”.

Mi madre sollozó y la acompañé desde mi escondite. Mi padre, mi madre pensaba en mi padre esperándola.

—Lo pensé mucho... Metí mi cabeza por primera vez desde que el padre de Kaira murió, adentro de mi corazón. ¿Y saben qué encontré? Encontré a Kaira. Mi hija es el sol de mi vida, lo mejor que he hecho en esta vida. Ella siempre estaba para mí, siempre me abrazaba, me besaba, me hacía feliz. Y por la nube enorme del dolor, la perdí.

Yo ya no sollozaba, ya lloraba a toda regla.

—Hagan lo que sea necesario para hacerla feliz.

Y lo hacían, realmente lo hacían. Me hacían muy, muy feliz.

XXV

Alex

Estábamos parados justo en los límites de la legalidad, y solo con la puntita de los pies nos aferramos a la idea de que Kaira fuera parte de nosotros en todos los sentidos. La aceptación de Luiza a nuestra relación, fue como una señal. Se había tomado muy bien la aparición de Owen en las páginas de sociales. El que no se lo tomo muy bien, fui yo. Fue la primera vez que me sentí cobarde. Michelle se le había pegado como lacra y había muchas fotografías de ellos, en unas, pareciera que se habían besado. El pie de página decía que se habían ido juntos y que sonaba a compromiso. No lo podía asegurar, pero podía apostar que Michelle y su madre eran la fuente de tan falsa información. Inmediatamente levanté la mano y acepté mi culpa. No quería que Owen se quedara sin pelotas permanentemente por mi culpa, para mi sorpresa, Kaira desestimo todas las noticias al respecto.

—Yo sé con quién durmió. Él durmió conmigo.

Fin de la historia. No se volvió a tocar ese tema. El que Kaira tuviera una tercera parte de las acciones del Grupo Carter, aumentaba las personas en nuestra contra. Solo por eso no lo hicimos público. Y aunque fuera en silencio, teníamos que escribirlo en papel.

—Cariño, ¿Puedes venir a mi oficina? Necesito que firmes un par de documentos.

La esperaba una pequeña comitiva; Kass y uno de los abogados de su buffet representaban a Kaira, mis abogados y los abogados de Owen. Más los testigos: Gamble, Luiza y Charly.

—¡Mamá!

Kaira fue directo a los brazos de su madre. Luiza me gustaba, no era precisamente una mujer cariñosa, pero era una mujer integra. Siempre ayudó a su hija —aunque la ayuda le llegaba enredada a Kaira—, la amaba de una manera desinteresada, no como Lilly quería a Owen. Además, de que Luiza adoró a Sophie y a Kurt desde antes de conocerlos.

—¿Qué haces aquí?... ¿Qué pasa?

Dirigió la mirada hacia el escritorio y volví a embelesarme de ella, de sus ojos, de sus líneas, de ella.

—Ven Kaira, te voy a explicar.

Kass la acercó al escritorio y empezó a explicarle de qué se trataba.

Llegó el momento de la verdad.

—Un momento... ¿Qué?

—Cariño...

Levantó su dedo anular y me silencio.

—Disculpen, necesito hablar un momento con Alex y Owen.

Con el mismo dedo nos indicó que saliéramos de la oficina, y cual perritos falderos seguimos la orden. Bien tenía razón Owen al decir que nos tenía sujetos de las pelotas.

—¡¿Qué creen que hacen?!

Nos recriminó en cuanto cerró la puerta de la oficina en un susurro.

—No me pueden ceder la mitad de las acciones, ¡¿Están locos?! ¿Saben lo que va a pensar la gente? ¡Lo que va a decir su familia!...

Dejamos que sacara todo el arsenal, nos mantuvimos firmes ante la ametralladora. Cuando finalmente tomó un respiro de sus alegaciones, ataqué.

—Tú eres nuestra familia, los mellizos, Gamble, Luiza. Ustedes son nuestra familia, y Grupo Carter es una empresa familiar, así la creo mi abuelo y a si va a seguir siendo. ¿Cuál es el problema en legalizarlo?

—Pero... no... es mucho...

¡Wow! Kaira Jones sin palabras. Algo visto solo una vez en la vida.

—¿O no eres nuestra familia? ¿Nosotros no somos nada para ti?

Owen terminó de derribarla con un simple soplado.

—Por supuesto que son mi familia. Les he dado a mis hijos, más no puedo darles.

Owen y yo sonreímos como un par de chiquillos. Tenía razón, más, era

imposible que nos diera.

—Pues ahí lo tienes; tu nos diste lo más importante para ti, y para nosotros lo único que tiene un poco de valor es el grupo, dejanos dártelo.

¡Ah, que rico es el triunfo! Se mordió los labios para no seguir discutiendo, el negarse a recibir lo que queríamos darle, era como si nosotros nos hubiéramos negado a recibir a los mellizos. No era ni cercanamente comparable, pero era lo único que nosotros teníamos de valor.

Regresamos a la oficina y pude observar con orgullo, que Kaira firmaba su unión con nosotros. Estábamos parados en la orilla de un abismo, pero uno al lado del otro, los tres estando juntos, el abismo dejaba de ser abismo y se convertía en un viaje cadencioso.

XXVI

Kaira

En cuanto dejé la pluma en el escritorio, me vi envuelta en brazos, los últimos fueron los de mi madre. Con delicadeza me llevó a un rincón y tintineo su copa con la mía, la oficina rápidamente se había convertido en una fiesta, entraron un par de meseros con bandejas llenas de canapés y copas de champagne.

—¿Sabes lo que acabas de hacer?

No era regaño. Solo un recordatorio de que estaba en el planeta tierra y no en un mundo paralelo.

—Creo que si... no estoy muy segura.

Mi madre cerró los ojos y negó despacio.

—Kaira, te acabas de casar. Acabas de firmar un documento que te liga a Alex y a Owen de por vida. ¿Por lo menos estas segura de quererlos?

—Hasta la medula, madre.

De eso no había duda, y solo para que no le quedara ninguna sospecha, se lo aclaré.

—Es un amor casi enfermizo. No les veo ningún defecto. Solo siento que poco a poco se convirtieron en todo, en mi verdad. No pasa por mi mente dejarlos, ni siquiera veo mi vida sin ellos. Creo que estaría dispuesta a perdonarles cualquier cosa.

Poco a poco el semblante de mi madre cambio, se sereno.

—Sí, estoy enamorada. Si estar enamorada es estar dispuesta a morir por ellos, entonces estoy enamorada hasta la medula.

—¡Oh, mi chiquita!

Mi madre me abrazó y me envolvió en cariño.

—Así quería yo a tu padre... hasta la medula.

Un gran nudo se empezó a formar en mi pecho... Mi padre... Mi madre perdió a su gran amor muy temprano, si yo perdía a Alex o a Owen, tampoco lo iba a poder superar.

No quise asomarme en ese pozo y volví a tintinear nuestras copas.

—Sabes que no va a hacer fácil ¿verdad? ¿Qué muchos van a pensar que es incorrecto? Qué es... un error.

Hice un gesto de desdén, ya sabía que para medio mundo era simplemente... imposible.

—¿Sabes por qué va a funcionar? Porque pensamos que es correcto, cuando obviamente es completamente incorrecto. Por eso va a funcionar. Ya decidí que voy a ser su compañera en esta vida, y si tengo que pelear con la luna, el sol y las estrellas para lograrlo, ni siquiera voy a dudarlo. Probablemente es incorrecto para el mundo, pero para mí, es absolutamente correcto.

Mi madre sonrió y levantó su copa.

—Mi chiquita, felicidades.

¡Que se joda el mundo, mi madre me estaba felicitando por estar con dos hombres a la vez!

Y no es que quisiera que se jodiera realmente, simplemente quería vivir mi vida como la persona que soy. Obviamente no éramos unos santos, ni nada por el estilo. Pero si siempre nos negáramos a hacer lo que queremos, nunca nos sentiríamos bien, por lo que hacemos.

~ § ~

—Por supuesto que tenemos que festejar. Uno se casa solo una o dos veces en la vida. ¡Hay que celebrar!

—No me case... Solo formalizamos un poco las cosas...

Creía. La verdad es que seguía sin saber muy bien qué es lo que firme. Solo sabía que Alex y Owen se sentían ganadores de una partida que no sabía que estaba jugando. Para mí, ellos eran míos desde que los dejé interactuar con Sophie y Kurt.

—No importa, lo importante es que tenemos que festejarlo.

Concluyó Diana sin darme opción a negarme. Terminó la llamada y me preparé

para mi noche de bodas, junto con el cumpleaños de Frank. Después de brindar y degustar un par de canapés todos regresamos a la normalidad; Alex tenía varias juntas, Owen una sesión, mi madre y Gamble regresaron al palacio para esperar a los mellizos, y yo regresé a mis deberes. Fue solo un trámite donde adquirí una parte del Grupo Carter con valor multimillonario, otro día común.

XXVII

Alex

—Antes que nada, quiero que sepas que no importa si no quieres jugar. Es la manera como ellos celebran, y Owen y yo siempre hemos celebrado con ellos, son nuestros amigos. Pero de ninguna manera te vamos a forzar a hacer algo que no quieras.

—Si te sientes incomoda o abrumada, nos olvidamos de celebrar, de los amigos y vamos a casa a tener una noche normal.

La palabra “normal” se atragantó en la boca de Owen. Nosotros no teníamos nada normal.

—Nuestra relación es mucho más importante que cualquier otra cosa.

—Detente, Owen. ¿Por qué no me explican exactamente qué es? ¿Cómo celebran? Llevó el día entero nerviosa, por algo que no tengo idea de qué es.

Owen me hizo una seña y llegó mi turno de explicar el mundo paralelo en el que vivíamos hasta antes de que ella llegara a nuestra vida.

—Normalmente siempre hay un miembro más dominante que la otra, en una relación, ¿Cierto? En nuestro mundo no es así. En este mundo todos somos iguales, es decisión de cada quien, hacer lo que quiere hacer. Si un día amaneces con ganas de dar, simplemente das. No hay reglas, no hay collares, no hay estándares, no hay límites. Las únicas reglas son las que hay en cada relación.

La confusión en su cara iba en aumento. Creo que no me estaba explicando muy bien.

—Pues hoy amanecí con pocas entendederas, porque simplemente no entiendo.

Owen la abrazó por atrás y sin reparo llenó sus manos con sus sabrosas tetas. Las esmeraldas se obscurecieron y las cúspides de sus senos se hicieron más notorias a través de la tela.

En cuanto salimos de la oficina nos dirigimos a la celebración. Era el cumpleaños de Frank, uno de las parejas de Diana. Y ellos siempre festejaban

jugando.

—Carajo, bruja. Solo te estoy rozando y mira cómo te pones. Y cómo me pones.

Le señaló Owen a Kaira. Guiando una de sus manos a su entrepierna, para que viera cómo lo tenía. Desde que Kaira se atravesó en nuestro camino, Owen y yo vivíamos con una erección permanente.

—Intento tener una conversación seria, Owen.

El regaño fue sin malicia, ya que Kaira subió y bajó la mano acariciando a Owen.

—¡Ay, bruja! Solo tú sabes cómo ponerme cachondo.

—¡Owen!

El motor se estaba calentando y todavía no entrábamos a la casa de los Gardner.

—Está bien, está bien.

Exclamó, riéndose de la cara de indignación de Kaira.

Retiró la mano de Kaira de su entrepierna y le dio un beso en los nudillos. Me confundían las emociones que nos hacía sentir Kaira; Estábamos a punto de introducirla a un mundo donde los límites no existían. Y sin embargo la queríamos de tal manera que no queríamos que la tocara ni el aire. Era confuso y más confuso iba a hacer que Kaira encajara perfectamente en él.

—Todavía no me queda claro de qué se trata, pero ya estoy muriendo de curiosidad.

Se mantuvo en silencio unos segundos, podía adivinar que su cabeza giraba en algo que le preocupaba.

—¿Las reglas para nosotros son las mismas? ¿Yo solo de ustedes y ustedes solo míos? No querrán estar con otras, ¿Verdad? Y menos enfrente de mis ojos.

—¡Claro que no! La fidelidad es parte de las reglas y esas no se rompen. Estamos juntos en esto y entre nosotros nos pertenecemos.

Su semblante se iluminó y dejó escapar un poco de aire con alivio.

—Me alegro, porque no soportaría verlos con otras. Es más, no lo aceptaría por más “festivos” que estemos. Yo soy de ustedes, pero ustedes son míos. Con todas sus

consecuencias.

Nos advirtió.

—Por supuesto, bruja.

Susurró en su oído Owen.

Owen apretó sus senos y me los ofreció. Es de mala educación no aceptar lo que te ofrecen, y no tuve más opción que apretar las endurecidas cimas con mis dedos.

Kaira cerró los ojos y yo apreté más fuerte. Un jadeo de lo más sensual fue nuestra recompensa.

—¡Ay, bruja! Me vuelves loco.

—Solo me quieren por el sexo.

No fue queja, sin embargo no evito que Owen girara su rostro para que pudiera confrontarlo.

—No digas eso. Si crees que lo único que hay entre nosotros tres, es sexo. Ya podemos irnos a casa y dormir abrazados junto a los niños. Si esto es demasiado y va a crear en tu mentecita ideas que no son, simplemente no asistimos y listo. La decisión es tuya cien por ciento. Tú eres nuestra familia, nuestra vida, no menos.

Yo no lo pude haber dicho mejor. Owen hablo con tanta convicción, que Kaira solo lo miraba maravillada.

—No sé si pueda llegar a gustarme, aunque si ustedes quieren, yo hago lo que ustedes digan. Yo soy de ustedes.

Para almas libidinosas y aventureras como la de nosotros, tres es un número mágico. Nuestras posibilidades no tenían fin. El amor y la lujuria combinados y entrelazados eran simplemente divinos. Nuestra relación era diferente definitivamente, era el tipo de relación que estaba abierta a las posibilidades, más flexible, más experimental, y por supuesto, mucho más sensual. El número tres es un numero poderoso en la mitología y en la religión, continuamente tiene un significado de totalidad, de plenitud. Podía decir que cuando se trataba de amor, nada es mejor que tres. ¿Cómo se puede tener un argumento en contra de un trio de corazones y cuerpos encontrando un balance? Es simplemente una maravillosa y gran sensación. Y yo la estaba viviendo en todo su esplendor.

—Bueno, ¿Y qué puedo esperar?

—Sexo.

Contestó, Owen.

—Mucho sexo.

Agregué, besando su mano.

Esperé que se ajustara el vestido y la tomé por la cintura. Se pasó la mano varias veces por el pecho para ocultar su notable excitación y con un beso en los nudillos la detuve. Se veía preciosa, no había necesidad de ocultar nada.

—Creo que esto va a hacer divertido.

Tomó la mano de Owen, y nos dirigimos a las puertas de la residencia de los Gardner.

—Aunque puede que la diversión que encuentres, no es la que esperas.

—¿Y cómo sabes qué es lo que espero?

Casi me carcajeo con la cara de Owen al escucharla, mi mujer era un peligro para nuestra salud. Tenía razón, los sorprendidos íbamos a resultar ser nosotros.

~ § ~

—No creo...

Kaira levantó su copa y se la llevó a los labios. Una gotita de líquido ámbar se resbalo por la comisura de sus labios y me apresuré a limpiarla con la lengua. Mi premio fue una sonrisa. Kaira no podía estar más relajada, teníamos dos horas celebrando el cumpleaños de Frank, cumplía los famosos cincuenta y había que celebrarlo.

—Vamos Kaira, hay que demostrarles que si podemos, no seas aburrida. Primero lo hago yo y después tú.

Diana la estaba tentando. Podía ver los inconfundibles signos de excitación en mi mujer; Mejillas sonrosadas, piernas casi unidas para tener un poco de fricción en el nudito de nervios que estaba seguro, ahora se hallaba hinchado y cediendo por atenciones. Y lo más visible, sus preciosos pezones endurecidos y marcados perfectamente a través del vestido. Yo tenía una bestial erección desde hacía más de media hora que empezó la conversación sobre “reconocimiento”, para acompañarla. Con botellas de licor ilimitadas como compañía, las conversaciones suelen acabar en

proezas sexuales. Y con las amistades que Owen y yo teníamos, era algo así como obligatorio.

—Te creo. Estoy segura que los reconoces perfecto, pero yo...

—No, bruja. Si no quieres, no tienes que hacer nada. Aunque podemos ver...

Le sugirió Owen a Diana. Diana recogió el guante sin dudarlo. Nuestra anfitriona se levantó del suelo y sin preámbulo alguno se desabrocho el vestido.

—¿Me ayudas, cariño?

Le preguntó sugerente a Frank. Obviamente Frank y Jasón le ayudaron a deshacerse de la diminuta ropa. En menos de un suspiro, los tres se encontrón arreglando el entorno para darnos un “reconocimiento”.

—¿Estas bien, Kai? Nos podemos ir a la hora que tú digas.

Owen tenía la misma preocupación que yo, no hablamos abiertamente del tipo de celebraciones que Diana organizaba, Owen y yo no teníamos reparo en participar, pero eso fue antes de Kaira. La poca idea que le habíamos dado camino aquí, se iba a ejemplificar antes de tiempo.

Kaira suspiró y con ello se levantaron sus preciosas tetas a mi boca. Me temblaban los dientes por morderlas.

—No. Vamos a ver. Quiero ver...

—¿Pero?

Pregunté al verla dudar.

—No me gusta la idea de que estén en otros cuerpos. Ustedes son solo míos.

—Sin problema, cariño. No vamos a hacer nada que no quieras. Y a ti nadie te toca.

Le volví a asegurar. Owen y yo nos observamos y reafirmamos el acuerdo. Compartir a Kaira con alguien más, estaba completamente fuera de la mesa.

Nos levantamos del suelo para que la enorme mesa de centro quedara en medio de la estancia, y todos tuviéramos una vista completa del reconocimiento.

Alguna vez desee estar presente cuando Kaira dejara de reprimirse, que finalmente dejara salir esa faceta donde no le importara nada, ni nadie, sin embargo

no me prepare en absoluto para lo que siguió a continuación; Kaira levantó su carita y anuncio, firme y claro:

—Yo primero.

XXVIII

Kaira

Estuvimos charlando animadamente durante la cena. Diana era una anfitriona consagrada. Si no fuera por su casi nula vestimenta, todo hubiera sido de lo más clásico; tenue luz de velas, elegante vajilla de plata, fina cristalería cortada a mano, y una exquisita cena con los vinos más finos. Lo mejor para celebra a un muy cambiado Frank.

La primera vez que vi a los Gardner, me dieron la impresión de ser toda seriedad y rectitud. Aun cuando era una relación entre tres, daban la impresión de sobriedad, nada que ver con los Gardner que tenía enfrente. Para empezar, Diana solo usaba un diminuto corsé negro con encaje rosa como atuendo. Se les olvido que había que usar ropa encima de la ropa interior, ya que Frank y Jasón también solo cubrían su cuerpo con ropa interior, se diferenciaban porque el bóxer de Frank, tenía grabado por todos lados Happy Birthday. Era imposible no observarlos, Diana tenía motivos para estar feliz, sus hombres eran dos buenos pedazos de carne, inclusive Frank y sus cincuenta años tenía todo en donde debía ir; músculos, dureza, hombría.

Los sobre vestidos fuimos nosotros, todos los demás invitados venían preparados para lucir carne. La reunión no era muy grande, en total éramos once personas; los anfitriones, Rosa y su pareja Lila, tres amigos de Frank y nosotros. Y a diferencia de la primer reunión que asistí con las amistades de mis enanos, en esta desde el minuto que entre, fui objeto de miradas coquetas y cachondas, en el ambiente se respiraba la excitación y las ganas de sexo sin límites.

En la cena, Diana hizo alusión sobre su nuevo compañero de trabajo. Rosa, al fin de ciclo escolar que se acercaba. Frank y Jasón alguna de sus anécdotas de su época universitaria. Y nosotros al acuerdo que habíamos firmado hacia un par de horas, todo de lo más normal –si no considerábamos la falta de ropa—. Para la sobremesa cambiamos de ubicación y ahí fue donde todo cambio. Nos trasladamos escaleras arriba hasta llegar al tercer piso donde había una enorme estancia con una mullida alfombra, una cantidad enorme de diferentes superficies para sentarse y varias mesas de diferentes tamaños. La estancia estaba iluminada con un tono bajo que producía cierta intimidad. Los señores ayudaron a transportar las bebidas y el postre, y todos nos sentamos en la alfombra, alrededor de una enorme mesa de centro.

Me senté entre las piernas de Alex y le di mis piernas a Owen, esa era nuestra manera de sentarnos en el salón familiar de casa. Yo siempre estaba con el trasero entre las piernas de alguno de los dos, mientras el otro me acariciaba las piernas y los pies. El alcohol ya me había desinhibido, y a los demás. Todo mundo se sobaba entre todos, los únicos que mantenían sus manos entre ellos, éramos nosotros, sentarme entre ellos era lo menos.

—Entonces Kaira, si estas en la obscuridad. ¿Sabes diferenciar entre Owen y Alex?

Preguntó Diana mientras se sentaba entre las piernas de Jasón. Creó que enmudecí. Empezó un debate entre todos; unos opinaban que era imposible distinguir quien entraba, si solo se usaba la verga y no las manos, otros que sí. Diana aseguró que ella sabría quien entraba en su cuerpo, aun cuando no fueran sus parejas... Y poco a poco me lo imagine, mis sentidos se embelesaron de los dos hombres que me tenían entre sus brazos. Yo podía distinguirlos con los ojos cerrados, o eso creía. La idea de poder distinguirlos solo por su hombría, se me antojo cada vez.

—Si estuvieras vendada y dos hombres te cogieran sin una palabra, no serias capaz de diferenciar.

Retó Frank a su mujer.

—Si puedo. Es más, cualquiera de las que estamos aquí podríamos. No son tan especiales, amor.

Le devolvió el reto a Frank.

—Vamos Kaira, hay que demostrarles que si podemos, no seas aburrida. Primero lo hago yo y después tú.

Mis terminales nerviosas trabajaban a todo lo que daban.

—Te creo. Estoy segura que los reconoces perfecto, pero yo...

—No, bruja. Si no quieres, no tienes que hacer nada. Aunque podemos ver...

Interrumpió Owen. Incluso ahora intentaban protegerme. Diana se levantó y se dispuso a demostrar que tenía razón.

Vi los ojos de Alex y observe la obscuridad de su deseo. Acerqué mis pies a la entrepierna de Owen y me quemó la dureza que encontré. Lo que más me sorprendió, fue lo excitada que me hallaba, no era humedad lo que desprendía mi vientre, era lava ardiente.

—Yo primero.

No lo pensé, solo lo dije.

—Bruja...

Gruñó, Owen. Di la media vuelta y empecé a desabotonarle la camisa a Alex, en cuanto tuve su pecho a la vista, baje la cabeza para poder lamerle un pezón. Sonreí mientras escuché su gruñido. Las manos de Alex se aferraron a mi cabello y me hizo verlo a los ojos.

—¿Segura, cariño?

Asentí despacio, y le sonreí. ¡Dioses de las mujeres desinhibidas, ahí les voy!

—Vamos a desnudarte entonces.

Susurró en mi cuello. Nos levantamos de la alfombra e inmediatamente metió una de sus piernas entre las mías, deslizó la cremallera de mi vestido despacio, dando tiempo a que cambiara de opinión. Eso no iba a suceder. A lo mejor tardaba en tomar decisiones, pero ya que las tomaba, no había poder humano que las detuviera.

La mirada de Owen también se oscureció, era una mirada hambrienta. Se oscureció todavía más, cuando el vestido tocó el suelo, salí de él y con una patada lo aparte de mi cuerpo.

Alex atrapó mi pecho y se lo ofreció a Owen, mis enanos eran muy compartidos y justos, Owen atrapó mis pezones cubiertos por el sostén y los acarició con ternura.

—Estás haciendo trampa, bruja. Es sin ver.

De repente todo se volvió negro. Alex me cubrió los ojos con algo parecido a la seda y me privó del sentido de la vista, inmediatamente los otros sentidos se alertaron; fui más consiente del aroma de mis hombres, de las respiraciones que me envolvían, del tacto de las manos que me dejaron desnuda.

—Alex.

—¿Si, cariño?

Susurró cerca de mi cuello.

—Solo ustedes dos.

No me importaba tener público, siempre y cuando solo estuvieran en el

escenario mis enanos.

—Nadie toca lo que es mío.

Aseguró con un gruñido de lo más sexi. Mis nervios se evaporaron, estaba en las mejores manos, a merced de mis enanos. Me sentí completamente desinhibida, incluso, un tanto aventurera. ¿A quién engañaba? Me sentía completamente retorcida y por lo tanto, plena.

Ya desnuda, me colocaron en una superficie alta y mullida, con una boca en mi pecho me instaron a yacer. Mi pecho no necesitaba estimulación, ya se hallaba endurecido y pesado de deseo. Con cada segundo que pasaba, mi excitación crecía y crecía.

—Se ven deliciosos.

Escuché decir a Frank. El saberme observada en un momento tan privado, hizo que me transportara a otro plano, a un plano donde no importaba nada, solo el placer.

—No solo se ven, también saben. Tan llenos, tan suaves y deliciosos.

Owen jalo la endurecida cima y mostró orgulloso mi excitación.

—Oh, cariño. Estas tan mojada.

Era imposible esconder el fuego que se apoderó de mi cuerpo. Alex jugó con la parte baja de mi cuerpo, mientras Owen tiraba y succionaba con fuerza mi pecho. Mis gemidos de placer fue lo único que se escuchó hasta que Diana los apresuro.

—¡Vamos chicos, que me quemo!

El tacto de Alex desapareció, Owen lo siguió y por un segundo me sentí expuesta.

—No vas a parar hasta acabar con nosotros, ¿Verdad, bruja?

Gruñó Owen muy cerca de mi oído. Sonreí y lo expuesto se acabó, mis enanos nunca me dejarían sola.

Unas manos fuertes y grandes abrieron mis piernas, sentí las miradas hambrienta del público en la unión de mis piernas, solo causaron que me humedeciera todavía más. Después de que uno de mis enanos frotara su dureza por mis labios, una carne larga y férrea entró en mi cuerpo. Mi Alex.

—Eso intento.

Jadeé mientras Alex dilataba mis paredes.

—Grita lo que quieras, Kai. La habitación esta insonorizada.

Alex abandono mi cuerpo y Owen lo reemplazo, le obedecí y no me preocupe por guardar mis jadeos.

—¡Oh, es explosiva!

Recalcó Jasón.

—Uy, no tienes idea.

Escuché las risas y me les uní. ¿Cómo se puede ser callada si dos hombres te comen? Es... imposible.

Normalmente alguno de los dos me besaba sin importar cuál de los dos era uno conmigo, pero las reglas solo permitían carne, tenía que adivinar solo con el movimiento y la sensación.

El movimiento fue seguro y estable, como Alex. Este juego era pan comido, yo los conocía perfecto, inclusive con los ojos cerrados.

Después de unos minutos de recibirlos, mi cuerpo empezó a ansiar un orgasmo. Ya no importaba si era Owen o Alex, ya lo único que necesitaba era que me liberaran de mi tormento.

—¿Quién es, Kaira?

Preguntó, Diana.

Sentí los movimientos largos y pesados.

—Alex.

Un empuje que llegó hasta mi garganta, fue la respuesta de mi jadeo. Me dejo vacía y segundos después, volví a sentir una presencia entre mis piernas. Esta vez la entrada fue con cuidado, despacio. ¿A quién quería engañar?

—Vamos, Owen. Dame.

La orden fue respondida con movimientos duros, rápidos, broncos. Si paraba, iba a morir de frustración. Intentó retirarse y lo detuve con mis piernas, estiré la mano y enseguida la tomó Alex. Justo cuando sus labios tocaron los míos, estallé como el día de la independencia.

—¡Oh, eso estuvo caliente! ¿Puedo?

La voz de Frank, no dejó que disfrutara completamente de mi orgasmo.

—Lo siento, cumpleaños. Kaira solo es nuestra.

Alex lo dejó claro como el agua. El tono de voz no permitía discusión. Ya no volvió a ver interrupciones, solo las preguntas de Diana para que adivinara. Con un orgasmo calmando mi ansia, estaba mojada, abierta, excitada, cada vez que cambiaban de turno, se volvió más difícil adivinar. Ya solo quería que acabaran conmigo.

—¿Owen?

Se escucharon risas, y supe que me había equivocado.

—Tal vez necesita un poco más.

Sugirió, Jasón. La mejor sugerencia de todos los tiempos. Una boca caliente y hambrienta se apropió de mi pezón derecho, me confundí cuando otra boca atrapó el izquierdo. Mi espalda se arqueó de placer, y los fluidos empezaron a correr hasta la superficie que me sostenía, Unos dedos resbalaron de mi estómago hasta encontrar el adolorido cúmulo de nervios, lo que empezó como un juego, se convirtió en una tortura. Volvió el cambio de turno y mientras los dedos frotaban, los profundos movimientos en mi interior llegaban hasta la luna.

—¿Quién es, cariño? ¿Quién te está cogiendo?

La agitada voz de Alex abandonó mi pecho y perdí noción de todo, solo quedo en mi cuerpo la sensación de manos, boca y carne dándome placer.

—Los dos... No paren...

Un mojado dedo se coló y me sentí todavía más llena. Silenciada con éxtasis, solo pude medio respirar mientras ellos me cogían con rudos y cuidadosos movimientos.

Alguien jadeó y volví a ser consciente de las miradas, el placer me cerró e hice que ¿Owen? me llenara. Su carne bombeó y yo sentí que explotaba en llamas. ¿Owen? se retiró y con fiereza ¿Alex? volvió a llenarme. Fui consciente de todo; de cada nervio, de cada músculo, de cada contracción. Los dedos volvieron a jugar y ya no hubo remedio, terminé haciendo buen uso de la habitación insonorizada, con un gran jadeo. Fue más de lo que esperaba, las sensaciones me sobrepasaron y con un sollozo me perdí otra vez.

Volví a ser consciente de mi misma en los brazos de Owen, ya estaba cubierta con una sábana y arropada por los besos y abrazos de mis enanos. Esa noche fue la mejor celebración de todos los tiempos, celebramos por toda la noche.

XXIX

Owen

Mientras la bruja sollozaba extasiada entre mis brazos, Alex y yo nos veíamos con cara de preocupación. No podía parar de pensar que lo que acababa de pasar, era el peor error de la historia, aunque explosivo, error al fin. Kaira me sacó del error al estirar su cuello y depositar un suave beso sobre mi cuello, paso la punta de la lengua por el recordatorio del pecado original que todos los hombres llevamos en el cuello y volvió a besarla suavemente.

Gemí por el calor de su aliento en mi piel, ese aliento podía hacer que el espectáculo que teníamos enfrente —Diana ya jugaba con los hombres presentes en la celebración—, fuera cosa de chiquillos. Ese aliento era palabras mayores; Alteraba mi sangre, le daba vueltas a mi interior, apagaba mi cerebro. No me importaba hacer el ridículo, perder la dignidad o el orgullo, lo importante era que ese aliento, que esa mujer que tenía entre mis brazos, permaneciera ahí.

—Kaira.

—Mmmhh

Murmuró ya con sus manos en mi piel, y con Alex besando su cuello.

—Te doy todo lo que quieras, pero dejanos hacerte el amor.

Y así lo hizo, tomó todo lo que quiso. Nos dejó vacíos, solo llenos de amor.

~ § ~

La llegada de Luiza fue como un ancla en nuestra vida. Nunca había visto a Kaira tan en paz. Es como si todas las piezas de su juego estuvieran en su lugar, como si todo encajara.

Kaira ya no dejó que Luiza regresara a Portugal, la retuvo con uno y mil pretextos, la llevó de compras y en un par de días ya tenía todo preparado para que se instalara en uno de los anexos del palacio. Gamble hizo clic con Luiza, los abuelos podían pasar horas y horas viendo jugar a Sophie y Kurt. Se hacían compañía y disfrutaban de la hora del té de Gamble y del buen vino que la familia de Luiza importaba. Se volvieron inseparables, aparte del vino, del té y el amor hacia los

mellizos, tenían algo grande en común: un corazón roto.

Pocas fueron las ocasiones que escuché hablar a Gamble sobre Simone. Y cuando lo hacía, sus ojos se llenaban de lágrimas, el amor y su amor sobrevivía a todo, incluso a la muerte. Simone falleció prematuramente en uno de los muchos conflictos sociales entre la enfurecida población italiana y el gobierno de los años sesentas. No era una buena época para proclamarse gay y luchar por sus derechos. “L’amore è essere con te. Voglio amare” era el mantra que Simone proclamaba, y el que Gamble tenía grabado en su corazón.

—Oh, qué bello, Gamble. Es exquisito... “El amor es estar contigo. Quiero amar”.

Tradujo Luiza del reloj de Gamble. Se lo devolvió y con lágrimas en los ojos, se quitó la cadena que colgaba de su delgado cuello para poder enseñarle la argolla que corría por la cadena.

No quise interrumpir el momento, pero tampoco quería perderlo, saqué la cámara de mi mochila e immortalice el momento con varios disparos.

—Me lo tuve que colgar, porque mis manos adelgazaron mucho. Pero siempre lo tengo conmigo.

Gamble admiró la argolla con mucho cuidado, como el tesoro que era su reloj. Esos tesoros se deben tratar con respeto.

—¿Qué dice?

Preguntó mi viejo, a la madre de Kaira.

—Sempre vou te amar... Siempre voy a amarte.

¡Los abuelos de mis hijos eran un par de cursis! Tuve que frotar mis ojos para que las lágrimas no me traicionaran. Me recargué en la pared que me separaba de ellos y seguí escuchando.

—Y así lo hago. Puedo sentir su amor aunque no esté conmigo.

La intensidad de sus palabras, del amor que con ellas profesaba, me hizo ser consciente del amor que sentía por Kaira. Si algo me arrebató a mi bruja, yo... yo no podría volver a amar, no así, no con la entrega que sentía por ella. Solo hasta ese momento entendí realmente a Gamble, y por imposible que fuera, lo respete todavía más.

Escuché un piqueteo contra la madera y supe quién era inmediatamente. Guardé la cámara en la mochila y la puse contra la pared, ya después la guardaría, ahora tenía cosas más importantes que hacer.

La aseché de la estancia a la cocina, se sirvió agua y se acercó a las escaleras —seguro iba a cambiarse los enormes zancos—, justo cuando me preparaba para tomarla desde atrás y meterle un buen susto, murmuró:

—Owen, deja de jugar y ven a darme un beso.

¡Bruja! La levanté del suelo y la cargue escaleras arriba.

—Kai, ¿Te gusta hablar en otros idiomas?

Se asombró por mi pregunta, con ojos inquisidores respondió.

—Sí, mucho.

En la puerta de nuestra habitación, hice el pedido del día:

—¿Mientras te cojo, me puedes decir algo en otro idioma?

Sonrió y yo con ella. Era una buena petición.

—Quero—te muito.

Sus palabras fueron directo a mi entrepierna.

—No posso vivire senza te di.

El que escogiera portugués e italiano, fue como una señal del destino.

—¿Qué quiere decir?

Ya la tenía medio desnuda cuando contestó:

—Te quiero mucho, no puedo vivir sin ti.

Y yo sin ella.

Su teléfono sonó e hice el ademan de soltarla, lo grave fue cuando lo permitió. Me dejó ir y no me quedo más remedio que sentarme en la cama y esperar a que la mujercita terminara sus llamadas.

—Perdón, pero últimamente he recibido llamadas de números privados. No sé quién es y me está matando la curiosidad.

Eso llamo mi atención, regresaban las llamadas. Me levanté y acerqué mi oído al suyo para escuchar.

—¿Bueno?

—¡Eres una perra! ¡¿Tú diste la orden de no pasar mis llamadas a mi marido?! Te recuerdo que yo soy su esposa, que tu solo eres la puta del momento.

El día se acababa de ir al infierno. Dana estaba intoxicada, aunque no lo suficiente como para dejar de gritar como lunática.

—Dana ve a dormir un rato y cuando estés consiente le hablas a Alex, antes no.

Colgó y aventó el teléfono dentro de su bolsa.

—A mí me marco hace un rato. Está perdiendo el orgullo, porque antes nunca me molestaba a mí.

Ni siquiera había pensado en esa mujer, pero si ya molestaba a Kaira, tal vez era hora de pensar en ella y averiguar cómo diablos consiguió nuestros números. Cada vez era más irritante la presencia de Dana en nuestra vida. Ya no se conformaba con joder a Alex, ahora también iba por nosotros.

XXX

Kaira

Creía que hablar del pasado era como invocar al demonio, por eso nunca hablaba de mi madre. Y sin embargo, su llegada completo mi vida. Por primera vez sentía una felicidad tipo Disney, esa que siendo niña me dejaba al terminar de leer “la cenicienta”. El príncipe se casaba con ella, tenía muchos hijos, vivían con la familia y juntos, eran felices por siempre jamás.

Aunque no todo el pasado es así, algunos si invocan al demonio, y destruyen reinados.

¡Días! Ni siquiera meses o semanas, solo un par de días fue lo que duro la felicidad tipo Disney. No había duda que solo era un cuento.

—Mira Amy, ahí está el amigo de tía Elena.

Se abrió una grieta oscura y profunda entre el hombre que señalaba Sophie y yo. Owen y Alex se dieron cuenta y pararon en seco. Agarré a los mellizos y los abrace con todas mis fuerzas.

—Amy...

Se quejó Kurt. Aflojé el agarre un poco y me agache para estar a su altura.

—¿Lo conocen?

El temor en mi voz me enfureció. Cerré los ojos y trate de calmarme. Alex acarició mi cabello e hizo su magia, pude volver a respirar y a pensar.

—¡Owen!

Owen soltó a Sophie y ya se dirigía hacia el hombre de ojos azules, tez blanca y cabello color miel, igual que el de mis chicos.

—No te vayas, quédense con los chicos.

Owen caminó hacia atrás sin dejar de ver al hombre, que ya estaba siendo cateado por Tony.

—Amy, es amigo de tía Elena. ¿Por qué están enojados con él?

Indagó Kurt. Regresé la mirada a mis hijos y les medio sonreí. Fue lo más que logré para que no se asustaran.

—No estoy enojada. Solo que no me gusta que conozcan gente sin que yo lo sepa. ¿Han hablado con él? ¿Cuántas veces lo han visto?

Me obligué a guardar silencio, la lista podía seguir y seguir.

—Tía Elena platica con él mientras nosotros estamos en los juegos.

Explicó Kurt, señalando el conjunto de juegos en el centro del parque. ¡Iba a matar a Elena! No me importaba nada, simplemente la iba a matar. Sophie y Kurt habían insistido en ir al parque que estaba cerca del departamento, con el cambio dejaron a sus amiguitos y sin más cedimos para que jugaran un rato con ellos. Mi madre necesitaba descansar, y un rato sin el barullo de los chicos en el jardín, se lo iba a permitir.

—¿Han hablado con él?

Los dos asintieron sin entender nada.

—¿Y qué les ha dicho?

Pregunté temblando.

—Nada.

Se disculpó Sophie. Los estaba asustando y ellos no tenían la culpa de nada. Los volví a abrazar como disculpa y les di un beso en la frente.

—Voy a hablar con él. Seguramente quiere saber sobre tía Elena.

Me levanté, y con la mirada detuve a Owen y a Alex. Tenían una mirada asesina, feroz, si no se controlaban, alguien iba a resultar lastimado.

—Lleven a los chicos a los juegos, ahora vuelvo.

— ¡No!

Alex me detuvo del brazo, mientras Owen tomaba de las manos a Sophie y Kurt y los dirigía a los juegos, custodiados por Charly.

—Alex.

Con mis dos manos enmarqué su rostro y lo obligué a mirarme. Su respiración era agitada y sus pupilas dilatadas. Estaba en modo ataque.

—Quiero que te quedes aquí y me dejes hablar con él.

—Es... ¿Es...?

Ni siquiera podía hablar correctamente, la tensión le salía por todos los poros de su piel. Me paré de puntitas y acerqué mis labios a los suyos.

—Sí, es él. Voy a hablar con él y tú te vas a quedar aquí.

Insistí antes de juntar mis labios a los suyos.

— ¡No!

—Sí.

Supliqué. Vi el momento exacto en que claudico. Cerró los ojos y dio tres suspiros antes de volver a verme.

—Necesito acompañarte. Por favor.

¡Dioses! Cuando bajaba la guardia, era irresistible. En contra de mi sentido común, acepté que me acompañara.

—Diego.

De haber justicia en este mundo, Diego Lurte tendría cuernos, cola, verrugas en la cara, y un par de dientes podridos. Sin embargo, el mundo demostraba nuevamente su injusticia y me encontré con un hombre jodidamente guapo, con la piel de bebe y con todos los dientes. Ni siquiera se había achicado, al contrario, me pareció que estaba más alto, más fornido y para joderla, no parecía en absoluto la mierda de persona que era. Si no lo conocías, te dejabas engañar por el aspecto integro, varonil y cautivador con el que se camuflajeaba.

Me sonrió y por un segundo se cruzó en mi mente su imagen de hacía más de siete años, sonriéndome de la misma manera que el día que lo conocí. Tenía una sonrisa abierta, engañosamente sincera, sus facciones habían cambiado, madurado y desgraciadamente para bien. No podía negar que era un hombre muy apuesto, pero era solo eso, un cascarrón bonito lleno de mierda. Tenía años sin pensar en él, su imagen era borrosa en mi mente, nunca lo relacione con mis chicos y así iba a continuar.

—¿Qué haces aquí?

La sonrisa desapareció y el cuerpo de dos metros se tensó. No sabía que esperaba de mí ¿Qué le diera la bienvenida?

—Quiero hablar contigo.

—¿De?

La animosidad en mi voz terminó de tensionarlo.

—Quiero ver a mis hijos.

Demandó decidido. Volteé hacia atrás y busqué.

—¿Dónde están?

Crucé los brazos y lo desafié con la mirada. Ya se podía ir directito a la mierda, donde había estado enterrado durante los últimos ocho años.

En ese momento no podía odiar más las leyes, las reglas y los malditos papeles. Si la corte no necesitara de tantos requisitos innecesarios, a Diego no lo hubiera vuelto a ver jamás. Ahora teníamos que analizar, cómo diablos nos íbamos a deshacer de él.

—Ahí.

Decretó señalando los juegos donde Sophie y Kurt jugaban sin enterarse de nada, vigilados de cerca por Charly y Owen que dividía su atención entre los chicos y

la batalla que estaba librando.

—¡Ellos no son tus hijos, no son nada de ti! Tú te deshiciste de ellos antes de que nacieran, ¿Recuerdas?

Tuvo la gracia de verse contrariado.

—Era un niño.

Se justificó.

—¿Y? No veo ningún cambio, sigues siendo un niño. Aparecer en el parque para acorralarlos, no es muy maduro. ¿Por qué no me buscaste a mi primero? ¿Por qué te tienes que aparecer así?

—Kaira...

Cometió el grave error de tocar mi brazo. Inmediatamente Tony lo inmovilizo contra un árbol fuera de la vista de los niños, y Alex me protegía con su cuerpo. Diego levantó las manos en forma de rendición y dejó de luchar con Tony. Era una guerra perdida y se dio cuenta rápidamente.

—Solo quiero hablar contigo.

Ni por un solo segundo sentí lastima o pena por él. No sentí nada. Él era nada para mí.

Toqué el brazo de Alex y traté de calmarlo. No estaba respirando, estaba bufando.

—Dime.

Di un paso enfrente y deliberadamente me puse entre Alex y Diego. No quería que Alex se ensuciara las manos con el pedazo de mierda que estaba contra el árbol. Además de que un solo golpe, podía fastidiarnos todo el proceso de adopción.

Diego levantó más las manos para notar su rendición y Tony aflojó su agarre, solo un poco, todavía estaba atrás de él,

—¿Podemos sentarnos?

—¡Te puedes ir a la mierda!

Gruñó Alex por mí.

Recargué mi espalda en su pecho y lo obligué a sostenerme. De alguna manera

tenía que controlarlo.

—¿Qué quieres?

No tuvo más remedio que hablar con público y guardaespaldas a cuestas.

—Ya te lo dije. Quiero a mis hijos.

—¡Y una mierda!

Alex me hizo a un lado y se fue contra el hombre que me dono su esperma.

XXXI

Owen

En cuanto lo vi, lo supe. ¡Mierda! Era un hombre de casi dos metros de altura. Era incluso más alto que Alex, tenía el cabello de Kurt y los ojos de Sophie. Eso, era el papá de mis hijos.

Mi sangre burbujeo con miedo. Cuando se quiere tanto como yo quería a mi familia, el mayor temor se vuelve perderlos. El protegerlos y cuidarlos se convierte en un instinto. Y el amor en furia ¡Nadie los iba a apartar de mí!

Y tal vez había aparecido el único hombre sobre la faz de la tierra, que realmente podía arrebatármelos. Lo confirmé al ver a Kaira. El color huyó de su piel, sus pupilas se dilataron y sus manos se abrían y cerraban de forma alterada. Lo más rotundo, fue la manera de proteger a los mellizos con su cuerpo, se convirtió en una loba. Nunca consideramos que el papá de los mellizos apareciera, el hombre se había esfumado como el humo.

Mis pies se movieron solos, no lo pensé.

—¡Owen!

La voz de Kaira me regresó a la tierra. ¿En qué momento solté a Sophie?

—No te vayas, quédense con los chicos.

Tenía que controlarme, en ese momento era capaz de matarlo sin siquiera pensarlo. Di tres pasos hacia atrás, sin dejar de observar a Tony catear al tipo que abandono a mi mujer. Si por un solo segundo pensaba que se los iba a llevar, estaba muy equivocado.

—Tienes que controlarte, venimos con los niños.

Me recordó Alex en un murmullo. Tuve que llenar los pulmones en varias ocasiones para no hacer una estupidez. Entre sombras escuché que Kaira hablaba con los mellizos e intentaba sacarles información. Sin creerlo, escuché que Elena tenía comunicación con el hombre y había permitido que Sophie y Kurt tuvieran contacto con él. Esa mujer se podía dar por acabada. “Tía Elena platica con él mientras nosotros estamos en los juegos”, explicó Kurt.

—¡Hija de puta!

Gruñí más para mí, que para alguien.

—Hazte cargo de ella. Yo me hago cargo de él.

Organizó Alex. No conteste, solo asentí para no asustar a los niños.

—Lleven a los chicos a los juegos, ahora vuelvo.

—¡No!

Alex empezaba a poner orden con el hijo de puta, yo tenía que hacer lo mismo con Elena. Pero no ahora, ahora me tenía que hacer cargo de mis hijos. Los tomé de la mano y evité que volvieran a pensar en el hombre que contribuyó con su espermatozoide para darles vida. Le hice una seña a Charly y nos dirigimos a los juegos.

No iba a permitir que nadie me separara de ellos. De sus besos, de sus abrazos, de sus juegos, del cariño que siempre soñé. Ellos ya me habían tomado de la mano, y yo no los iba a soltar. Ellos eran todo lo que había soñado.

Empecé a platicar de todo y de nada con Sophie y Kurt, no me costó nada que se olvidaran del pequeño percance. Les prometí un helado antes de llegar a casa, y ya no existió nada más. En cuanto vi que se subían a los juegos y se olvidaban del mundo para hacer lo que todos los niños deben hacer, jugar y reír, me dirigí a Charly.

—¿Elena sigue en la cabaña?

Obviamente no cometimos el mismo error de perderla de vista, Elena no iba a escapar de nuestra vista otra vez. Sin dinero y sin prima que la mantuviera, se tuvo que refugiar en la cabaña que tenía la familia de Kai abandonada. No lo evitamos, nosotros ya teníamos nuestro lugar en la tierra para pasar las fechas importantes.

—Sí. Ha buscado la ayuda de su familia, pero no ha recibido todavía nada. Según la persona que la está vigilando, no hace nada. Solo deambula por el pueblo buscando pelea. Pero no hace intento de buscar trabajo o algo productivo. Su cuenta está a punto de quedarse en cero, creo que solo así va a buscar algo, porque es esa clase de persona, que de hambre no se muere.

No era extraño, esa mujer era mala hierba. Y hierba mala, nunca muere.

—Tenemos que hacerle una visita pronto.

Charly asintió y ya daba por hecho el plan. Observe como discutían, como

Kaira interponía su perfecto cuerpecito entre Alex y el imbécil. Con un recorrido del cuerpo de Alex, me di cuenta que no se iba a controlar.

—Distrae a los niños.

Le ordené a Charly. No me di cuenta que corrí hacia ellos, hasta que llegué y detuve a Alex justo a tiempo.

—¡Alex!

Apoyé un pie en el árbol y con él me sostuve para detener a un encabronadísimo y extrañamente descontrolado Alex.

—¡Suéltame!

—Si lo tocas, vamos a tener problemas en la corte.

Le murmuré mientras lo sujetaba con todo mi cuerpo. ¡Mierda! El hombre era fuerte.

—Además de que Sophie y Kurt te están viendo.

Eso fue un chapuzón de agua fría. Inmediatamente recobro un poco de control y dejó de hacer presión para ir contra el imbécil de dos metros.

—¡Sophie y Kurt no son tus hijos!

Afirmó señalando al idiota que estaba atrás de mí. Se ajustó la camisa y se giró para ver a Kaira.

—Cinco minutos, no le des más.

Atónito, vi cómo se dirigía a los juegos donde Charly mantenía vigilados a los mellizos. Desde que Kaira entró a nuestra vida, había observado varios “Nunca lo había visto así” de Alex, pero este momento se llevaba la corona, Alex estaba absolutamente fuera de control.

—Tu gusto en hombres ha empeorado, Kaira.

El imbécil se dirigió a Kaira con mucha familiaridad ¡¿Quién carajos se creía que era?! Kaira empezó a reír y por un momento pensé que iba a tener una crisis nerviosa.

—Kai...

Susurré dando un paso hacia ella. Subió la vista y me di cuenta que no era una

crisis, se estaba carcajeando de las palabras del imbécil.

—¡Ay, Diego Lurte! Ahora si me hiciste reír... Mi gusto en hombres ha madurado. Ya no salgo con niños.

Algo en sus palabras perturbo al imbécil llamado Diego Lurte. Su entrecejo se arrugó y desapareció la máscara de niño bueno.

—Quiero ver a mis hijos.

Demandó lleno de seguridad ¡Mierda y recontra mierda! Si ese hombre pensaba por un segundo que se iba a salir con la suya, estaba más loco que nosotros tres juntos.

—Eso ya lo dijiste. Y ya aclaramos que no son tus hijos ¿Qué más?

Me di cuenta que Kaira buscaba información. Quería saber en dónde estábamos parados, si Lurte ya tenía abogado, que tanto había venido a fastidiarnos la vida.

—¿Quiero saber cómo están? Elena no me supo decir nada...

Kaira me miro y lo supimos al mismo tiempo; Lurte no sabía nada sobre el proceso de adopción. El trámite lo iniciamos justo después del accidente, cuando Elena ya no formaba parte de nuestra vida.

Un suspiro salió del precioso pecho de Kaira y el ambiente se aligero. No quise entorpecer la indagatoria de Kaira y me mantuve en segundo plano. Incluso Tony dio un paso atrás para dejarlos hablar.

—¿Cuándo viste a Elena? ¿No sabía que estabas en contacto con ella?

—¿No te dijo nada?

Kaira negó y me impresiono lo buena actriz que era; Relajo el cuerpo, sacó el pecho, levantó el mentón y sonrió cándidamente. Era una actriz consumada.

Lurte compró el teatro de Kaira, porque incluso él sonrió. Se recargó en el árbol y empezó a cantar como un pequeño e inocente pajarito. No tenía idea que Kaira era el gato y que de un solo mordisco se lo podía comer.

—Se supone que ella me iba a mantener en contacto contigo.

—Pues no me dijo nada. ¿Le diste algo de dinero?

Esa pregunta no le gustó a Lurte, se tensionó y separó del árbol. Era una

pregunta válida, los antecedentes de Elena no eran muy honestos. No era de dudarse que aparte del dinero que recibía de Portugal, también recibiera dinero que iba dirigida a la manutención de los mellizos.

—No creo que te haga falta el dinero. Tu noviecito...

Señaló menospreciando por donde se había ido Alex.

—...tiene mucho dinero.

—¿Y tú cómo sabes? ¿Cómo sabes si alguna vez necesite o no dinero para darle de comer a mis hijos? ¿Cómo te atreves a afirmar algo, cuando desapareciste tan rápido que incluso sacaste humo?

Kaira empezaba a alterarse, y decidí que los cinco minutos se habían acabado. Le hice una señal a Tony para indicarle que nos retirábamos y eficientemente se interpuso entre el mayor de los imbéciles y nosotros.

—Vámonos.

Kaira no se resistió a mi mano. Con suavidad la sostuve por la cintura y dejamos con la palabra en la boca a Lurte.

—¿Por qué te cuidan tanto, Kaira?! ¿De qué te cuidan?!

Ah, que ganas me dieron de regresar y romperle esa cara de angelito, a la mierda de hombre. Solo me detuvo el hecho de que Kaira no titubeo, ella siguió caminando como si Lurte no hubiera gritado su nombre a todo pulmón en medio de un parque lleno de gente y a unos metros de los mellizos.

Di un último vistazo hacia atrás, justo antes de acercarnos a nuestra familia. Lurte ya no estaba.

En cuanto llegamos al área de juegos Kaira se acercó a Alex, entrelazo sus dedos con los de él y recargó su cuerpo en el mío. Con la tensión corriendo entre nuestros cuerpos, pasamos la tarde observando como jugaban y reían nuestros hijos.

XXXII

Alex

—No quiero que te reúnas con él. No hables con él. No nada, Kaira ¿Entiendes?

—Mmmjummm.

¡Esta mujer me iba a matar! Ni siquiera hacia un esfuerzo por mentir bien.

—Kaira...

Le advertí tratando de controlar mi genio. Dejé de ponerle atención al uniforme de Kurt —Que ya estaba roto a la altura de las rodillas—, y se dignó a verme.

—¿Qué te parece si dejas de dar vueltas? Ya me estas mareando y vas a fastidiar la alfombra.

Después de revisar que la alfombra no tuviera marcas de mi andar, volvió a centrar su atención en el maltratado pantalón de Kurt. Le dije que lo tirara, pero ella contestó con voz airoso: “¡Esta nuevo! No lo voy a tirar”. Podíamos comprar un millar de esos uniformes, y sin embargo Kaira se picaba con la aguja y le daba un par de muy cuidadas puntadas a la maltratada tela. Otro motivo para amarla.

Me dejé caer en uno de los sillones de la salita de nuestra habitación y enseguida me gane un regaño.

—Ese sillón es de Owen, cambiate al tuyo.

—¡Joder mujer!

—¿Si, cariño?

¡Aahh! ¿La mataba o la mataba? La única dificultad era decidir si la mataba a besos o a estocadas con mi verga. Se mostraba tan tranquila, tan serena.

—¿No te preocupa la llegada de ese hombre?

—Por supuesto que me preocupa, pero me preocupa más que tú estés tan preocupado. Según Kass, si él no está enterado del proceso, es porque no le interesa. Y nosotros no tenemos ninguna obligación de informárselo verbalmente. El anuncio en los periódicos con su nombre en letras negritas, ha estado por meses. No quiere ser

encontrado, solo vino a molestar.

Yo no estaba tan seguro. Tenía que haber montado guardia en el parque por cierto tiempo para esperar que apareciera Kaira con los niños. Si realmente no estuviera interesado, lo hubiera dejado ir.

—Te va a buscar.

Levantó su preciosa cara y un par de mechones se le escaparon de la liga que sostenía el cabello. Me acerqué y se los acomodé.

—Lo sé.

¡Joder!

—También sé, que mientras estemos nosotros tres juntos, no va a poder hacer nada, ¿cierto?

¿Cierto? No, no estaba seguro.

XXXIII

Kaira

—Kaira, tienes llamada del señor Lurte.

¡Carajo! Me lo temía. Desde el momento que lo vi en el parque, supe que tarde o temprano nos iba a fastidiar, y todo iba a comenzar por una llamada.

—Pasámela, Leo.

Escuché el “din” del cambio de línea y mis temores empezaban.

—¿Cómo conseguiste mi número, Diego?

—Internet Kaira. Estas en todos los sitios del Grupo Carter.

Contestó con la misma animosidad con la que le hable.

—¿Qué quieres?

Mas valía acabar con esto. No soportaba tener esa piedra en el zapato.

—Lo que vengo pidiendo desde hace un año. Hablar contigo.

—¿Un año? Si te acabas de aparecer hace un día.

Drama, eso me esperaba con Diego.

—No Kaira. Estoy tratando de hablar contigo desde hace un año. Obviamente la gente cree que eres incapaz de hablar por ti misma, Elena intercedió por ti, y acabo de recibir una llamada de un tal Carter, amenazándome con desaparecerme. El mundo te cree una damisela, y yo sé perfectamente que no lo eres.

Me estaba manipulando, siempre fue bueno en eso. Lo malo es que tenía razón, parecía que todos pensaban que yo era simplemente incapaz de manejar al hombre que me dono su esperma.

—¿Sabes dónde está mi oficina?

—Toda esta en internet, Kaira.

Respondió muy seguro. Yo le iba a quitar esa seguridad y con una patada en el

trасero lo iba a regresar al montón de mierda donde lo había dejado.

—Te espero en treinta minutos. Tony te va a esperar en la entrada del edificio, él te va a guiar hasta mi oficina.

—¿Y quién diablos es Tony?

Diego no era un hombre débil o sumiso, era un macho alfa, de esos que muere antes de ser guiado. Desde un principio di gracias porque decidió abandonarme, criar a mis hijos junto a él hubiera sido un estira y afloje permanente.

—Es el hombre que te estampo contra el árbol. Estoy segura que lo recuerdas.

Colgué e inmediatamente me cercioré del paradero de mis amores. Owen estaba en su estudio, no me tenía que preocupar por él, cuando se enfrascaba en su trabajo, se transportaba a otro mundo. Alex era el que me preocupaba, Carla lo mantenía al tanto de todo lo que pasaba en el reinado. Para mi fortuna, estaba enfrascado en un problema con la gente de telecomunicaciones.

—Tony ¿Puedes subir por favor?

Solo Tony podía cubrirme las espaldas como deseaba. No quería que nadie se enterara que Diego venía a verme. Lo más sencillo hubiera sido que lo citara en un café o en un restaurant, pero si se llegaba a enterar Alex u Owen, lo último que deseaba es que se encelaran. Si ellos se vieran con una de sus muchas ex para tomarse un café, yo reviento de los celos. Más valía que fuera en nuestro territorio, y bajo sus narices. Aunque definitivamente lo último que esperaba es que se presentaran. Yo podía manejar a Diego, siempre lo había hecho.

Tony lo iba a subir de manera disimulada, sin caer en el espionaje, solo con reserva. Entre al baño y retoqué mi atuendo. Necesitaba verme fuerte y capaz, iba a negociar una de las cosas más importantes de mi vida. Que el padre de mis hijos desapareciera definitivamente de nuestro mundo.

Salí segura de que lo podía aniquilar, observé la ciudad y me llené de su poder. Lo tenía que acabar, pisotear, se le ocurría aparecer justo cuando tenía todo y para mi pesar, temía que era lo suficientemente fuerte para dejarme sin nada.

Tocaron a la puerta y volteé hacia a ella, estiré mi metro cincuenta y ocho, y con voz firme los invite a entrar.

Tony abrió la puerta y dejó pasar al hombre de dos metros con un impecable cuerpo lleno de músculos. Diego tenía un cuerpo admirable, su beca en la universidad

era por su habilidad en natación, supuse que seguía nadando, se le veía bien. Su especialidad era el estilo de dorso y tenía unos brazos y espalda que lo confirmaban. Fuerte, atlético y para beneficio de los mellizos, guapo. Sus ojos eran de un azul muy claro, con pestañas del mismo color que su cabello rubio enmielado, igual que el de mis hijos. Lamentaba muchas cosas de ese hombre, pero una cosa tenía que agradecerle, mis hijos eran guapísimos, esos genes eran difíciles de superar. Lástima que era lo único digno de admirar, porque como persona, era una verdadera mierda.

Me sonrió y para joderla me recordó a Kurt. Era una sonrisa amplia y bondadosa, muy diferente de la sonrisa de Owen, esa era para sacarte orgasmos, la de Diego era para embaucarte. En realidad mis hijos no tenían nada de ese hombre, por fuera se parecían, pero por dentro eran tan diferentes, como el desierto y el mar.

Tony cerró la puerta y me dejó a solas con el hombre que me dio lo más importante de mi vida, y solo por eso lo recibía. No logré dejar de admirar su cuerpo, su cara, mil recuerdos atacaron mi cabeza, y no permitieron que pensara con claridad. Cuando respire, percibí su aroma, un aroma que había olvidado por completo y que nunca extrañe, y sin embargo ahora me confundió.

—Luces bellísima.

Me dio un beso en la frente y me abrazó. ¿Por qué me abrazó? ¿En qué momento cruzo la habitación? ¡Mierda! Esta era la peor idea de mi vida.

—Siéntate por favor.

Mi intención era sentarme en mi silla para que estableciéramos quien estaba a cargo de la conversación, en vez de eso, me vi sentada a un lado suyo.

—Me da gusto ver que estas bien.

Comentó admirando mi oficina. Me dio tiempo a volver a pensar. Y finalmente reaccioné.

—¿Quieres un café? ¿Agua?

—Un café está bien, gracias.

Volvió a sonreír y los ojos le brillaron, ahí lo vi; Vi al hombre que me había abandonado con dos criaturitas indefensas y maravillosas en mi vientre.

Me levanté y en vez de marcarle a Leo, abrí la puerta de la oficina. En todo el trayecto pude sentir su mirada en mi trasero. Me dio asco. Me sentí ultrajada.

—Regalame un café para el señor. Un té para mí...

Le pedí a Leo con voz fuerte. Ladeé la cabeza y me encontré con los ojos al acecho de Tony.

—Hablale a Alex y Owen, coméntales con quién estoy, y que recuerden que los quiero.

Le susurré a Tony. Sabía que esto me iba a acarrear muchísimos problemas con mis enanos, pensé que lo podía manejar sola, pero llevaba tres minutos con Diego, y ya me había abrazado, besado y repasado el trasero. Uno de las características de la gente fuerte, es aceptar cuando necesitas ayuda, y ahora era una mujer sumamente fuerte. Y nadie como Alex u Owen para que me dieran la mano y su apoyo. Aunque me temía que no iban a llegar calmados, al contrario, un tsunami se avecinaba.

Cerré la puerta después de que Tony hiciera un asentamiento de cabeza y sacara el teléfono. Me di la vuelta y la mirada de Diego siguió el recorrido de mis nalgas a mis tetas sin parada de por medio. Suspire y mi pecho subió, un mal movimiento, Diego se relamió los labios y me llegaron a la cabeza imágenes de él enterrado entre mi pecho. Imágenes que llevaban años escondidas en un baúl bajo llave, olvidadas, estaban regresando como flashes para desequilibrarme.

Tuve la conciencia como para dirigirme atrás de mi escritorio y tomar el lugar de poder en la oficina.

—Los años han sido muy generosos contigo, te ves bellísima. Radiante.

No eran los años, eran dos hombres. Ellos eran los que me hacían sentir radiante.

—Gracias.

Fue mi escueta respuesta.

—No, en serio...

Adelanto el cuerpo y tomó mi mano.

—Estas guapísima.

Y porque el destino a veces hace jugadas que te tiran al suelo, en ese momento entró Alex a la oficina.

Inmediatamente retiré mi mano de su agarre y eso fue una verdadera señal de mi

estupidez. La mirada de Alex se oscureció y sus facciones terminaron de endurecerse.

—Alex...

Jadeé, queriéndome disculpar. Pero ese no era el momento, y mucho menos la compañía. Me olvidé de Diego y me centre en Alex.

—¿Recuerdas a Diego? Lo vimos en el parque el fin de semana.

Pregunté, como si lo hubiéramos olvidado un solo segundo desde que lo vimos. Ese fue el único tema de conversación, me había confesado, no dejé un solo detalle fuera en lo que respectaba a Diego. Owen y sobretodo Alex, me habían atacado con preguntas, detalles, incluso reproches. La presencia de Diego, solo iba a causar problemas.

Para mi asombro, Alex estiró la mano y se presentó.

—Alexander Northman.

Diego se levantó y aceptó la mano. Era una lucha de garrotes a toda regla. Casi tenían la misma estatura, Diego solo le llevaba un par de centímetros, los dos eran fuertes, con poderío. Solo que uno era de los dos hombres más bellos por dentro y fuera del planeta. Y el otro estaba relleno de mierda.

—Diego Lurte.

Alex hizo un asentamiento de cabeza y se dirigió a la silla junto a Diego. Tomaron asiento y la tensión se volvió casi insoportable.

—Bueno ¿En qué te podemos servir?

Le preguntó Alex a Diego con el modo “Rey del Universo” en todo su esplendor.

—Si no te molesta, me gustaría hablar con la madre de mis hijos a solas.

Los ojos de Alex se crisparon, incluso su cabello se crispó.

—Me temo que eso no va a hacer posible, Kaira es mi mujer, ella no está sola. No desde que la conocí.

Aclaró.

—Es sobre mis hijos.

Refutó Diego. Alex sacaba chispas por los ojos.

—Sé de quién hablas, pero no te estas refiriendo a ellos correctamente. Sophie y Kurt no son tus hijos, a los hijos no se les mata antes de nacer.

Ese golpe si le llegó a Diego. Ignoró a Alex y se dirigió a mí.

—Pensé que íbamos a hablar a solas.

Reprochó.

—No sé porque tenías esa impresión. Yo tengo pareja, y si quieres hablar algo conmigo, lo vas a tener que a hacer en presencia de mi pareja. Tú y yo no tenemos nada que hablar a solas.

—Si mal no recuerdo, no necesitamos ayuda para concebir a los mellizos, no creo que necesitemos ayuda para hablar sobre ellos.

¡Hijo de puta y mierda! La adrenalina se expandió por mi cuerpo peligrosamente. Un instinto asesino se instaló en mis manos, quería subirme en el escritorio y lanzarme contra él, rasgar su cuello y beberme su sangre. Nunca había querido matar a alguien como a Diego en ese momento, ni siquiera a Elena, ella solo quería estar con mis hijos, este pedazo de mierda me los quería quitar. Su comentario estaba fuera de lugar y estaba hecho solo para herir.

Me sorprendió el dominio de Alex, era... impresionante. Su sien palpitaba queriendo explotar y el único movimiento que realizo, fue recargar los brazos en la silla y entrelazar sus manos en su vientre; Confiado, calmado, completamente en dominio. Intenté imitarlo y logré hablar con palabras y no gruñidos.

—No Diego, no necesitamos ayuda para concebir. Así como tampoco necesite ayuda para darles vida, alimentarlos, vestirlos y educarlos. En realidad, no sé a qué debo el placer de tu presencia. Tú nunca has sido necesitado aquí.

Su sien se unió a la nuestra y también empezó a palpar. Se removió en la silla y no le quedó más remedio que aceptar la presencia de Alex.

—Quiero a mis hijos.

—¿Cómo que quieres?!

XXXIV

Alex

Lo que llevaba de la mañana transcurrió entre investigaciones, reportes y nuevos destellos de la vida de Diego Lurte. El bastardo ya no regresó a la universidad donde dejó abandonada a Kaira, lo que hizo, fue inscribirse en la universidad estatal de Kentucky, y acabar su carrera en administración. Bajo la protección de su familia y amigos, mientras Kaira sufría el rechazo de la suya y se las arreglaba para acabar la carrera y dar vida a mis hijos.

Hay hombres y hombres, y Diego claramente pertenecía a la categoría de “hombres hechos de mierda”, porque ni siquiera a la categoría de animales entraba.

Estaba casado desde hacía dos años con una acaudalada restaurantera, él le manejaba la cadena de restaurantes asiáticos, y suchi bar. Los restaurantes parecían bien establecidos, según marcaba en sus cuentas, tenían un valor de ocho cifras. ¿A que regresaba? Estaba recién casado con una mujer que lo podía mantener con mucha dignidad, los mellizos no tenían cabida y todavía estaba joven para sentir la necesidad de remediar los errores que se cometen en la juventud... Algo no cuadraba.

Ya tenía un equipo investigando hasta el más mínimo detalle de la vida de Diego Lurte, algo teníamos que encontrar. Charly fue el encargado de ir hasta Kentucky y hacer la investigación de campo. Necesitábamos saber dónde vivía, cómo vivía, con quién vivía. Sus pasos, sus sombras y sus temores, incluso su futuro. Ese hombre no iba a destruir a mi familia.

Cavilaba nuestro siguiente paso, cuando Carla entró corriendo y con cinco palabras hizo que mis ojos solo distinguieran el color rojo.

—Diego Lurte esta con Kaira.

Alcancé mi celular antes de salir corriendo rumbo a la oficina de Kaira.

—¡Escucha!

Owen no tuvo necesidad de replicar. Sabíamos que estos eran tiempos de guerra, momentos de luchar con las manos desnudas.

Entre a la oficina de Kaira y me encontré a mi mujer y a su examante tomados de

las manos. Ya no vi rojo, ya solo vi negro. Lo hubiera matado en ese mismo momento, pero la tensión en la oficina era tan densa que me concentre en despejar el camino de Kaira.

Intercambiamos un par de golpes, nada que estableciera quien iba ganando. Hasta que Diego reveló, lo que iba a hacer el principio de su fin.

—Quiero a mis hijos.

—¿Cómo que quieres?!

Algo cambio por completo en Kaira. Se transformó. Se convirtió en una loba. Una sexi y encabronada loba. ¡Me excite como nunca!

—Ellos también son mis hijos.

Afirmó con garra Diego. Las mejillas de Kaira se tornaron rojas, sino cuidaba sus palabras, el pedazo de mierda que estaba enfrente de nosotros iba a perder la cabeza.

—Tengo todo el derecho de verlos.

Kaira se levantó, recargó las manos en el escritorio y lo miro con furia. Con furia contenida desde hacía años. Solo me quedaba esperar el zarpazo.

—¡Tú! ¡Tú tienes derecho a salir de nuestra vida como llegaste! Solo a eso tienes derecho ¡Sophie y Kurt son solo nuestros...!

Aulló señalando en mi dirección y a sí misma. Mi jodido pecho se extendió al oírlo de sus labios. Mi excitación estaba a punto de explotar.

—¡Tú no tienes derecho a nada!

—Te equivocas Kaira, ellos también son míos. Es solo verlos, para que te des cuenta que mi sangre corre por sus venas.

Kaira tomó un vaso de cristal que estaba perdido en su escritorio, y con manos temblorosas lo apretó. Casi pude ver como se estrellaba en la cabeza del imbécil de Diego. Lo salvó el papanatas de Leo, que entró con una bandeja y el servicio de café. La tensión tenía el aire denso, no se podía respirar. Mientras Leo trabajaba con rapidez y eficacia, me dio tiempo de estudiar al imbécil. Odiaba reconocerlo, pero Diego tenía un poco de razón; los mellizos eran parecidos a él. Obviamente solo en lo físico, porque en el interior, en su alma, los mellizos eran solo paz, bondad e inocencia.

Mi mujer tenía debilidad por los ojos azules, los de Diego eran de un azul muy claro, más claro que el de los mellizos. Lo innegable era el cabello, era exactamente del mismo tono, las mismas ondas... No era tan perfecto como el de Sophie y Kurt, el de Diego seguro olía mal y se caía... Si, seguro se caía, es más... Si, ya tenía entradas, no le daba más de dos años para que quedara completamente calvo.

Dejé de engañarme a mí mismo y verifiqué que mi teléfono siguiera con la línea abierta. Kaira le dio un trago a su agua y el muy imbécil de Diego removió el café con seguridad. Tenía que reconocer que el imbécil tenía seguridad en sí mismo, todo lo estaba haciendo con mano firme. Ya me encargaría de quitarle esa seguridad y desmembrarlo hasta que quedara solo su corazón vacío y seco.

Sin decir palabra, Leo terminó de acomodar el servicio y salió huyendo de la oficina.

—¿Qué quieres? Y no me vengas que a tus hijos... ¿Qué quieres en realidad?

El gesto de Diego se endureció, y me pareció que ahora íbamos a ver a la verdadera basura.

—Quiero tener visitas, quiero convivir con ellos, quiero que conozcan a mi esposa...

—¿Por qué?

Lo interrumpió Kaira.

—¿Por qué ahora?

Solo ahí vi cómo le temblaba ligeramente la mano a Diego.

—Porque los quiero... estoy arrepentido.

¡Estupideces! Eso no era verdad, se le notaba la hipocresía.

Kaira también se dio cuenta, negó despacio sin dejar de verlo a los ojos. En otras condiciones mis celos se hubieran desbocado, en ningún momento dejó de observarlo. Solo que no simplemente lo veía, también lo estudiaba.

—No me vengas con estupideces, Diego. No me hagas perder el tiempo.

Guardamos silencio y esperamos a que saliera el verdadero Diego Lurte. Dejó la taza en el escritorio, se levantó y se ajustó la ropa.

—No son estupideces, es la verdad. Esos niños son tan míos como tuyos, y

pronto de mi esposa también.

Dio la media vuelta y se dirigió a la puerta. A dos pasos de la salida se paró y volteó.

—Tú y tu... ¿novio?

Enfatizó señalándonos con la cabeza.

—Van a tener noticias de mi abogado pronto.

La amenaza me tenso. No por la amenaza en sí, el despacho de Kass, unido a nuestro grupo de abogados, podía acabar con él en un chasquido. Lo realmente amenazante, fue la frialdad con la que hablo. No se iba a detener, planeaba hacer daño sin importar nada ni nadie.

En cuanto Diego salió, Owen entró.

—¿Lograste escuchar?

Owen ya tenía en brazos a Kaira al responder:

—Cada palabra.

Kaira descansó un segundo en brazos de Owen. Recargó fuerza, porque al separarse de él, volteó a verme y su semblante era inquebrantable. Diego no iba a poder con Kaira, a esa mujer nadie la quebraba. Y si en algún momento tambaleaba, Owen y yo estábamos junto a ella para sostenerla. Y contra nosotros, ni el mismísimo diablo iba a poder.

XXXV

Kaira

Diego salió de la oficina y nos dejó sumergidos en un espeso silencio. Si él cumplía sus amenazas, si me demandaba, había grandes probabilidades de que ganara, de que un juez le permitiera ver a mis hijos y de que tarde o temprano destruyera lo que tanto tiempo me costó conseguir. Mi felicidad.

¡Y pensar que un día me entregué a él! Que le entregué mi cuerpo, mi placer. Que con los ojos cerrados dejé que jugara con mi cuerpo ¿Cómo era posible que me hubiera equivocado tanto? Ese hombre amenazaba con dejarme sin nada. Ahora me daba cuenta que la confusión de un principio, fue por verlo. Mi cerebro se protegió de él, lo bloqueó, lo dejé fuera de mi memoria porque me dejó morir sola. No iba a volver a cometer el mismo error. Los errores te persiguen y te asechan hasta que los afrontas. Y como para grandes problemas, existen grandes soluciones. Dejé de preocuparme y empecé a ocuparme.

Me separé de los brazos de Owen determinada a acabar con Diego. Si ese infeliz creía por un solo segundo que iba a permitir que se acercara a los mellizos, estaba más loco que una cabra. Mis hijos ya tenían padres y ninguno de ellos se llamaba Diego Lurte.

Con todo el dolor de mi corazón, llegó el momento de tomar decisiones. Y para mi tranquilidad, el destino decidió por mí.

—Vamos.

Tomé mi bolso y la mano de Owen.

—¿A dónde? Tenemos que hablar con Kass.

Aseveró Alex. Nunca había estado tan agradecida con él como en ese momento. No había dicho una sola palabra, ni un quejido, ni una amenaza. Me dejó el control completamente. ¡Lo adoraba!

—Primero tenemos que hacer algo.

Asegure. Le di un beso rápido a Owen y lo guie hacia la puerta.

Ahora venía lo realmente difícil, ¿Cómo diablos le iba a explicar, que me tenía que casar con Alex?

Me siguieron con un poco de protestas, pero al escuchar a donde nos dirigíamos, guardaron silencio.

Tony manejaba en automático, mi humor no era el mejor y en el ambiente se notaba.

—Lo siento.

Owen bajó la mirada y por un minuto no dijo nada.

—Solo es un papel, no significa nada... Pero si no lo hago, Diego lleva más ventaja de la que nos gustaría.

Ninguno de los dos decía palabra ¡Me estaban matando!

—Escuchen...

Como pude me di la media vuelta y me puse a horcadas con cada una de mis piernas entre las suyas. Fueron condescendientes y se acercaron uno al otro, para que no quedara con las piernas completamente separadas. Mi vestido subió hasta la cadera, mostrando mi pequeña y sedosa ropa interior en su totalidad. Tony estacionó el automóvil y salió inmediatamente después para regalarnos un poco de intimidad.

—Por eso me costó tanto trabajo aceptar este anillo.

Les expliqué levantando mi mano hasta la altura de sus preciosas y quejumbrosas caras.

—Cuando finalmente acepté que les quería lo suficiente como para dejarlos entrar en la vida de mis hijos, en ese momento me prometí no escoger. Yo sabía que para nosotros es imposible un matrimonio tradicional, pero aquí...

Mi mano sostuvo mi corazón, hinchado de todo el amor que sentía por ellos.

—En mi corazón, yo ya estoy casada con ustedes, ya no hay más hombres para mí. Ustedes son míos y yo soy de ustedes sin necesidad de que un papel o un anillo lo diga. ¿Entienden?

Alex recorría la pierna que tenía entre las suyas con esos largos y delgados dedos que tanto me gustaban. Su toque siempre era tranquilizador, suave, cariñoso. Owen tocaba la pierna que le correspondía con pequeños círculos que subían y

bajaban empapando mi ropa interior. Tan diferentes y tan únicos... tan míos.

—Lamento muchísimo tener un pasado con Diego, pero ustedes son mi presente y si me aceptan como soy, yo prometo nunca separarme de ustedes.

—¡Para!

Alex tomó mi nuca y apretó el cabello silenciándome.

—Ni Diego, ni nadie va a separarnos. Mucho menos un papel ¿Cierto?

Inquirió dirigiéndose a Owen. Él respondió levantando la mano uniéndola con la de Alex en mi nuca. Entre los dos me empujaron hacia ellos y empezó un beso compartido. Sus labios rozaban los míos al mismo tiempo, sus lenguas se enroscaban con la mía, su amor se fundió con el mío.

Empecé a volar como un pequeño pajarito. Me elevaron hasta el más alto de los cielos. No había vergüenza, pudor, confusión. Nos besábamos como si el mañana no existiera. Sus manos ya habían traspasado la barrera de mi ropa interior, me acariciaban humedeciéndose con mi excitación.

Un jadeo interrumpió su entrada a mi cuerpo.

—Ssshhh, calladita cariño.

Me amonestó Alex mientras besaba mi cuello.

—No paren... por favor, no paren.

Necesitaba esto, los necesitaba a los dos.

No supe de quién era cada dedo, solo supe que mis ojos se voltearon por el intenso placer de sentir sus dedos adentro de mí. Alguno de los dos rozó el hinchado bulto de nervios que coronaba mi intimidad y eso bastó para caer en picada desde el más alto de los cielos. Owen silencio mi placer uniendo su boca a la mía, mientras entraban y salían, rozaban, apretaban y succionaban todo de mí.

Mi respiración todavía era errática, cuando me di cuenta del revoltijo que tenía entre mis piernas; Estaba completamente empapada y la humedad había llegado hasta la tela de sus ropas y la mía. Pequeños círculos se marcaban en la costosa tela de sus pantalones.

—¡Oh, Dios! Los manche.

No me soltaron, de hecho me tenían bien detenida con sus dedos adentro de mí.

—Que rica eres... huele.

Seguí el mandato de Owen y llené mis pulmones. No olía,apestaba a sexo. Dejé caer mi cabeza en sus hombros y escuché claramente el chasquido que hicieron sus dedos al abandonar mi cuerpo. ¿Cómo se suponía que me iba a volver en una mujer de bien, si tenía grabado en mi cuerpo a dos hombres?

—No tienes que prometer nada. Yo sé que ya eres y siempre serán mi bruja. Te doy toda mi autorización para que te cases con Alex. Eso me hace el amante y hasta donde yo sé, los amantes pasan más tiempo en la cama que los esposos. Por mi está bien.

Mordisqueó mi labio inferior y me quitó un gran peso de los hombros.

Me limpie con toallitas húmedas que siempre traía en el bolso, un requisito por ser madre. A mi ropa interior no había quien la salvara, así que me deshice de ella y la metí en un compartimiento de mi bolso. Las manchas de sus pantalones estaban a la mitad del muslo, más pegadas a las rodillas que a la entrepierna, se podían confundir con salpicaduras de agua o café. Lo realmente difícil de ocultar, eran sus enormes y apetitosas erecciones. Por un momento me propuse liberarlas y saborearlas, pero Alex y su “timidez” me detuvieron.

—Estamos en plena luz de día y en público. Mejor esperamos a la noche de bodas. Si quieres puedes invitar a tu amante.

Sonaba a plan, a un sudoroso y placentero plan.

El viaje de pocas calles que nos faltaban para llegar a las oficinas del condado, fue con las ventanas abiertas. El pudor ya no existía con Tony, él ya conocía mis momentos más íntimos, ahora entendía perfectamente la relación que tenía Charly con los enanos. Son tus mejores amigos, solo que con una pequeña fortuna para que lo sean.

Mientras esperábamos a Kass con la licencia de matrimonio, le pedí consejo a Tony. El único hombre que conocía, que se había casado de manera tradicional.

—La primera vez siempre da miedo porque no sabes si va a funcionar. Yo te recomiendo que solo lo hagas una vez, así no corres el riesgo de volver a tener miedo.

¡Vaya consejo! Y solo para no tentar al destino, me prometí hacerlo solo una vez.

XXXVI

Owen

Vestida de rojo, con el cabello oscuro cayéndole en tirabuzones sobre la espalda y las mejillas sonrosadas por la excitación, parecía una pequeña brujita disfrazada de diablita. Lista para volverse una mujer de bien.

—¿No crees que Sophie y Kurt deberían estar aquí?

Pregunté con la licencia que permitía el matrimonio entre mi mujer y mi hermano en mis manos. La más feliz por el trámite, fue Kass. Esto le facilitaba la vida, una adopción de una pareja casada, es mucho más fácil que una que es soltera. Kass, ya había renovado la licencia un par de veces, solo tienen vigencia por treinta días y Kaira no se decidía. Alex y yo habíamos decidido que los papeles salieran a su nombre, porque su apellido incluía el Northman, yo solo era Carter. En realidad estaba bien que se casaran, me gustaba la idea de ser el amante.

—No.

Replicó inmediatamente.

—Esto solo es un papel, no significa nada.

Volvió a asegurarme.

—Lo importante es lo que tenemos nosotros.

Llevó mi mano a su boca y beso los nudillos, recargó su pecaminoso cuerpo a mi pecho y enterró su pequeña cabeza junto a mi corazón. No lo decía, pero podía sentir su disculpa en cada uno de sus respiraciones. Era completamente innecesario y temía que me iba a costar un poco de trabajo hacerla entender que para mí, lo mismo daba que en el papel se leyera Alexander Nothman-Carter, en vez de Owen Carter. Lo realmente importante era el compromiso que teníamos entre nosotros, la triatra que era nuestra familia.

Alex la abrazó por atrás, mientras ella hacia su brazo hacia atrás y lo acercaba desde la cintura.

Estas dos personas eran mi presente, mi futuro, mi infinito, mi inagotable fuente

de felicidad. Kaira tenía razón, ese papel no era nada comparado con lo que nosotros teníamos.

Nos llamaron y entramos a una oficina revestida de madera. Kass, uno de sus abogados, Tony y por supuesto yo, íbamos a ser los testigos. La mirada del Juez no dejó el pecho de Kaira, eso sirvió para que no se diera cuenta de que la novia nunca soltó mi mano. Manteníamos nuestros dedos entrelazados con las puntas de las yemas blancas por la fuerza. El acta decía Alexander Nothman-Carter, pero en realidad, ella también se casó con Owen Carter.

Saliendo del juzgado, fuimos directo a la oficina de la administración de seguro social. Con los contactos de Kass, en menos de una hora ya estaba el trámite. Oficialmente mi bruja se llamaba Kaira Jones Nothman-Carter.

XXXVII

Kaira

—Kaira...

Susurró mi nombre Leo. Levanté la vista y lo encontré a la entrada de mi oficina con un muchacho de no más de veinte años con un sobre amarillo en la mano.

—¿Si?

Ninguno de los dos entraba a la oficina, se quedaron en el umbral con muestras de temor en la mirada. A veces el poderío de la oficina intimidaba a la gente, lo raro era que Leo también se quedara esperando que algo estallara, él entraba y salía como en su casa.

Me levanté de mi silla y me dirigí a la puerta, más por estirar las piernas, que por saber qué pasaba. Mi noche de bodas me había dejado con los músculos desechos, ni una vida de entrenamiento en el gimnasio me hubiera preparado para el maratón de sexo que mi nuevo esposo y mi nuevo amante me obligaron felizmente a tener.

—¿Si?

Volví a preguntar ya con un poco de humor. Me causaba un poco de gracia que yo intimidara a alguien, era una cosita de ciento cincuenta y ocho centímetros y ¡descalza! Eso me pasaba por usar zancos en vez de tacones, a la primera oportunidad me deshacía de ellos. Evité pensar en los zapatos que me esperaban debajo de mi escritorio y me recargué en el marco de la puerta. Desde esta altura, Leo parecía gigante.

—¿La señora Kaira Jones?

Inquirió con voz temblorosa el muchachito que acompañaba a Leo. Ni siquiera le había cambiado la voz completamente, era un chiquillo.

Asentí y estiré la mano cuando él me ofreció el sobre. En cuanto estuvo en mis manos, afirmó más decidido:

—Ha sido usted notificada.

¡Oh, Mierda, Joder y Carajo! Todos juntos y multiplicados. Recargué la frente en el marco de la puerta y empecé a dar pequeños golpecitos con ella a la madera. ¿Cómo? ¿Cómo diablos era tan ingenua?

El muchachito que todavía no le cambiaba la voz y que seguramente iba a cambiar mi vida, se esfumó en su suspiro. Sentí pena por él, que espantoso trabajo llevar miseria a las personas.

—¿Te traigo algo, Kaira?

Preguntó Leo apenado. Pena es la que yo causaba ¿Acaso era idiota? Por supuesto que me iba a llegar una notificación, el imbécil de Diego ya empezaba la guerra.

—A Alex y a Owen. Traeme a mis enanos y a un regimiento de abogados.

Leo desapareció de mi vista a gran velocidad. Dejé de golpear el marco con mi cabeza y me dejé caer al piso recargando mi espalda al marco. En ese momento lo que menos me importaba era quién me viera o cómo me viera.

Con manos temblorosas abrí el sobre y con pesar saqué los documentos que confirmaban mis más terribles temores; Diego Lurte solicitaba una prueba de paternidad y la custodia de los niños Sophie y Kurt Jones.

Los pasos de Alex eran inconfundibles, firmes y decididos, los podía reconocer a millas de distancia. Se puso en cuclillas junto a mí y sin preámbulo me quitó los documentos de la mano. Después de una rápida lectura, solo afirmó:

—Estas descalza.

Asentí y dejé caer mis parpados al sentir sus enormes y cuidadas manos masajear mis pies.

—Solo es un papel, cariño. No significa nada.

Esas palabras sonaban absolutamente correctas cuando yo las pronuncie el día anterior, ahora habían cambiado completamente de significado.

—No, Alex. Ahora sí importa. Ese papel nos puede quitar a nuestros hijos.

Mi gruñón levantó su brazo derecho y acarició mi mejilla con la yema de sus dedos... era tan delicado, tan amoroso.

—Eso no va a pasar nunca. Antes lo matamos.

Su declaración fue hecha con voz suave, susurrando las palabras mientras delineaba el contorno de mi boca con su pulgar, y sin embargo, estaba cargada de verdad. Antes de que alguien se atreviera a separarme de mis hijos, alguien iba a terminar muerto.

Esa misma noche, recibí un mensaje de Diego burlándose de mí.

“¿Me crees tonto? Una visita con mi abogado, y me entero que quieres anular mis derechos sobre los mellizos ¡desde hace meses! Pudiste ser amable por los viejos tiempos e informarme, cosita. Ahora todo es más fácil para mí.”

—¿Cosita?

Murmuró Owen, cuando le enseñé el mensaje. Bufé desdeñosamente y le pasé el teléfono a Alex.

—Así me decía, el imbécil. Decía que era una cosita sabrosita.

¿Cómo podían reírse en ese momento de tensión? Qué bueno que las paredes de la habitación se insonorizaron, las carcajadas podían haber despertado a Sophie y a Kurt.

Hice un poquito de puchero y me acosté boca abajo, no les quería ver las caras. La mano de Owen deslizó la sabana hacia abajo y dejó mi espalda desnuda.

—Bueno, bruja. Vamos a tener que comprobar lo que dice tu ex.

Empezó a besa mis hombros, el suspiro fue inevitable, me encantaba tener sus bocas en mi cuerpo.

—Con que cosita y sabrosita... A mí me parece que es cosota y sabrosota.

Cuando Alex jugueteaba, había que disfrutarlo, y eso hice. Dejé que probaran cada parte de mi cuerpo, hasta que llegaron a la conclusión de que Diego estaba completamente equivocado, ni era una cosita, ni era sabrosita. Era de ellos y jodidamente deliciosa. Palabras textuales de Alex.

XXXVIII

Kaira

—No te vayas.

Le rogué en tono tan bajo, que dudé que me escuchara. Intenté con todas mis fuerzas mantener una actitud serena al mismo tiempo que la angustia volvía a causar un escalofrío por toda mi espalda.

Iba a ser una verdadera tortura estar sin ellos tanto tiempo. Mi único consuelo es que la tecnología nos permitía estar en constante contacto. Owen ya había salido rumbo a Brasil, Alex iba a Europa y yo me hacía cargo de los centros de apoyo en el país. De esa manera un viaje que duraba dos semanas, lo reducíamos a cuatro días. El jueves nos reuníamos en Cancún y pasábamos tres días nosotros solos disfrutando del mar del caribe. Una semana fue lo más que nos permitimos estar sin Sophie y Kurt que se quedaban bajo el cuidado de Gamble, mi madre y Conchita.

Los viajes para supervisar los centros de ayuda, se habían atrasado tanto, que fue imposible posponerlos más. Sophie y Kurt ya habían acabado el ciclo escolar, fue una bofetada bien dada, cuando Kass nos informó que no los podíamos sacar del país, porque estábamos en medio de una batalla legal. Diego podía utilizar eso en nuestra contra y terminar de jodernos.

Así que las vacaciones que tenían planeado mis enanos desde hace un tiempo, tenían que posponerse. No hicimos escándalo y aceptamos la sugerencia de Kass y pasar el verano en el país. Regresando de la semana de supervisión, pasábamos dos semanas en Florida y el resto de las vacaciones, Sophie y Kurt se iban a un campamento de verano que organizaba la escuela.

Ya estaba todo planeado, no entendía por qué me estaba costando tanto alejarme de Alex. Cuando despedí a Owen, le di un par de besos más un buen apapacho y lo dejé ir sin problema. Pero cuando fue hora de despedir a Alex, una pesada angustia se instaló en mi pecho y se resistía a dejarlo ir.

Llegó la hora de su partida y después de besarnos y que él intentara por todos los medios hacerme sentir bien, me despedí.

—No estoy contenta.

—Yo tampoco, cariño.

Me volvió abrazar y besar el cabello.

—No importa la hora, me marcas cuándo toques tierra.

Sabia paso por paso sus itinerarios; Ciudades, eventos, hoteles, vuelos. Lo tenía mejor registrado que ellos. Eso de alguna manera me tranquilizaba.

—No te preocupes, el tiempo va a pasar rápido, descansas de mí y de Owen, cuando menos te lo esperes, vamos a estar de regreso y encima de ti.

—Eso espero...

Me dio un beso y con el dolor instalado en nuestros ojos, lo dejé ir. No sé qué paso, pero se me escapó un sollozo en cuanto mis brazos no lo sintieron. Inmediatamente Alex soltó la maleta y regresó a mis brazos.

—¿Qué pasa?

Yo no les mentía. Solo había dos personas en este mundo que conocían cada poro de mi piel, cada respiro, cada pensamiento, y Alex era uno de ellos.

—Cierra la puerta, por favor.

Logré decir sin que las lágrimas me traicionaran. Alex cerró la puerta y se acercó a mí con sus ojos azules brillando con la intensidad y ferocidad tan propias de él.

—¿Por qué no quieres que me vaya, cariño?

Preguntó con suavidad. Dude, porque realmente no sabía por qué. Solo sentía que no debía dejarlo ir, que lo necesitaba aquí, conmigo.

—Todo va a estar bien, solo son un par de días... no va a pasar nada...

Mientras el intentaba tranquilizarme, yo continuaba sintiendo esa opresión en el pecho que gritaba “¡no te vayas!” El toque y la voz amortiguada a través de la puerta de Gamble, interrumpió su consuelo.

—Joven Alex, va a perder su vuelo.

No hubo más opción, después de que me regalara un beso y me repitiera: “te quiero”. Salió de casa... Solo un par de horas después, supe que no debí dejarlo ir.

—Señora, lamento interrumpirla, pero los señores están buscando al señor Northman.

Me llamó la atención que Carla se dirigiera a mi tan formal. Al señor Northman lo conocía desde niño, Carla era para Alex, lo que Charly era para Owen, algo así como su sombra. Interrumpí mi búsqueda y atendí a Carla. Nunca imagine que mi torpeza —había olvidado un bonche de certificados y estaba teniendo problema encontrándolos—, iba a ser tan significativo.

—Buenas tardes. El señor Northman se encuentra fuera del país ¿les puedo servir en algo?

—¿Qué relación tiene con el licenciado Northman?

Refunfuñó el hombre número uno. Un hombre de espeso cabello negro y una descuidada barba que lo hacía ver peligroso. El hombre número dos, era más alto y tenía la piel limpia como la piel de bebe. Eran el ejemplo perfecto del policía bueno y el policía malo, que seguramente les funcionaba en todos los escenarios. Conmigo les estaba funcionando perfectamente, me sentí intimidada desde el primer momento que los vi.

—Si me dice para qué lo necesita, con mucho gusto le explico si lo puedo ayudar o no.

—Se trata de Dona Northman. Su esposa.

—Exesposa...

Aclare rápidamente.

—Tienen cerca de cuatro años divorciados.

—¿Nos puede ayudar a localizar al licenciado Northman o no?

Se exasperó el oficial “malo”.

—Sí, sí puedo. Pasen por favor.

Los invité a que tomaran asiento. Le hice una señal a Leo y junto con Carla, les ofrecieron algo de tomar. Ellos sabían el procedimiento: Se les invitaba a tomar algo, le llamaban a seguridad “por si acaso”, y se mantenían a la expectativa para tomar órdenes.

—Soy la esposa del licenciado Northman. ¿Qué pasa con Dana?

El par de hombres se vieron entre si desconcertados.

—No tenemos registro de que el licenciado Northman se hubiera vuelto a casar.

—¿Necesita mi acta de matrimonio? Nuestra vida privada es privada.

Como la mejor defensa es el ataque. Ataqué levantando el mentón ocultando lo intimidada que me sentía. Finalmente el hombre número dos jugo su papel y me informó.

—La señora Northman fue encontrada en muy malas condiciones el día de ayer. No logramos contactar a nadie de su familia. Fue hasta hoy en la mañana, que el personal de su casa nos dio los datos de su esposo.

—Exesposo.

Recalqué nuevamente. Lamentaba el contratiempo de Dana, pero Alexander Northman era mi esposo y solo mío.

—Perdón, del licenciado Northman.

Se disculpó el “bueno”.

—¿Qué le pasó a Dana? ¿Se encuentra bien?

El “malo” carraspeó y viéndome directo a los ojos me comunicó una noticia que hizo que mis piernas perdieran fuerza.

—No, no se encuentra bien. Lamento informarle que la señora Northman perdió la vida el día de ayer.

A pesar de que la relación de Dana y Alex había finalizado antes de que me conociera, tener la certeza de que ellos habían mezclado sus cuerpos, aunque fuera solamente por calentura, me hacía sentir unos profundos celos. Mi cabeza normalmente se convencía de que: “lo que no es en tu año, no te hace daño”, aun así, en lo más recóndito de mi alma sentía una desolación y un enojo permanente ante el pensamiento de Alex y Dana juntos. Mi desolación creció, con el alivio que sentí al escuchar las palabras del detective “malo”. ¡Era horrible, era una espantosa persona! ¿Qué clase de mujer siente alivio por la muerte de una persona? Me dio vergüenza; de mí, de mis pensamientos, de mi alivio.

Fue hasta que pensé en Viri, que volví en mí. Regresé la mirada al inexpresivo detective y pregunté enérgicamente:

—¿Con quién esta Viri?

—¿Quién es Viri?

Inquirió el detective “bueno”.

—Su hija. Alex y Dana tienen una hija.

—No. Nadie nos informó nada referente a una hija.

Discutió el “malo”.

—Les aseguro que tienen una hija. Si me disculpan, tengo que ir a verla.

Agarré mi bolsa y rodeé el escritorio. Mi vuelo, el viaje, todo podía esperar. Ahora tenía que cuidar y atender a una pequeña que había perdido a su madre. Finalmente.

—¡Un momento!

Me detuvo el “bueno” con una mano en mi brazo. Detuve a Tony con la mirada, ya se encontraba en la puerta de mi oficina en posición de ataque. El movimiento no pasó desapercibido para los detectives.

—Alguien tiene que reconocer el cuerpo.

Pensé en mandarlos al infierno, pero mientras más rápido acabara con los detectives, más rápido podía ir a ver a Viri.

—Vamos.

Aunque sabía que era inútil, rumbo a la morgue le marqué a Alex. Directo a buzón. No iba a poder contactar con él en al menos cuatro horas más.

Era medio día, oficialmente había perdido mi vuelo. El tráfico me dio el tiempo necesario para hablar con Leo y con Carla, tenían que cancelar mi viaje, avisar a los institutos y reajustar las fechas.

Tony estacionó enfrente del edificio color arena, y esperó a que los oficiales se acercaran al auto. Cuando hizo el movimiento para salir del auto lo detuve.

—No me acompañes, Tony. Mejor haz lo posible por comunicarte con Owen y Alex. Habla con Carla y que te de la dirección del internado de Viri, en cuanto salga de aquí, vamos directo para allá.

Tony asintió, abrió mi puerta y me dejó en manos de “el malo” y “el bueno”.

—Ah, y habla con Kass. Necesito que alguno de sus abogados se haga cargo de arreglar este papeleo.

Tony volvió a afirmar con un movimiento de cabeza.

—Es usted una mujer muy ocupada, señora Jones. ¿En dónde estaba la noche pasada?

No me gustó nada el tono de voz que uso “el malo” para preguntarme. Tal vez no fue buena idea acompañarlos sin avisarle a Kass.

—En mi casa en compañía de mi esposo, de mi amante y de mis dos hijos. Mas unas cinco personas de servicio.

Contesté viéndolo a los ojos. Levanté la barbilla y con un poco más de arrogancia de la necesaria, le confirmé:

—Y en efecto, soy una mujer muy ocupada.

Di dos pasos, y me detuve.

—Solo como aclaración, mi nombre es Kaira Nothman-Carter, detective.

En ese momento no podía estar más agradecida por la necesidad de Owen y Alex. Apellidarse Nothman-Carter abría muchas puertas. Los detectives cambiaron su actitud y sin ningún comentario sarcástico pasamos por seguridad. Llene un par de formas y entre a reconocer el cuerpo de Dana.

~ § ~

Ver un cuerpo sin vida siempre es trágico, ver el cuerpo sin vida de una persona que conociste y que era tan bella, fue traumático. Los cambios físicos y químicos de descomposición ya empezaban. La rigidez en su cara era sobrecogedora, ya no existía la piel de porcelana o el hermoso cabello dorado que me intimidó la primera vez que la conocí. El cuerpo que estaba enfrente de mí, ya no era Dana. Retiré la vista de sus sombreados ojos y di la media vuelta.

—Sí, es Dana Northman.

El dictamen fue: Muerte por sobredosis de barbitúricos. Según el informe, Dana tenía años consumiéndolos. Era imposible saber si la sobredosis fue accidental o intencional. Escogí creer que había sido accidental. En mi cabeza no existía la posibilidad de que una madre escogiera morir, antes de estar con sus hijos y verlos crecer.

Eran las tres de la tarde cuando salí de la morgue. Tony ya tenía la información del internado y sin dudar nos dirigimos en busca de Viri. Fue natural el deseo de manejar esto por mí cuenta. Camino al internado me atacaron muchas dudas; ¿Cómo se lo decía? ¿Debía decirle que se había ido de viaje? ¿Sería lo suficientemente mayor para entenderlo? ¿Debía esperar a Alex?

Me atacó un instinto innato de proteger a una personita que no conocía de cualquier situación dolorosa. No quise ondear en mis instintos y se lo adjudique al amor que sentía por Alex.

Decidí que era importante no mentirle, quedaba fuera de la mesa decirle que se había marchado de viaje o que se había dormido para siempre. No quería que después temiera viajar o irse a la cama.

Llegamos al colegio antes de que me diera tiempo a preparar mis palabras. Fui directo a las oficinas y me presente como la esposa de Alexander Nothman-Carter. Pasaron dos horas en las que confirmaron mi identidad y la legitimidad de los documentos que presente, antes de que me permitieran verla. No me molesto, al contrario, agradecí que la cuidaran con tanto esmero.

Ya era hora de dormir, cuando fue tiempo de verla, iba atrás de la directora del internado cuando entro la llamada de Alex.

—¿Me disculpa? Es mi esposo.

La directora asintió y se retiró unos pasos para darme privacidad.

—Alex.

—¿Qué paso? Tengo lleno el buzón, pero no me dices nada. ¿Están bien los niños? ¿Owen?

—Todos están bien, no te preocupes.

Si ya estaba alterado, no quería saber cómo se iba a sentir cuando le comunicara que Dana ya no estaba.

—¿En dónde estás?

—Acabo de aterrizar... Kaira ¿Qué paso?

Como bandita.

—En la mañana se presentaron dos oficiales en la oficina. Me informaron que

encontraron a Dana en muy malas condiciones anoche y que... había fallecido.

No se escuchó nada del otro lado de la línea, le di tiempo a que la noticia asentara en su cabeza y guardé silencio. Después de un par de minutos, volvió a la realidad.

—Ahora arreglo mi regreso... ¿Están seguros que es Dana?

—Sí, amor. Yo fui la encargada de reconocer el cuerpo.

Otro periodo de silencio. No se me ocurría nada que decir.

—Kaira...

—¿Sí, amor?

—¿Esta mal que me sienta aliviado?

Otro silencio.

—No sé, cariño... Pero si te sirve de consuelo, yo sentí lo mismo.

Suspiramos sin saber qué decirnos. No queríamos hondar en ese pozo.

—Alex, estoy con la directora del plantel de Viri. Necesito que autorices la salida de la niña.

Esa fue la primera vez que dejaba a Alexander Northman sin palabras. Incluso revisé que la línea siguiera abierta.

—... ¿Estas segura?

No respondí, porque no estaba segura. No había hablado con Owen, ni con los chicos. Pero dentro de mí, una vocecita me decía que esa personita me necesitaba.

—Te paso a la señorita Ebert...

Caminé el par de pasos que me separaban de la recatada mujer y extendí mi teléfono. Ahora la que se retiró un par de pasos fui yo, mi cabeza necesitaba orden. Desafortunadamente no me dio tiempo, antes de que me diera cuenta, miss Ebert terminó la comunicación con Alex.

—Por aquí.

Con media sonrisa recibí mi teléfono y la seguí.

—Viri es una niña muy lista, ya sabe leer y disfruta mucho haciéndolo.

Me informó la directora. Me pareció que esa información solo la había dicho una vez y que había sido a Alex.

Llegamos a la biblioteca de los preescolares, y la encontramos en su silencio total. Miss Ebert señaló con un gesto y vi por primera vez a Viridiana Nothman-Carter. Alex tenía varias fotos de ella, nunca podrían reflejar la belleza de la personita que leía con mucha concentración en el piso.

La vida debía ser rosa para ella y el mundo una carita feliz. Brillaba, ¡No! Más bien, resplandecía. Una especie de dopamina corrió por mi cuerpo, de repente me sentí feliz. Era una chiquita de cabello dorado hasta la cintura, tenía la piel de porcelana más fina que había visto. Lo más impresionante eran sus ojos, la inocencia y la vulnerabilidad reflejados en ellos, te robaban el aliento.

Me acerqué en automático, me llamaba. Hasta que me senté enfrente de ella, es que dejó de observarme, bajo la mirada y continuó con su lectura. Nunca había visto a una personita tan vulnerable.

—Hola Viri, soy Kaira.

Le mostré mis manos con la palma hacia arriba, y esperé a que las tomara. Me vio directo a los ojos, buscando señal de maldad en mi alma. Después miró mis manos y con un poco de resistencia las tocó. ¡Y ahí lo supe! Lo viví de primera mano; Ese sentido de pertenencia del que hablaban con tanta vehemencia Alex y Owen. Esa necesidad de proteger y de cuidar sin importar qué.

—¿Ya te han dicho que pareces una pequeña hada?

Sonrió y me vi cayendo en un laberinto profundo de puro amor.

—Mi papá dice que tengo polvos mágicos como Tinkerbell.

Su voz, como la de su padre, tenía un equilibrio perfecto. Llena de inocencia, como la tierra virgen, esa que nunca ha sido tocada por el hombre. Viri no tenía una pizca de malicia, ya mi hija se encargaría de ponerla al día.

Una sonrisa ridículamente grande invadió mi cara, la visión de las dos niñas juntas, franqueadas por Kurt, era estupenda.

—Yo conozco a tu papá, a Alex.

Sus ojitos se iluminaron con la mención de su padre.

—Y me gustaría llevarte a que lo veas. ¿Qué te parece? ¿Te gustaría?

—¿Mi mami va a estar con él?

Mi corazón empezó a quebrarse. ¿Cómo le iba a decir que su mamá ya no iba a volver?

—No, chiquita. Tu mami no va a estar con él. De hecho, te tengo muy malas noticias... Tu mami tuvo un accidente muy feo.

Le hable de una manera suave y tranquila, intentando dejarle saber que si estaba triste o con rabia era perfectamente normal. Sin embargo, la tristeza fue la que me atacó a mí; Fue sorprendente darme cuenta de lo grave que es la ausencia. No puedes extrañar lo que nunca has tenido, y Viri no iba a extrañar a Dana, porque simplemente nunca la había tenido.

Su semblante no cambio ni un apéndice, lo mismo hubiera dado que le anunciara que yo no iba a regresar a verla, ella no conocía a su mamá.

—Mi mami nunca viene, ¿Es por el accidente?

¿Cómo le explicaba que la ausencia de Dana, era por egoísmo? No imagine cómo hacerlo, así que no lo hice.

—Viri, sé que esto va a ser difícil, que no me conoces y que no sabes quién soy. Solo espero que me creas cuando te digo que tú nunca vas a estar sola, que tienes dos hermanos que esperan jugar contigo, y que tu papá, tu tío y yo, siempre vamos a estar para ti...

—Yo si te conozco.

Detuve mi discurso en seco.

—¿Me conoces?

—Sí. Eres la novia de mi papá. Tengo una foto tuya.

De una mochila rosa que descansaba junto a sus pies, sacó una fotografía de nosotros cinco, solo faltaba ella.

Ya no más.

XXXIX

Kaira

Owen llegó primero que Alex, Tony pudo comunicarse con el piloto y avisarle a Owen del deceso de Dana. Era difícil predecir la reacción de Owen. Podría rechazar a Viri categóricamente o enamorarse totalmente de ella, como lo hizo con mis hijos.

Lo había visto cada uno de los días en los últimos meses, inclusive cuando estaba dormida; soñaba con él, comía con él, hacia el amor con él, vivía con él, y nunca iba a dejar de sorprenderme lo terriblemente guapo que era. Si no lo conocías era difícil saber su edad, tenía el cabello recién cortado, su “famoso estilista” había venido un par de días antes de que se fuera y nos había hecho un corte a todos —la verdad es que si hacia magia con las manos, pero cobraba como si el corte te fuera a durar toda la vida—, las ondas oscuras y sedosas se amoldaban de un modo que tenías un orgasmo con solo imaginar tus dedos en esas ondas. Su rostro marcaba muestras de cansancio, el vuelo de regreso debió de ser estresante y seguro no durmió nada, mi pobre dormilón. Y ni de ese modo dejaba de ser guapo como el Diablo, con esas cejas gruesas, esos ojos profundos y divertidos, y la boca del pecado con la sonrisa del Diablo, era la imagen de un hombre divertido, tenaz y para mi pesar, angustiado.

Su expresión tenía cierta reserva que no me gusto. Dejó caer una maleta junto a la puerta y se abalanzo a mis brazos. Pude sentir su estrés a través de la ropa.

—Ya estás aquí.

Le di la bienvenida con un beso lleno de adoración. No me gustaba separarme de ellos, ninguno llevaba muy bien la separación, nos debilitábamos si no estábamos juntos.

—¿Qué pasó?

Lo senté junto a mí sin soltarle las manos.

—La encontraron en un hotel de mala muerte.

Negué enfáticamente por la mala selección de mis palabras. Inclusive con la seriedad del tema, nos fue imposible dejar salir una sonrisa. Éramos unos retorcidos.

—No están seguros si fue un asalto o si había llegado al hotel sin pertenencias. Les fue difícil identificarla, finalmente dieron con su nombre y después de indagar dieron con nosotros. La identifiqué...

Un escalofrío recorrió mi espalda al recordar la palidez y la frialdad de su piel. La mujer de porcelana ya no tenía vida.

Owen me acercó a su cuerpo y me transmitió su calor tranquilizándome.

—Ya arreglé lo necesario para el funeral. Hablé con su familia y no se mostraron sorprendidos con la noticia. “Era cuestión de tiempo”, dijo su padre.

—Tiene razón, era cuestión de tiempo. Dana no sabía lo que significan los límites, ella pisoteaba sin piedad, incluso a ella misma... No envidio a Alex ¿Cómo le va a decir a Viri que su mamá ya no está?

Reflexionó Owen.

—Nunca estuvo. En el internado solo la vieron una vez, Alex es el que la visitaba.

Le aclaré con pesar. Alex no hablaba de eso, le dolía.

—¿Cómo sabes? ¿Hablaste al internado?

Negué estudiando su reacción. Ya podía sentir el tsunami. Era la primera vez que actuaba y hacia un cambio tan drástico sin hablarlo primero con él.

—Fui al internado.

—¿La viste?!

—La traje.

Por unos segundos no dijo nada, su semblante pasó por varias etapas y no supe distinguir cuales eran, tan podía ser enojo o pesar, como tristeza.

—¿Esta aquí?

Indagó con los ojos entrecerrados. Me mordí los labios y señalé las escaleras.

—No me lo puedo creer.

Espetó con frustración. Se levantó del sillón despacio y subió las escaleras hacia las habitaciones. Lo seguí en silencio, al llegar a la segunda planta, poco a poco se escuchó el murmullo de la voz de Sophie.

—¿Qué color te gusta más, el rosa o el morado?

No alcancé a escuchar la respuesta. Metimos la cabeza en la habitación de Sophie y nos encontramos a Kurt observando detenidamente a Sophie maquillar a una temerosa Viri. Mi hija ya la tenía disfrazada y enjoyada.

—¡Sophie!

La reprendí.

—Viri no es una de tus muñecas.

Giré a Viri hacia mí y le sonreí.

—¿Estas bien?

Viri no dijo nada, volteó a ver a Kurt y cuando su mirada llegó a Owen, dio un paso hacia mí. Se aferró a mi cuello y se escondió entre mi cabello. Sophie ya había corrido con Owen, él agarró su mano, le ofreció la otra a Kurt, y en el momento que Kurt la tomó, salieron de la habitación. ¡Oh, esto no se veía bien! Cargué el liviano cuerpo de Viri y me dirigí a mi habitación. La arrullé, la consolé, la apapaché hasta que abandonó su escondite entre mi cabello y sonrió.

—¿Quieres ver tu habitación?

Con sus dos manitas en mi brazo, recorrimos la habitación. Era la única habitación disponible en la parte alta, afortunadamente el palacio fue grande, porque nosotros crecíamos si nos tocaba el agua.

Conchita hizo un buen trabajo y transformó una habitación impersonalizada, en una habitación hecha para un hada. Cuando le llamé para avisar que iba acompañada saliendo del internado, enseguida se puso en ello. Juego de cama de estrellas rosas, cortinas a juego, inclusive el juego de baño, era de estrellas rosas. Ya después iría de compras con las niñas y lo personalizaría a gusto de Viri. Ese pensamiento, hizo que la dopamina volviera a correr por mi cuerpo.

No fue que corriera por mi cuerpo, fue una explosión nuclear de dopamina, cuando vi entrar a Sophie y acercarse a Viri.

—¿Te asuste?

Viri negó tímidamente. Sophie se quitó la tiara que estaba usando y se la ofreció.

—¿La quieres? Ahora tú también eres una princesa, este es nuestro palacio.

Viri volteó a verme, asentí con una sonrisa y complacida observé como extendía su manita para aceptar la tiara.

A los pocos minutos también tenía a Kurt dándole la bienvenida, él llegó con un libro. Viéndolos jugar, tuve la plena sensación de que Viri iba a encajar perfecto con nosotros.

Sophie me lo confirmó antes de ir a dormir:

—¿Sabes, Ami? Tener una hermana, es mejor que ser princesa.

XL

Owen

Esta vez Kaira no solo se saltó la barda ¡Se saltó el edificio entero! Como si no tuviéramos suficiente con Diego, ahora le agregábamos otro niño ¿Qué era esto? ¿Un hospicio de problemas?

Escuché el replique de sus tacones acercándose a la habitación, y me preparé para la batalla cerca de la puerta. El uso de la insonorización, ahora iba a tener otro uso aparte de acallar sus gritos de placer. ¡Ahora me iba a escuchar!

Entró e inmediatamente después cerré la puerta. ¡Ahora sí! ¡Ahora me iba a escuchar!

—¡Oh, amor!

Me abrazó por la cintura y recargó su cuerpo en el mío. ¡Mierda!

—Kaira, tenemos que hablar.

Mi voz a duras penas iba a intimidar a un gatito, ¿Cómo se supone que iba a intimidar a una mujer como Kaira? Tenerla junto a mi cuerpo anulaba mis pelotas.

—¡En serio!

¡Mierda! Eso sonó todavía más dulce. Levantó la mirada y el asunto empeoró. Mi corazón se contrajo al ver sus esmeraldas brillando. ¿A quién quería engañar? Yo no podía con esa mujer.

—Bruja, no llores.

—Lo siento... siento no haber hablado contigo, sé... sé que...

Los hipidos ya no permitieron que siguiera. Me sentí tan imbécil...

—Ya, brujita... no pasa nada.

Se limpió con mi camisa y entre suspiros acabó conmigo.

—Seguro ahora si piensas que soy una bruja.

—Soy bastante obvio, ¿cierto?

Volvió un sollozo y me sentí todavía más imbécil.

—Bruja, tú sabes que es una expresión cariñosa. Eres una caricia para mí, todo lo bueno que hay en este mundo está en ti. Mi pura buena malicia... Mi bruja.

—Así que, cuando me llamas bruja, ¿me estás diciendo que me quieres y que cuidarás de mí, ¿Cierto?

Lo dicho, era una bruja.

—En todo momento. Nunca he usado esas palabras con alguien más, y nunca lo haré. Así, que ya lo sabes, aquí estoy. Todo tuyo.

Kaira sonrió, y vi claramente como disfrutó del poder que tenía sobre mí. Y por muy masoquista que fuera, adoré el hecho de que se supiera mi dueña.

Levantó su manita y me guio hasta nuestra cama. Me desnudo con rapidez, yo me tomé mi tiempo; Primero su blusa, la falda, el sostén y por último, el cachito de tela que cubría el cielo. Paré y admiré el premio que me había dado el universo. Algo había hecho bien en esta vida, porque era ¡Perfecta! Tetas llenas y firmes, justas para sostenerlas con mis manos y se derramara un poquito para Alex. Caderas redondeadas, cintura diminuta para poder sostenerla cuando le cogía con fuerza ese acorazonado trasero. Tres rasguños en su pancita, esas heridas del embarazo la catalogaban como humana, y no como diosa. Solo eso. Era difícil confundirse con las torneadas y musculosas piernas, se envolvían en la cintura y podías jurar que era una diosa.

Subí a la cama y me agarré de sus tobillos.

—Sube las manos.

Sostuvo mi mirada con las preciosas esmeraldas brillando por el deseo.

—No te muevas, te voy a castigar por ser tan rebelde.

Obedeció con tanta rapidez, que toda la habitación se estremeció por lo que venía. Reí de su ansiedad, a mi bruja le gustaba jugar, y yo era feliz de jugar con ella.

Separé las torneadas piernas y me arrodille entre ellas. Levanté el dedo inquisidor y se lo enseñé, antes de meterlo en mi boca y bajarlo para acariciar la tersa piel de sus labios internos.

Jadeo un poquito, lo suficiente para que mi entrepierna temblara.

—¿Alguna vez te he dicho cuánto me gusta que grites?

Bajé la cabeza y atrapé su clítoris. Soltó un grito de sorpresa, al mismo tiempo que levantaba las caderas empujándose contra mi boca. La detuve con una mano, y empecé a lamerla, deslizando la lengua por toda la entrada del cielo. Sus gemidos empezaban a causar que perdiera el control. Mi verga no podía estar más dura, temblando por un poco de cielo.

El dedo inquisidor estaba húmedo por sus fluidos, lo guie hacia atrás y acaricié la pequeña puerta trasera. Podía sentir cómo se estremecía su cuerpo cada vez que la rozaba con el dedo, presioné un poco hasta que entro la punta. El cuerpo de la bruja ya era completamente mío, estremeciéndose y temblando. Presioné hasta el fondo, la mordisqueé completa y saboreé el jugo de la vida.

Kaira gritó y su cuerpo rebotó por el orgasmo, antes de que acabara la última ola, levante su cadera y me dejé ir por el camino al cielo. Kaira se aferró a las sabanas y acepto como las grandes cada uno de mis envistes, gimiendo y jadeando sin ningún control.

—Ay, bruja. ¡Cómo me gusta que grites!

Abrió los ojos, se lamió los labios y sonrió. Yo cerré los míos, apreté la boca y me dejé ir.

Me acarició, me montó, y me explicó con puntos y comas porque era la mejor de las ideas, que Viri viviera con nosotros. Después del baño, caí como una tabla en la cama. Cerré los ojos cuando sentí a Kaira regresar de ver a los niños —Quería estar segura de que Viri durmiera bien—, una de sus piernas se enredó con las mías y caí en un sueño reparador totalmente convencido de que Kaira tenía razón. Solo cosas buenas podían surgir de la mujer de piel suave y fresca que recargaba su mejilla en mi espalda.

XLI

Kaira

La convivencia con los enanos me enseñó varias cosas. La primera, es que nunca debía dudar de su hombría, eso era un pecado mayor. La segunda, es que tampoco debía coquetear con otra persona —ya fuera masculino o femenino—, enfrente de ellos, otro pecado mayor. Pero la más importante, la que se llevaba la guirnalda, es que sentían igual o más que yo. No porque fueran hombres grandes y fuertes, carecían de sentimientos, ellos también reían, y cantaban, y lloraban...

Me despertó al cerrar la puerta principal del palacio. Dejó caer su maleta y subió directo a la habitación de Sophie, después caminó a la de Kurt. No la encontró y se dirigió a la única habitación que restaba. Pasaron varios minutos, muchos minutos. Me senté y descansé la cabeza entre mis piernas, Owen dormía plácidamente a mi lado, y no lo quise despertar. Salí de la cama a hurtadillas y lo esperé en la salita de nuestra habitación.

—Yo...

Se le cerró la garganta y ya no pudo decir más. Lloró ahogadamente con su cabeza recargada en mis piernas, como el hombre que era; Un hombre fuerte, decidido, entero.

Después de un tiempo subió la cabeza y lo consolé de la única manera que sabía; Con todo mi amor y mi cuerpo.

El siguiente día enterramos a Dana. Alex decidió que Viri no debía asistir y respetamos su decisión. Eran muy pocos los recuerdos que tenía con su madre, y uno de ellos no debía ser su funeral.

Sophie y Kurt se hicieron cargo de que Viri tomara posesión del principado. La capacidad natural que tienen los niños para adaptarse a nuevas circunstancias fue, determinante para que no termináramos todos en el manicomio.

La llegada definitiva de Viri en nuestras vidas, coincidió con la tormenta que vivíamos por Sophie y Kurt. Nada era seguro, todo era incierto, lo único definitivo era el amor que nos profesábamos unos con los otros, era como un aro que unía nuestras diferencias. El único que sentía resistía a entrar en ese aro, era Owen.

XLII

Owen

De tener una vida donde mi mayor preocupación era deshacerme de la mujer con la que me había abastecido un par de horas, pase a tener una donde solo existía una mujer mandona, y tres chiquillos escandalosos, demandantes y correteando por todas partes. ¿Cómo paso? Tal vez con un deseo. Lo importante es que mi vida se volvió perfecta.

La última adquisición de la familia, era un misterio para mí. Era notorio que Viri era una cosita tierna y dulce. La soledad que vivió desde que nació la marcó con una inocencia casi peligrosa. No había nadie que le instruyera por la vida, que le enseñara que no se podía confiar en todos, que le explicara que en el mundo hay buenas y malas personas, ella creció sola y en su naturaleza no había cabida para la malicia que era una característica de su madre, Viri era pura.

Los mellizos estaban en su curso de verano y me tocaba estar con Viri un par de horas al día. Pude observarla, estudiarla, ver la gran diferencia que existía entre Sophie y Kurt, y ella. La más notoria, era su incapacidad de pedir.

Tenía en casa a dos niños que exigían desde un poco de tiempo, hasta una casa en el árbol. Y ella se resistía a pedir nada. Solo observaba con una sonrisa callada y asentía tímidamente para agradecer.

Ya habíamos contactado a la psicóloga de Kaira, una sesión basto para decirnos que Viri necesitaba tiempo. Y lo obtuvo, Kaira le dedicaba un par de horas, sobretodo antes de ir a dormir, Alex las mañanas y los mellizos desde que regresaban de curso, eran todos de ella.

Terminé la llamada semanal con Kass, donde me informó que Lurte andaba en Kentucky, pero había dejado a un abogadillo peleando por él. No iba a ver noticias, hasta dentro de un par de semanas. Los procesos legales son una mierda, llenos de burocracia y dinero. Ya casi acababa el verano y ese asuntillo no tenía fin.

—Viri. Hoy es tu día de suerte.

Jugaba en el jardín con un par de muñecas a la nada.

—Hoy vas a pasar el día conmigo.

Ladeó su carita y levantó los hombros. ¡Vaya! Mi capacidad para embaucar a las féminas estaba mermando.

—¿No te gustaría ir de compras?

Había visto lo mucho que le gustaba salir con Sophie y Kaira a comprar cosas sin sentido. Me sorprendió al responder:

—Un perrito. Los perritos nunca te dejan sola. Eso decía Megan, mi amiguita de la escuela. Con un perrito nunca voy a estar sola.

Mi corazón se contrajo. Cargué a Viri un par de días después de nacida, la volví a ver en un par de ocasiones más, y nunca sentí nada por ella. No es que no me importara, simplemente no me “llamó”. La sombra de su madre siempre me mantuvo lejos de ella. Ahora que Dana se retorció en las llamas del infierno, podía a ver a Viri como lo que era, una cosita que no pidió nacer y que fue castigada con abandono por ser querida por Alex.

Salimos del palacio custodiados por Charly. Conchita nos despidió con los ojos entrecerrados. ¡Ni que le fuera a hacer algo a la niña! Fuimos a varias tiendas de mascotas, pero ninguna la convencía. ¡Que difíciles son las mujeres! Un perro era un perro, así de simple. ¿Cómo paso? No sé. Pero terminamos por ir a un albergue. La llevé de la mano entre los pasillos para que escogiera a su perro. Como era de esperarse, escogió al perro más feo y maltratado del refugio. Era un cachorro que de pedigrí no tenía un pelo, era una mezcla de corriente con callejero. No media más de veinte centímetros, su pelaje era una revoltura de beige con café y tenía los ojos más tristes en la historia de los perros.

—¿Segura que ese, Viri? Ahí hay otros, vamos a ver otros.

Le pedí más que preguntar. Ese pobre perro nos iba a deprimir a todos. Subió los hombros y agachó la cabeza con la mirada hacia el suelo.

—Como tú digas.

Susurró. Pensé que me estaba manipulando, su madre era una experta en hacer eso. Me agaché para estar a su altura y poder verla a los ojos. “Viri no es Dana”, me repitió Kaira con vehemencia cuando le expresé mis reservas. No es que quisiera mandar nuevamente a Viri al internado, simplemente no estaba seguro que lo mejor para ella fuera que viviera con nosotros. “Ese angelito es hija de Alex, y así como aceptaste a los míos como tuyos, vas a aceptar a Viri como tuya”, me ordenó más que

explicó Kaira. Como era de esperarse, acepté el comando de la bruja y aquí estaba.

—Levanta la cara Viri.

Viri obedeció y me vio a los ojos. Eran unos ojos tan diferentes a los de su madre, que me avergoncé de mi resistencia hacia ella. En esos ojos verdosos no había una pizca de maldad o de manipulación, estaban llenos de inocencia, de soledad. ¡Mierda! Era el ser más egoísta de este planeta ¿Cómo tenía reservas de ese angelito?

—Escoge el que tú quieras. Quieres este, este vas a tener.

Sonrió y se le alumbró la cara, por un segundo logré ver a la niña que debía ser. Era tan diferente a Sophie, tan insegura, la diferencia entre ellas era tan abismal, como la diferencia entre sus madres. De nosotros dependía que la soledad de sus ojos se convirtiera en alegría e ilusión, como el reflejo en los ojos de mi hija.

Salimos del refugio con una bola de pelos que no dejaba de retorcerse y morder mi chamarra. Lo llevamos al veterinario, le compramos todo lo que necesitaba y regresamos a casa con un nuevo y recién vacunado habitante.

Mordía todo, se orinaba en todo y no le obedecía a nadie. Cada vez que hacía una “travesura”, Viri se disculpaba por ella/él y prometía que Bola —que en realidad era Bolo, nos dimos cuenta demasiado tarde que era macho, Viri le puso ese nombre porque me escucho decir: “Esa bola de pelos”, de ahí el Bola—, ya se iba a portar bien. Lo/a regañaba encarecidamente y se asombraba genuinamente cuando la bola de pelos volvía a hacer una de las suyas.

—No entiendo por qué lo volvió a hacer.... La regañe.

Le explicaba Viri a Sophie. Mi hija la abrazó y le quitó importancia al mal comportamiento de la horrorosa bola de pelos. Se la llevó y le prometió que no tenía importancia que Bola hubiera acabado con uno de los zapatos de Kurt, pero que había que mantenerla/o lejos de sus zapatos, que eran mucho más valiosos que los de Kurt.

Las niñas me dejaron solo en el salón familiar con la compungida bola de pelos arremolinándose en mis pies. Me vi sacando el celular y tomando un par de fotos. Después de todo, la bola de pelos no era tan fea.

Viri no tardó en hacerse un hueco en mi corazón. Ni siquiera lo intentó, solo se escabullo poco a poco hasta que me tuvo comiendo de su mano.

XLIII

Kaira

Entré a la habitación buscando juego. Me desvestí despacio, resbalando la ropa por mi piel y no quitándomela con fastidio como era mi costumbre. Incluso me agaché mostrando el trasero, solo para tentarlo. No entré al vestidor, me contoneé enfrente del sillón donde leía. Vi que se obligaba a retirar la vista de mi trasero para poder acabar el libro que Kurt le había prestado de su colección. ¡Estaba perdiendo el encanto!

Nos convertimos en una familia “normal”, con características diferentes. Nuestra principal prioridad eran los niños, aunque me sabia amada con todo el corazón, el amor por los niños era completamente diferente; era honesto, completo. Estaba segura que si alguno de ellos asesinaba a alguien, por mi iba a estar bien.

—Alex, ¿Y si dejas de leer y me pones atención?

—Oh, cariño. Estoy aprendiendo a tener sexo.

—¿Qué?

Levantó el libro y me lo mostró. El torneo de Kurt era ese fin de semana y había que estar preparado. El verano pasó volando, era tiempo de regresar a la realidad.

—El sexo es como el ajedrez... tienes que saber en qué posición poner a la reina.

Bufé y me preparé para dormir, no iba a conseguir nada de él. Afortunadamente tenía otro enano, Owen sació sin problemas mi cuerpo. Últimamente dormilón estaba ganando puntos; Se esforzaba por convivir con Viri, incluso jugaba con Bola y se dejaba morder. Era un amor. Mi Owen.

~ § ~

Alex era un hombre magnifico; guapo, inteligente y para joderla bien, tenía un cuerpo de infarto. Con anchos hombros, brazos musculosos, una cintura estrecha y unas piernas largas y gruesas. Y si las enfundabas en unos pantalones de mezclilla que se aferraban a un trasero, era cardiaco. Observaba a Kurt detenidamente mientras nuestro chico acomodaba las piezas en el tablero de ajedrez, este era mi decimo

torneo y podía darme el lujo de darle un banquete a mis ojos con el cuerpo de gruñón, ya sabía los pasos a seguir, pero para Alex era todo nuevo y lo estudiaba con su fuerte mirada. Ni siquiera me ponía atención a mí y a mi diminuto short, era como si no existiera. Cosa que aunque extraña, muy conveniente. Me entraron unas ganas locas de darle un buen mordisco a ese trasero de modelo.

—¿Ya acabaste de repasarme?

Le sonreí y di un brinquito hasta sus brazos.

—No. Todavía me falta el frente y lo que tienes entre las piernas.

Le di un beso en la mejilla y recargué mi cabeza en su pecho. Kurt ya estaba listo para la primera partida, nos buscó con la mirada y esperó en pose muy seria que su contrincante terminara de acomodar sus piezas. Era pan comido, mi niño hizo un guiño y con eso me dijo “lo tengo”, sonreí y le reafirmé mi apoyo con otro guiño.

El torneo estaba construido en una serie de rondas donde se iban eliminando hasta que quedaban solo cuatro jugadores y de ahí a los finales. No había segundas oportunidades, si te eliminaban, te eliminaban. La única categoría era el nivel, así que Kurt podía jugar con un niño de cinco o con uno de dieciséis, que era la sección junior. La temporada pasada le ganó una niña de diez, este era nuestro torneo de venganza, esa chiquilla nos había separado del gran trofeo.

—Debiste usar algo con más tela. Ese short está muy corto y vas a distraer a los jugadores.

¡Ja! Si notó mi short.

—Deja de distraerte. Mejor pon atención en el juego de Olivia. Esa niña es nuestro némesis.

Le informé señalando sutilmente a la chiquilla que estaba a espaldas de Kurt.

—¿Esa niña le gana a mi hijo?!

—Shsss...

Lo callé.

—Esa niña nos ganó el trofeo de primer lugar la temporada pasada. Ahora es tiempo de venganza.

Declaré en tono de conspiración.

—Este año no. Este año nos llevamos el primer lugar.

Sentenció. Si de por sí no conté con mucha de su atención, en cuanto se anunció que empezaba el torneo, desaparecí. Solo se concentró en el juego de Kurt y de repente daba una miradita en el juego de némesis.

Los torneos de ajedrez suelen ser callados y estresantes. Pero mi chico los tenía dominados, Kurt era muy bueno jugando y no resultaban un martirio. Lo único malo es que también solían ser largos; Entre partida y partida se tomaba un descanso de quince minutos y después a jugar otra vez. Y ahora que no contaba con Sophie para distraerme, mi cabeza corrió a idear maneras de destruir a Diego. Lo imagine en lugar de Alex y simplemente no encajaba.

—¿En quién piensas?

Alex se sentó junto a mí y me dio una botella de agua. La banca estaba a la distancia perfecta para poder admirar a las decenas de jugadores sin molestarlos al conversar.

—En cómo acabar con Diego.

Algo escucho en mi voz porque enseguida brinco.

—No me gusta cuando hablas así, no eres tú.

Suspiré y analicé sus palabras. Era cierto, yo no solía “acabar” con las personas. Diego estaba descubriendo una personalidad nueva en mí, y no era la mejor. Me sentía como una tigresa y no por el estampado en la piel, sino por las ganas enormes de dar un buen zarpazo. Mi vida quería ser perfecta; ya tenía a los enanos, el palacio, a Viri, Dana ya no estaba —y tristemente olvidada—, solo me faltaba destruir a Diego. Si el ganaba, me dejaba sin nada.

—¿Quieres algo de comer, cariño?

—No, no te preocupes. Me conformo con poder admirar tu bonito trasero mientras matas con la mirada a los contrincantes de Kurt.

Dejó salir una de sus pocas sonrisas y se levantó. Antes de dar un paso, me anunció:

—No gastes tu tiempo pensando en Diego. Owen y yo nos estamos encargando de él.

Siseó más que habló. Dio tres pasos y se giró para decir algo más:

—Nunca nadie nos va a separar. Lo sabes, ¿verdad? Jamás nos vamos a apartar de ustedes.

Asentí, mostrando una pequeña sonrisa que Alex ya no pudo ver. Ya estaba en camino para ver a su hijo ganar otra partida.

Podía parecer sumisa, pero como Diego me separara de ellos, descubriría qué tipo de fiera escondía.

Ellos no se iban a separar de nosotros y yo les iba a ayudar a cumplir su palabra.

XLIV

Kaira

Owen, Alex y yo nos reunimos con los tres abogados que llevaban el caso de adopción una hora después de dejar a los niños en la escuela. No nos íbamos a perder el primer día de escuela para Viri, ni siquiera por Diego Lurte.

Los juzgados estaban esperando que terminara el verano, para dar fecha al juicio. Lo que empezó como un trámite sencillo, se convirtió en una guerra a toda regla. Las posibilidades de que obtuviéramos la custodia completa de Sophie y Kurt, disminuyeron hasta un 80%.

Mi plan era muy sencillo. Tenía que acabar con él. Dejarlo sin opciones. Aplastado, destruido, triturado, que saliera corriendo sin mirar atrás.

Kass fue muy clara en el almuerzo que le siguió a la reunión. Las probabilidades de que él ganara, eran muy altas.

—Pero... pero él me dejó. Nunca le importaron los niños. ¿Cómo es posible que pueda ganar?

—Porque las leyes son unas cabronas y la gran mayoría las escribieron los hombres. No importa que te haya abandonado. Si la prueba de ADN certifica su paternidad, ya te jodiste. El obtiene custodia, y derecho a ver a los mellizos, opinar, criar, todo lo que se refiere a los niños. Ni siquiera los puedes sacar del país si no cuentas con su autorización.

Me quería morir. El poco hombre me abandona y cuando se le hincharon las pelotas regresa tan campante, como si nada hubiera pasado. Y a jodernos la vida.

—Si te sirve de consuelo, así como obtiene derechos, también obtiene obligaciones. Lo puedes demandar por pensión alimenticia... a menos.

—¿A menos que qué?

—A menos que la suerte este de su lado y obtenga custodia completa. Si fuera ese el caso. Incluso tú tendrías que darle pensión.

—¡¿Qué?! Imposible.

—No, no es imposible. Nos estamos yendo muy lejos, pero si él demuestra que no eres buena madre, te quita niños, pensión y todo.

—¿Cómo podría demostrar eso? Yo cuido bien a los mellizos, tu estas de testigo que ellos son mi prioridad. Nunca les ha faltado nada, están sanos...

—Ey, ey... tranquilizate.

Levantó la mano y nos pidió otro par de tragos.

—¿Cómo? ¿Cómo podría a hacer eso?

Kass lo pensó y finalmente lo soltó.

—Solo es un ejemplo... pero demostrando que tienes una relación con dos hombres al mismo tiempo sería una manera. Los dos conviven con los niños, los dos duermen bajo el mismo techo...

—Owen y Alex adoran a mis hijos. ¡Ellos jamás tocarían un pelo de los niños de mala manera!

—Eso lo sabemos tú y yo. La familia, los amigos... Pero allá afuera hay gente muy cuadrada, con mucho miedo. Y lo que no entienden, le temen. Mi obligación como tu abogada es informarte todos los escenarios posibles. Estamos trabajando lo más pegado a la ley para que todo salga a nuestro favor.

Seguro vio mi cara de angustia, porque no tardo en agregar:

—Te prometo que voy a hacer todo lo que este en mis manos para que todo salga bien.

Por unos minutos guardamos silencio. Quería matarlo, si lo mataba ya no había nadie que destruyera mi reinado.

—¿Qué puedo a hacer?

Pregunté finalmente. Seguro algo podría a hacer y la mejor abogada del mundo me lo confirmo.

—Hay que buscar su talón de Aquiles y batearlo hasta que ya no pueda caminar. Solo hay que recordar que se saluda con la mano derecha, pero siempre con la piedra en la izquierda. Y que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda.

—Andas muy filosófica con las manos.

—Es que me acabo de a hacer la manicure.

Reímos y nos olvidamos de mis problemas, para poder hablar de lo realmente importante. Sus hombres, mis hombres...

~ § ~

Buscar su debilidad... Yo podía buscar su talón de Aquiles, acariciarlo, masajearlo y retorcerlo hasta que se rompiera en mil pedazos. Y por eso entre al hotel desbordando seguridad. El repique de mis tacones rompía el frío silencio del lobby llamando la atención de los presentes. Me acerqué al mostrador y con la sonrisa más exótica que tenía, pregunté:

—¿La habitación del señor Lurte?

—¿El señor la espera?

Inquirió la pelirroja del mostrador, sin nota de sarcasmo. Eso me confirmó que mi atuendo era el indicado, quería parecer una mujer en busca de problemas, aunque no de problemas baratos.

—No, no me espera. ¿Puedes avisarle que deseo verlo? Soy Kaira Jones. Él me conoce.

Mi voz sonó tan dulce, que incluso yo me empalagué. Como punto final, sonreí agradecida. ¡Si yo era un pan de dulce! Solo que la gente no se atrevía a comerme.

La pelirroja llamó a la habitación de Diego, mientras yo caminaba descuidadamente en círculos admirando la decoración del hotel cuatro estrellas donde se hospedaba. Tal vez era mi nuevo nivel de vida, pero se me hizo “barato”.

—¿Kaira?

Sonreí al verme contemplada con los ojos azules de Diego. Era un hombre que llamaba la atención aunque no quisiera. Sus rasgos faciales, la barba de varios días, los músculos, lo corpulento, todo el embace estaba hecho para llamar la atención. Y en ese momento, tenía toda la mía.

—Hola. Espero no importunarte.

El ceño de su frente preguntaba, ¿Qué me traía entre manos?

—No. De ninguna manera.

Acortó la distancia que nos separaba y se inclinó para darme un beso en la

mejilla. Sin voltear, mire hacia arriba y le regresé el saludo con un beso ligero en la comisura de los labios. Su respiración se contrajo y supe que lo había sorprendido. Punto para mí.

—¿Podemos hablar? Tranquilos, sin discutir.

Prometí pestañeando y dejando salir todo mi lado sumiso.

—Por supuesto. Lo que tú quieras.

¡Ah, que fáciles son los hombres!

—¿Quieres desayunar? Vamos al restaurante.

Me indicó con su mano en mi cintura. La fuerza de sus brazos despertaba la imaginación; Eran bien definidos, esculpidos en granito y deseo. Toqué su torso y comprobé que el granito también se hallaba en esa parte de su cuerpo.

—Quisiera un lugar más... íntimo. ¿Podemos subir a tu habitación?

Mi susurro estuvo dirigido a su pecho, me relamí los labios y dejé que se acercaran a la piel tersa hasta que fuera imposible no sentir el calor de mi aliento.

Algo se movió debajo de la tela de su pantalón y volví a ganar otro punto.

—¿Vienes sola?

La sospecha en su voz, fue un punto para él. Era inteligente de su parte preguntar por mi compañía. Yo siempre estaba vigilada por mi sombra.

—Sí. Quiero hablar contigo a solas, como antes, como cuando hicimos a los mellizos.

Nosotros nunca hablamos, lo único que hicimos fue coger como conejos, y por el brillo de sus ojos, supe que captó la invitación.

Ya no hubo muchas palabras, llegamos a la habitación en tres minutos. Al cerrar la puerta, enseguida hice mi movimiento. Dejé mi bolso en la primera silla que encontré y desabroché el pequeño chaleco que cubría las cimas de mi pecho. La falta de sostén y la transparencia de la blusa los dejaban al descubierto, esquivando cualquier duda respecto a mi cometido en esa habitación.

El jadeo de sorpresa y excitación que emergió de su pecho al quitarme el chaleco por completo y cruzar la pierna al sentarme en la cama, casi me causó gracias. Los hombres resultaban ser muy básicos, solo se necesitan un par de tetas

para que dejen de pensar. Y yo necesitaba que Diego no pensara.

Suspiré y mi pecho subió llamando totalmente su atención.

—He estado pensando... Si tú y yo... No sé... Tal vez deberíamos intentar algo...

Parecer idiota es más difícil de lo que imaginaba. Las palabras no sonaban como yo quería que sonaran.

—Kaira ¿Qué haces?

Toda la sangre de Diego estaba situada en la parte baja de su cuerpo, era imposible no admirarlo. Era un hombre listo para disfrutar.

Hice lo obvio y dirigí toda mi atención a su entrepierna.

—Quiero hablar... sin abogados, ni juicios, ni peleas. Al fin y al cabo, eres el padre de mis hijos.

Me dolió decir eso. Pero funciona. Se sentó a mi lado y por “accidente” rozó la punta de mi pecho con sus nudillos. Fue extraño no sentir el calor que me envolvía cuando Alex u Owen hacían lo mismo. Cuando ellos me tocaban, era una explosión inmediata. El toque de Diego lo único que causó es que me sintiera violenta. Necesitaba salir de ahí rápido. En mi cabeza inició un conteo en reversa que empezó en diez, al llegar al cero, tenía que estar afuera de la habitación, pasara lo que pasara.

—Yo tampoco quiero pelear. Me alegra que quieras aclarar las cosas.

Susurró cerca de mi oído, su aliento rozó mi piel y un escalofrío alertó cada vello de mi cuerpo. Incliné la cabeza y le di acceso a mi cuello.

—¿Me olvidaste, Diego?

—No, no te he olvidado. Por más que intenté, por más que pase el tiempo, yo jamás te olvidare.

Besó mi clavícula y el conteo se saltó varios números hasta llegar a seis.

—Tus caricias... Eres imposible de olvidar...

Realmente no lo estaba acariciando, solo mantenía mis manos en sus brazos para sostenerlos y que no bajaran de mis hombros. Al sentir mi resistencia a que me tocara, envolvió mi cuello y lo manejó a su antojo, me acomodó para besar mis mejillas, la comisura de mi boca...

Cerré los ojos y evite pensar en lo que estaba sucediendo.

—Yo te puedo dar más hijos, Diego. Sabemos qué hacemos buena química, si lo que quieres son hijos, una familia... aquí estoy.

Su brazo izquierdo se me escapó y con la palma completamente abierta acarició mi muslo derecho, apreté las piernas entre ellas, por ahí no iba a pasar ni la guardia nacional con toda su artillería.

—Quiero estar contigo... vamos a escaparnos... solos tú y yo...

Jadeaba entre oración y oración, y sin dejar de besar mi cara. Me fue imposible escapar y finalmente cedi a abrir los labios. Lo besé mecánicamente, pensando en mi cometido y sin sentir nada. Me sorprendió lo fácil que cedió, se supone que estaba perdidamente enamorado de su esposa. Charly había regresado con la información de una pareja ejemplar dueña de una cadena de restaurantes, el único “pero”, es que no tenían hijos. Tal vez por eso necesitaba a los míos.

—¿Y los niños? ¿No quieres convivir con los niños?

El conteo bajaba rápido, sino me decía lo que necesitaba, esta visita iba a terminar con un gran cero en el contador de tiempo, y a su favor en el marcador del partido. Lo desastroso es que yo solo iba a obtener un gran cargo de conciencia, su saliva en mi piel y las manos vacías.

—Ya los conozco... Lo único que quiero ahora es reencontrarme contigo... volver a sentirte...

Me empujó y terminé acostada boca arriba, hundiendo desesperadamente mi espalda en el colchón para evitar que su boca llegara a mi pecho.

—Diego...

Jadeé por la necesidad de escapar de sus brazos. Fue inevitable que su lengua mojara la cima de mi pecho, iba a necesitar desinfectarme.

—Empezar de cero... hacer un negocio...

—¿Tienes dinero?

Esto empezaba a rendir frutos, desafortunadamente tuve que dejar que se abriera varios botones, si quería que siguiera hablando.

—No mucho... mi esposa gasta por deporte, estoy en la ruina.

Se quejó. Paro un segundo y me vio a los ojos.

—Pero tú debes tener algo, ¿no? Con esa casa, y esos coches. Algo debe ser tuyo.

Cerré los ojos y acerqué su boca a mi pecho. Acababa de abrir una puerta.

—Diego, ¿Quieres a tus hijos?

Su mano finalmente se coló por debajo de mi ropa interior y justo antes de que sus dedos entraran en mí, se hundió:

—¿Cuáles hijos?

Gemí completamente satisfecha. ¡Era la gloria saber que no estaba equivocada! Diego Lurte no había cambiado un apéndice.

—¡Para! ¡¿Qué estoy haciendo?! ¡Estoy comprometida!

Chilloteando me lo quité de encima. El contador había llegado a cero, era hora de salir de ahí.

— Lo siento, no puedo hacer esto.

—Cosita, calma. Lo podemos hablar, nadie tiene por qué saber nuestros planes.

Su voz sonó a mierda y chantaje. Ni siquiera volteé a verlo, camino a la puerta agarré mi bolso y el chaleco.

Las puertas del elevador ya me esperaban abiertas, al subir y cerrar el último botón del chaleco, la voz de Tony me advirtió:

—Si los señores se enteran de esto, me van a matar... Y con justa razón.

Al llegar a la planta baja, atiné a decir:

—Por eso es mejor que no se enteren.

XLV

Owen

La marea de su voz era inconfundible, aun intentando pasar desapercibida, resultaba imposible perder el sonido de su voz. Era deseo, pasión, amor, devoción, ternura, todo contenido en sus cuerdas vocales.

Mientras buscaba el lente f/4 —era hora de “suavizar” el primer y segundo plano del campo—, escuché que Gamble le presentaba a alguna de las chicas nuevas de limpieza. Gamble estaba disfrutando de su nuevo estatus de “mayordomo” en el palacio, pero de ninguna manera dejaba al descubierto el cuidado del penthouse. No dudo cuando lo invite a venir; Mientras yo trabajaba en la sesión, él quería “poner orden” con el personal. Kaira tenía ocupada la mañana y aproveché la luz del día para fotografiar a Ming, una modelo que tenía cerca de seis meses sin trabajo. El mundo de modelaje es una mierda; Ming era muy buscada en el campo, era bella, de rasgos orientales y elegantes, pero decidió que era hora de romper la dieta y dejó que su cadera y busto ganaran curva. Si te querías acostar con ella, resultaba muy apetitosa, pero si querías fotografiarla... ya no resultaba tan apetitosa. Aun con el imaginativo Photoshop, perdió mucho trabajo. A mí no me molestaba, para la nueva exposición que tenía planeada, necesitaba mujeres reales... Y nada más real que mi bruja.

Entró sigilosa, se quitó los zapatos en cuanto cerró la puerta y en puntitas se dirigió a uno de los sillones que teníamos alrededor de la piscina. Dejó los zapatos en el suelo, y después de sentarse y revolcarse un par de veces en el mullido sillón, decidió que era mejor distraerme en la orilla de la alberca. Empezó a chapotear, sin importar que se mojara la ropa. Traía un conjunto de short y blusa blanco con un mini chaleco gris que solo cubría su sabroso pecho.

Empecé a calentarme. Tenía cerca de dos horas fotografiando a una mujer desnuda que destellaba deseo a través de su mirada, y yo solo me preocupe por captar ese destello con la lente de mi cámara. Llegaba mi bruja con sus torneadas piernas, jugueteando y salpicando agua como una chiquilla consentida, y sentía que la sangre me abandonaba y se centraba en mi adolorida entrepierna. Era martes y mi cuerpo ya tenía en sus registros coger como demonio con la bruja como única actividad en el día.

Aclaré mi garganta e intenté sonar como Alex.

—Kaira, me estas distrayendo.

La bruja paró de chapotear, se levantó y se dirigió al sillón. Pensé que se iba e inmediatamente me arrepentí de mis palabras.

—Owen, ¿Ya estás listo?

Ming estaba completamente desnuda a la vista de todo Chicago, solo cubierta por un par de pantallas que me ayudaban con la luz y que realmente no le cubrían nada.

—Disculpa, Ming.

Volví a dirigir mi atención a la cámara y me prepare para disparar. Por la periferia de mi mirada capté a Kaira y ordené.

—No te vayas.

La bruja me sonrió y se quitó el chaleco, se sentó haciendo un delicioso puchero y sus tetas se bambolearon libremente. El aire acondicionado se descompuso, porque la temperatura subió varios grados. Las expuestas tetas de mi mujer me observaban detenidamente, mientras yo intentaba captar la mirada lujuriosa de Ming sobre mi mujer. Ming no tenía predilección en género, ella prefería todos los géneros.

Kaira sintió la mirada de Ming y se apresuró a presentar. Se levantó del sillón y sin importarle interrumpir mi trabajo, se cruzó hasta llegar a Ming.

—Disculpa a Owen, es un mal educado. Soy Kaira, su mujer.

Ming no se perdió uno solo de los bamboleos de las tetas de Kaira al caminar, no creía ser un hombre celoso, sin embargo en ese momento me dieron ganas de cubrir a Kaira con mi cuerpo.

—Ming.

Ming aceptó la mano de Kaira y se inclinó hasta llegar a su boca. Le dio un piquito inocente, nada peligroso, pero Kaira era Kaira, ella era la peligrosa.

La bruja le sonrió y capté el momento exacto en que Ming caía en el encanto infinito llamado Kaira Nothman-Carter Jones.

—Owen, ¿Y si me sacas un par de fotos con Ming?

Era una orden disfrazada de pregunta. Mi lujuria empezó a correr en todas

direcciones, huyendo, escondiéndose del tormento que se avecinaba. A partir de que Kaira se desinhibiera en la fiesta de Diana, ya no tenía reparos, ya disfrutaba sin reglas, sin límites y con mucho amor.

No dejé de disparar mientras observaba a Kaira deshacerse de su ropa, no se detuvo hasta que quedo cada centímetro de su sedosa piel expuesta a los ojos de Ming, y a la lente de mi cámara, otra que cayó inevitablemente bajo los encantos de mi bruja.

La cascada chocolata de su cabello cubrió su espalda en el momento que levantó la mano y acarició la maquillada cara de Ming. Con la yema de sus dedos recorrió su quijada, su cuello, dio vuelta a su mano y con el dorso acarició el relleno busto de Ming. La endurecida punta brincó para encontrarla, Kaira la atrapó entre sus dedos y Ming jadeó.

¡Esto era un sueño y una pesadilla al mismo tiempo! Ya no pensé, inclusive me mareé por la falta de sangre en el cerebro. Lo único que atine a hacer, fue a seguir empujando el botón que disparaba mi cámara.

Ming intentó tocar a mi bruja, pero Kaira la detuvo llevando la mano de Ming a su boca. Mordisqueó un dedo, después dos, Ming la devoraba con la mirada. Kaira dejó ir su mano y se acercó más a ella, levantó su carita y entre abrió los labios más succulentos en la faz de la tierra. Instantes antes de que Ming tocara los labios de Kaira, se acabó mi autocontrol.

—Ya terminamos, Ming. Gamble tiene tu pago.

Agarré una de las batas que había en un banco y la cubrí para sacarla del área de la piscina. No me gustaría decir que la saqué a empujones, pero si, la saqué a empujones. La mujer no se quería ir y chilloteaba cosas sin sentido, como: “Vamos Owen, solo necesito besarla. Dejame besarla”.

Junto con el clic de la puerta, sonó un ¡splash! Observé a Kaira nadar, acariciar el agua como yo necesitaba acariciarla a ella. No supe cómo desapareció la ropa de mi cuerpo, solo supe que necesitaba a mi bruja y la necesitaba ¡ya!

Me tiré al agua en picada y la atrapé por la cintura. La muy atrevida se resistió.

—Eres un aguafiestas, nunca he besado a una mujer. Quiero saber qué se siente.

Se quejó jugueteando con mi agarre.

—Se siente divino, bruja.

Y para demostrárselo, me hundí en su boca. Dejó la lucha y empezó a moverse despacio, libre, amoldando su cuerpo al mío; fuerte, sensible, encantador, su cuerpo era perfecto, y con esa sonrisa de endiablada bruja, me mataba.

Ya no me podía resistir. Mis labios tocaron, rozaron, se retiraron, volvieron a rozar, succionar y se hundieron suaves y calientes contra los de ella. Me la quería comer entera, no dejar nada de ella. Sus brazos se entrelazaron como cuerdas alrededor de mi cuello. Dejó salir un sonido de placer y de entrega.

La arrinconé contra una de las esquinas de la piscina mientras recorría las delicadas líneas de su cuerpo. Mi aliento se estancó entre mis pulmones y mi garganta cuando froté con mis palmas sus pezones. Gimió y tembló, iba por un excelente camino.

Metí mi palma entre sus piernas sintiendo su calor por primera vez. ¡Dioses! Qué belleza de mujer.

—Te voy a coger aquí, justo aquí. Pero primero voy a sentir como escurres.

Hundí dos dedos en ella, el jadeo de su pecho fue un sonido erótico que me hizo temblar.

—Después voy a hacer que acabes otra vez... y otra vez... y otra vez. Justo aquí, para que tus fluidos se mezclen con el agua. Así cada vez que nos sumerjamos en el agua, va a ser como sumergirme en ti.

Se aferró a mis hombros para no hundirse. El asalto de mis dedos cada vez era más fuerte y amenazaba con ahogarnos. Toqué el botón adecuado y logré capturar sus ojos en el momento exacto que su cuerpo hizo erupción. ¡Ah, el triunfo! Nada, como triunfar sobre su cuerpo.

—Dime que me necesitas.

Mi voz llena de pasión era inquietante, siempre lograba ponerme así; tan desesperado, tan famélico, con tantas ansias de perderme en ella.

—Dime que quieres esto.

Hice que una de sus manos envolviera mi dolorosa erección. Ella enredó sus cinco dedos en la base y la apretó. Poco me faltó para estallar.

—¡Sí, Dios sí!

Levantó una de sus torneadas piernas y la enredó en mi cintura; abriéndose,

ofreciéndose. ¡Mi bruja era única! Mi boca acalló su grito de placer cuando me hundi dentro de ella. Duro y profundo, me permitió saquearla libremente. Moví mis caderas golpeando lo más profundo de su ser, era imposible ser controlado o cuidadoso. Me dejé ir, liberando mi necesidad por ella. Mordió mi mandíbula al mismo tiempo que sus músculos me atrapaban en sus entrañas, otra vez. Por un segundo intenté ir más despacio, pero su grito de liberación me volvió loco.

—¡Mierda!

Perdí toda noción de la realidad; Rápido, fuerte y gimiendo por el esfuerzo hasta que la llené toda de mí. Le di hasta la última gota. Mi cabeza cayó rendida sobre su hombro, su mano acarició mi cabello dificultándome la dolorosa tarea de restablecer mi respiración. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, atrapé su cara entre mis manos y acerqué mis labios sobre los suyos, sobre sus mejillas, su frente.

Sentí que mi pecho estallaba por tenerla de esa manera; Sin aliento, temblando, mezclando nuestros fluidos con el agua de la piscina, y sin poder decir una sola palabra por la satisfacción.

—Mi precioso dormilón.

Su voz temblorosa y suave debía ser un delito. El deseo de quedarme así era sobrenatural; abrazados, enterrado en lo más profundo de ella, oliéndola, sintiéndola. Volví a sentir la necesidad de tener más de ella, pero la muy bruja mató el deseo.

—Vengo de ver a Diego. Estuve con él en su hotel.

XLVI

Kaira

No era mi intención confesar, ni siquiera había pedido explicaciones, pero me fue imposible mentir. Mentir por omisión no era lo mío.

—¿Qué?

No sé si realmente no escucho, o simplemente todavía no llegaba la sangre a su cerebro. El orgasmo había sido de esos que derriba paredes, puertas y ventanas.

Salió de mi cuerpo y de la piscina, antes de que me diera cuenta. No tuve más remedio que seguirlo. Owen ya se estaba vistiendo, y no quise perderme el espectáculo, observé con mucha atención la manera en que la camisa se pegaba a sus brazos, obviamente empecé a babear otra vez. Ya había limpiado el toque y la memoria de Diego en mi cuerpo, ahora quería otra ración de mi enano.

—No me veas así. Mejor explicame qué diablos hacías con Diego.

La orden dulce y educada, no me engaño. Sabía que más valía hablar ahora o callar para siempre.

Le conté puntos, comas y asteriscos de cada uno de los minutos que pasé en la habitación de Diego Lurte.

—Creo que estás loca y que no era necesario que te expusieras de esa manera. Además, no te quiero asustar, pero gruñón se va a volver loco cuando le digas.

Amenazó.

—No tiene por qué enterarse, puede ser nuestro pequeño secreto.

Intenté convencerlo lamiendo las gotas que escurrían por su pecho, pero a el único que logré convencer, fue a su engrosada entrepierna que salió corriendo para gritar ¡sí!

No es que temiera más los celos de Alex que los de Owen, él también era posesivo. El problema radicaba en que con Owen podía hablar, inclusive bromear sobre otros hombres. Con Alex podía ir preparando la armadura, gruñón perdía la capacidad de razonamiento si se me acercaba otro hombre.

Llegamos al restaurante antes que Alex, nos tomamos una copa del vino de la casa y reímos por lo rápido que Owen me apuñaló. Solo le tomo terminar de vestirse, para enterrar el cuchillo en mi espalda y pedirle a Alex que almorzara con nosotros. Era martes y por lo tanto era día de Owen. El que compartiera su día con Alex no era precisamente inusual, aunque siempre se requería invitación.

Como siempre, lo sentí antes de verlo. Subí la mirada y vi aparecer a gruñón. Venía directo hacia nosotros, con sus preciosos ojos azules ardiendo en llamas. La gente se apartaba de su camino sin necesidad de que él moviera un dedo, ellos solos se movían consientes del aura de poderío que irradiaba de su cuerpo.

—Mierda.

Susurró Owen. Intenté escabullirme; le di un beso rápido en la mejilla a mi dormilón y me levanté dispuesta a marcharme lo más rápido posible. Pero Owen me tomó del brazo y me obligó a sentarme de vuelta.

—Nada de eso, bruja. Tienes que afrontar la tormenta que has provocado. Como dice tu amiguita: “Si la cagas, la recoges”.

—¡Owen! No digas esas palabrotas.

Terminaba de regañarlo, cuando llegó Alex a nuestra mesa.

—Vámonos.

—¡Nada de vámonos! No hemos almorzado y Kaira ha tenido una mañana muy movidita.

Lo contradijo Owen abriendo el menú. Alex bufó, pero aceptó el menú que le ofreció el mesero y nos dispusimos a almorzar. El almuerzo más tenso de la historia.

—¿Quién te dijo?

Le preguntó Owen a Alex entre el entremés y la ensalada.

—Un pajarito...

Gruñó Alex con los dientes apretados.

—Ah, pues que pajarito tan travieso. Le quitó la oportunidad a Kaira de platicarte su mañana.

Alex chocó los cubiertos en la mesa llamando la atención de varios comensales.

—¡Qué mierda, Kaira!

Hasta la ensalada, hasta ahí llegó nuestro almuerzo.

—No me hables así. ¿Quién diablos crees que eres?

Me levanté de la mesa y me dirigí a la salida. Di tres pasos y sentí el agarre de su mano en mi brazo. Intenté liberarme, pero no pude.

—¡Owen! Haz que me suelte o grito.

Odie mi comportamiento, yo no era así. Yo no chilloteaba, ni fanfarroneaba, mucho menos con ellos. Yo era cariñosa, tranquila, pero ese día había sido muy bizarro y me comportaba fuera de mí.

Alex me soltó y se adelantó. Me quedé abandonada en la mitad de uno de los restaurantes más exclusivos de Chicago, viendo como me dejaba atrás. Una enorme roca se atascó en mi pecho.

—Vamos, bruja. Ya fue suficiente de escenas. Vamos a casa.

Owen rodeó mi cintura y me invitó a caminar, sin embargo la furia y la desolación retuvieron mis pies en su lugar.

—Camina, o te voy a poner entre mis rodillas y te voy a dar una buena tunda.

¿Por qué su promesa me excito? Porque era una retorcida. Durante un segundo me imagine desnuda, con el trasero al aire sobre las rodillas de Owen mientras Alex me mimaba y toda la entereza de mi cuerpo se evaporó. Mis rodillas se debilitaron y mi entrepierna se humedeció pidiendo perdón. Moví los pies y me dejé guiar por Owen hacia la salida. Tal vez en busca de castigo.

Subimos al auto y enseguida sentí la furia de Alex. Parecía un cavernícola con el garrote dando tumbos sobre quien se dejara. Crucé los brazos y saqué el pecho en medio de mis dos hombres. Ya se podían ir directito al infierno si creían que me podían tratar así, ¡y en público!

Charly prendió el auto y esperó indicaciones.

—Cinturón.

Ordenó Alex. La rabia de su voz me impulsó a obedecer sin discutir, la rabia que sentía poco a poco se estaba esfumando y se estaba convirtiendo en dolor. Abroché el cinturón y escuché cómo le indicaba a Charly que nos dirigiéramos al

colegio de los niños.

Fue un trayecto muy silencioso. No entendí por qué se comportaba así, seguro Tony le había informado de la visita a Diego, pero no era para tanto. Era la primera vez que no intentaba aclarar las cosas, así que me vi en la necesidad de ceder.

—Fue una visita rápida. No es para tanto.

Sabía que no podía resistirme al ser dominante y posesivo de Alex. Pero él tampoco se podía resistir a mis cariños. Tomé su mano y entrelacé los dedos con los de él. Justo cuando empezaba a cantar victoria, soltó mi mano y guió su mirada hacia afuera.

—¡¿Qué mierda, Alex?! No te atrevas a tratarla así.

Alex se giró hacia Owen y empecé a sentirme fuera de lugar ¿Qué diablos hacia entre estos dos hombres?

—¡¿Para ti está bien que se acueste con su ex?! ¡Porque para mí no! ¡Para mí no!

Lo último lo expresó llenó de dolor. En ese momento llegamos al colegio de los mellizos y antes de salir, Alex remató.

— Ni siquiera se cambió de ropa.

Salió del auto, dejándolos con la pregunta en la boca.

—¡¿Qué?!

XLVII

Alex

Los martes era día de Owen, por eso no me sorprendió que tuviera tanto cuidado en su aspecto. Observé como cubría sus hermosos senos con la blusa sin sostén por debajo, como se transparentaba la aureola del pecado, incluso las acaricie con el dorso de mi mano. Admiré como cubría su cuerpo, capa por capa para que en unas horas Owen la desenvolviera. Eso no me causaba ningún tipo de celo, incluso me gustaba. Pero cuando recibí la llamada de Diego, quede ciego.

—Kaira acaba de estar aquí. Solo les advierto que ni acostándose conmigo, va a lograr que retire la demanda.

—¿Estás loco?

Ese hombre estaba loco. ¿Con quién creía que trataba? ¿Con alguien de su calaña? Kaira era incapaz de acostarse con él. No iba a perder más tiempo con él, ya los abogados se iban a hacer cargo. A punto estaba de cortar la llamada, cuando me aguijono con su veneno.

—Es impresionante que tenga esas tetas después de amamantar a dos niños ¿Cierto? Sin sostén y con esa blusa blanca, estaba de ensueño.

Destrocé mi oficina, no quedo un solo mueble en pie. Carla le marco a los hombres de seguridad y ni ellos se atrevieron a entrar y detenerme. Mi respiración terminaba de reponerse, cuando entro la llamada de Owen.

Salí de ahí dispuesto a matarla, a matarlo, a matarlos.

Me encerré en mi despacho llegando a casa, solo medio escuché a los niños contar su día antes de aislarme. Owen se veía contrariado, incluso enojado. Pero la que no tenía vergüenza era Kaira, sin una pizca de culpa.

Después de un rato donde pensé desde matarla, hasta abandonarla y quitarle a los niños, escuché que tocaban a la puerta.

—¡Estoy ocupado!

—¡Abre la jodida puerta!

Contestó gritando. ¡Esa mujer no tenía vergüenza! Abrí la puerta para mandarla lejos, lejos. Pero me ganó y presionó su cuerpo contra el mío. La tomé por el cabello y la jalé para separarla de mi cuerpo. Ella respondió luchando hasta que pegó sus labios a los míos. ¿Por qué, no? Ya todo se había ido al infierno.

Envolví su cintura y empujé su cuerpo hasta empotrarla contra la pared. No solo la besé. La devoré. Mi lengua recorrió sus mentirosos labios, antes de empujar en su interior, exigí entrar, explorar cada centímetro de la caliente boca. Abrió y aceptó el beso con absoluto abandono. Se entregaba, como si no hubiera besado horas antes a su ex.

¡Dolía como el infierno! Empujé contra su cadera mientras ella gruñía y empujaba de regreso. No se cruzó por mi mente detenerme, al contrario, moví la mano y la metí entre su piel y la tela. ¡Joder! Estaba tan mojada... La acuné con mis dedos, con suavidad al principio, después recordé lo sucedido y la presión aumentó. Cuanto más duro la acariciaba, más se pegaba y jadeaba. ¡Me quería volver loco!

—Alex... cogeme.

Murmuró contra mi pecho. Bajé la cabeza y pregunté:

—¿Así se lo pediste a él?

—¡Maldito!

Mis dedos se movieron con más rapidez. El chasquido de sus fluidos, era el eco de mis gruñidos.

—Por favor.

Suplicó.

—¿Por favor, qué?

Saqué la mano y la dejé a medio camino. Nunca le había hecho eso, y me sentí una mierda por hacerlo.

—Solo quería encontrar su talón de Aquiles. No quiero que nos quite a los niños.

¡Joder! Sin ser consciente de lo que hacía, le di un puñetazo a la pared.

—¡Alex!

Se asustó. Dio un brinquito y se dejó caer al suelo.

—Perdón... Perdón...

Me hincé a su lado, pidiendo clemencia. ¡Era un animal!

—Por favor, perdoname... Me vuelve loco saber que dormiste con él.

Me abrazó y confirmó lo que yo ya sabía. Ella era capaz de perdonarme todo, incluso el volverme loco.

—¿Estás loco? Yo no dormí con él.

Levanté la cara y observé las esmeraldas. Loco e idiota, ese era yo.

Me regaló una sonrisa, tomó mi mano y la devolvió a donde pertenecía. Deslicé los dedos hasta encontrar el nudo de nervios hinchados, pulsantes y deseosos. Moví las yemas con delicadeza viéndola directo a los ojos. Mi mujer merecía una recompensa por aguantar a un hombre tan idiota como yo.

—Perdón.

Volví a susurrar. Sus parpados empezaron a cerrarse perdidos en el placer.

—Termina, cariño. Mojame.

Como si fuera imposible de evitar, mi mujer lanzó la cabeza hacia atrás mientras se empujaba contra mis dedos. Enmudecí su grito con mi otra mano mientras notaba como me empapaba con sus jugos. Seguí jugando con ella, hasta que el color del orgasmo la abandono.

XLVIII

Kaira

—¿Por qué? Solo quiero saber por qué.

Alex parecía animal enjaulado, caminaba arrastrando la furia por lo largo y ancho de nuestra habitación.

—Necesitaba saber sus intenciones, Alex.

El dolor en sus ojos aminoró, y aun así me estaba matando.

—Solo quiero que escuches una cosa. Si Dana te hubiera dado la oportunidad de recuperar a Viri, ¿la hubieras desaprovechado? No podía estar segura de las intenciones de Diego, a menos que estuviera a solas con él. Ya las sé, ya podemos acabar con él.

—Dile que descubriste.

Interrumpió Owen.

—Que sigue siendo un niño mimado y que solo piensa con la cabeza de abajo. No tiene interés en los mellizos, solo en joder.

—¿Segura que no dormiste con él?

Me dolió la pregunta, yo sería incapaz de engañarlos, pero dado las circunstancias...

—Sí, Alex. Estoy segura que no dormí con él.

—¿Hasta dónde llegaste?

Me vi la punta de los pies y quise esconderme debajo de mis zapatos.

—Solo un poquito de carne. Nada más.

—¿Qué tanta carne?

¡Oh, por los dioses de los hombres que les gusta retorcer el cuchillo en el pecho!

—No mucha...

—¿Tienes idea de lo encabronado que estoy?

Lo suficiente como para dejar de caminar y acercarse a mí con la palabra coger entre ceja y ceja.

—Eso no es lo importante. Lo importante es que ahora si podemos acabar con él. Ya me asegure que sigue siendo el debilucho de mierda que siempre huye de la verdad, para él es más fácil mentir, que enfrentar los problemas. Me tenía que asegurar.

Me disculpé. Era por mis hijos, solo por ellos.

—Ahora lo que tenemos que a hacer es hablar con Elena y averiguar qué es lo que sabe.

Eso los distrajo lo suficiente para que acabaran con el tercer grado sobre la carne. Aunque no me fui libre de penitencia. Antes de que saliera de la habitación, me advirtió:

—Queda pendiente el castigo.

Hice una mueca quitándole importancia, aunque por dentro todos mis músculos se tensaron.

XLIX

Owen

La sexualidad es uno de los temas más complejos de la humanidad. A ciencia cierta no se sabe por qué una persona disfruta más que otra con una posición sexual o qué hace que la química sea mayor entre una pareja que en otra. Por ejemplo, los fetiches, hay quien logra la excitación con la lencería sexy o el olor de su pareja, había mucha tela de donde cortar, pero ¿Ojos azules? La bruja debería ser más compleja y buscarse un fetiche ilegal o morboso. Los ojos azules eran lo más común del planeta.

Aunque los ojos de Diego eran de un azul corrompido y mentiroso. Ese bastardo quería quitarme lo que era mío. Y Antes de permitir algo semejante, lo mataba.

—Están olvidando que Kaira y yo éramos unos niños cuando se embarazo. Es increíble lo que ha cambiado. Sigue siendo bella por supuesto, más, inclusive. Pero ahora tiene un aire de poder, de madurez, sus ojos, su piel...

Ese desgraciado se la estaba imaginando, lo podía sentir. Alex me dijo con la mirada que guardara calma y así lo hice.

Necesitaba pensar con la cabeza de arriba y seguir su ejemplo. Parecía que mientras más pasaban los días, más llovía. Nos estaba lloviendo sobre mojado. Y mientras Kaira y yo nos jalábamos el cabello, Alex adquiría más control.

Primero, el juez da fecha de juicio hasta diciembre y acepta la solicitud de paternidad. Kass hizo lo posible, pero no hubo más remedio que exponer a los mellizos y hacer la prueba. Lo más que se logró, es que el equipo fuera al palacio, inclusive Viri se hizo la prueba, todos parejitos para que nadie se sintiera menos.

La bomba fue cuando llegaron los resultados, algo que nosotros ya sabíamos, pero que amenazaba con volver loca a mi mujer. Sophie y Kurt, eran hijos de Lurte.

—Ustedes solo ven a la mujer independiente y tenaz que es ahora, pero en aquella época, era una mujercita llena de energía que explotaba en cualquier parte. Era caprichosa, melodramática, y para colmo guapa e inteligente. No solo jugo conmigo, ella hacia lo que quería, con quien quería.

Este imbécil describía a una mujer completamente diferente de Kaira. Era imposible que fueran la misma mujer.

—Pasaba las tardes jugando cartas o en el billar, la escuela la sobrellevaba gracias a otros, era cuestión de que sonriera y más de dos se peleaban por hacerle algún trabajo o resumirle las clases para los exámenes.

Lurte estaba sumido en los recuerdos. Ni siquiera pestañeaba recordando a Kaira en su época de juventud.

—Y un buen día llega y me dice con toda tranquilidad que estaba embarazada... Tan tranquila, tan... serena. No hubo llanto o miedo, solo calma. “Estoy embarazada. Y son dos”. El mundo se me vino encima y ella actuaba tan... tan segura.

—¿Dudaste que fueran tuyos?

Alex ni siquiera titubeo cuando le pregunto. Incluso yo estaba alterado, pero Alex era de piedra. Lurte bajó la mirada y su piel empezó a transpirar.

—No. Siempre supe que eran míos.

Tragó aire y se recompuso. Levantó la cara y por su mirada supe que el tiempo de vulnerabilidad se había acabado.

—Y también supe que ella podía sola, por eso desaparecí.

Se justificó finalmente.

—Ella podía manejar todo: escuela, clases, alumnos, maestros, ella nos manejaba a todos... Ella iba a poder con los niños, yo solo...

Se interrumpió a tiempo, pero ya nos había dado el contexto. Fue fácil terminar por él.

—Tu solo ibas a estorbar.

Me vio a los ojos y me di cuenta de la realidad.

—Y terminaste con el corazón roto.

Me lo confirmó al endurecerse su mirada. Rápidamente cambio de tema.

—He demostrado que tenía razón. Ella ha hecho un buen trabajo con los niños. Ya es tiempo de que yo me involucre. Es mejor que paremos todo el proceso, ya quedo demostrado que los niños son míos, vamos a dejar la demanda y firmamos por

custodia compartida.

El día que el infierno se congelara, ese día él se iba a involucrar con mis hijos.

—Nosotros queremos lo mismo. No queremos que los niños se expongan a juicios, trabajadores sociales y demás. Pero seamos honestos, los niños no te conocen. Romperíamos su núcleo familiar si los dejamos convivir contigo y con tu mujer. Los niños necesitan estabilidad.

Alex era excelente negociando, incluso se escuchaba amable. Como si hubiera olvidado que Diego se atrevió a tocar a su mujer.

—Los niños me conocen, que no se les olvide que conviví un par de ocasiones con ellos y con Elena.

—No, Diego. Que no se te olvide a ti. Precisamente por ese tiempo, Kaira estaba sin trabajo y sufriendo para darles de comer, tuviste la oportunidad de ayudar, y no lo hiciste.

—Ahora no les hace falta.

Discutió más alterado. Alex lo estaba logrando.

—Ni les faltara. También recuerda eso... A nosotros no se nos acaba el dinero.

Lurte se levantó y nos dejó con la palabra en la boca. La negociación no había resultado, salió de la oficina de Alex refunfuñando, aunque con la amenaza entre ceja y ceja. Las cosas no estaban resultando a nuestro favor, pero en efecto, a nosotros no se nos acababa el dinero.

L

Alex

—¿Dónde está? ¿Ya hablaste con Tony?

—Sigue en la oficina, Owen. ¿Dónde iba a estar? La tenemos más vigilada que al presidente.

Había sido tarde de padres. Kaira tenía trabajo atrasado; entre los martes y jueves que no se presentaba en la oficina, los mellizos, Viri y la psicóloga, la demanda, la casa, y nosotros, era sorprendente que no estuviera loca.

Owen y yo aprovechamos que no estaba Kaira, y nos fuimos de pinta con las niñas y Kurt a comer comida chatarra y pude ser testigo de la convivencia de los niños.

La primera vez que vi a Viri en casa, mi corazón se detuvo. Nunca podre agradecerle a Kaira lo que hizo por mi hija ese día. Tomó control total de la situación y la adopto inmediatamente, incluso hizo que Owen la adoptara. Por más contradictorio que se escuche, el día que su madre murió, Viri ganó una familia.

Kurt iba a tener trabajo de por vida, cuidar a esas dos bellezas, iba a ser labor de doble jornada, fines de semana y días festivos. Afortunadamente mi hijo podía con eso y más, todavía no se me bajaba el orgullo al verlo ganar el trofeo de primer lugar en el torneo de ajedrez. Fue una sensación indescriptible, una mezcla de orgullo, poder, incredulidad. Incluso me quede sin palabras cuando le dieron el trofeo e hicieron mención de los papás. ¡Joder! Eso sí era como para comprarle una colección de autos desde ahorita.

Regresamos del centro comercial, hicimos tareas, vimos una película —ahora teníamos sala de cine en casa y las casas de campaña resultaban más cómodas—, los acostamos, y la señora no aparecía.

Owen daba vueltas en la cama, yo mal leía un libro, cuando mire por millonésima vez el reloj y exploté.

—Tony. ¿Todavía están en la oficina?

—Sí señor. Kaira... es decir, la señora Northman-Carter me informó hace

media hora que todavía iba a tardar.

Y seguramente también le dijo que se podía retirar. ¡Esa mujer no tenía límites!

—Vamos para allá. No te vayas hasta que lleguemos.

—Por supuesto, señor.

Bueno, siquiera estaba bien cuidada.

—Owen, ¿Vas o te quedas? Voy por Kaira.

Era una pregunta necia. Owen se levantó de la cama y organizo con Gamble, Luiza y Conchita para que cuidaran a los niños. Era una ventaja vivir con la familia, así podíamos castigar a la mujer y no preocuparnos por el desayuno.

~ § ~

¡La iba a estrangular! Nosotros preocupados y ella bailando. Lo difícil es que también quería tirarla sobre la alfombra y violarla. La familiar sensación de mi pecho se hinchó al ver como levantaba la copa y nos saludaba con ella, nos sonrió y volví a ser el hombre que no le importaba ser manipulado por una mujer que aduras penas me llegaba al pecho, ella podía decir lo que se le diera la gana, hacerme sentir lo que quisiera, mientras me dejara ver esas tetas, yo entraba en un estado de embriaguez que no importara lo que pasara, estaba perdido.

La atracción enfermiza que sentía por ella, me llevaba a encontrar erótico hasta el simple hecho de que se sonrojara, que fuera cautelosa con nosotros y se escondiera en su oficina para tener cinco minutos para ella. Esa odiosa y menuda mujer hacia que en lo único que pudiera pensar, era en la manera que gemía debajo de mí, no había otra cosa que deseara más; Llevarla a la cama, atormentarla hasta que gritara, rogara... hasta que suplicara para que la llenáramos ¡Ah, eso era el cielo!

Owen se acercó a ella como si no hubiéramos pasado las últimas horas preocupados por ella, le quitó la copa de la mano, olío el contenido y se lo acabó de un solo trago. Kaira adquirió una expresión tensa, sabía que no debía esconderse de nosotros. En mi cabeza azotaron imágenes en las que le besaba de manera lasciva, en las que enterraba mis manos en su cabello y la forzaba a verme a los ojos para que viera cuanto la deseaba, cuanto deseaba castigarla por esconderse.

En lugar de eso, me detuve a un lado de Owen y con las manos en los bolsillos de mi pantalón —para resistirme a la urgencia de tocarla—, le pregunté inexpresivamente.

—¿Ya estas harta de nosotros? ¿Necesitas un descanso?

La luna se reflejó en su cabello y un aura celestial la embriago.

—¡No, por supuesto que no!

—¿Entonces qué es esto? ¿Por qué te escondes de nosotros?

Inquirió Owen mucho más controlado que yo. En lo único que yo podía pensar, era en la reacción de mi cuerpo con la cercanía del suyo. Empecé a sentir un calor insoportable, músculos que se tensaban y aumentaban de tamaño haciendo que el pantalón fuera un inconveniente y dejara de ser una prenda que servía para cubrirme.

Me resistí a la necesidad de ajustarme e instintivamente acerqué mi cabeza a su cuello, aspiré y su aroma invadió mi sistema.

Había ciertas acciones que uno debía corregir antes de que se convirtieran en un problema, y correrme dentro de ella, era la única forma que se me ocurría para corregir sus acciones. Ella no podía esconderse de nosotros.

—Ay, cariño. Se te juntaron los castigos, y ahora los vas a tener que pagar.

LI

Kaira

Alex lo anunció con un pesar fingido muy dramático, tan dramático que lo único que causaba era gracia.

Mi risa se vio interrumpida por su orden.

—Desnudate.

Estudie su expresión tratando de no mostrar la agitación que producía en mí cuando usaba ese tono de voz. Me observó de arriba abajo y algo cambió en su mirada.

—Ya ves, bruja. Ya hiciste enojar a gruñón. Ahora vas a tener que pagar. Acuéstate.

Owen estaba excitado, el inconfundible brillo de sus ojos lo mostraba muy claro.

—¿Aquí?

Mi voz sonó temerosa. Odiaba mostrar debilidad, yo podía con esos dos hombres, pero algo en su mirada, en su confianza... algo se endureció en ellos y me excito.

Ví como juntaban sus manos una al lado de la otra y las median. No sabía que se traían entre manos, pero ese movimiento, aunque parecía nada, me resultó intimidante. Una corriente de aire helado salió de la nada y recorrió mi cuerpo. Empecé a tener miedo, un miedo al que le di la bienvenida. Ellos nunca me podían hacer daño, lo único que podían darme era lo mejor de ellos y hacer que olvidara que el mundo era una mierda.

—La mía es más delgada.

Contempló Alex.

—Pero la mía es más chica.

Apuntó Owen, sonriente. Por un segundo se vieron entre sí, y pude constatar una

pelea de garrotes con simples miradas. Sacaron una moneda y la lanzaron al aire, mis enanos tenían una manera fantástica de resolver las cosas, ojala todo fuera así de sencillo; Aventar una moneda al aire y decidir quién iba primero. Se murmuraron algo y dejé de ponerles atención.

El licor ya corría por mi sistema llevándome de la mano a un estado perfecto de embriaguez. Quería olvidar por cinco minutos; olvidar que un maldito donador de esperma se quería llevar a mis hijos, que Dana abandonara a su hija, y Viri tuviera que preguntarme con ojos llorosos “¿Esta es mi casa para siempre? ¿Tú eres mi mamá para siempre?”. ¡Carajo! ¿Cómo se puede ser tan mierda y hacer sufrir así a un angelito? ¡Por supuesto que yo iba a ser su madre! Yo no la iba a abandonar, yo no la iba a matar como Diego mató a sus hijos.

Volví a llenar mi copa y me sorprendió que no me reprendieran. Ya había desobedecido dos órdenes. Cerré los ojos y dejé que el líquido ámbar quemara mi garganta, cuando los abrí, Alex se dirigía a la puerta.

—¿A dónde vas?!

Venga que no era para tanto un poquito de desobediencia. No era como para que se fuera.

Sin voltear, Alex contestó.

—Por provisiones.

Salió de mi oficina y supuse que se dirigía a la suya. Owen me distrajo al levantar su mano y acariciar mi mejilla. Era innecesariamente guapo, más de lo políticamente correcto.

—Anda bruja, desnudate.

—Tú.

Ordené. Di la media vuelta y dejé que me desnudara bajo la atenta mirada de la ciudad. Me dio un beso en el hombro desnudo y volví a respirar aliviada. Cada musculo de mi cuerpo pareció relajarse, fue tan placentero que olvidé por completo su amenaza de castigo.

—¿No te preocupa que alguien nos vea?

Pregunté observando las luces del edificio que teníamos a lado.

—Naa, de repente es bueno que aprendan algo.

Sonreí y le ayude a deshacernos del vestido y la ropa interior.

—Bueno, estoy honrada de que me uses como ejemplo.

Le regalé la mejor de mis sonrisas y él me la devolvió, mientras me ayudaba a acostarme en la mullida alfombra junto a los enormes ventanales que dejaban entrar la luz de la luna en todo su esplendor.

Le pedí mi copa con un gesto de la mano, Owen me la entregó y se sentó junto a mi desnudo cuerpo. Por un momento cerré los ojos y me pregunté qué sórdidas cosas tenían planeadas hacerme. Cuando los abrí, Alex estaba parado a mi lado con un par de toallas en una mano y un pequeño tubo de lubricante en la otra.

Se las dio a Owen, mientras él se enrollaba la manga de la camisa del brazo derecho deliberadamente despacio. Era un acto simple que me llamó mucho la atención, normalmente se quitaban la camisa, no se enrollaban las mangas. Ingenua de mí.

—¿Qué me van a hacer?

El miedo que se había evaporado por el licor y el toque de Owen, volvió con rapidez y se mezcló con mi excitación expandiéndose por todo mi cuerpo. Mi corazón empezó a correr, a intentar huir de esos dos hombres y sus miradas. Pero mi cuerpo no, él se quería quedar y averiguar que tenían planeado.

Alex se hincó y metió una pierna entre las mías. Owen se quitó la camisa y con mucha delicadeza la enrolló para que la usara como almohada, extendió una toalla y la deslizó debajo de mi cadera. Hacía bien, no quería que mi alfombra acabara llena de fluidos y lubricante.

—Esto. Es por esconderte. No debes esconderte de nosotros.

Me explicó Owen, mientras detenía mis manos por encima de mi cabeza.

Mi corazón estaba a punto de colapsar. Su aliento se mezcló con el mío y me pidió en un murmullo...

—Dime tu palabra de seguridad.

—Dite...

Jadeé. No me habían tocado y yo ya estaba jadeando. Hacía mucho que no me preguntaban mi palabra de seguridad.

—¿Tienes miedo?

Saqué el poco valor que me quedaba y pregunté:

—¿Quieres que tenga miedo?

El diablo sonrió y asintió.

—Sí.

Tomé una gran bocanada de aire y me relajé. Podía estar contento, porque estaba temblando de miedo y excitación.

—Respira despacio... muy lento...

Me instruyó Owen, mientras sentía a Alex humedecer la unión de mis piernas con el frío lubricante.

—Relajate... somos nosotros.

Era fácil decirlo cuando él no estaba desnudo y a merced de dos hombres enojados y cachondos.

—¿Quieres cambiar de lugar? Tú te desnudas y yo te sostengo las manos mientras Alex te toca.

—Ay, bruja. Con gusto cambiaba de lugar contigo para tener tus tetas apretadas a mi pecho, pero yo no me porte mal ¿Qué podemos hacer?

Empecé a reír, pero un dedo de Alex entró en mí y dejé de ver lo gracioso.

—Cierra tus ojos.

Ordenó cariñosamente junto a mi boca.

—Respira... si algo duele, solo dímelo.

Asentí y seguí sus indicaciones, mientras Alex hacía pequeños círculos con su dedo.

—Respira despacio... adentro... afuera... siente.

Empecé a relajarme, el licor ayudó y el miedo se esfumó para que la excitación tomara el control. Alex empujó dos de sus dedos muy adentro y la necesidad de mi bajo vientre creció.

—Despacio Kai, si te excitas de más, tus músculos se aprietan. Y lo que

necesitamos ahora es que estés relajada, que te abras para nosotros.

Volví a respirar y a seguir las instrucciones de Owen.

—Olvidate de todos, de todo... Solo existes tú, Alex y yo... nosotros.

Alex hacia pequeños aspirales con sus dedos pidiéndole a mis paredes que se abrieran, ellas obedecieron y dejaron entrar tres de sus dedos.

—¿Estas bien? ¿No duele?

Owen estaba en la misma medida excitado y preocupado.

—Estoy perfecta... No paren.

Los tres dedos, se convirtieron en cuatro. Mi mente estaba perdida en la sensación como para pensar, si lo hubiera advertido, seguramente hubiera murmurado un “Dite”, o tal vez no...

—Ábrete.

Gruñó Alex.

¡Mierda, Carajo y Joder! Si con cuatro dedos me sentí llena, nada se comparaba con la sensación de tener el puño completo de Alex en mi interior. Mi respiración se rompió y grité sacando todo el aire que me quedaba. Con el grito salió toda la tensión y el estrés que se acumuló por semanas en mi interior. Mis piernas se abrieron más y presione contra su mano.

Owen me sostuvo durante la pelea de mi cuerpo entre expulsar la mano de Alex y la necesidad de atraerlo más y más profundo dentro de mí. Mi espalda colapsó contra el piso y mis caderas se levantaron cuando el fiero orgasmo explotó en mi vientre, como una bomba, dejó sin vida todo a su alrededor para que las ondas que lo prosiguieron le dieran nueva vida a todo. Lo último que registro mi cerebro antes de perder toda noción, fue el jadeo de Alex, la sensación de mis propios fluidos resbalando por mis piernas y la mano de Alex salir cuidadosamente de mí.

—Mi bruja... ahora es mi turno.

Gimió Owen al voltearme y dejar mi mejilla descansando en su camisa. Terminó de humedecer la puerta trasera y ahora fue su turno para estar muy adentro de mí. Su hambre era mucha como para no disfrutarlo. En un estado de estupor la necesidad cosquilleo nuevamente en mi vacío vientre.

Alex abrió mis labios con su carne y entre mis jadeos empujó su erección en mi

boca. La necesidad aumento al sentirme usada para su placer. Owen enredó su mano entre mi cabello y guio los movimientos de mi cabeza para tomar a Alex. No tarde mucho en volver a explotar.

LII

Alex

Finalmente logramos llegar a la cama de la habitación trasera de la oficina; desnudos, satisfechos, juntos. Y en el caso de Kaira, adolorida, cansada y sonriendo en la inconciencia.

—Estaba pensando...

—Oh, para. Dale oportunidad de reponerse.

Me interrumpió Owen. Estaba demasiado satisfecho como para discutir con él, sonreí y me dejé caer ajustando mi pecho a la espalda de Kaira.

—Estaba pensando que tenemos que premiarla por esto.

Anuncié finalmente.

—En ningún momento se quejó.

No pude evitar el deje de orgullo que me invadió, mi mujer nos aceptada todo, la habíamos seducido de tal manera que ella aceptaba lo que nosotros quisiéramos. Y ella, o no se había dado cuenta, o fingía demencia para que nosotros nos sintiéramos más hombres. Conociéndola, casi podía apostar a que era lo segundo. Ella era mucha mujer para nosotros y eso simplemente era un deleite.

Owen se cubrió con las sábanas y tomó la mano de Kaira para llevársela a los labios. Ella estaba completamente inconsciente como para disfrutar de la caricia, era una necesidad de él para tener un pedacito de ella.

—¿No se supone que la estábamos castigando?

—Oh, es cierto... se me olvidó.

—No debemos arrepentirnos de algo, a menos que dejemos de hacerlo. Y yo no tengo planeado dejar de castigar a mi bruja.

El hombre que no quería parar de castigar, cubrió cariñosamente el desnudo hombro de su bruja y cerró los ojos entre su pecho. Lo imité ajustándome a la espalda de la mujer que yacía entre nosotros.

—Son como perros, Owen. Solo estas buscando donde insertarse.

Escuché que decía Kaira entre sueños.

—¡Oh, no! Solo necesitamos insertarnos en ti.

Owen la separó de mi pecho y la besó.

—Me dejaste exhausto. Dormí como un bebe...

—Eres un bebe.

Lo regañó Kaira. Casi empiezo a reír, la sensación se esfumó al recordar que se había escondido en la oficina.

Mientras los jadeos de Owen y mi mujer llenaban la habitación, la preocupación me consumió. Estaba tan concentrado en lo que podría pasar si Kaira decidía, qué ya era suficiente y dejarnos, que casi di un respingo cuando ella se inclinó hacia mí de forma repentina.

Me regaló un profundo, emotivo y caliente beso, e hizo que los dedos de mis pies se contrajeran. Y por supuesto, mi erección saltó para darle los buenos días. Kaira sabía cómo acabar conmigo. Gruñí profundamente mientras cerraba los ojos y presionaba contra las caderas de Kaira, empujé y me volví a perder en el apretado cuerpo de mi mujer. Sentí una de sus manos acunando mi mejilla, y abrí los párpados.

Kaira tenía inundados los ojos de lágrimas.

—Cariño...

Murmuré con suavidad. Mi corazón se llenó de un profundo remordimiento. Lo último que deseaba en este mundo, eran las lágrimas de Kaira.

—Te amo, gruñón.

Murmuró. Le sonreí y me perdí en el momento. En lo profundo de sus esmeraldas, podía ver todo lo que ella sentía; Cada emoción, toda la ternura, el amor y la devoción brillando con las lágrimas.

Las emociones empezaron a bullir en mi interior, la envolví entre mis brazos, y la atraje hacia mí, la quería fundir en mi cuerpo, que su piel nunca se separara de la mía.

Levanté la cadera e hice que explotara de placer.

—Oh, Alex...

Sus músculos se contrajeron e hizo que atrás de mis parpados solo viera un gran arcoíris. La llené y dejé en su interior el orgasmo del miedo; De miedo a perderla, de miedo a perder a mis hijos.

Me estremecí al darme cuenta que Kaira no estaba satisfecha, ella quería más, quería que nos vaciáramos completamente. Empezó a moverse hacia arriba y abajo, montándome. Solo logré jadear desamparado. El simple movimiento enviaba oleadas de emociones a lo largo y ancho de mi indefenso cuerpo. Era como ser devorado y amado al mismo tiempo. Escuché los jadeos ahogados de Kaira, la desesperación, mi pobrecita tigresa no sabía cómo disculparse.

Enredé mi mano en su cabello y la deslicé para atrás, bajé mi mano y presioné su clítoris, con movimientos suaves empecé a masajearla.

—Acaba para mí, cariño. Muéstrame que es verdad que me quieres.

Owen tomó su lugar, y las sensaciones se multiplicaron. Fue asombroso lo inmediato que Kaira mostró su amor. Terminó con un grito, con su interior estremeciéndose, con su cuerpo colapsando contra el mío.

Mi mano en su cabello la mantenía cerca de mí, mientras la otra se empapa de su amor. Owen tenía selladas sus manos a la cintura de Kaira, mantenía los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás y una expresión de total abandono. Owen estaba en el paraíso.

—Joder, Kaira. ¿Tienes una idea de cuánto te quiero? Desde el primer momento en que te vi.

Kaira se refugió contra mi pecho y saboreó mis palabras. Ya no sentí ninguna tensión en su cuerpo, solo ella y su amor. Permitted que nos abasteciéramos de ella, después de unos minutos levantó la mirada y con una sonrisa en la boca nos preguntó:

—Entonces, ¿Ya podemos hablar?

¡Que lista! Después de dejarnos exhaustos, éramos capaces de ceder a cualquiera de sus maravillosas ideas.

Bufé mientras me sentaba junto a Owen recargados en la cabecera de la cama. Kaira se levantó y sin cubrir su desnudez, empezó a caminar como la tigresa que era, por toda la habitación.

—Te escuchamos.

Owen sonaba relajado, incluso divertido. Ya no tenía el tono de asesino a sueldo con el que la castigó. De repente se detuvo y sonrió.

—¡No se muevan! Estoy escurriendo.

Con las piernas juntas y a brinquitos se metió al baño. Al voltear a ver a Owen, me di cuenta que también sonreía como un idiota. ¡Esa mujer nos tenía en la palma de su mano!

—Está muy llena.

Pensé en voz alta. El pensamiento de nuestros fluidos mezclados dentro de ella, hizo que mi entrepierna volviera a buscar batalla.

—Ponte serio.

Ordenó Owen dirigiéndose a la carpa que se estaba formando bajo las sabanas.

—Solo recuerda que hace un par de semanas, Diego la tocó.

La excitación se apagó y el dolor se prendió. Kaira regresó a la habitación más fresca, y también más decidida, no le importo encontrarnos con mala cara. Se enderezó y se enserió.

—Hay algo que necesito decirles, y no quiero que te lo tomen a mal. No pretendo ser irrespetuosa, solo necesito que tengan algo muy claro...

—Solo dispara, bruja. Ya estamos heridos, con un golpecito nos matas.

La interrumpió Owen. Levantó el dedo inquisidor y nos advirtió.

—Si ustedes no hacen algo pronto para deshacernos de Diego, lo voy a tener que hacer yo.

LIII

Owen

—Me temo que eso no va a pasar, Diego.

Afirmó Alex con calma. Lurte iba a contestar, pero Alex lo detuvo con la mirada.

—Veras...

Continúo Alex, acomodando un par de papeles y con voz ecuánime.

—Sabemos del contratiempo que has tenido con tu esposa...

—¿Qué contratiempo?!

Exigió saber Lurte.

—El del aborto.

Lurte palideció y por primera vez me dio lastima. El imbécil no se imaginó que nosotros no teníamos ningún tipo de reparo en proteger a los nuestros. No nos importaba nada, ni nadie si de defender nuestros intereses se trataba. Y nuestro mayor interés, eran nuestros hijos y Kaira.

Le hizo una señal a su abogado y le pidió que saliera de la sala de juntas. Nosotros hicimos lo propio con Kass y su equipo, y finalmente quedamos solos nosotros tres.

—¿Cuál aborto?

Balbuceó ya sin el atisbo de altives con el que se había manejado. Todos teníamos nuestra criptonita, y fue fácil saber cuál era el de él. Su haraganería.

—El de tu mujer, por supuesto. Y no ha sido uno, han sido varios. Tu mujer no puede tener hijos y estás buscando la manera de resarcirla. Pero mis hijos no son la respuesta.

Le advirtió Alex fríamente.

—¡Yo soy el padre de esos niños!

—No. Tu es un simple donador de esperma. ¡Nosotros somos sus padres!

Oh, oh, a Alex se le acababa la calma. Afortunadamente Lurte estaba demasiado ofuscado y no se dio cuenta que Alex se refería a mí y a él.

—Lurte. Hemos investigado un poco y sabemos de los problemas que han tenido tu mujer y tú para tener un hijo. También sabemos de lo obsesionada que tu mujer ha estado con el tema. Han buscado varios especialistas y han gastado una pequeña fortuna en tratamientos y nada ha funcionado.

El odio que emergía de los ojos del hombre era similar a la nuestra. Había que tener respeto por un contrincante que nos odiaba de la misma manera que nosotros lo odiábamos a él. Y por eso habíamos hecho bien la tarea. Investigamos hasta la marca de su ropa interior... y la de su esposa.

—Tu economía no es la mejor. Están endeudados y la obsesión de tu mujer no aminora. Lo mejor es que aceptes lo que nosotros te ofrecemos.

Alex sacó un sobre y se lo dejó a la mitad de la mesa.

—Con eso es suficiente para que liquides todas tus deudas, y un poco más para dos o tres tratamientos de fertilización. Tomalo y desaparece. Es todo lo que pedimos. Mis hijos no son el premio de consolación de nadie.

Lurte ni siquiera tocó el sobre.

—No voy a aceptar sobornos.

Escupió ofendido. No nos dejaba otra opción, más la de ser brutos.

—Si no lo aceptas, nos vamos a ver obligados a acabar contigo... y con tu esposa. Se razonable.

Intenté razonar con él. No queríamos acabar con él, al fin y al cabo sus genes corrían por las venas de mis hijos. Pero sino no aceptaba, íbamos a tener que usar a Charly y sus métodos.

—¿Kaira sabe de esto? Kaira nunca sobornaría.

Afirmó. El bastardo conocía a Kaira, más de lo que me gustaría aceptar, era cierto, Kaira nunca aceptaría o sobornaría a nadie... en circunstancias normales. Pero esto no era normal, esto era nuestro presente, nuestro futuro.

Lo miré a los ojos y le advertí.

—Por supuesto que sabe. Tú lo has dicho, Kaira ya no es la mujer que solía ser. Ya creció, y sabe defender a los suyos con uñas y dientes.

Kaira era una tigresa cuando se trataba de defendernos. Más valía que Lurte entrara en razón, porque Kaira era capaz de jalar el gatillo.

—Y esta es su manera de hacerlo. No se quiere ensuciar las manos contigo, solo quiere que desaparezcas y nos dejes en paz.

Supe que había hablado de más, cuando entrecerró los ojos y nos miró de una manera suspicaz.

—¿Los dejé en paz? Los dos...

Paso la mirada entre Alex y yo haciendo que su cerebro trabajara a marchas forzadas. Antes de que diera con la respuesta que podía costarnos la custodia de Sophie y Kurt definitivamente, y se diera cuenta que nuestro juego era entre tres, Alex lo distrajo.

—Me gustaría proponerle esta solución a tu mujer ¿Te molestaría si hablo con ella?

Alex levantó el teléfono y empezó a marcar. Lurte se dio cuenta que Alex marcaba realmente el número de su casa y se estiró hasta arrebatarse el teléfono.

—¿Qué haces?! No puedes hablar con mi mujer.

—¿Por qué no? Tú acosaste a la mía hasta que lograste hablar con ella. No era necesaria tanta llamada sin contestar... pero, bueno. Incluso te acostaste con su prima para poder saber más de ella.

Lurte perdió todo el color. Ese era un pequeño detalle que estábamos guardando como último recurso. Elena, aparte de mentirosa y embustera, era una golfa en toda línea. No le importo acostarse con un hombre casado, tampoco que la mujer de Lurte estuviera con medicamentos antidepresivos, ella vio la oportunidad de probar un poco de carne nueva y no dudo en comérsela.

Para beneplácito nuestro, Elena quería a Sophie y a Kurt más de lo que Lurte se imaginaba. No dudo un instante en decirnos todo lo que sabía del hombre cuando le informamos que Diego quería separar a los mellizos de Kaira. Canto como Lurte, como un pequeño canario. “Pensé que realmente estaba interesado en ellos. Por eso permití que los conociera. Nunca los dejé solos para no correr el riesgo y que a Diego se le fuera la lengua... Los mellizos merecen algo mejor que esa basura... incluso

ustedes son mejores que él.”

Y eso era decir mucho. Elena nos contó citas, horas, lugares, incluso los detalles más íntimos. “Amenazalo con decirle a su esposa. Tiene cierta obsesión por cumplir todos los caprichos de la mujer. Creo que de alguna manera quiere atenuar la culpa que lo carcome por dejar a Kaira tirada”.

Nos dio el material necesario para deshacernos completamente de Diego Lurte. Inclusive consideramos hablar con Kaira para ver si Elena tenía oportunidad de ver a Sophie y a Kurt, así de agradecidos estábamos con ella.

Desafortunadamente para Elena, cuando lo hablamos con Kaira, fue muy categórica. “Finalmente demostró un poco de decencia. Bien por ella y su conciencia”. Kaira se dio la media vuelta y no se volvió a hablar de Elena.

En los pasados días, Alex y yo aprendimos que nunca había que fallarle a Kaira, esa mujer tenía buena memoria.

—Yo solo quiero a mis hijos.

Se justificó Lurte, regresándome al presente.

—No, Diego. Tu solo quieres cubrir la necesidad de tu mujer de tener un hijo y mantenerla contenta para que no se dé cuenta de los malos manejos que has hecho en su cadena... Pero no tienen que ser mis hijos... Hay muchas opciones, no tienes que destruir a mi familia para salvar el trasero de la tuya.

Oh, Alex y su sentimentalismo.

—Porque si vuelves a intentar acercarte a la mía, no lo voy a dudar un segundo y voy a acabar con la tuya.

Oh, Alex y su crueldad.

Diego no se movió, no respiro, no pensó...

—Necesito hablar con Kaira.

Solo unos segundos tardó mi bruja en entrar a la sala. Se sentó en silencio junto a Lurte y viéndolo directo a los ojos, prendió la grabadora de su teléfono.

Fue doloroso escuchar los jadeos de Kaira provocados por otro hombre, aunque también fue placentero escuchar la excitada voz de Lurte, admitiendo que su esposa gastaba por deporte y que estaban en la ruina.

—Firma los documentos, porque estoy a nada de mandarle esta grabación a tu mujer, y ni negocio, ni dinero y mucho menos hijos. Ten por seguro que antes de que tú toques a mis hijos, yo te desmembró pieza por pieza, hasta que no quede nada.

La expresión de Lurte era todo un poema. La seriedad en los ojos de Kaira no dejaba duda, ella era una tigresa dispuesta a morir por sus hijos.

—No te reconozco Kaira. Tú no eres así.

Kaira hizo una mueca y asintió.

—Tienes razón Diego, yo no soy así. Desafortunadamente tú me hiciste así. Yo puedo cambiar para defender a los míos, el que no ha cambiado has sido tú. Tú sigues queriendo una vida fácil, esperando que con desaparecer o con pedir a base de demandas, el mundo se detenga para darte lo que tú quieres. No has dejado de ser un simple niño caprichoso.

Diego la estaba matando con la mirada. Me entró una desesperación casi dolorosa porque Diego saliera finalmente de nuestras vidas. Fue como si Kaira leyera mis pensamientos, cuando agregó.

—Hace no mucho, alguien me dijo algo que harías bien en aprender: “No siempre se tiene, lo que se quiere”.

Kaira le acercó los documentos de la corte a Lurte, y con felicidad contenida, vi como firmaba y cedía los derechos de paternidad de mis hijos.

~ § ~

“La maldad es un León, que comienza saltando sobre su amo. Ten cuidado de ti misma. Mis hijos un día se van a enterar de lo que hiciste, ese día te voy a demostrar que yo siempre tengo lo que quiero”.

Ese fue el mensaje que le dejó Diego a Kaira, y lo último que escuchamos de él antes de asegurarnos que regresara a casa con su mujer.

—Somos malas personas... no puedo creer que hayamos hecho eso...

Puse mi palma sobre su húmeda mejilla y la guie hacia mí. Mis labios se encontraron con los suyos y me la trague toda; Sus pensamientos, sus ideas, sus remordimientos, a toda ella.

—Lo sé. Pero somos malas personas juntos ¿Cierto?

Las esmeraldas brillaron y un destello de sonrisa se asomó.

—¡Dioses. Cómo los amo!

LIV

Kaira

—¿Adivina cómo se llama?

Me preguntó Alex Juguetón. El ruido que producía el helicóptero era ensordecedor. Tuvimos que gritar para entendernos.

—No sé... No sé me ocurre nada.

—Piensa tantito. ¿Dónde viviríamos nosotros? ¿Los pecadores?

—¡Dite!

Oh, tenía mi nombre. La sonrisa de Alex era reluciente. Volteé a ver a Owen y con un guiño me dijo que estaba conmigo. Tenía a Sophie y a Viri a cada uno de sus lados, preguntando de todo sobre el lugar. Se le ocurrió decir que la isla era de ellos y los niños se lo tomaron muy literal. ¡Diablos, una isla! Increíble lo que el dinero puede comprar.

—¿Cuánto mide?

Preguntó Kurt a lado de Alex.

—No es muy grande...

Yo no estuve de acuerdo, era un pedazote de tierra, desde las alturas se le veía forma de una enorme “Y”.

—solo tiene diez por trece millas. Aunque es relativo, con su forma es difícil medirla. Ahí...

Dijo señalando la parte donde se unían los dos brazos más pequeños de la isla.

—Es donde está la casa. Esa es nuestra playa.

Hizo un guiño dirigido hacia mí, y dejó que me perdiera en el azul turquesa del agua de Dite, una de las últimas Islas Vírgenes del Pacífico.

Diez mil hectáreas de verdes colinas, solo el brazo más largo de la Isla era inhabitable, con acantilados rocosos y un peligroso océano turquesa. La isla de Dite,

era la rara oportunidad de crear un nuevo escape del mundo y ellos la habían tomado. Tenían lo mejor de los dos mundos, ya que se encontraba a poca distancia del aeropuerto, pero lo suficientemente lejos de tierra firme, para tener toda la privacidad que se quisiera.

Las colinas ofrecían extraordinarias vistas panorámicas del mar del Caribe y algunas de las otras catorce islas en las Islas Vírgenes del Pacífico. Gran cantidad de tamarindos y cedros cubrían los valles bajos de la isla; el lado de la bahía estaba bordeada en ambos manglares rojos y blancos, y un gran chaparral de arbustos. Si bien había flores por doquier, la mayoría estaba situada en las pequeñas colinas que servían como marco para la enorme finca color Arena. Desde el cielo era casi imperceptible, fue hasta que el helicóptero bajó lo suficiente que vi la enorme “X” del helipuerto y la finca.

—Hay un faro en cada uno de los brazos...

Explicó Alex, mientras caminábamos rumbo a la finca. Yo no podía hablar, estaba muda por la belleza del lugar.

—envían luz para marca el paso de aguas profundas a los buques más grandes.

Owen corrió pasando de largo seguido por Sophie, y Viri, Kurt soltó a Alex y se les unió en el grito frenético. Se había acabado la paz en Dite, mis hijos hicieron su aparición.

Mi mamá, Gamble, y el personal de seguridad tomaron dos Jeeps para llevar todas las maletas a la finca. En el transcurso de la tarde esperábamos a los pocos invitados que nos iban a acompañar para las fiestas. Después de tener un año un poco... estresante, deseábamos pasar unas vacaciones de ensueño, mis enanos ya las tenían preparadas desde hacía meses, ellos eran mi sueño hecho realidad.

El helicóptero se alejó de Dite minutos después de abandonarnos en la isla, ahora si estábamos solos en el mundo, y sin embargo, nunca me había sentido más arropada.

Seiscientos metros de playa virgen era el patio delantero de la finca. Engullida por el agua y colinas bajas, aseguraba la máxima privacidad.

—Los únicos ocupantes se encuentran en ese brazo.

Indicó Owen señalando el brazo derecho de la isla. A lo lejos se alcanzaban a ver pequeñas cabañas y caminos de arena rumbo a la finca.

—Claro, sin contar a las garcetas, garzas, pelícanos, gaiteros de la arena, fragatas y charranes rosados, y la increíble variedad de vida marina que hay en la isla.

Me dio una nalgada y me dejó admirando el paraíso de Dite, mientras el corría rumbo a la finca. No había visto a Owen y Alex tan relajados y juguetones como hasta ahora, entramos en espacio de Dite y se hallaban en casa, mis enanos pecadores.

Después de la tormenta, llegó la calma en los últimos meses. Con la renuncia de paternidad de Diego, el trámite de adopción fue cosa de niños. Hacia unas semanas habían llegado por correo los nuevos certificados que acreditaban a Alexander Northman como padre de Sophie y Kurt, aunque siempre con el apellido Carter. Owen no resintió el no ver su nombre en el papel, sobre todo cuando los niños empezaron a llamarlo Api, por papi. Para Sophie, Kurt y Viri Northman-Carter Jones —Ah, porque yo también reclamé a Viri como mía—, Owen y Alex eran sus padres, a los dos se les respetaba, obedecía y quería en la misma medida.

Si se puede. El amor no es perfecto, simplemente es amor.

~ § ~

—Estas bellísima.

El cada vez más recuperado semblante de mi madre, estaba contraído para no dejar salir las lágrimas.

—¡Tu papá estaría tan orgulloso! Te has convertido en una mujer muy bella.

Me abrazó temblorosa. Mi pobre madre no olvidaba, imposible olvidar a su gran amor.

—No llores. Anda, ve y dale una vuelta a los niños. Owen y Alex ya nos deben estar esperando.

Se limpió un par de lágrimas con el dorso de la mano y salió rumbo a la habitación de los chicos. Su faceta como abuela, le había quedado como anillo al dedo.

Me vi en el espejo de cuerpo entero y me sonreí. Era verdad, me veía bien. El vestido color crudo se ceñía a mi cuerpo perfectamente. Tenía un escote muy, muy amplio, solo dos triángulos cubrían las bombas de tiempo que eran mis pechos, se ceñía a mi talle hasta la cadera y de ahí brotaban capas y capas de manta seda. Definitivamente no era tradicional, pero mi matrimonio tampoco lo era, así que era

perfecto para la ocasión. Solo las perlas que recogían mi cabello daban el toque tradicional de las bodas.

Nunca necesité una boda, yo solo los necesitaba a ellos, pero Alex y Owen si necesitaban que fuera formal. Y si ellos querían que saltara, yo solo iba a preguntar ¿Desde dónde?

Al pie de la escalera me esperaban Sophie y Viri tomadas de la mano de su flameante abuela, mi princesa y mi hada... mis niñas. El corazoncito empezaba a temblar y mejor me concentre en un sonriente Gamble. El padre de mis enanos. Quién me iba a decir que el estirado afroamericano que me recibió el primer día de trabajo, iba a ser tan importante en mi vida y la de mis hijos.

—Eres la novia más bonita que he visto.

Murmuró Gamble al darme un abrazo muy sentido. Le di un beso en la mejilla y le devolví el cumplido.

—Y tú, el abuelo más guapo.

Gamble se sonrojó y negó un poquito. Después de que mi madre me diera dos últimos besos, la tomó del brazo y se alejaron hacia el jardín trasero donde íbamos a brindar.

—¿Listas?

Mis hijas asintieron emocionadas, igual o más que yo.

Bajé descalza y agarrada de las manos de mis niñas. Ellas también vestían en color crudo con un vestido tipo princesa, eran hermosas a niveles inimaginables.

El susurró de las olas al romper su marcha acompañaban a mis guapísimos hombres. Owen, Alex y Kurt nos esperaban a unos pasos del océano. Los tres eras unos especímenes dignos de admirar, vestían en color crudo como nosotras; Owen con su diabólica sonrisa, Alex con sus enérgicos ojos, los dos con su estilo orgásmico de cabello, perfectos. Kurt de bermuda y camisola se mantenía orgulloso entre los dos.

—Te ves... se ven...

Inmediatamente se corrigió Owen.

—perfectas.

Les sonreí y les di un beso en la mejilla, de la emoción, hasta decentes nos

habíamos vuelto.

—¿Vamos?

Solicitó Alex tomando de la mano a Kurt. Owen se agarró de Viri y nos dejamos guiar hasta el pequeño círculo formado por antorchas. Nos sentamos justo en medio del círculo de luz, tocándonos las rodillas, formando un círculo perfecto.

—Yo primero.

Anunció Alex. Sentía que el pecho se me salía. Nunca me había sentido tan emocionada.

—En este lugar y en este preciso momento, estoy rodeado de la gente que más quiero. Mi vida es para Ustedes... Mis hijos... les prometo que siempre voy a estar para Ustedes, que siempre los voy a querer, cuidar y apoyar sin importar qué.

—Vengan chicas.

Les pidió Owen. A gatas, mis niñas se acercaron a Alex.

—Esta cadena simboliza que eres mi hija. ¿Me aceptas como papá?

Sophie sonrió y asintió. Se arrojó hacia él, envolviéndolo en un gran abrazo. Alex la abrazó de vuelta y con cuidado de no jalar su cabello, cerró el seguro convirtiendo a Sophie en su hija.

—Viri...

La emoción le estaba ganando. Sophie agarró de la mano a su hermana y la acercó a Alex.

—Te habla papá.

Le explicó, como si Viri no escuchara. La sonrisa de Alex no podía ser más grande, y no solo la de Alex, la de Owen no se quedaba atrás, la mía, la de los niños, era un día muy feliz para nosotros.

Alex le puso la cadena de oro con un dije en forma de triquetra —El poder de los tres. El símbolo del amor y la eternidad, sin principio y sin fin. Owen, el artista de la familia, contrato un diseñador que se especializaba en cultura celta. Él fue el que diseñó mi anillo de compromiso, los dijes de los niños, el regalo que tenía preparado para mis hombres, es decir, nuestro nuevo símbolo familiar—.

—Este símbolo.

Les explicó señalando el dije.

—Representa las tres promesas.

—Ven Kurt.

Kurt se acercó a Owen y tomó las manos que mantenía extendidas Owen, como invitación.

—Nos honrarías si nos permitieras ser tu papá. ¿Nos aceptas?

Mi niño suspiró y sonrió. Eso era un fuerte y claro ¡Sí! Owen aseguró una esclava de oro en su muñeca izquierda. La esclava tenía el mismo símbolo que el dije de las niñas.

—Las promesas son: Que siempre los vamos a amar, que siempre los vamos a honrar...

—Y que siempre los vamos a proteger.

Terminó Alex por Owen. A Owen simplemente le ganó la emoción y se le cerró la garganta, ya no logró hablar.

Sophie y Viri estaban sentadas en las piernas de Alex, y Kurt en las de Owen.

—Eso implica que nos debemos apoyar y cuidar unos a los otros. Valorarnos y querernos sobre todas las cosas. Llevar el apellido con orgullo, así como nos debemos sentir orgullosos de cada uno de nosotros.

Prometió solemnemente Alex.

—Yo me siento orgulloso de que lleven mi apellido, espero que ustedes se sientan orgullosos de llevarlo.

Término diciendo Owen. Kurt no era un niño que se distinguiera por ser sonriente, su personalidad más bien era pensante. Sin embargo en ese momento era otro, le sonreía a Owen y a Alex orgulloso. Nunca lo había visto sonreír tanto. Mis niñas como buenas chiquitas, besuqueaban a Alex y se deleitaban con su nuevo dije.

—Entonces ¿Ahora soy Kurt Nothman-Carter Jones?

Preguntó casi temblando. Los enanos asintieron y por un segundo pensé que nuestra ceremonia iba a acabar en un verdadero drama. Todos manteníamos las lágrimas a raya con mucho esfuerzo, Sophie hacía un puchero agitado, Viri lagrimeaba, y se limpiaba con la camisa de Alex. Owen con el dorso de la mano en

cuanto la lagrima abandonaba el ojo, incluso Alex tenía los ojos enrojecidos, yo fui la única que no le importo perder la batalla, se me escaparon dos, después tres, al último dejó de importarme y sollocé feliz.

Owen le susurró algo a Kurt e inmediatamente después, Kurt se levantó de las piernas de Owen para sentarse en la arena. Sophie y Viri lo imitaron y me vi enfrente de mis dos amores.

No recuerdo haberme sentido más emocionada como en ese momento. Cuando nacieron mis hijos me sentí llena de amor, pero amada, así como en ese instante, nunca.

Owen se llenó los pulmones y dejó salir el aire poco a poco. Hizo un guiño y extendió la mano hacia mí. Tomé su mano temblando y no por nervios, sino por el amor que exudaba de su mirada.

—Hiciste que se abriera mi corazón, que dejara de ver solo por ver, que creyera. Que creyera en ti y en mí, en nosotros. Que se pude tener todo y más. A tu lado...

Cerró los ojos y en silencio, sin palabras. Owen me expresó millones de cosas, que con palabras es imposible decir.

—Estamos muy agradecidos contigo. Por tu amor, por aceptarnos, por meterte en nuestro corazón y abrirlo, saquearlos hasta hacerlos tuyos. La verdadera riqueza se mide en lo que se entrega. Te prometo, te prometemos...

Se corrigió Alex.

—Que toda nuestra riqueza es tuya, hasta el último centavo, hasta el último aliento.

Yo ya no sollozaba, ya lloraba a todo pulmón y con todo mi corazón. Dejé que la felicidad en forma de lágrimas saliera de mi cuerpo. Me costó un par de minutos poder contenerme.

—Amar, honrar y proteger. Lo que se debe prometer cuando se quiere de veras. Yo se los prometo con los ojos cerrados y mi corazón en la mano.

Tuve que volver a tomar aire. Sentir el calor de sus manos en las mías, me estaba matando de amor.

—No van a encontrar un amor como el mío en ninguna otra parte. Este amor, esto que siento por ustedes ha apostado hasta morir. Juntos en las buenas y en las

malas, en la oscuridad y en la luz, en la salud y en la enfermedad...

Apreté sus manos para enfatizar que ellos tenían mi corazón entero y por completo, que ellos podían hacer lo que quisieran con él y conmigo.

—Así tenga que luchar contra el mundo entero. Yo soy de ustedes por lo que me reste de vida.

Finalmente Alex tomó mi mano izquierda y cerró nuestras promesas con una argolla que encajó perfecto con mi anillo de compromiso. Se acoplaron como uno solo, así como ellos se acoplaban a mí.

Mis niñas ya habían sacado los anillos de su estuche. Cada una fue encargada de los anillos de Owen y Alex respectivamente. Había pasado horas vigilando que no perdieran esos anillos.

Owen fue el primero en estirar la mano. Con una dolorosa sonrisa y seguramente con el maquillaje embarrado por toda la cara, le puse su anillo a mi dormilón. Nos acercamos y sus labios amaron a los míos, fue un beso ligero, suave, lleno de amor.

—Mi turno.

Escuché que Alex exigía. Si los niños no hubieran estado presentes, seguro lo violaba en ese mismo instante.

Sin soltar a Owen de la mano, acerqué mis labios a los de Alex.

—Te quiero.

Susurró justo antes de que nos uniéramos con un beso cargado de amor, pasión, adoración. Si no parábamos, íbamos a tener que pagar más terapia para los chicos. Mis pobres niños no la tenían fácil; tenían unos padres que no paraban de besarse, sobarse y adorarse. El trauma de cualquier niño normal, que sus padres se quieran.

—¡Ahora somos los Nothman-Carter Jones!

Anunció Owen jugueteón.

La cara se me partió en dos. ¡Fue maravilloso! Lo prometimos desde el fondo de nuestros corazones, saltamos al vacío tomados de la mano y compartiendo nuestros corazones. Nos abrazamos entre todos, nos felicitamos. Corrimos tras los niños, que se escondieron entre las olas para escapar de nuestros besos y apapachos. Acabamos todos empapados, con la ropa pegada a la piel, con el cabello revuelto y arenoso.

La soledad con la que viví durante años, Owen y Alex la convirtieron en placer y felicidad. Me protegieron entre sus brazos, y atravesamos la adversidad sin soltarnos de la mano. La visión de lo que es el amor, esa que me dieron Owen y Alex, es lo que debe de ser el amor. Sin reglas, sin límites, solo amando.

Cierto, éramos retorcidos como el infierno, nuestro infierno. Y solo nosotros teníamos el derecho de disfrutarlo u odiarlo.

No fue un final Disney, pero si fue un final completo y absolutamente feliz.

—Nosotros.

—Juntos.

—Sin importar qué.

Epílogo

—¿Estas segura, cariño? No creo que sea lo mismo.

Observé a mi madre y agradecí infinitamente tener sus genes corriendo por mi sangre. Si el universo era piadoso, algún día me iba parecer a ella. Seguía teniendo un cuerpo espectacular, “todo en su lugar y llenito” como solía decir mi Api. No era raro que mi Api le diera una buena nalgada o un apachurrón cuando la tenía a mano. Mi Api era un manotas, según mi madre.

—¿Te arrepientes Ami?

—¡Nunca!

Se apresuró a aclarar. Yo sabía que mi madre nunca se arrepentiría de tener una relación diferente; Mis padres la adoraban, tenían problemas como todas las “parejas”, aunque nunca un problema que hiciera tambalear el reinado. Se amaban profundamente entre los tres y por consiguiente Kurt, Viri y yo, crecimos rodeados de amor y un excesivo personal de seguridad.

—Hemos pasado por todo. Por la pérdida de Gamble, la enfermedad de la abuela, cumpleaños, graduaciones... Hemos tenido buenos y malos momentos, pero siempre nos hemos mantenido juntos. Ellos y yo somos... uno mismo. Jamás me arrepentiré de ser uno con ellos.

—¿Entonces por qué no quieres eso para mí? Estoy segura que Steve y Rosen me van a tratar muy bien.

¡Oh, sí! Si me dejaban llevarlos de paseo, me la iba a pasar en grande.

—Ellos me van a querer como Alex y Owen te quieren a ti.

Ami empezó a reír y cariñosamente me regañó.

—Que no te escuchen decirles por su nombre. Ellos adoran que les digas papá y Api.

Cuando Kurt y yo cumplimos dieciséis años, se nos concedió el permiso oficial de llamarlos por su nombre. Desde siempre, Alex ha sido mi papá y Owen mi Api. Solo me atrevía hablarles por su nombre con Ami y mis hermanos. Viri ni siquiera lo

hacía enfrente de nosotros. Solo Kurt era el atrevido que se dirigía a ellos por su nombre.

—¿Entonces? ¿Por qué me niegan el placer de pasar unas buenas vacaciones?

—Es tu decisión, Sophie. Ya eres una mujer y confié en la educación y el cariño que te hemos dado.

Se le acababa la paciencia a Ami, necesitaba meter segunda si quería salirme con la mía y llevar juguetes de paseo.

—Precisamente por el buen ejemplo que he tenido. Es que no veo problema en jugar un poquito.

Me quejé. Yo confiaba en el apoyo de mi madre para darles la noticia a papá y Api. Ya había hablado con ellos e inquirí sus puntos de vista en cuanto los problemas en una relación entre tres personas. Ellos hablaron gustosos, llenos de amor hacia mi madre. Solo me faltaba un poquito de apoyo para decirles que iba a pasar el verano acompañada... por partida doble. Y no solo con la acechante compañía de Kurt y Viri.

—Yo solo te puedo decir una cosa, cariño. Jugar, no solo es sexo, también es amor. Y en el caso de Owen, Alex y yo, de un profundo y devoto amor. No quiero que confundas una cosa con la otra. Estoy segura que con estos muchachitos puedes pasar un par de buenas noches, pero solo es eso, y tú lo sabes.

¡Diantres! Mi madre lo sabía todo.

—Tú sabes que es una relación que no va a llegar a ningún lado. Pero si te quieres divertir un ratito y llevarlos de paseo, yo no tengo problema.

¡Siempre podía contar con la perversidad de mi madre!

—Aunque no estoy segura que estos dos muchachitos sean los indicados para jugar. No me gustaría que te vieras expuesta en tabloides de mala muerte. Tú sabes.

¡Buuu! Y con ese argumento, acabó con mis planes de pasar un par de noches jugueteando. Tenía razón, realmente no conocía bien a Steve y a Rosen. Y quien me conocía bien, se me escapo de las manos.

—¿Ya estas lista? Kurt ya está en la puerta.

Mi hermana era la mujer más hermosa en la faz de la tierra. Rubia como el sol, con tez de la porcelana más fina, inteligente, amorosa, no sé de dónde diablos salió,

pero la amaba con todo mi corazón. Desde la primera vez que la vi me pareció un hada, una preciosa y mágica hada.

—Mi chiquita...

Gimió mi madre envolviendo a Viri en sus brazos. Eran tal para cual, les ganaba la emoción con cualquier cosa. Solo nos íbamos por dos meses, no era para tanto.

—Anda Viri, vámonos. Si no te despegas de Ami, no salimos nunca de aquí.

Las camionetas ya estaban preparadas para llevarnos al aeropuerto, el jet listo para volar hacia Europa y mis padres seguro friéndose bajo el sol de Junio. Como siempre, tenían que asegurarse que todo estuviera bajo control, nunca dejaban nada a la suerte y se adelantaron para verificar hasta la más pequeña de las tuercas. Era la primera vez que viajábamos sin ninguno de nuestros padres, y todos estaban un poco ansiosos.

—¡Sophie! ¡Viri! ¡Si no se apuran, las dejo!

Al salir del palacio, vi que en el convertible de Kurt ya estaban dos de sus “amigas”.

—¿Por qué Kurt si puede llevar juguetes y yo no?

Me quejé al verlas todas emocionaditas en la parte trasera del auto.

—Porque tu juguete ya está en Europa.

Susurró Viri. Fingí no escucharle y la dejé atrás despidiéndose de sus perros.

La conexión entre mis hermanos y yo era algo inexplicable e incomparable. Era cierto que la conexión entre Kurt y yo era Wi-Fi, ni siquiera necesitábamos observarnos para saber lo que estaba sintiendo el otro, simplemente lo sentíamos. Esa conexión no ensombrecía el amor que sentía por mi hermana, al contrario, ella era mis oídos, mi boca, mi conciencia. Con el simple tono de voz, sabía si Viri estaba enojada, fastidiada, preocupada, la mayoría del tiempo feliz, mi hermana era una mujer feliz.

Tenía la suerte de tener los mejores hermanos del planeta. Eran mis mejores amigos, “construidos especialmente para ti”, dijo una vez mi Ami. Al pasar de los años aprendí que ellos eran mis compañeros en las buenas y en las malas. Ellos me acompañaron la primera vez que me rompió el corazón, la primera vez que yo se lo rompí. Ellos me querían incondicionalmente sin importar cuanto me equivocara y sin importar las veces que nos peleáramos. Kurt no entendía mi relación con... Ni

siquiera yo la entendía, eso no lo detenía y se enojaba cada vez que nos veía juntos.

Dos años, dos largos y fríos años de no verlo. Y todavía sentía el último de sus besos en mis labios.

—Muévanse mujeres. ¿Qué tanto hacen?

Kurt y sus poco más dos metros de altura, abrieron la puerta de la camioneta y ayudó a subir a Ami. Esperé que abriera mi puerta, me reto con la mirada pero al final claudico, mi hermano era un caballero y por eso tenía decenas de muñecas revoloteando como buitres sobre su cabeza, esperando el momento que él se descuidara para poder comérselo enterito.

Le hice un guiño al subir y sonreí al ver como ponía los ojos en blanco.

—¡Viri!

Le gritó Kurt a mi pequeña hada, si no iba por ella seguro pasaba otras tres horas despidiéndose de Bola III. La pobre sufrió muchísimo cuando murió la primer Bola, en cuanto su corazón se repuso corrió con Api y rescataron otra bola de pelos. Mi Api era el único que compartía el amor por los perros con ella. Los demás solo cuidábamos nuestros zapatos para que no acabaran con ellos.

—Ya voy, ya voy... Que desesperación.

Si Kurt me quería a mí, entonces adoraba a Viri. Dejó que le diera un beso en la mejilla y sonriendo cerró la puerta de la camioneta para ir corriendo a su auto, donde los dos juguetes chilloteaban de emoción.

—¿Vamos a tener que soportarlas durante todo el viaje?

—Yo tengo que soportarte a ti.

Se quejó Viri con una sonrisa. Verifiqué que Ami no nos viera, y le mostré mi dedo medio. La muy hada se carcajeo.

Esperamos que Kurt avanzara para que Tony lo siguiera. Atrás de nosotros venían los chicos de seguridad resguardando todas las maletas.

No era la primera vez que viajábamos a Europa, mis padres nos llevaban todos los veranos a hacer un par de semanas de trabajo voluntario. Me gustaba, aunque no me gustaba tanto como ir de compras con Ami y Viri a Paris y Milán. Ahora sentía una emoción diferente, me gustaba la idea de ir a solas con mis hermanos, seguro terminábamos en muchos problemas.

El teléfono de Ami sonó y empezaba mi problema.

—Hola Diana... Si querida, nos vemos en la noche para celebrar...

Mi madre se sonrojó y no quise saber más. Cada vez que “celebraban” algo, mis padres despertaban muy sonrientes.

—Voy rumbo al aeropuerto, los chicos pasan el verano allá...

Ami guardo silencio y supe que hablaban de él.

—¿Dónde está?

Susurró Ami. Mi corazón quiso salir de mi pecho y correr hasta la línea telefónica para enterarse de dónde estaba.

Viri apretó mi mano y me dio consuelo justo cuando más lo necesite.

—¿Está viviendo con ella?

Pedazo a pedazo mi corazón regresó hasta mi pecho y volvió a cubrirse con la armadura de acero.

—¿Has hablado con él?

Me preguntó Viri con tiento. Hablar de él siempre resultaba un campo minado; Tan podía terminar sonriendo, como llorando.

—No.

Lamenté, más que hablé. Pasé el nudo de mi pecho y lo escondí atrás de la armadura. No quería empezar mis vacaciones llorando.

Mi madre siguió hablando, e hice lo humanamente posible para no seguir escuchando. Lo único que mi inconsciente se negó a dejar de escuchar fue:

—No, no van solos. Kurt lleva un par de amigas y Sophie un par de amigos. Ya sabes cómo son estos niños.

¡Oh, cómo amaba a mi madre! Siempre se podía contar con ella para una lucha de egos. Si él vivía con alguien, yo podía jugar. Y decírselo a Diana, era como decírselo a él mismo.

~ § ~

—¡Owen, sube la mano!

Se quejó Kurt al ver como Api amasaba el trasero de mi madre. Mi Ami ni siquiera se había dado cuenta, tal parecía que su cuerpo necesitaba el tacto de mis padres, como mis padres necesitaban tocarla.

—Tu llevas dos “amigas” a un viaje donde deberías estar cuidando solamente a tus hermanas, y no cogiendo como burro...

Le reclamó sutilmente Owen a Kurt.

—¿Y yo soy el que no puede acariciar un poquito a su mujer?

Kurt abrió la boca y la volvió a cerrar de la misma manera. Sabía que las “amiguitas” estaban de más. Tocando tierra seguro se cansaba de ellas y conseguía juguetes nuevos en el viejo continente.

—Ridículo.

Se burló Viri de Kurt al pasar a su lado. Y corrió a refugiarse de la mirada de Kurt con el brazo libre de Api.

—Ya están aquí, no les puedo decir que no van.

Papá rodeó con uno de sus brazos a Kurt y lo consoló.

—No hijo, no tienes que decirle nada a nadie. Tus hermanas ya están grandes y se pueden cuidar solas, ¿Cierto?

Viri y yo asentimos con una sonrisa. Nosotras podíamos cuidarnos solas, el punto era ¿quién iba a cuidar de Kurt?

—Solo cuídense, diviértanse y recuerden que su madre está muy joven para hacerla abuela.

La aludida levantó la mirada al cielo como pidiendo ayuda celestial. No era para menos, Ami era el pilar de la familia, seguro necesitaba ayuda del cielo y del infierno para poder lidiar con los dos dominantes hombres —que la adoraban—, y tres revoltosos y perfectos hijos —que también la adoraban—.

Nos despedimos entre abrazos, besos, recomendaciones, consejos, advertencias... finalmente nos cansamos de revolotear entre nosotros y subimos al avión.

Ya listos para despegar, volteé hacia afuera y observé a mis padres. Mi madre estaba entre los dos, Owen la rodeaba por la cintura y Alex entrelazaba sus dedos con

los de ella. Yo quería eso, ese amor, esa devoción.

A mi Ami se le escapó una lágrima y Alex la limpio con sus labios, Owen besó su cabello y le susurró algo, Ami sonrió con ese algo. Un recuerdo se cruzó en mi mente y me hizo volver en el tiempo. En el tiempo que él limpió mis lágrimas con sus labios y susurró que todo iba a estar bien... En el tiempo en que podía sentir.

Yo quería el amor que mis padres le profanaban a mi madre, yo quería el balance que ellos encontraban en sus besos, en sus cuerpos, en sus vidas... Yo lo quería a él.

—¿Sophie, estas aquí?

Viri hacia que el tiempo no pasara entre nosotras. Cuando recién llegó a nuestras vidas, iba preguntando lo mismo en cada una de las habitaciones hasta que me encontraba. Cuando regresé a casa de la universidad, fue como si nunca nos hubiéramos separado. El tiempo no paso entre nosotras, nos pusimos al día justo donde habíamos dejado las cosas.

—Sí, Viri. Aquí estoy.

Mi hermana me dio una de esas miradas que descubren todo.

—¿Vamos a pasar las vacaciones añorándolo o vamos a jugar?

Una de las mayores ventajas de tener a mis hermanos, es que siempre me decían la fría y cruda verdad. Ellos no temían decirme nada, no les importaba si me enojaba, si me herían, o si yo no quería escuchar sus palabras. Ellos me lo decían mirándome a los ojos y con todo el derecho de unos hermanos que me amaban. Si ellos no lo hacían, entonces quién demonios.

Viri era especial, era increíble, hermosa y única. Con Kurt estaba conectada. Los podía alejar cuantas veces quisiera, enojame, odiarlos incluso —ya lo había hecho—, y ellos siempre regresaban.

No le iba echar a perder las vacaciones a mi hada, así que dije lo único que una cabeza pensante debe decir:

—Vamos a jugar.

Si te gusto El JUEGO: Nosotros.

Por favor considera dejar una reseña, comentario o carita feliz en Amazon.

Tu opinión es mi fresa del pastel, y lo que más disfruto.

Como siempre:

GRACIAS... muchas gracias por leer.

Agradecimiento especial

Agatha, eres la mujer que vive todos mis pecaminosos sueños.

Gracias por dejarme compartirlos.

Agradecimientos

Gracias por haber jugado conmigo desde el inicio de El Juego. Ha sido una experiencia de lo más divertida. Escribir la última palabra de este libro ha sido doloroso, me enamore de Owen, Kaira y Alex. Seguramente regresaran, para contarnos sobre su vida, ya se verá.

MUJERES FÉNIX, para ustedes solo hay agradecimiento en mi corazón, son lo mejor de este camino. Espero seguir contando con el placer de su compañía.
¡Muchísimas gracias por todo!

Esta vez no voy a dar nombres, porque seguro se me pasa alguien. He tenido la suerte de que escogieran leerme personas grandiosas, que me han ayudado y apoyado.
A todas Ustedes GRACIAS.

Azminda Cangar

Si te gusto El JUEGO, te recomiendo los siguientes títulos.

Mis Hombres

Serie Mujeres Fénix

Atrapada

Trilogía El JUEGO

El Juego: Yo

El Juego: Tú y Él

El Juego: Nosotros

Para nuevos lanzamientos, acceso a exclusivas ofertas y mucho más, sigueme en:

www.facebook.com/azmindacangar

www.twitter.com/AzminCan

www.pinterest.com/azmindacangar/

www.instagram.com/azmincan/

Y por supuesto, si quieres jugar conmigo. Te invito:

www.facebook.com/groups/710702289008485/

¿Me regalas una carita feliz?

www.goodreads.com/author/show/7307761.Azminda_Cangar

www.Author.to/AzmindaCangar

